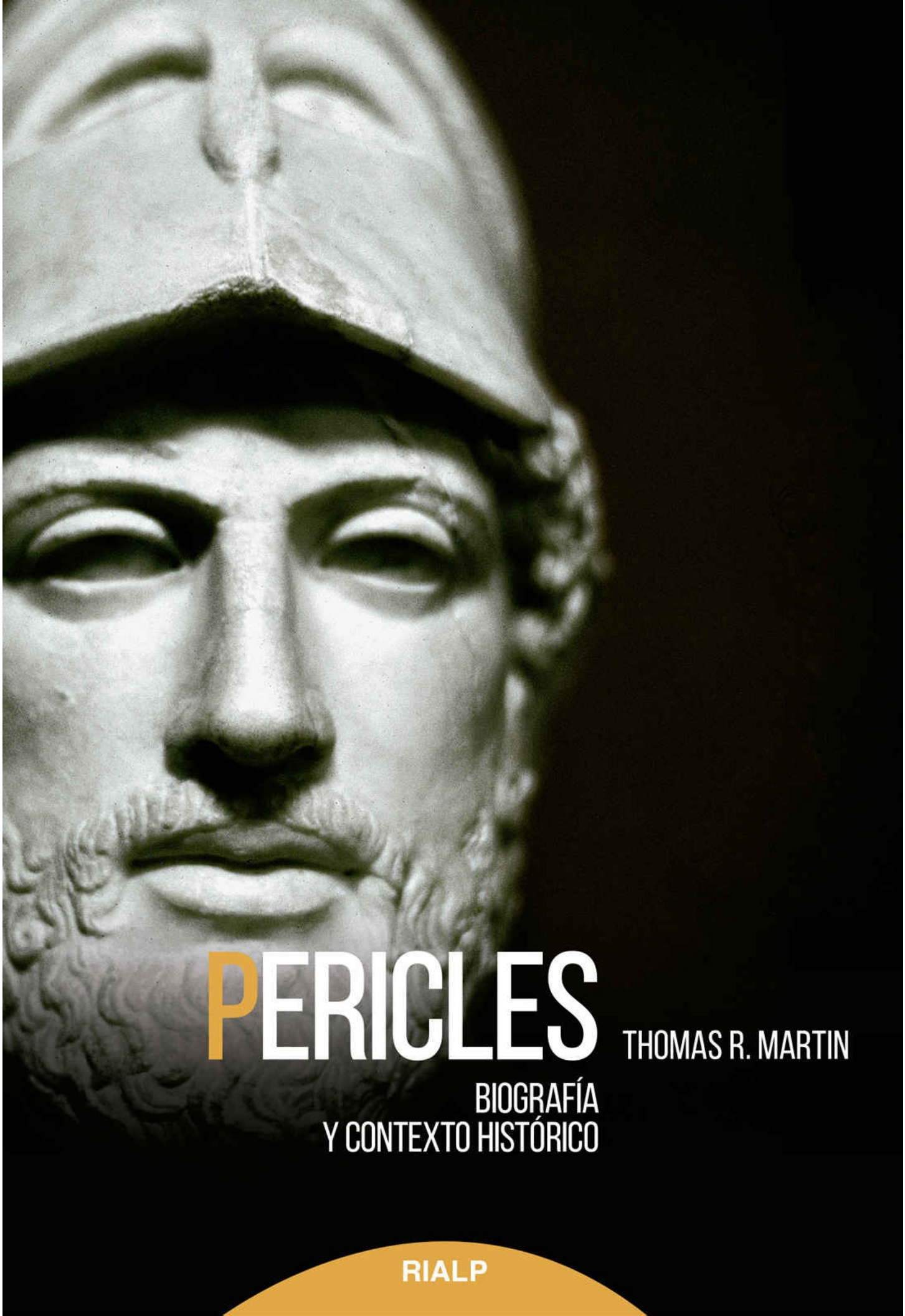


PERICLES

THOMAS R. MARTIN

BIOGRAFÍA Y CONTEXTO HISTÓRICO

RIALP

THOMAS R. MARTIN

Pericles
Una biografía en su contexto

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Título original: *Pericles. A Biography in Context.*

© 2016 *by* Cambridge University Press
© 2018 de la versión española por Gloria Esteban Villar
by EDICIONES RIALP, S. A.
Colombia, 63. 28016 Madrid
(www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Realización ePub: produccioneditorial.com

ISBN: 978-84-321-4929-0

Este libro está dedicado a los alumnos
del Departamento de Lenguas Clásicas de
la Universidad de Holy Cross,
en agradecimiento a sus inspiradoras preguntas
durante la lectura de la Vida de Pericles, de Plutarco,
en la asignatura de Antigua Grecia;
y a mi esposa, Ivy Sui-yuen Sun,
especialista en estudios clásicos:
junto a ella he estudiado ante todo y siempre
los inolvidables tesoros arqueológicos de
la Atenas de Pericles.

Toda época tiene o cree tener sus propias circunstancias que impiden aplicar al presente la experiencia del pasado… Y no es de extrañar, si interpretamos la historia en virtud de los hechos y no en virtud de criterios generales, que son a los hechos lo mismo que las raíces y la savia de un árbol a sus hojas.

Samuel Taylor Coleridge
The Statesman's Manual; Or, The Bible the Best Guide to Political Skill and Foresight: A Lay Sermon (Londres, 1816).

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

DEDICATORIA

CITA

ILUSTRACIONES

MAPAS

CRONOLOGÍA

GENEALOGÍA ALCMEÓNIDA DE PERICLES

PRÓLOGO. Una biografía de Pericles en el contexto de las fuentes antiguas

1. La célebre historia familiar de la madre de Pericles

2. Las duras lecciones de la carrera del padre de Pericles

3. Pericles se convierte en un adolescente en medio de una crisis familiar y de una emergencia nacional

4. Pericles se convierte en refugiado mientras atenas afronta un grave peligro

5. Pericles se convierte en un adulto mientras Atenas construye un imperio

6. Pericles y su innovadora educación para el liderazgo en la democracia ateniense

7. Pericles se convierte en líder y Atenas y esparta en enemigas

8. Pericles se convierte en el primer ciudadano de Atenas

9. La responsabilidad de Pericles en la rebelión Samia y en la Guerra del Peloponeso

10. El destino de Pericles, desde entonces hasta hoy

LECTURAS RECOMENDADAS

AGRADECIMIENTOS

ILUSTRACIONES

Figura 1. Busto en piedra de Pericles
Figura 2. Vista de la Acrópolis y el Partenón
Figura 3. Busto doble de los historiadores Heródoto y Tucídides
Figura 4. Pericles y Aspasia contemplando el friso del Partenón
Figura 5. Escena de una carrera masculina. Vasija griega
Figura 6. Relieve sobre piedra del Gran Rey de Persia
Figura 7. Escena de un combate entre soldados griegos y persas. Vasija griega
Figura 8. Antiguos *ostraca* griegos empleados para votar el ostracismo
Figura 9. Remeros de un trirreme. Relieve sobre piedra
Figura 10. Restos de la «Columna de las Serpientes» en Delfos
Figura 11. Vista de la Acrópolis y el Partenón
Figura 12. Niños recibiendo sus primeras lecciones. Vasija griega
Figura 13. Escena de un simposio (reunión de bebedores). *Vasija griega.*
Figura 14. Restos conservados de la muralla de Tasos
Figura 15. Inscripción ateniense con los nombres de los soldados caídos en combate
Figura 16. Moneda de plata ateniense
Figura 17. Vista de la Acrópolis y el Partenón
Figura 18. Réplica en piedra del escudo de la estatua de Atenea Partenos
Figura 19. Busto en piedra de Aspasia
Figura 20. Templo de la isla de Egina
Figura 21. Pericles y Aspasia contemplando el friso del Partenón

MAPAS

Mapa 1. Grecia y El Egeo

Mapa 2. El Peloponeso y Grecia Central

Mapa 3. El Imperio Persa

Mapa 4. Atenas a finales del siglo V a.C.

Mapa 5. Atenas, El Pireo y Los Muros Largos

Mapa 6. Liga de Atenas y liga del Peloponeso (431 a.C.)

CRONOLOGÍA

Todas las fechas son anteriores a la era cristiana.
ca. indica una fecha aproximada

632	Cilón de Atenas intenta hacerse con el gobierno de la ciudad estado; un antepasado materno de Pericles se ve involucrado en un crimen sacrílego y su familia materna (los Alcmeónidas) es condenada al exilio.
ca. 600-570	Clístenes se convierte en tirano de la ciudad estado de Sición; Megacles de Atenas, antepasado de Pericles, contrae matrimonio con Agarista, hija de Clístenes.
ca. años 90	Alcmeón, antepasado de Pericles, se alza con el triunfo en una carrera de carros olímpica; participa como general en la primera guerra sagrada y acepta la supuesta invitación de Creso, rey de Lidia.
ca. 546-527	Pisístrato se convierte en tirano de la ciudad estado de Atenas; la familia Alcmeónida regresa al exilio.
527	Hipias, hijo de Pisístrato, se convierte en tirano de Atenas; regreso de los Alcmeónidas.
514	Los Alcmeónidas vuelven al exilio tras el asesinato del hermano de Hipias y reconstruyen el templo de Apolo en Delfos.
511-510	Por orden del Apolo de Delfos, los espartanos expulsan a Hipias, tirano de Atenas.
507	Clístenes, tío abuelo materno de Pericles, instaura en Atenas la democracia directa como sistema de gobierno; los espartanos atacan con intención de abolirla; los atenienses consiguen rechazarlos y proponen una alianza militar al gran rey de Persia.
506	Fracasa un nuevo ataque de Esparta contra Atenas. Los espartanos se alían con beocios y calcideos, vecinos de Atenas, que son derrotados por los atenienses.
ca. 505	Tebanos y eginetas atacan Atenas.

ca. 500	Matrimonio de Agarista y Jantipo de Atenas, padres de Pericles.
ca. 499	Aristágoras de Mileto convence a los atenienses del envío de tropas en apoyo de la rebelión jonia contra el dominio persa.
494	Conquista de la ciudad estado de Mileto; los persas sofocan la revuelta jonia.
Años 90 *(mediados)*	Nace Pericles.
490	Los atenienses, a las órdenes de Milcíades, derrotan por tierra a los persas (a quienes acompaña Hipias) en la batalla de Maratón.
ca. 489	Jantipo entabla un proceso judicial contra Milcíades por el fracaso del ataque lanzado contra la isla de Paros.
484	Jantipo es condenado al ostracismo.
483	Los atenienses votan la renuncia colectiva al reparto individual de los ingresos procedentes de un importante filón de plata recién descubierto para invertirlos en la construcción de una flota.
480	Los persas invaden Grecia y vencen en la batalla terrestre de las Termópilas; la batalla marítima de Artemisio acaba en tablas. Evacuación de los atenienses. La alianza griega vence en la batalla marítima de Salamina.
479	Los atenienses rechazan una tentadora oferta de los persas y vuelven a abandonar su territorio. La alianza griega vence en las batallas de Platea y Mícala.
478	Jantipo conquista la ciudad estado de Sestos; los miembros de la Liga Délica (la alianza naval encabezada por Atenas) se incorporan a ella mediante un juramento de eterna lealtad.
477	Arístides de Atenas logra que los aliados de la Liga Délica aprueben voluntariamente el cálculo de los pagos anuales a los que se compromete cada uno mediante juramento y sin límite de tiempo.
476	Cimón de Atenas dirige la victoria de la Liga Délica frente a los persas en Eyón.
475	Cimón conquista la isla de Esciros y traslada a Atenas los huesos del héroe legendario Teseo.
Años 70	La Liga Délica ataca las islas de Caristo y Naxos; ostracismo de Temístocles; matrimonio de Pericles, quien probablemente empieza a

(mediados / finales)	estudiar música con Damón.
472	Esquilo de Atenas lleva a escena la tragedia *Los persas* con el patrocinio de Pericles como *choregos*.
470/460 (?)	Pericles estudia ciencias de la naturaleza, filosofía y argumentación con Anaxágoras de Clazomene.
ca. 468	Cimón gana la batalla del río Eurimedonte contra los persas. Posible acuerdo en el que los persas acceden a renunciar a cualquier expedición militar fuera del Mediterráneo oriental (Paz de Calias).
ca. 465-462	La isla de Tasos intenta rebelarse contra la Liga Délica y recibe un severo castigo.
ca. 464	Esparta sufre un terremoto devastador y los ilotas (esclavos griegos) se rebelan contra los espartanos en el sudeste del Peloponeso.
463	Pericles ejerce de acusador contra Cimón, procesado por corrupción.
ca. 462	Cimón dirige un contingente militar ateniense en respuesta a la petición de ayuda de los espartanos para enfrentarse a los ilotas; los espartanos despiden a los atenienses.
ca. 461	Efialtes de Atenas y Pericles afianzan la democracia radical con su apoyo a la reforma de los poderes del areópago; ostracismo de Cimón.
Años 50 (principios)	Pericles convence a la asamblea democrática de Atenas de instituir un subsidio económico por servicios al jurado. Se construyen dos de los Muros Largos que conectan la ciudad de Atenas con sus puertos occidentales. Nace Jantipo, el hijo de Pericles.
458	Se representa en Atenas la trilogía de Esquilo *La Orestíada.*
Años 50 *(mediados)*	La Liga Délica envía a Egipto una importante expedición militar para apoyar una rebelión contra el imperio persa. Nace Páralo, el hijo de Pericles. Pericles se divorcia.
ca. 457	Esparta derrota a Atenas en la batalla de Tanagra. Cimón intenta regresar del ostracismo. Atenas derrota a Esparta en la batalla de Enofita. Pericles apoya la vuelta de Cimón.
ca. 454	Pericles dirige una expedición naval de la Liga Délica en el golfo de Corinto; la expedición a Egipto concluye con una importante pérdida de hombres y naves; el tesoro de la Liga Délica se traslada de la isla egea de Delos a la acrópolis de Atenas.

451	La asamblea democrática de Atenas aprueba la Ley de Ciudadanía propuesta por Pericles.
Años 50 *(finales)* / años 40 *(principios)*	Pericles estudia con Zenón.
ca. 450	Cimón muere en la expedición militar a Chipre; probable renovación de la paz de Calias.
448	Los espartanos envían una expedición militar para hacerse con el control del oráculo de Apolo en Delfos; los atenienses responden enviando su propia expedición con idéntico objetivo.
447	Comienza la construcción del Partenón de Atenas; los atenienses son derrotados en la batalla de Coronea (Beocia); Pericles fortifica el Quersoneso tracio y asienta a los atenienses.
446	Las ciudades estado de la isla de Eubea se rebelan contra la Liga Délica; los espartanos invaden el territorio ateniense; Pericles los soborna para que evacúen y conquista Eubea.
446/5	Atenas y Esparta juran un acuerdo de paz por un período de treinta años.
ca. 445	Se construye un tercer Muro Largo para conectar Atenas con el Pireo, su principal puerto; algunos ciudadanos atenienses privados de voto son procesados y condenados a la esclavitud.
444	Pericles aconseja el envío de colonos a Turia, en el sudeste de Italia y encarga al sofista Protágoras la elaboración de su constitución.
Años 40 *(mediados)*	Comienza la relación entre Pericles y Aspasia.
ca. 443	Tucídides de Atenas, hijo de Melesias y líder de la oposición política a Pericles, es condenado al ostracismo.
Años 40 *(finales)*	Nace Pericles, hijo de Aspasia y de Pericles.
440-439	Pericles dirige las tropas de la Liga Délica contra los rebeldes de la isla de Samos.
438	Los colonos atenienses fundan la ciudad estado de Anfípolis en el nordeste de Grecia/sudeste de Tracia.

437	Presunto juicio contra el escultor Fidias, acusado de conducta sacrílega por su proyecto del Partenón; comienza la construcción de los Propileos que dan acceso a la acrópolis.
Años 30 *(mediados)*	Pericles dirige una expedición naval al Mar Negro (Euxino); comienza a instancias de Pericles la construcción del Odeón.
433	Los atenienses envían naves de guerras en apoyo de los corcireos, en guerra con los corintios.
Años 30 *(finales)*	La asamblea ateniense aprueba el decreto de Mégara que prohíbe a los habitantes de la ciudad vecina de Mégara el uso de los puertos de los miembros de la Liga Délica.
432	Los espartanos envían sus últimas embajadas a Atenas negándose al arbitraje establecido por los términos de la paz de 446/5 y exigiendo la revocación del decreto de Mégara; Pericles convence a la asamblea ateniense y las demandas de los espartanos son rechazadas.
431	Empieza oficialmente la guerra del Peloponeso con la invasión del territorio ateniense llevada a cabo por los espartanos y sus aliados; los atenienses se refugian dentro de sus murallas, envían una expedición naval al Peloponeso, expulsan a la población de la isla de Egina y atacan Mégara.
430	Una epidemia («la peste») diezma a los atenienses; Pericles dirige una expedición naval contra el Peloponeso; es destituido temporalmente de su cargo oficial en el consejo de generales atenienses; pierde a sus hijos legítimos, a su hermana y a otros familiares víctimas de la epidemia.
429	Pericles es reelegido para el cargo de «general»; solicita a la asamblea ateniense la ciudadanía para el hijo nacido de Aspasia; muere víctima de la epidemia.

GENEALOGÍA ALCMEÓNIDA DE PERICLES

A excepción de Jantipo, padre de Pericles, y de su abuelo paterno Arifrón, esta versión simplificada de los antepasados de Pericles solo recoge a los miembros de la familia de su madre, los Alcmeónidas, y únicamente se remonta a los primeros antepasados maternos de los que conservamos algún dato histórico fiable.

Para una información más detallada, ver:
Davies, J.K. *Athenian Propertied Families 600-300 B.C.* Oxford: Clarendon Press, 1971, p. 368-385, 455-460.

== indica matrimonio

- - indica parentesco

Megacles, arconte a finales del siglo VII a.C. durante la conspiración de Cilón

↓

Alcmeón, general de la primera guerra sagrada en los años 590 a.C. y huésped de Creso

↓

Megacles, adversario de Pisístrato == Agarista, hija de Clístenes de Sición

↓

Clístenes, el reformador de la democracia — Hipócrates — hija casada con Pisístrato

↓

↓

↓ Arifrón

↓ ↓

Agarista == Jantipo

↓

PRÓLOGO. Una biografía de Pericles en el contexto de las fuentes antiguas

Una noche, en la Atenas de mediados de los 90 del siglo v a.C.[1] (se desconoce el año exacto), una mujer potentada de nombre Agarista, en avanzado estado de gestación, soñó que daba a luz a un león. Pocos días después nacía su segundo hijo, a quien sus padres llamaron Pericles. La tradición de los antiguos griegos decía que los sueños eran enviados por los dioses: así lo habían aprendido de los poemas épicos de Homero la *Ilíada* y la *Odisea*, los célebres relatos que ahondaban en los daños derivados de la guerra de Troya y recogían las creencias fundamentales de la cultura griega. Tanto lo que se infería de los mitos de los antiguos héroes como los leones cazadores que todavía deambulaban por la Europa de la Antigüedad llevaban a los griegos a considerar a estos últimos poderosos defensores de su manada y fieros destructores de su presa. Agarista interpretó aquel sueño como un mensaje divino que venía a ilustrar el carácter tan especial del personaje que llegaría a ser su hijo, para bien o para mal… o para ambas cosas a la vez.

Esa futura relevancia presagiada por Agarista acabó resultando cierta. En la cima de su carrera, Pericles llegó a ser el líder más célebre de la democracia más célebre y radical del lugar más célebre de la antigua Grecia durante su época más célebre. A lo largo del siglo v (la época de Pericles, que murió en 429), los desarrollos culturales de mayor influencia y más amplia difusión —desde las ideas científicas y filosóficas hasta las formas innovadoras del arte, la arquitectura y el teatro— se incubaron en Atenas. Las épocas posteriores han dispensado a este aspecto de la historia ateniense una acogida encomiástica. Mucho menos positiva es, no obstante, la valoración de lo que hicieron los atenienses con otros griegos durante ese mismo período, mientras iban saliendo de un estatus internacional secundario hasta convertirse en la potencia más rica y poderosa de su región. En torno a 430 los atenienses ejercían sobre muchos otros aliados griegos lo que —según Tucídides, historiador contemporáneo a Pericles y general del ejército de Atenas (*Historia de la guerra del Peloponeso* II, 63)— el propio Pericles consideraba una tiranía; otros contemporáneos suyos se hicieron eco de esa afirmación, añadiendo que Pericles gobernó Atenas como un tirano de facto: algo en lo que coinciden muchos estudiosos modernos, que asignan a la alianza liderada por Atenas la etiqueta de imperio y a Pericles la de imperialista, con todas las connotaciones negativas que poseen ambos términos en el contexto del colonialismo opresor en que dichos estudiosos se mueven.

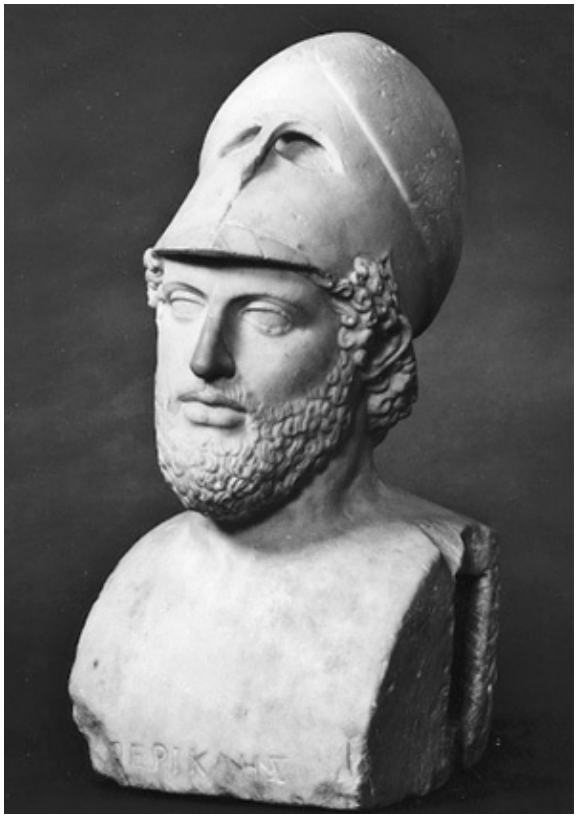


Figura 1. Busto en piedra de Pericles. JFB / The Art Archive at Art Resource, NY)

Entender el desarrollo de los acontecimientos y decidir cómo evaluar su importancia a la hora de formarnos un juicio sobre la Atenas clásica son cuestiones que, además de plantear un desafío, resultan especialmente relevantes para una biografía de quien a mediados del siglo v se convirtió en el líder político más influyente de Atenas. Pericles tuvo una implicación directa en las decisiones políticas y militares del gobierno democrático de Atenas que condujeron a la creación del llamado imperio ateniense, al que sus detractores acusan de maltratar a los griegos que se negaron a plegarse a su inflexible liderazgo. También representa un desafío evaluar la responsabilidad de Pericles en la infausta y célebre guerra del Peloponeso (431-404) entre Atenas y Esparta y sus respectivos estados griegos aliados. (El nombre de este conflicto se deriva de la ubicación geográfica de Esparta y de la mayoría de sus aliados dentro de la extensa península del Peloponeso que forma el territorio continental del sur de Grecia). En el año 431 los atenienses siguieron el insistente consejo de Pericles de no hacer concesiones a los espartanos, aunque una postura tan radical como esa significase la guerra. Y entre los dos estados rivales estalló un conflicto que llevaba incubándose varias generaciones. Veintisiete años después (veintitrés después de la muerte de Pericles), la derrota de Atenas en aquella larga y sangrienta guerra resultó catastrófica para su patria.

Estos dos aspectos del liderazgo de Pericles —la naturaleza de su influencia durante la época de predominio de Atenas y su eficaz defensa de la guerra contra Esparta— obligan a preguntarse si, pese a la fama imperecedera que se ganó, su vida se puede considerar una tragedia antes que un logro. La respuesta que ofrezcamos aquí emergerá dentro del

contexto de una breve biografía destinada a lectores que desconocen la historia de la antigua Grecia. Plutarco, el biógrafo y ensayista de la Antigüedad cuyos textos nos proporcionan el grueso de la información conservada acerca de la vida de Pericles, hace hincapié en lo que diferencia a un texto biográfico de la historia. Una biografía, dice, es la historia de una vida: se centra en las evidencias que revelan el carácter del sujeto, y especialmente en lo que atañe a la toma de decisiones bajo presión y a su conducta con otros. Como es lógico, escribir sobre el pasado (y, en realidad, también sobre el presente) implica seleccionar las evidencias que queremos someter a consideración; y, tal y como sugieren las palabras de Plutarco, escribir una biografía incrementa la inseguridad inherente a un proceso que intenta descubrir los pensamientos, los motivos y los sentimientos de un ser humano. Una biografía, en definitiva, conlleva necesariamente un alto componente especulativo: nunca seremos capaces de conocer en profundidad qué ocurre en la mente y en el corazón de los demás (y, probablemente, tampoco en los nuestros). El intento de entender una vida ajena implica una falta de certeza consustancial y permanente; y no es de extrañar que haya otros que disientan —a veces con vehemencia— de cualquier interpretación de la persona retratada que lleve a cabo el biógrafo.

Por eso, los lectores de este libro se encontrarán inevitablemente y de forma repetida con expresiones como «posiblemente», «lo más probable es que» o «debió de». Al mismo tiempo, creo que el autor de una biografía asume la responsabilidad de ofrecer un análisis interpretativo del sujeto y no puede concluir siempre con un «quién sabe». No cabe duda de que el estudio de la historia antigua nos enseña a ser humildes, porque esa clase de respuestas no concluyentes e insatisfactorias son muchas veces las mejores que cualquier estudioso honesto es capaz de ofrecer. Y no anda desencaminado quien considera que los biógrafos están más cerca de los autores de ficción o de literatura fantástica de lo que a los historiadores les gustaría. El lector, en definitiva, debe conocer de antemano las características del género del texto que elige leer; y este consejo es doblemente válido en el caso de las biografías.

El antiguo escritor griego Plutarco, en sus famosos pares de biografías que comparan a griegos y romanos (las *Vidas paralelas*, de las que nos ocuparemos más adelante), declara que tiene por costumbre no dedicar tiempo a la narración detallada de los acontecimientos contemporáneos a la vida de su protagonista, ni siquiera si están considerados episodios trascendentales de la historia. Cuando se escribe la historia de una vida, explica Plutarco, lo importante es deducir el carácter del sujeto a partir de sus acciones y palabras, aunque esos hechos y esas frases puedan parecernos menores dentro del esquema global de los acontecimientos. Mi enfoque, inspirado en el de Plutarco, pretende ante todo ofrecer una valoración del carácter de Pericles en acción. Por eso este libro no contiene un estudio comprehensivo o equilibrado de la historia de Atenas en tiempos de Pericles. De hecho, la narración no dedicará mucho tiempo a hechos históricos importantes, a menos que sean relevantes para entender las decisiones de Pericles en el plano personal y en el ejercicio de su liderazgo político.

La selección de lo que considero relevante para contar la historia de la vida de Pericles y analizar su liderazgo encuentra su justificación en el origen y el desarrollo de los tres rasgos que, a mi juicio, sustentan la valoración de su carrera: su inquebrantable oposición a Esparta; su confianza en el razonamiento basado en los conocimientos como fundamento de la persuasión política; y su defensa de los intereses políticos y económicos de los ciudadanos atenienses más necesitados. La consideración de estas cuestiones implica investigar su historia familiar, su orientación intelectual, sus habilidades políticas y su vida privada. Esta investigación exige, a su vez, una exploración exhaustiva del trasfondo histórico concreto que repercute en dichas cuestiones. De ahí que buena parte del texto aborde los hechos importantes anteriores al nacimiento de Pericles y los que acompañaron su juventud, antes del inicio de su actividad política. Esos capítulos se centran en la polémica historia de sus antepasados y, al mismo tiempo, en la conducta igualmente controvertida de los espartanos durante las décadas repletas de conflictos de finales del siglo VI y principios del V. A lo largo de esos años las guerras internas y externas (con los griegos del entorno y con los invasores extranjeros) determinaron no solo la forma del gobierno democrático y la independencia política de Atenas, sino su supervivencia física como comunidad.

Estos datos contextuales demostrarán hasta qué punto la carrera de Pericles devino la historia de un líder político preeminente cuyas ideas y políticas siempre estuvieron configuradas por lo que aprendió de niño acerca de una historia familiar tan controvertida como la suya; acerca del giro desleal y radical que dio Esparta en un intento de acabar con la democracia de Atenas fundada por Clístenes, su tío, tras librarse de la tiranía; y acerca de las crudas realidades de la vida política ateniense que le enseñó el exilio impuesto a su padre. Estas duras lecciones quedaron grabadas de forma indeleble en un Pericles adolescente y convertido en refugiado en el transcurso de las guerras médicas, en el marco de un conflicto desatado por una alianza de estados griegos cuyo objetivo era evitar ser conquistados por las fuerzas militares del gigantesco imperio gobernado por la dinastía persa aqueménida. El pánico originado por esa crisis bélica obligó a Pericles, demasiado joven aún para luchar en el ejército ateniense, a abandonar la patria —no una, sino dos veces— en medio del caos de las evacuaciones masivas de la ciudadanía.

La necesidad de exponer estos detalles en los capítulos iniciales (que recogen la historia de Atenas anterior al nacimiento de Pericles y la de sus primeros años de vida) nace de una firme convicción: dicho contexto —y en especial cuánto se jugaba Atenas en esos acontecimientos, así como la vívida huella que esa realidad dejó en el joven Pericles— es esencial a la hora de entender, por una parte, cómo se fueron configurando su postura y sus políticas inflexibles destinadas a dotar a Atenas de un poder inexpugnable; y, por otra parte, la íntima conexión entre el poder de Atenas y —quizá por encima de todo— el miedo cerval de los atenienses frente a la amenaza para su seguridad que entrañaban sus enemigos, y en particular los espartanos. De ahí que la exhaustiva introducción a la vida de Pericles que contiene esta biografía permita a los lectores emitir su propio juicio acerca del líder cuya decisiva influencia en la democracia

de su estado lo elevó, según Tucídides (II, 65), a la categoría de «primer ciudadano» de Atenas durante lo que se suele denominar el Siglo de Oro ateniense.

En definitiva, mi análisis de Pericles —y el motivo que me lleva a exponer con cierto detalle las crisis de la historia de Atenas medio siglo antes de que se convirtiera en su líder— se fundamenta sobre las lecciones aprendidas a partir de las experiencias y recuerdos de su primera infancia: esas lecciones, que Pericles no olvidó nunca, lo empujaron a formular una política sostenida que respondiera a las sucesivas y descarnadas realidades del poder político y militar del mundo griego en general y de las políticas de Esparta en particular. La ciencia cognitiva diría que las influencias que recibió Pericles desde niño —la historia familiar que conoció a través de sus padres y más tarde su propia experiencia vital— desarrollaron en él una «memoria del futuro». Como nos ocurre a todos, lo que escuchó y lo que experimentó como fenómenos repetidos durante su juventud —en su caso, los peligros que amenazaban a Atenas y la necesidad de afianzar su poder para defender su libertad; la falta de confianza que inspiraban unos espartanos traidores; y el destino impredecible de los políticos y militares más destacados de la Atenas democrática— generó en él una sólida tendencia a esperar que las circunstancias del futuro tuvieran su correlato en esos recuerdos y a ver el constante temor por la seguridad de su comunidad como la única actitud prudente que podía adoptar un ateniense. El hecho de que Pericles no cambiara nunca de postura es un factor esencial en el análisis de su liderazgo. Por muchas especulaciones que hagan los observadores modernos para valorar si más adelante tendría que haber cambiado de opinión, lo cierto es que jamás lo hizo.

Tras la información sobre la familia y la infancia de Pericles, la historia de su vida recogida en este libro tratará de los medios de que se valió para obtener una fama inmortal de líder, muy superior a la de tantos otros ciudadanos ambiciosos involucrados en la agresiva política del sistema de gobierno democrático de Atenas. Dentro de este contexto, una de las cuestiones más sugerentes es la concerniente a su carácter y a las habilidades oratorias que le ganaron el respeto del pueblo y le permitieron persuadir a la masa de ciudadanos de la democracia (en griego «gobierno del pueblo») de adoptar las políticas aconsejadas por él. Como veremos, toda su actuación como líder obligado a obrar siempre bajo un riguroso escrutinio público y expuesto a una posibilidad muy real de recibir un castigo por promover políticas impopulares y fracasadas estuvo regida por el razonamiento fundado en el conocimiento como elemento clave para predecir el futuro más probable y, por lo tanto, como criterio a la hora de proponer políticas y leyes. En otras palabras, Pericles alimentó una estima inagotable por la razón y los conocimientos como instrumentos para combatir la inquietante y —a veces— funesta impredecibilidad de la vida humana.

Su criterio se vio poderosamente influenciado por su educación y su amistad personal con los pensadores más controvertidos de la Grecia del siglo v. No está de más puntualizar que Pericles fue capaz de servirse de un enfoque intelectual para convertirse en uno de los líderes políticos más convincentes y célebres de la historia. En los discursos políticos de hoy en día el tono frío y erudito raramente resulta eficaz; de hecho,

los estudios de psicología más recientes demuestran que hasta el conocimiento con base científica cuenta con un mínimo poder de persuasión si entra en conflicto con los valores e intereses particulares de la gente. De ahí que resulte especialmente significativo que Pericles hiciera de su vivo interés por las cuestiones intelectuales y eruditas una herramienta base de sus persuasivos discursos públicos, en una democracia en la que la oratoria ejercía una enorme influencia en la toma de decisiones políticas. De un modo u otro, su invariable empeño en emplear razonamientos fundados en los conocimientos y en la reflexión hizo que la mayoría de sus conciudadanos —entre los cuales eran muy pocos los que compartían el excepcional bagaje de su formación y su interés por los debates de corte académico— tomasen decisiones difíciles, arriesgadas e incluso abnegadas en beneficio de su comunidad.

Figura 2. Vista de la Acrópolis y el Partenón. Album / Art Resources, NY.

En tiempos de Pericles el nivel de instrucción de una inmensa mayoría era escaso, cuando no nulo; y su nivel de vida muy modesto, por no decir precario —al menos si lo comparamos con la opulencia y el estatus de la aristocracia ateniense—. La fortuna y la fama familiares situaban a Pericles en el sector más alto de la sociedad. Algunos miembros de la aristocracia se opusieron con vehemencia a una democracia que les exigía compartir el poder político con la masa de ciudadanos menos pudientes y contribuir económicamente a su bienestar. En claro contraste con esa postura, las medidas adoptadas por Pericles reforzaban los intereses políticos y económicos de la mayoría; unos intereses contrarios a los de su propia clase social. Al evaluar a Pericles es importante considerar las razones más probables del éxito de su controvertida política, cuyo rédito más notable quedó plasmado en la construcción de los costosos edificios —entre ellos el Partenón— que tanta fama han otorgado, hoy como entonces, al Siglo de Oro ateniense.

Sus adversarios y rivales políticos le reprochaban su decisión —respaldada por los atenienses en la asamblea democrática (*ekklesía*)— de mantener un estricto control sobre sus aliados del imperio ateniense y dedicar su dinero a la construcción de unos edificios

públicos extraordinariamente gravosos. Las denuncias de sus contemporáneos llegaron a ser despiadadas. Los autores de comedias se burlaron de sus tendencias intelectuales y lo acusaron de conducta inmoral en su vida sexual. Las críticas más acerbas apuntaban a su insistencia inquebrantable en que Atenas rechazara las demandas de Esparta; unas demandas que alcanzaron su punto álgido en la década de los 30 y desencadenaron la guerra del Peloponeso iniciada por Esparta. Algunos llegaron a acusar a Pericles de provocar la guerra para tapar los escándalos de su vida privada.

El sangriento conflicto entre griegos estuvo acompañado de multitud de infortunios, incluida la epidemia mortal que acabó con Pericles en 429. La guerra concluyó en 404 con la rendición incondicional de Atenas a sus odiados enemigos espartanos, la destrucción de una economía floreciente, la abolición de la democracia y la instauración del régimen sanguinario de los colaboracionistas atenienses: sus crímenes sumieron a la comunidad en una guerra civil que llegó a su fin en 403 tras sangrientas luchas callejeras entre conciudadanos. Del resentimiento provocado por este conflicto interno derivaron el juicio y la ejecución en 399 de Sócrates, héroe de guerra ateniense y el filósofo más célebre del siglo v. Para Atenas la guerra del Peloponeso fue, en definitiva, catastrófica. ¿Hay que culpar a Pericles de un desenlace tan funesto? ¿Utilizó el criterio adecuado para elegir la mejor alternativa que se podía ofrecer a los ciudadanos y convencerlos de librar una guerra en lugar de ceder a las demandas espartanas? Después de su muerte ¿fue la cortedad de miras de los atenienses lo que llevó a abandonar la política estratégica de Pericles de no emprender una expansión en tiempos de guerra, como Tucídides los acusó de hacer? ¿Fueron ellos los responsables de su fatal destino, un destino que podría haber evitado la política auspiciada por Pericles? Tomadas en su conjunto, estas preguntas sobre la política de Pericles en relación con Esparta y sobre su empeño en que Atenas se siguiera beneficiando del control imperialista que ejercía sobre los demás griegos introducen, a mi juicio, los temas más complejos de cualquier debate acerca del liderazgo y el legado de Pericles; un debate iniciado ya en su época y que se viene prolongando hasta hoy.

A las cuestiones relacionadas con la vida pública del Pericles líder se suman los aspectos más sobresalientes de su vida privada. En términos generales, sus relaciones familiares fueron turbulentas. Pericles exasperaba a sus hijos restringiendo sus gastos y negándose a ceder a sus caprichos cuando le pedían dinero para después despilfarrarlo. Tanto llegó a deteriorarse su relación que uno de ellos lo acusó de haber cometido adulterio con su propia nuera. Después de divorciarse de su esposa, Pericles se enamoró perdidamente de Aspasia, una mujer extranjera admirada por su agudeza intelectual —y, al mismo tiempo, denostada por dirigir un prostíbulo— que daba pie a muchas habladurías. Pericles no dudaba en manifestar públicamente el amor que sentía por Aspasia, con quien tuvo un hijo privado de la ciudadanía debido a una ley aprobada a instancias de su propio padre. Como veremos, algunos atenienses llegaron a decir que la célebre relación de Pericles con Aspasia abocó a Atenas a la guerra del Peloponeso.

El férreo control que ejercía Pericles sobre sus emociones le permitía comportarse siempre con serena dignidad en presencia de otros. Nunca dejó de evitar

escrupulosamente las situaciones sociales potencialmente incómodas, en especial los frecuentes banquetes que constituían el pegamento social de la aristocracia y en los que un exceso de vino podía dar lugar a incidentes embarazosos y rumores perjudiciales. La única ocasión conocida en que lo vieron llorar personas ajenas a su entorno —y en la antigua cultura griega un hombre de verdad, como los guerreros de la *Ilíada* de Homero, derramaba abundantes lágrimas en público y sin recato— fue durante su defensa de Aspasia ante los tribunales. Pero en los juicios atenienses mostrar las emociones era algo normal: no existe una sola anécdota que describa a Pericles haciéndolo en alguna situación improcedente. ¿Qué nos dicen, pues, los relatos biográficos acerca de su vida sentimental y de su éxito —o su fracaso— a la hora de integrar sus elecciones personales como hombre y como padre con su condición pública de gobernante ateniense dotado de una extraordinaria disciplina personal? ¿Influyeron los problemas —y las alegrías— de su vida íntima en sus consejos políticos? Estas cuestiones también formarán parte del análisis de Pericles recogido en esta biografía.

La información biográfica en torno a Pericles procede únicamente de otros: al parecer, nada de lo que escribió estaba destinado a publicarse o a conservarse. No existen cartas privadas, ni diarios íntimos, ni declaraciones públicas, ni ensayos políticos o discursivos. Lo que se sabe de su vida privada y de su carrera pública procede exclusivamente de otros textos de la Antigüedad. Las fuentes antiguas conservadas (porque en los siglos que median entre él y nosotros se ha perdido una ingente cantidad de ellas) son limitadas y, al mismo tiempo, sumamente interesantes. Animo encarecidamente a los lectores a aprovechar las características (y en particular las carencias) de esta biografía como un estímulo para leer de primera mano los textos antiguos en los que se basa la historia de Pericles: de ese modo podrán llevar a cabo una crítica de su planteamiento y de sus conclusiones. Ese es mi deseo más ferviente, porque durante mucho tiempo la lectura de las fuentes antiguas de la historia de Grecia ha enriquecido mi vida de un modo muy particular.

La forma de abordar esas fuentes se fundamenta sobre la confianza en las evidencias que contienen —a menos que existan razones claras para rechazar su testimonio—: unas evidencias que me facilitan el contexto para interpretar la biografía de Pericles. Dado el público al que pretendo dirigirme y la brevedad de este libro, no ofrezco una crítica demasiado exhaustiva de esas fuentes, pese a reconocer que se trata de un procedimiento esencial para que los especialistas determinen la probabilidad de certeza o de error (e incluso de falacia) de los datos de que disponemos. La decisión de no detenerme con detalle en la crítica de las fuentes no será del gusto de muchos estudiosos. La información recogida en esta descripción de la vida de Pericles se basa en lo que considero una verosimilitud razonable de los datos. A lo que añadiría que no creo en el acierto de la metodología que lleva a descartar o despreciar las fuentes antiguas solo porque las conjeturas y afirmaciones modernas sobre cómo «debía» comportarse la gente en el pasado hagan de esa información algo poco creíble. Sin duda, las fuentes no presentan una imagen uniforme de Pericles y más de una vez son de difícil comprensión, ya que —por mencionar un solo motivo entre muchos— fueron escritas por personas

cuyas perspectivas y experiencias solían distar bastante de las nuestras. Con todo, dichas fuentes constituyen nuestra principal evidencia, y como tal las considero yo: como principal evidencia. Mi enfoque consistirá, en resumidas cuentas, en intentar contar la historia de la vida de Pericles tal y como emerge de la evidencia de las antiguas fuentes conservadas, sin entablar de modo explícito ningún debate con los estudiosos modernos, ni siquiera con los que aparecen citados en el texto. Esta característica del libro, que sé que no satisfará a algunos, significa que los lectores que deseen disfrutar de la ingente cantidad de sugerentes y valiosos estudios académicos sobre Pericles y sobre la historia de Atenas en el siglo v tendrán que acudir a otro sitio: por ejemplo, al listado de lecturas recomendadas añadido al final de esta obra. Y creo que conviene señalar que buena parte de los libros y artículos recogidos en ese listado cuestionan o descartan tanto mi planteamiento como mis conclusiones.

La variedad de enfoques sobre la vida de Pericles, la viveza de los detalles y, en muchos casos, unas opiniones sólidamente fundamentadas hacen fascinantes las fuentes conservadas que abordan su biografía. Muchos de estos estudios antiguos, disponibles en traducciones fácilmente accesibles, aparecen recogidos en el listado de lecturas recomendadas. Abundan en ellos los relatos de coraje y cobardía, de violencia y generosidad, de prodigios y misterios: toda clase de vidas vividas con intensidad y con pasión. Alguna vez mencionaré fuentes antiguas concretas o citas literales que abordan temas decisivos. A continuación, con el fin de destacar la importancia e interés de las fuentes antiguas que disponen de información abundante y son la base de las páginas que siguen, haré una breve introducción a las mismas.

La *Vida de Pericles* de las *Vidas paralelas* de Plutarco (que de ahora en adelante aparecerá citada como *Pericles*) es la única fuente antigua de que disponemos que ofrece información sobre él desde su nacimiento hasta su muerte. Entre Pericles y Plutarco, un aristócrata griego sólidamente instruido que vivió durante el imperio romano —entre los años 50 d.C. y 120 d.C.—, median aproximadamente cinco siglos. En esa época Grecia, la amada patria de Plutarco, llevaba mucho tiempo sometida a los romanos. La fama de Plutarco se debe sobre todo a sus *Vidas paralelas* —célebres por sus fascinantes anécdotas y sus exigentes lecciones morales—, que se contaban entre las lecturas favoritas de Shakespeare o de los fundadores de la república americana. Plutarco escribió también los *Moralia*, un extenso conjunto de tratados que exploraban una variedad de temas filosóficos, religiosos y personales. Todas sus obras revelan sus fabulosos conocimientos de la historia y la literatura anteriores a él. Plutarco suele mencionar o citar a autores cuyos textos ha leído minuciosamente y guardado en su memoria. De hecho, nos ha conservado muchos supuestos fragmentos (citas, comentarios y referencias) de «autores perdidos» muy relevantes para este período de la historia ateniense cuyas obras no han sobrevivido.

Plutarco elige a los protagonistas (masculinos) de sus biografías con el objetivo previo de comparar griegos y romanos, empleando un criterio personal que le lleva a descubrir en ellos aspectos relevantes compartidos y una similitud en los retos que afrontaron durante sus carreras públicas. De este modo, analiza cómo lograron —o no— alcanzar

unos altos estándares morales en el ámbito de sus ambiciones personales y de sus deberes hacia los demás. A la mayoría de ellos los presenta como hombres admirables y de grandes logros (aunque muy alejados de la perfección) cuyas características como gobernantes merecen ser imitadas. Su escrupulosa imparcialidad se extiende a los protagonistas de sus biografías cuya forma de vida nadie —a su juicio— debería emular, y nunca omite las buenas cualidades que suelen contener incluso los malos ejemplos. Está convencido de que no hay modo más eficaz de conseguir que los seres humanos aprendan cómo llevar una vida óptima y responsable que reflexionar sobre las experiencias de quienes se empeñaron en adecuar su vida a los niveles superiores de excelencia. Plutarco escribe sus biografías con el propósito de que en el futuro cualquiera pueda estudiar unas historias que sirven de estímulo para reflexionar sobre la propia vida y la mejor manera de vivirla.

La biografía paralela a la de Pericles es la del político y general del siglo III a.C. Fabio Máximo, cuyo éxito político durante la república romana culminó con el nombramiento de cónsul (uno de los dos miembros del consejo de funcionarios elegidos anualmente que ejercían como principales líderes de la república y generales del ejército). Fabio Máximo se hizo célebre durante la segunda guerra púnica (218-201 a.C.) al evitar la conquista y el saqueo de Roma a manos de Aníbal, el intrépido general de la ciudad norteafricana de Cartago. Ante el asombro de unos romanos presos del pánico, Aníbal y sus tropas invasoras cruzaron las cumbres nevadas de los Alpes, consideradas infranqueables, e invadieron Italia con intención de atacar el corazón del territorio romano. Cuando, tras las sucesivas masacres sufridas por los ejércitos romanos enviados a detenerlos, Aníbal y sus fuerzas cartaginesas se acercaron a Roma, la ciudad sufrió la mayor amenaza de su historia.

Fabio se ganó el título de «el Dilatador» (*cunctator*) con su estrategia de evitar una batalla a gran escala contra el ejército de Aníbal en territorio romano manteniéndose a la espera de su agresivo adversario y agotándolo con una guerra de desgaste. Pese a traicionar la tradición que animaba a los romanos al valeroso enfrentamiento con el enemigo, sus tácticas dilatorias fueron un éxito. Roma sobrevivió a los años de devastación que sufrió Italia a manos de Aníbal antes de desquitarse invadiendo el territorio del lado opuesto del Mediterráneo y logrando un triunfo decisivo: la primera conquista romana en ultramar. No obstante, Fabio no tuvo parte en la victoria definitiva de Roma sobre los cartagineses: el riesgo excesivo que a su juicio entrañaba aquella expedición en ultramar lo llevó a desaconsejar una guerra contra el norte de África. Murió en 203, tras el sombrío —por no decir trágico— broche que puso fin a su carrera.

Ateniéndose a la imparcialidad de su planteamiento biográfico, Plutarco destaca algunas de las debilidades y fracasos comunes a Pericles y a Fabio; pero, en conjunto, los presenta como exponentes de un ejercicio meditado y cauto de liderazgo en una época de enormes peligros. Según Plutarco, uno y otro demostraron idéntico valor en la guerra; y, al mismo tiempo, ambos generales tuvieron el acierto de evitar exponer a sus conciudadanos a peligros innecesarios en el campo de batalla. Plutarco concluye equiparando la excelencia (expresada con el término *areté*, que se suele traducir como

«virtud») que ambos cultivaron en su vida, en especial la «capacidad para asumir las imprudencias de sus pueblos y colegas en el mando» y el «autocontrol» y la «justicia» (*Pericles* 2).

En el griego original de Plutarco cada una de estas expresiones equivale a sendos términos: *praotes* y *dikaiosyne*. El empleo tan frecuente de una traducción única para ambas palabras menoscaba gravemente la compleja amplitud de sus significados. De hecho, traducirlas como «mansedumbre» y «justicia», las principales definiciones que resultarían de la búsqueda en un diccionario de griego clásico, induce a engaño. Uno de los propósitos de este libro consiste en intentar demostrar qué sentido atribuye Plutarco a estos términos tan complejos cuando los aplica a Pericles, sobre todo al exponer lo que, a su juicio, compone su psicología. Pericles aparece mencionado también en otras biografías de Plutarco que tienen como protagonistas a líderes famosos de la Grecia del siglo V, así como en varios tratados; menciones a las que aludiré siempre que amplíen la información contenida en su *Pericles*.

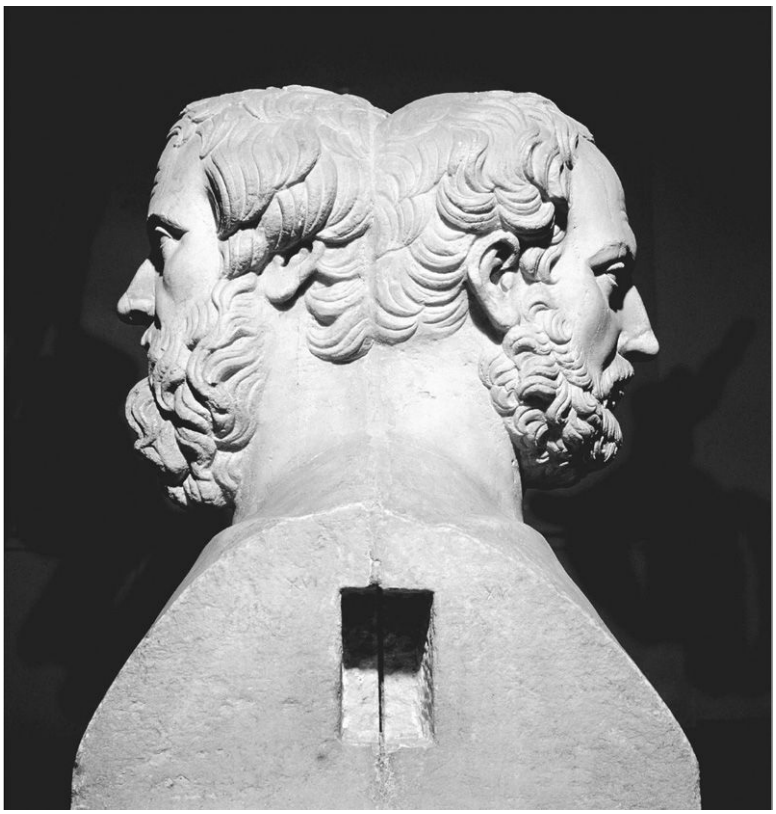


Figura 3. Busto doble de los historiadores Heródoto y Tucídides. Universal Images Group / Art Resource, NY.

Ni siquiera Plutarco nos ofrece muchos detalles de los primeros años de la vida de Pericles, pero sí recoge el sueño de Agarista y unas palabras acerca de su padre, un héroe de guerra, así como el papel decisivo que desempeñó su familia materna a finales del siglo VI en la expulsión de los tiranos atenienses y la instauración de la democracia. Lo más probable es que tomara de Heródoto el relato del sueño. La *Historia* de Heródoto, cuya obra data de finales del siglo V, cambió para siempre la historiografía: se trata de un rico y colosal relato que estudia el contexto y los acontecimientos de las guerras médicas

(entre los años 90 y principios de los 70 del siglo V). Nacido en la ciudad de Halicarnaso (hoy en el sudoeste de Turquía), los conflictos políticos de su patria lo obligaron a pasar su vida en el exilio, que aprovechó para viajar y entrevistar a personajes de todo el mundo mediterráneo. Aunque su obra solo menciona a su contemporáneo Pericles en una ocasión (VI, 131, el relato del sueño), la narración nos ofrece el mejor testimonio de las hostilidades con Persia que acompañaron los primeros quince o veinte años de la vida de Pericles. Heródoto recoge un vívido relato repleto de acción sobre el conflicto que enfrentó al imperio persa con una alianza de treinta y un estados griegos de la que formaba parte Atenas. Su *Historia* es también la principal fuente conservada de la historia familiar de Pericles previa a su nacimiento. Por eso los primeros capítulos de esta biografía recurren por extenso a los libros V-IX de la *Historia* de Heródoto (las secciones internas o «capítulos» de las obras de la antigüedad suelen conocerse como «libros»).

La *Historia de la guerra del Peloponeso* es hoy —junto con la biografía de Plutarco— la fuente a la que se suele acudir con más frecuencia para conocer la historia de la época de Pericles y, sobre todo, su implicación en los acontecimientos que provocaron el conflicto. Entre los años 440 y 430 (el momento culminante de la carrera de Pericles como gobernante de Atenas), Tucídides ya había entrado en la edad adulta y vivió al menos hasta el final de la guerra, en 404. Miembro de una familia acomodada como la de Pericles, Tucídides fue elegido para ocupar el cargo público más importante de la Atenas democrática y sirvió como general en los inicios de la guerra cuya historia se encargó de redactar. Su relato se extiende hasta los acontecimientos de 411, año en el que el texto se interrumpe bruscamente por razones que ignoramos. La *Historia* de Tucídides fue el principal y primer texto histórico de la historia antigua de Grecia focalizado en la época contemporánea a su autor. El penetrante análisis de las duras realidades de la guerra y de sus terribles consecuencias físicas y emocionales en la población, expresadas con un estilo impactante —y a veces complejo— que incluye discursos puestos en boca de personajes destacados, ha hecho de su obra un clásico de la literatura histórica y de las ciencias políticas. Y Plutarco la conocía en profundidad.

Gracias a la experiencia directa del campo de batalla que le proporcionó su cargo de general, Tucídides contaba con un conocimiento privilegiado del funcionamiento interno de la política de Atenas y del clima emocional de sus ciudadanos, sometidos a la tensión de la guerra. También fue un ejemplo drástico de la respuesta negativa que podía esperar cualquier alto funcionario ateniense que no estuviera a la altura de las expectativas de sus conciudadanos. Cuando en el año 424 el enérgico general espartano Brásidas venció en el norte de Grecia a las tropas mandadas por Tucídides (a quien no se puede atribuir una responsabilidad directa en tan grave derrota), sus conciudadanos castigaron su revés militar con un exilio de veinte años. Como contaba con recursos económicos suficientes para viajar de forma segura a cualquier destino, incluso en pleno conflicto internacional, Tucídides se dedicó a visitar todos los escenarios de la guerra, observando y conversando con los integrantes de uno y otro bando.

El relato de Tucídides, basado en esa investigación en primera persona, ofrece una narración siempre incisiva de los acontecimientos y los motivos. Sus dos primeros libros (de un número total de ocho), que recogen la historia cargada de conflictos de los asuntos internacionales de Atenas durante el más de medio siglo que siguió a las guerras médicas, documentan de forma dramática la postura inflexible de Pericles respecto a la política exterior ateniense durante el estallido y los años iniciales de la guerra del Peloponeso. El testimonio —en ocasiones conciso y telegráfico— de los capítulos sobre la historia comprendida entre los años 480 y 430, denominada Pentecontecia («período de cincuenta años») por los estudiosos, resulta fundamental para cualquier análisis de la política exterior que acompañó la carrera de Pericles. Por desgracia, esos capítulos solo mencionan su papel en unos acontecimientos tan controvertidos a partir del relato de los inicios de la guerra del Peloponeso.

Llegado a ese punto, Tucídides combina la descripción de los hechos con su versión de los persuasivos discursos que pronunció Pericles durante un período tan tenso como el que precedió a la guerra y los posteriores conflictos iniciales. Posiblemente Tucídides escuchó hablar a Pericles: la espléndida reconstrucción de sus argumentos que lleva a cabo el historiador nos ofrece el único relato exhaustivo en que un contemporáneo expone el criterio de Pericles en dos temas decisivos. En primer lugar, Tucídides recoge su insistencia en el deber de los atenienses de no doblegarse ante las amenazas de los espartanos, en quienes —como repite una y otra vez— es absolutamente imposible confiar, así como la necesidad de adoptar su arriesgada estrategia de pensar en Atenas «como una isla» para lograr la derrota definitiva del enemigo. El Pericles que nos presenta Tucídides en segundo lugar describe los recursos materiales y las características sociales y políticas de Atenas que, según él, permitirán su subsistencia como estado libre e independiente mediante una guerra de desgaste que agote al enemigo. Al igual que el general romano Fabio Máximo, su pareja en las *Vidas paralelas* de Plutarco, Pericles intenta proteger a su patria con una estrategia de desgaste de un enemigo a quien no cree posible vencer en un enfrentamiento directo en el campo de batalla.

Tucídides concluye con un juicio explícito acerca de Pericles, a quien considera el gobernante más influyente de la Atenas democrática: alguien que supo ver lo que debía y no debía hacer Atenas para imponerse en la guerra del Peloponeso. Como hemos señalado antes, una de sus frases más célebres sintetiza lo que es, en su opinión, el papel claramente dominante de Pericles: «Aquello era de nombre una democracia, pero, en realidad, un gobierno del primer ciudadano» (II, 65, 9; el término griego *arché*, que se suele traducir como «gobierno», posee una raíz semántica cuyo significado literal es «estar a la cabeza de»). El testimonio contenido en los brillantes discursos que Tucídides pone en boca de Pericles es decisivo para el capítulo que pone fin a esta biografía, motivo por el cual aparecen recogidos con detalle. ¿Cómo es posible —nos preguntaremos— que un solo gobernante lograra tanto poder e influencia en una democracia directa famosa (y a veces denostada) por su confianza en un gobierno asambleario y por su hostilidad frente al poder único? ¿Qué conclusiones podemos

extraer acerca del acierto de las políticas que con tanta vehemencia propone Pericles a los ciudadanos de Atenas con sus dramáticos y eficaces discursos?

Únicamente conservamos otra fuente literaria contemporánea a Pericles que contiene un testimonio directo sobre él: se trata, sin lugar a dudas, del testimonio acerca de su carácter y su carrera más pintoresco de la Antigüedad. Nos referimos a las obras cómicas de ese género teatral innovador que los especialistas denominan la comedia antigua ateniense. Al igual que las tragedias (las obras dramáticas que hicieron célebre a Atenas por su riqueza cultural), las comedias eran producciones teatrales a gran escala representadas en el transcurso de grandes festivales nacionales que se subvencionaban con fondos públicos y en los que los autores se disputaban el primer premio a la mejor obra dramática. La comedia antigua, con sus tramas ficticias y las continuas burlas que sufrían tanto quienes aparecían en escena como los integrantes del auditorio, la comedia antigua llevaba a cabo una vigorosa sátira de los gobernantes políticos y de las convenciones sociales atenienses. A veces los insultos tomaban una forma obscena. El único autor cuyo corpus de comedias conservamos íntegro es Aristófanes. De las obras perdidas de tantos otros comediógrafos solo nos han llegado citas aisladas y algunos párrafos, lo que las convierte en las denominadas «fuentes fragmentarias». Muchos de esos «fragmentos» aparecen recogidos en el *Pericles* de Plutarco.

Como muchos otros políticos destacados que se convirtieron en blanco de esas burlas, Pericles fue víctima de las abiertas críticas de Aristófanes y de sus colegas, que lo acusaban de haberse convertido en un tirano con una influencia excesiva sobre las decisiones tomadas por el gobierno democrático de los atenienses. Pericles sufrió las invectivas del poeta cómico Teleclides ya en los años 440. Hacia 430 Hermipo y Cratino siguieron esa misma línea crítico-satírica, cuyo aguijón alcanzó tales proporciones que alguien tan preocupado por su imagen pública como Pericles no tendría más remedio que considerar penoso. Especialmente Cratino ridiculizó a aquel tirano que, según él, se comportaba como el rey de los dioses: sus obras no renunciaron a esas invectivas verbales hasta al menos principios de los años 420, durante los inicios de la guerra del Peloponeso de cuyo comienzo Cratino culpaba a Pericles. En esa misma década, una vez desaparecido Pericles, se representaron las comedias de Aristófanes, quien lo sometió también a una cáustica crítica acusándolo de haber promovido la guerra en interés propio. Los poetas cómicos Platón y Eupolis, a su vez, lo mencionan en sus obras de tintes políticos representadas durante las décadas que duró la guerra del Peloponeso. Decidir qué uso hacer del escarnio sufrido por Pericles en los escenarios públicos es, evidentemente, algo decisivo para cualquier análisis de su reputación y su ascendiente como gobernante.

Sabemos que hubo otros autores contemporáneos que proporcionaron información acerca de Pericles, en particular Ion de Quíos y Estesímbroto de Tasos, de cuyas obras, por desgracia, solo han sobrevivido algunos fragmentos. Al parecer, los dos criticaron y ridiculizaron a Pericles; pero la pérdida casi absoluta de las escenas cómicas en las que este interviene impide entender el trato global que recibió de ellos.

Otras dos obras no contemporáneas a Pericles ofrecen una narrativa especializada que aborda sus años de vida. La más temprana, la *Constitución de los atenienses*, se ha atribuido a Aristóteles, el famoso filósofo y científico del siglo IV que se trasladó a Atenas con el propósito de dirigir una academia masculina de alumnos con recursos y tiempo suficientes para recibir una educación superior. Fruto del trabajo de investigación de esos alumnos nació esta obra sobre la historia política y la estructura constitutiva de la Atenas contemporánea que forma parte de un colosal proyecto de documentación acerca de los sistemas políticos de más de 150 estados griegos. La primera parte de la *Constitución* examina el desarrollo político de Atenas hasta la restauración de la democracia que siguió a la guerra civil de los años 404-403. Entre sus principales temas figura el permanente conflicto entre los atenienses que defendían la democracia y los contrarios a ella. Pericles aparece caracterizado como un «gobernante del pueblo» que hizo más democrática a Atenas pese a la oposición de la aristocracia (*Constitución* XXVII).

La otra fuente narrativa especializada no contemporánea a Pericles es el griego Diodoro de Sicilia, autor de la exhaustiva *Biblioteca histórica* del siglo I a.C., cuando Grecia ya llevaba un siglo bajo el dominio de Roma. La extensa obra de Diodoro pretende trazar una historia universal del mundo mediterráneo y del sudoeste asiático y su entorno que llega hasta sus propios días. La mayoría del texto se ha perdido, pero afortunadamente conservamos su descripción de buena parte del siglo V, que se inicia con la invasión persa de la Grecia continental en 480 y se prolonga hasta finales de siglo (*Biblioteca*, libros XI-XIV). La información que ofrece Diodoro no aparece en ninguna otra fuente conservada. Aun así, al lado de Plutarco y Tucídides, Diodoro no dice mucho acerca de Pericles.

Existen otras obras de la antigüedad grecorromana que contienen algunos testimonios en torno a Pericles y que forman parte de una literatura tan variada como los complejos diálogos del célebre filósofo ateniense Platón (escritos en la primera mitad del siglo IV), la entretenidísima colección de perlas de la historia de la cultura recogida por Ateneo (en torno al año 200 d.C.) y las biografías de pensadores y filósofos famosos que escribió Diógenes Laercio en la primera mitad del siglo III d.C.: testimonios todos ellos compuestos exclusivamente de unas cuantas anécdotas y comentarios acerca de Pericles, y no de relatos consistentes.

En otra categoría de testimonios literarios relevantes para una biografía de Pericles figuran algunas obras anteriores a él y a sus contemporáneos que los atenienses reconocían como fundamento de la identidad griega en general y de la ateniense en particular. Encabezan esa lista los colosales poemas del siglo VIII de Homero, que ahondan en asuntos complejos de la conducta humana: desde el empeño con que los hombres y las mujeres pueden y deben buscar la excelencia y gestionar el fracaso, hasta la relación que debe unir a los hombres con los dioses, cuyo impacto en la vida personal se consideraba tan decisivo, aunque a veces resultase severo y difícil de entender. Eran tantas la fama y la popularidad de Homero que sus intérpretes podían ganarse la vida actuando en recitales públicos y privados. En tiempos de Pericles todo el mundo conocía

también los brevísimos relatos de animales dotados de habla recogidos en las *Fábulas* de Esopo: sus moralejas constituían una parte esencial de la educación de los niños y en las comedias de Aristófanes se alude con frecuencia a ellas. No hay en este libro espacio suficiente para exponer con detalle la posible influencia que Homero y Esopo ejercieron en Pericles, pero tanto él como sus contemporáneos conocían bien las obras de ambos. Quienes se sumerjan en su lectura entenderán mucho mejor el legado del contexto de pensamiento en el que creció Pericles.

De las tragedias escritas en Atenas en vida de Pericles se deriva una fuente de información indirecta sobre el contexto cultural que lo rodeó. Estas obras contienen un complejo examen de la moral y los conflictos humanos. Las que han sobrevivido continúan siendo clásicos de la literatura universal. Aunque fueron muchos los trágicos que vieron representadas sus obras en los escenarios de Atenas, solo se conservan intactas algunas de las escritas por Esquilo, Sófocles y Eurípides. La interpretación de las tragedias, cuyos argumentos y personajes abordan problemas vitales y pluridimensionales carentes de una solución evidente, es motivo de debate entre los estudiosos de la literatura y la política. En ellas lo bueno y lo malo no aparece fácil ni nítidamente delineado, tanto si las cuestiones y los conflictos que plantean conciernen a los actos y a la responsabilidad individuales como a las necesidades y los deseos de la comunidad. Esquilo y Sófocles tuvieron una relación directa con Pericles; en su juventud, este último patrocinó una tragedia de Esquilo basada en la batalla de Salamina que se libró en las guerras médicas y, ya en la cima de su carrera política, fue elegido general junto con Sófocles para dirigir un polémico ataque contra Samos, antigua aliada de Atenas. La extensión de este libro no permite abrir el minucioso debate que merecen estas obras, lo que proporciona a los lectores mayor motivo aún para conocer de primera mano unos textos tan sugerentes como estos.

Otra categoría diferente de referencias textuales indirectas es la de los controvertidos pensadores y maestros del siglo v conocidos por los griegos como sofistas (término aplicado a los «sabios»), a quienes hoy en día se suele considerar los primeros filósofos griegos. Los ejercicios mentales de estos intelectuales especulaban con la naturaleza del universo en el ámbito micro y macrocósmico. Eran muchos los que consideraban peligrosas sus conclusiones: aparentemente, sus teorías negaban la realidad divina y, por lo tanto, suponían una amenaza para una religión tradicional en la que los dioses eran protectores de las comunidades a las que, por un lado, prodigaban sus favores y, por otro, estaban dispuestos a castigar si se mostraban claramente irrespetuosas con su divina majestad. Por otra parte, los sofistas dominaban la argumentación y, a cambio de una generosa retribución, enseñaban a sus alumnos el arte de la persuasión. De ahí que muchos temiesen el daño que los hombres más adinerados, instruidos por estos especialistas en una retórica convincente, podían infligir a la sociedad ganando cualquier debate sin ceñirse al derecho o a la justicia.

Uno de los sofistas más controvertidos, Anaxágoras de Clazomene (ciudad del sudoeste de Asia que hoy es Turquía), fue maestro y buen amigo de Pericles y ejerció sobre él una poderosa influencia. La relación que los unía generó un agrio resentimiento

hacia Pericles. Delimitar el contexto de su formación intelectual exige examinar los testimonios conservados en una variedad de textos que abordan las ideas más cuestionadas de Anaxágoras y de otros eminentes sofistas que residieron en Atenas durante la carrera de Pericles. Los lectores deben tener en cuenta que la incierta cronología de las carreras de los sofistas conocidos por Pericles nos impide saber con exactitud en qué etapa de su vida se produjo ese estrecho contacto. La conclusión que ofrezco aquí —descartada por muchos expertos— es que probablemente Pericles ya había recibido la influencia de estos pensadores a mediados de siglo, cuando su oratoria empezó a demostrarse tan eficaz durante los polémicos debates en torno a la política democrática de Atenas. En cualquier caso, si mi conclusión no fuese acertada, adelantar ese análisis nos ayuda a esclarecer un aspecto tan esencial como son los rasgos específicos de las técnicas oratorias desarrolladas por Pericles mediante el estudio y la práctica.

Además de los textos literarios, los documentos inscritos y exhibidos a la vista del público por el gobierno democrático ateniense en el siglo v constituyen una fuente de información contemporánea sobre la historia de Atenas especialmente valiosa, aunque no por ello dejan de representar un reto. Dichas inscripciones, grabadas en piedra y situadas en puntos muy transitados del centro de la ciudad, recogían las decisiones tomadas por los ciudadanos reunidos en la asamblea democrática de Atenas para facilitar que cualquiera pudiera leerlas y someterlas a consideración. El paso del tiempo ha causado estragos en la mayoría de ellas y más de una vez ha sido imposible recuperar las palabras exactas o datarlas con precisión. Las que se han reconstruido y fechado con certeza ofrecen un testimonio contemporáneo que arroja extraordinarias luces, especialmente en lo concerniente a las relaciones casi siempre conflictivas de Atenas con sus aliados (y miembros del imperio ateniense). De ahí la importancia de dichos documentos a la hora de estudiar el desarrollo y los cambios llevados a cabo por el poder ateniense en el manejo de otros estados griegos. No obstante, la mayoría de esas célebres inscripciones no nos ofrecen una evidencia directa de la postura que mantuvo Pericles respecto a los asuntos que han quedado recogidos en ellas. De hecho, su nombre no aparece en una sola inscripción de la Atenas del siglo v (aunque sí parece insinuarse en algunas piedras restauradas). Además, es perfectamente posible que los textos más controvertidos a los que se recurre para defender la idea de que los atenienses desarrollaron un imperio pertenezcan a la época de la guerra del Peloponeso que siguió a la muerte de Pericles. Como hemos señalado antes, este libro pretende ser una biografía y no una historia de la Atenas del siglo v, por lo que dichas inscripciones saldrán a la luz únicamente cuando sean particularmente relevantes en relación con los temas más polémicos que suscita el liderazgo de Pericles dentro del contexto del imperio ateniense.

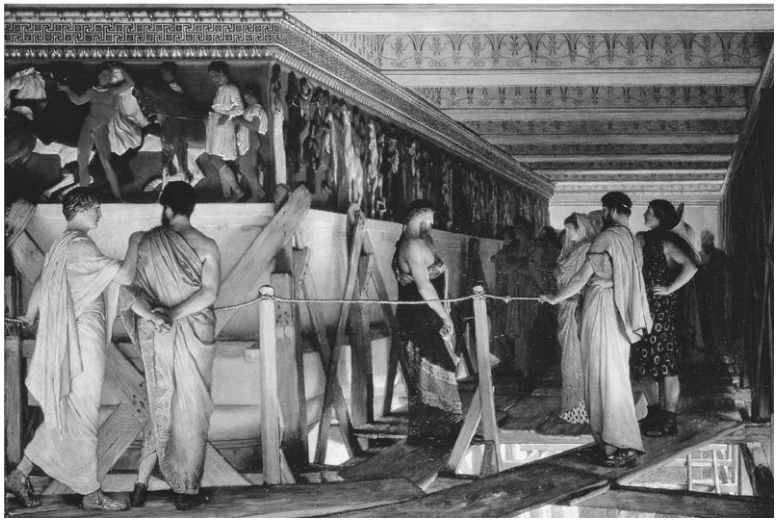


Figura 4. Pericles y Aspasia contemplando el friso del Partenón. Cuadro de Alma-Tadema. © DeA Picture Library / Art Resource, NY.

El arte y la arqueología del siglo v ateniense constituyen la última fuente destacable para una biografía de Pericles. Las esculturas idealizadas y la soberbia arquitectura de los principales edificios públicos del Siglo de Oro despertaron una entusiasta admiración en la Antigüedad; y ni siquiera hoy, pese a su estado ruinoso, han perdido su capacidad de suscitar asombro. Ninguno es más famoso que el Partenón: el templo de mármol profusamente decorado y descomunalmente costoso edificado sobre la escarpada planicie de la acrópolis de Atenas, que se alzaba muy por encima del centro urbano y servía como núcleo sagrado de la ciudad, era visible a mucha distancia. El Partenón era una espléndida morada dedicada a la diosa Atenea, de cuya protección y favor gozaban los atenienses, quienes emplearon los detalles artísticos de aquel templo gigantesco para proclamar su superioridad sobre el resto del mundo. Pericles estuvo directa y estrechamente implicado en un proyecto de construcción que se prolongó durante quince años; quizá su papel como supervisor de las obras del Partenón sea la principal contribución a su inmensa fama desde la Antigüedad hasta hoy.

Como hemos dicho antes, la construcción del Partenón alimentó las críticas de los rivales políticos de Pericles, quienes lo acusaron de desviar el dinero de los aliados para financiar un despilfarro innegablemente espectacular, pero de una arrogancia insultante. Además, su estrecha amistad con el responsable del diseño del templo, el escultor Fidias, puso a Pericles en apuros. Como ocurrió con Anaxágoras y con Aspasia, esa relación lo sumergió de lleno en una importante y peligrosa controversia cuando Fidias fue acusado de haber sustraído del proyecto materiales costosos y de practicar un arte sacrílego que ofendía a la diosa. De ahí que uno de los temas de esta biografía consista en examinar, al menos brevemente, la controversia en torno al edificio más famoso del siglo v ateniense y a las construcciones vinculadas a él.

Estas son las principales fuentes empleadas para relatar cómo alcanzó Pericles la madurez y cómo fue forjando su carrera hasta convertirse en el «primer ciudadano» de Atenas. En la interpretación de la vida de Pericles que ofrece este libro los orígenes de

los aspectos fundamentales que caracterizan sus políticas de gobierno se remontan a acontecimientos ocurridos mucho antes de su nacimiento, por lo que me dispongo a continuación a escarbar en esas raíces.

Mapa 1. Grecia y El Egeo
Propiedad de Cambridge University Press

Mapa 2. El Peloponeso y Grecia Central
Propiedad de Cambridge University Press

[1] De aquí en adelante, todas las fechas recogidas en el libro son anteriores a la era cristiana, a no ser que se indique lo contrario.

1.
La célebre historia familiar de la madre de Pericles

COMO ERA HABITUAL EN LOS PARTOS de la antigua Grecia, Agarista dio a luz a su segundo hijo rodeada de mujeres. Las madres traían a sus hijos al mundo en sus propias casas sin que hubiera un solo hombre presente en la habitación. También en la vida diaria las mujeres de la familia y las esclavas domésticas controlaban determinadas zonas de la casa que se consideraban vedadas a los varones. El trato de los antiguos padres griegos con los recién nacidos era relativamente escaso, aunque al cabeza de familia le asistía el derecho legal de repudiar al niño y de negarse a educarlo si lo creía ilegítimo. Cuando alguien daba un paso tan radical (y extraordinario), su decisión anulaba el estatus de ciudadano libre de ese niño indefenso y lo condenaba al abandono en plena calle, a disposición de quien lo encontrase para venderlo o utilizarlo como esclavo.

Tanto la historia familiar como las relaciones personales ejercían una poderosa influencia sobre las vidas de los atenienses: los recién nacidos se integraban en un mundo en el que las decisiones de las que dependía su estatus se tomaban en el mismo momento en que abandonaban el vientre de su madre y se prolongaban hasta la edad adulta: ¿realmente eran vástagos del padre?; ¿se reconocería su legitimidad y crecerían como miembros libres del hogar familiar?; ¿los aceptaría la asociación de herederos (*fratría*) que determinaba su rango social?; y, por último, al final de la adolescencia ¿los reconocerían como ciudadanos de pleno derecho los miembros de la circunscripción local (*demo*) a la que había pertenecido siempre la familia de sus padres? (El conjunto del estado democrático ateniense estaba formado por unos 130 o 140 demos independientes). Eran la familia, los parientes y los vecinos de los niños quienes dictaban sentencias tan definitivas como estas: el gobierno central no solía involucrarse en las decisiones que condicionaban la vida y definían el estatus individual de libre o esclavo, de ciudadano o extranjero.

Cerca de una semana después del nacimiento de su hijo, el padre de Pericles cumplió con la tradición de tomar en brazos al recién nacido y dar varias vueltas alrededor del fuego del hogar. Después ofreció el sacrificio que certificaba la legitimidad del niño y su acogida en el seno de la familia. La gozosa ceremonia fue seguida de un banquete tradicional compartido con la familia y cuyo menú incluía pulpo y calamares. A los pocos días, como dictaba la costumbre, los padres anunciaron públicamente el nombre de su hijo varón. Al llamarlo Pericles no hacían sino manifestar su confianza en el futuro de aquel miembro de una familia ilustre y adinerada, al tiempo que lo vinculaban al

pasado: la partícula *–cles* del nombre «Pericles» procede de la palabra griega *kleos*, que significa la «fama del héroe», un término conocido desde la poesía de Homero con el que se expresaba el objetivo de los guerreros legendarios de ganarse una reputación imperecedera de excelencia. Unida a *–peri*, *–cles* compone un nombre cuya traducción aproximada equivaldría a «de gran fama» o «rodeado de fama». A juzgar por los testimonios conservados, el hijo de Agarista fue el primer ateniense que recibió ese nombre. (Antes aparece recogido en la poesía lírica de Arquíloco, natural de la isla de Paros).

La fama a la que se refería el nombre de Pericles residía sobre todo en la línea materna, cuya historia estaba salpicada de antepasados célebres. Las fuentes conservadas no ofrecen una identidad ni una cronología exactas de los miembros más antiguos de la familia de Agarista y la reconstrucción del árbol familiar que presentamos aquí es motivo de debate. Pero, afortunadamente, la visión general no deja lugar a dudas: la familia de la madre de Pericles era tan notoriamente selecta como notoriamente controvertida.

Conocida como los Alcmeónidas («descendientes de Alcmeón»), la tradición afirmaba que sus orígenes se remontaban a Néstor de Pilos (en el oeste del Peloponeso), un anciano héroe que la *Ilíada* califica de sabio consejero del ejército griego durante el sitio de Troya. Aun así, lo que hacía más conocidos a los Alcmeónidas en Atenas eran una larga controversia cuyas raíces se extendían hasta el siglo VII y el violento resultado de un intento de conspiración política para controlar Atenas protagonizada por los ciudadanos más poderosos. El hecho de que en el siglo V tanto Heródoto (*Historia* V, 71) como Tucídides (*Historia* I, 126) den cuenta de él y de las amargas consecuencias de su violencia —que aún coleaban en tiempos de Pericles— demuestra la persistencia de este episodio en la memoria de los griegos.

Ambos historiadores documentan que fue Cilón de Atenas quien suscitó el golpe de estado. Cilón se convirtió en una celebridad internacional en torno al año 640, después de ganar una carrera en los juegos olímpicos. Ese éxito fulgurante le sirvió para obtener de Teágenes, gobernante del estado de Mégara (en el límite occidental de Atenas), la autorización para casarse con su hija (era deber del padre concertar el matrimonio de sus hijas). La esposa extranjera de Cilón pertenecía al rango superior de la sociedad griega, ya que su padre ejercía el cargo supremo de tirano. En la antigua Grecia los tiranos eran autócratas que no habían seguido el procedimiento habitual para acceder a su cargo (o que habían utilizado para ello medios ilegítimos) a diferencia de los reyes —cuya legitimidad política estaba garantizada por herencia— o de los altos funcionarios de un gobierno oligarca o democrático, que ocupaban sus cargos después de haber sido elegidos por sus iguales políticos.

En la antigua Grecia la denominación de tirano aplicada a un gobernante no implicaba automáticamente —como ocurre hoy en día— el empleo de la coacción y la violencia en interés propio. En ocasiones los tiranos griegos gobernaban con cierta moderación y sus medidas populistas promovían cambios dirigidos a mejorar la suerte de los ciudadanos con menos recursos. No obstante, con el tiempo el intento de perpetuar el gobierno de la

familia de generación en generación convirtió a la mayoría de las tiranías griegas en dictatoriales. En toda tiranía, por benigna que fuera, quienes compartían con el tirano la pertenencia a la élite social de la comunidad aborrecían estar bajo su control y solían conspirar para socavar su posición. De ahí que los tiranos emplearan sus recursos para establecer sólidos vínculos con gobernantes y familias influyentes de otros lugares. Los tentáculos de poder de la aristocracia de la antigua Grecia traspasaban los límites de los lazos políticos locales y étnicos (igual que las relaciones internacionales que forjan las megaempresas modernas sirven para incrementar sus beneficios y su influencia). Así pues, la célebre victoria atlética de Cilón y la situación acomodada de su familia ateniense (en aquella época los vencedores olímpicos pertenecían a la élite social) hicieron de él una opción atractiva para Teágenes, quien con el matrimonio de su hija creaba una alianza mutuamente provechosa.

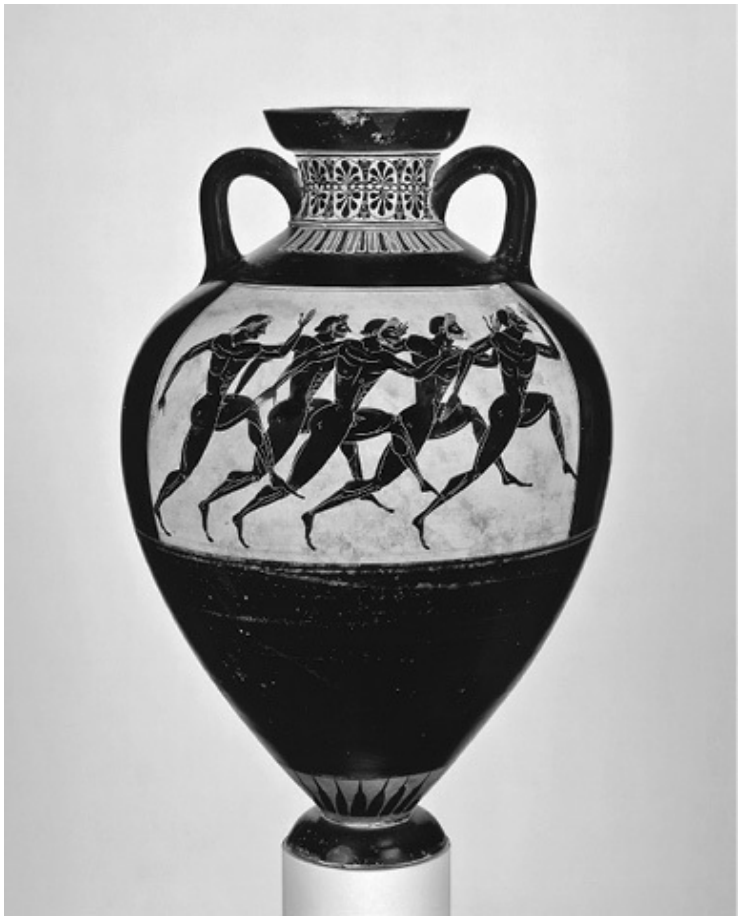


Figura 5. Escena de una carrera masculina. Vasija griega. © Museo Metropolitano de Arte. Fuente: Art Resource, NY.

Con el nuevo estrellato y su prestigioso matrimonio a Cilón se le subieron los humos a la cabeza y tramó una conspiración contra su patria. Quizá fue su suegro el que alentó en él un proyecto tan osado, ya que Mégara no solía mantener buenas relaciones con la vecina Atenas. Respaldado por un círculo de jóvenes reclutados tanto en Mégara como en Atenas, en torno al año 632 Cilón lanzó un ataque sorpresa para hacerse con el

control de la acrópolis ateniense e instaurar una tiranía similar a la de su suegro. El intento de traición fracasó cuando los atenienses acudieron en masa al centro de la ciudad para enfrentarse a los conspiradores. Hasta donde las fuentes nos permiten entrever, los ciudadanos unieron sus fuerzas espontáneamente y arriesgaron sus vidas con tal de impedir que un único hombre se impusiera violentamente sobre ellos, tanto en el plano personal como colectivo: un indicio significativo del sentido solidario que ya en fechas tan tempranas animaba a las masas atenienses cuando estaba en juego su libertad política, fundamento de la identidad nacional.

La respuesta de Atenas obligó a rendirse a Cilón y a sus conspiradores, que se apiñaron junto a una estatua de la diosa Atenea, asegurándose así su protección. Los funcionarios del gobierno allí presentes —los magistrados elegidos anualmente conocidos como arcontes— prometieron a los jóvenes no darles muerte si se apartaban de la imagen sagrada y los acompañaban. Los conspiradores accedieron. Aún seguían aferrados a los altares del santuario en el que se habían refugiado aterrados cuando fueron ejecutados. Ni Heródoto ni Tucídides mencionan el cómo o el porqué de aquel sangriento desenlace. Lo que sí está claro es que más de uno consideró un grave delito que los oficiales hicieran uso de la fuerza y arrancasen con violencia a los suplicantes de la protección divina antes de matarlos, por mucho que la traición de los conspiradores mereciese un castigo. Sus muertes violaban un juramento y constituían una acción impía, una ofensa grave a los dioses.

Según la tradición religiosa de los griegos, esta clase de crimen impío atraía una maldición sobre los responsables del delito, cuya presencia en la comunidad generaba una mancha que, en caso de no borrarse, significaba una peligrosa amenaza para toda la población. Los dioses, decían, castigarían a toda comunidad que albergara a un solo individuo relacionado con tamaño ultraje a la majestad divina. La historia de Edipo, rey de Tebas, que hicieron célebre las tragedias de Sófocles proclamaba alto y claro esta verdad y, al mismo tiempo, demostraba que la fuerza destructora de la maldición podía durar indefinidamente, como ocurrió en el caso de Pericles.

Mucho tiempo después, la maldición acabaría repercutiendo en él, ya que Megacles, uno de los funcionarios que gobernaba Atenas durante el episodio de Cilón, pertenecía a la familia de los Alcmeónidas. Tras la ejecución de los conspiradores suplicantes, los atenienses manifestaron un odio y un miedo tan intensos hacia la familia de Megacles que todos sus miembros fueron expulsados de sus hogares y enviados al exilio, y los huesos de sus difuntos se desenterraron para arrojarlos fuera del territorio ateniense. Desde aquel antepasado de su madre del siglo VII hasta el siglo V en que vivió Pericles, la familia Alcmeónida seguía en la memoria de todos —o al menos en la de los rivales de su poder y su riqueza— por la mancha de los sacrílegos asesinatos de los conspiradores dirigidos por Cilón. Los enemigos de los Alcmeónidas no olvidaron nunca la maldición de los dioses recaída sobre Megacles y su descendencia, quienes representaban un peligro para la comunidad.

El hecho de que los Alcmeónidas reaparecieran en escena relativamente pronto demuestra que no todos los atenienses los consideraban culpables de un delito contra la

religión. En torno al año 595, un hijo de Megacles, el general ateniense Alcmeón (el primer miembro de la familia con ese nombre aparece sólidamente documentado en la historia), se distinguió por su papel en lo que recibió el nombre de primera guerra sagrada, librada —según los atenienses— para vengar los sacrilegios cometidos por otros griegos contra el oráculo de Delfos, el santuario del dios Apolo que gozaba de fama internacional. Situado en el centro de Grecia, este lugar sagrado atraía a peregrinos de todo el mundo mediterráneo deseosos de obtener una respuesta del dios a través de su profetisa. Los particulares hacían cola para plantearle preguntas sobre su vida privada tales como «¿me casaré con este o aquel?» o «¿debo partir de viaje?»; los emisarios enviados por gobiernos y dirigentes le consultaban sobre asuntos políticos tan apremiantes y decisivos para ellos y sus comunidades como «¿es el momento de declarar la guerra a nuestros enemigos?», o bien: «¿Qué sacrificios debemos ofrecer para aplacar la ira de los dioses desatada contra nosotros?».

Quizá Alcmeón obtuvo el cargo de general porque, pese a vivir en el exilio, conservaba una influencia suficiente entre algunos de sus compatriotas para que le recordaran sus deberes militares cuando los atenienses, envueltos en un conflicto de alto riesgo del que dependía ganar o perder el favor de los dioses, necesitaron generales de primer orden. El éxito de la misión de Alcmeón logró que buena parte de los atenienses vieran en el servicio que había prestado a Apolo la expiación exigida por el supuesto crimen cometido por su familia contra los dioses durante la conspiración de Cilón, lo que permitió el regreso de los Alcmeónidas a sus hogares. Es posible que en los juegos olímpicos de 592 Alcmeón ganara la carrera de cuadrigas; la victoria conseguida en el principal evento del festival internacional convirtió a Alcmeón en una celebridad nacional. Aun así, los rivales de su familia no permitieron nunca que la historia de la maldición heredada por los Alcmeónidas cayera en el olvido. Pericles debió de conocer a través de sus padres el amargo peso de esa acusación de impiedad heredada; e hicieron bien en prevenirle, porque —como veremos— ese peso acabó recayendo sobre él mucho después, durante el conflicto con Esparta que encendió la mecha de la guerra del Peloponeso a finales de la década de los 30.

Otra de las historias que sin duda tuvo que escuchar Pericles fue el asombroso relato de la inmensa fortuna familiar reunida por Alcmeón: una historia legendaria que empezó cuando este empleó sus contactos para prestar un servicio a los funcionarios de Lidia (una región que no formaba parte de Grecia situada en lo que hoy es el oeste de Turquía), enviados por su rey a Delfos para consultar el oráculo de Apolo. Según Heródoto, el rey de Lidia era Creso (aunque los especialistas modernos se inclinan por considerar más probable que en aquella época reinara Aliates, su padre). Hoy en día Creso sigue siendo célebre por su papel protagonista en la expresión moderna «tan rico como Creso», alusiva a la inmensa riqueza del rey, documentada históricamente.

Cuenta Heródoto que, cuando Creso se enteró de la ayuda prestada por Alcmeón a sus representantes en Delfos, invitó al solícito extranjero a Sardes, la capital del reino. Al llegar a la corte de Lidia, el visitante ateniense recibió este mensaje: podía regresar a casa con tanto oro del tesoro de aquel rey fabulosamente rico como fuera capaz de sacar

de allí de una sola vez. Alcmeón quiso aprovechar al máximo la ocasión que se le presentaba y trazó un plan: se hizo con una túnica ancha para poder plegarla y cargarla de piezas de oro y se calzó las botas más altas y flexibles que encontró. Una vez dentro de la cámara del tesoro, repleta de metales preciosos, Alcmeón cargó la túnica con piezas del valioso metal, tomó oro en polvo, se espolvoreó la cabeza con él y se metió en la boca todo el que pudo hasta que se le inflaron los carrillos. Cuando el rey vio salir a su invitado tambaleándose bajo aquel peso y con el aspecto de un bufón mofletudo rebozado en oro, estalló en carcajadas y le hizo un segundo regalo tan lucrativo como el que Alcmeón intentaba transportar. Por increíble que parezca, así fue como el antepasado materno de Pericles se cubrió literalmente de millones. El relato de la aventura de Alcmeón parece verosímil, ya que —como hemos señalado antes— en el mundo griego de esa época los aristócratas solían establecer estrechos vínculos con los extranjeros buscando el interés mutuo.

La historia de la siguiente generación Alcmeónida vino a ilustrar una vez más las posibles consecuencias de los vínculos internacionales entre los miembros de la aristocracia de los distintos estados. Desde el año 600 a 570 aproximadamente, la ciudad de Sición, situada al norte de la costa central del Peloponeso, estuvo gobernada por el tirano Clístenes. Llegado el momento de encontrar el marido idóneo para su hija, Clístenes convocó un certamen internacional para competir por la mano de Agarista, de quien tomaría el nombre la madre de Pericles. Jóvenes ricos y miembros ilustres de las familias importantes del mundo griego acudieron en tropel a Sición para luchar por el premio: una novia rica cuya familia ostentaba el poder. Para examinar con detalle los caracteres y la conducta de los aspirantes en situaciones tan variadas como competiciones atléticas y banquetes regados con vino en abundancia, el tirano financió una serie de actividades en grupo que duraron un año entero. El período de prueba estaba a punto de concluir cuando Clístenes hizo recaer el privilegio de casarse con su hija sobre Hipoclides de Atenas. Además de tener talento y buena presencia, Hipoclides estaba emparentado con una de las mejores familias de Corinto, una extensa ciudad situada cerca del istmo que unía el Peloponeso con la Grecia continental. Ese matrimonio consolidaría las relaciones de Sición con dos estados griegos extranjeros a la vez.

En el transcurso del gran festival público organizado por Clístenes toda la ciudad celebró el anuncio del compromiso de Agarista con un banquete para el cual el tirano ordenó a sus criados asar cien bueyes. El vino corrió en abundancia e Hipoclides no paró de beber. Tanto enardeció el alcohol al audaz ateniense que acabó subiéndose a una mesa para mostrar sus habilidades acrobáticas con un baile. Después de hacer una demostración de dos danzas distintas, concluyó con una tercera muy llamativa: se puso cabeza abajo agitando las piernas en el aire. Debajo de sus cortas túnicas los griegos no llevaban calzoncillos ni ropa interior, de modo que aquella atlética postura dejó sus genitales expuestos a la vista de todos mientras daba tumbos de un lado a otro ante la mirada de los invitados de Clístenes. Un rugido recorrió la multitud. Horrorizado por aquella violación del decoro por parte de su futuro yerno, Clístenes gritó: «¡A fe que con

tus bailes has dado al traste con la boda!»; a lo que el ebrio exhibicionista replicó: «A Hipoclides le tiene sin cuidado». Sus palabras acabaron convirtiéndose en un dicho que manifestaba el desprecio hacia lo que los demás podían esperar de la conducta de uno: el equivalente en griego antiguo a «me importa un pito» o «allá tú».

Clístenes recuperó la dignidad de la ocasión anunciando el matrimonio de su hija con Megacles de Atenas en unas nupcias conformes con las normas sociales de la patria del novio. Ese matrimonio permitía al tirano de Sición conservar la esperanza de mejorar sus relaciones con Atenas y reforzar los cimientos de una alianza con una de sus familias más poderosas. Megacles era hijo del mismo Alcmeón cuyas cómicas artimañas en el tesoro real lidio lograron la fortuna de su familia, a la que los Alcmeónidas sumaban ahora una relación política forjada mediante un matrimonio que consolidaba su estatus social.

Aunque cuesta creer al pie de la letra los fantasiosos relatos de Alcmeón en Lidia y de Hipoclides en Sición (ya que, hoy como ayer, las historias que rodean a las celebridades se hallan notoriamente expuestas a la fabulación), conviene señalar que Heródoto narra estos incidentes con todos sus pintorescos detalles para introducir la historia del sueño que la madre de Pericles tuvo antes de su nacimiento. Lo principal que cabe destacar es que aquellos relatos aún se conservaban en vida de Pericles, hasta el punto de que todavía en el siglo V el historiador pudo dejar constancia de ellos. Cualquier contemporáneo aficionado a los chismes había oído hablar de la familia materna de Pericles. De ahí que en la opinión que el público se fue formando de él a lo largo de su carrera política la historia de sus antepasados fuese siempre uno de los posibles aspectos que merecían ser tenidos en cuenta.

La notoriedad pública de la historia familiar de la madre de Pericles se extendió a la siguiente generación. Un hijo de Megacles casado con la hija del tirano de Sición acabó protagonizando la instauración del sistema de gobierno democrático bajo el cual Atenas —y Pericles— alcanzó la cima de su poder en el siglo V. Ese hijo fue Clístenes de Atenas, quien heredó el nombre de su abuelo materno, el tirano de Sición. El tío abuelo de Pericles desempeñó un papel protagonista en los violentos acontecimientos que se sucedieron a finales del siglo VI y que culminaron en la instauración de la forma radical de democracia directa que acabaría haciendo famoso al gobierno de Atenas (o, según algunos —entre ellos los fundadores de la república de los Estados Unidos—, tristemente famoso). Un logro que llevó a Clístenes a pasar a la posteridad como el fundador de la democracia ateniense.

En la segunda mitad del siglo VI Atenas estuvo gobernada por su particular familia de tiranos, la cual tomó su nombre del fundador del régimen, Pisístrato, quien se hizo con el control político tras una larga —y a veces violenta— lucha entablada en los años 550 y 540 entre tres grupos liderados por aristócratas dispuestos a evitar que sus rivales los dominasen; al frente de una de esas facciones estaba el Alcmeónida Megacles. El conflicto entre los miembros de la aristocracia coincidió con fuertes disturbios derivados de un declive económico de varias décadas de duración. Los problemas habían sumido

en la pobreza a un buen número de ciudadanos deseosos de alguna reforma que viniese a aliviar sus necesidades.

Durante el largo conflicto entre los ilustres rivales y sus seguidores siguieron acordándose alianzas. De hecho, llegó un momento en que Megacles se unió con Pisístrato para hacer frente a sus otros enemigos, hasta el punto de darle en matrimonio a su hija. No obstante, Megacles acabó descubriendo que su yerno y su esposa no mantenían relaciones «en la forma debida y regular» (según la delicada expresión de Heródoto I, 61) para evitar que un nuevo hijo se disputara el estatus con los que Pisístrato ya tenía. La hija informó a su padre de la ofensa infligida por su marido y el rebrote del antiguo conflicto protagonizado por sus antepasados Alcmeónidas enfureció a Megacles: Pisístrato alegó que la maldición familiar que seguía pesando sobre su hija le impedía concebir un hijo legítimo. Al instante, la colaboración de Megacles con el tirano se transformó en una violenta oposición alimentada por el sentimiento de haber sido traicionado.

Cuando en torno a 546 Pisístrato logró convertirse en tirano de Atenas, los Alcmeónidas se autocondenaron al exilio, despidiéndose una vez más con pesar de sus hogares y propiedades. La reputación que se forjó Pisístrato durante cerca de veinte años de gobierno fue la de un tirano respetuoso con las tradiciones jurídicas y políticas de su estado —excepción hecha, claro está, de su posición única y dominante—. Su decisión más importante para ganarse el apoyo de una mayoría de ciudadanos con escasos recursos fue destinarles una serie de ayudas obtenidas gracias a una subida de impuestos, y diseñar una política de fomento del empleo mediante proyectos de construcción financiados con fondos públicos. Estas medidas económicas a favor del pueblo le merecieron la lealtad de muchos atenienses que se esforzaban con denuedo para alimentar a sus familias.

Pisístrato murió —por causas naturales— en 527 y su cargo pasó pacíficamente a su hijo Hipias. A juzgar por una inscripción ateniense (Fornara, *Translated Documents* nº 23) fechada en los inicios de la tiranía de Hipias, el nuevo gobernante permitió a otras familias aristócratas acceder a los cargos superiores del funcionariado ateniense. Está claro, pues, que el hijo de Pisístrato se estrenó alcanzando cierto acuerdo con sus principales rivales. Entre esos funcionarios se contaba el hijo de Megacles, Clístenes, quien ejerció como arconte en 525/4 (la barra diagonal de las fechas indica un año civil de Atenas, cuyo calendario iba de un verano al siguiente), lo que significa que —una vez más— se había autorizado el regreso a la patria de la familia Alcmeónida. No obstante, la colaboración entre Hipias y sus rivales llegó a su fin en 514, cuando su hermano murió apuñalado públicamente. Al parecer, el Pisistrátida asesinado fue víctima de la ira de un amante desdeñado que disfrazó el rechazo amoroso haciéndolo pasar por el acto inicial de una venganza política. Aun así, Hipias temía que el asesinato de su hermano formase parte de una conspiración en contra de su gobierno, de modo que apretó aún más los tornillos a quienes consideraba sus adversarios más peligrosos. Para escapar a sus presiones, los Alcmeónidas volvieron a autoexiliarse del territorio ateniense.

Perfectamente conscientes de los peligros inherentes a su condición de refugiados que amenazaban el bienestar de la familia, los Alcmeónidas habían tomado la precaución de conservar sus recursos a salvo y al alcance de la mano mientras vivieran fuera de Atenas; y no tardaron en emplear sus bienes para debilitar a Hipias. Primero reunieron efectivos militares y construyeron una fortaleza en la frontera norte del territorio ateniense. La guerra civil que desencadenó este movimiento tan agresivo se volvió en contra de los Alcmeónidas tras una derrota abrumadora que los devolvió al otro lado de la frontera, fuera de su patria.

Entonces los esfuerzos de los exiliados para subvertir el orden Pisistrátida tomaron otra dirección, empezando por donar grandes sumas de dinero al santuario de Apolo en Delfos. Ante la necesidad de construir un nuevo templo más grandioso, asumieron el coste de la construcción y levantaron —sin cargo adicional— un edificio aún más espléndido de lo que el contrato exigía. Heródoto añade (V, 63; 65) que Clístenes sobornó a la sacerdotisa que transmitía las respuestas proféticas inspiradas por el dios Apolo: fuera cual fuera la pregunta que le dirigiesen los espartanos, la sacerdotisa debía contestar que Esparta había recibido el mandato divino de liberar a Atenas de la tiranía.

Por entonces los espartanos eran la primera potencia militar de Grecia. Su vida difería de la de casi todos los demás griegos: habían hecho esclava a la población de una región griega vecina, los ilotas («capturados»), para que trabajaran y abastecieran de productos y alimentos a los ciudadanos de Esparta. El trabajo de los esclavos —griegos como ellos — permitía que los espartanos se dedicasen al entrenamiento militar y que las espartanas velaran por su salud para poder concebir hijos sanos. La prohibición del uso habitual de moneda corriente ponía de manifiesto el desprecio que las riquezas materiales inspiraban a la sociedad espartana. Los espartanos alardeaban de que su auténtica riqueza residía en lo que llamaban el «sistema de buena ley» (*eunomia*), que regulaba cualquier aspecto de su conducta: desde el ejercicio hasta la comida y el sexo; se regían mediante el consenso de sus gobernantes, quienes confiaban en que el conjunto de ciudadanos respetara sus decisiones; y estaban sumamente orgullosos de lo que consideraban el carácter peculiar de su comunidad. Cabe señalar que su orgullo no sufría merma alguna por el hecho de haber esclavizado a decenas de miles de griegos convertidos en sus ilotas, ni por su alianza con Creso, rey de Lidia, cuyas instrucciones (en palabras de Heródoto I, 70) «se mostraron dispuestos» a cumplir, incluso después de que el rey acabara por la fuerza con la libertad política de los griegos de Jonia, región situada en la costa occidental de la Turquía moderna.

Los espartanos acabaron cediendo a los requerimientos de la profetisa de Apolo de adoptar medidas en contra de la tiranía ateniense. Aunque los oráculos siempre eran ambiguos y su significado estaba sujeto a interpretaciones contrarias, consideraron demasiado peligroso desobedecer lo que —a juzgar por el ingente número de veces que la sacerdotisa había reiterado la orden de liberar Atenas— parecía ser la voluntad del dios. De ahí que en 511 reunieran un modesto número de tropas y las fletaran con destino a Atenas a las órdenes de un general de segundo rango. El plan consistía en desembarcar y desplegar una fuerza moderada, suficiente —a su juicio— para

atemorizar al tirano Hipias, hacerle abdicar y mandarlo al exilio junto con toda su familia. En aquel momento el poder militar de Atenas era inferior al de los espartanos, que estaban convencidos de que no había necesidad de enviar un ejército de primera para expulsar a los Pisistrátidas. Pero se equivocaron. Como cualquier otro gobernante eficaz de la época, Hipias contaba con aliados fuera de sus fronteras y pidió ayuda a los tesalios para defender Atenas. La caballería de Tesalia, una próspera región situada al norte de la Grecia central, se había ganado una merecida reputación de excelencia. La velocidad en ataque de sus expertos jinetes ayudó a las fuerzas de Hipias a acabar con un buen número de espartanos, incluido su general. Tras lo cual la expedición se retiró al Peloponeso envuelta en el ridículo.

Humillados por la derrota, en 510 los espartanos enviaron otro ejército mucho más numeroso a las órdenes de Cleómenes, uno de sus «reyes»: con este término los espartanos designaban a dos funcionarios especiales que no eran monarcas políticos, sino más bien líderes militares y religiosos cuyo cargo vitalicio heredaban los primogénitos de dos familias que gozaban de un estatus superior derivado de la responsabilidad de asumir en nombre de la comunidad los deberes tradicionales hacia los dioses. Esta vez la expedición espartana, convenientemente reforzada, se hallaba en condiciones de hacer frente a las cargas de la caballería y aplastó a los tesalios. A los liberadores espartanos se les sumaron entonces los atenienses (no sabemos en qué número, pero debió de ser considerable) que —por utilizar una frase memorable de Heródoto V, 64)— «querían ser libres». La fuerza conjunta de espartanos y atenienses rodeó la acrópolis para sitiar a Hipias y a su familia, refugiados en la fortaleza. A punto estaban de claudicar y volverse a casa los espartanos, poco duchos en la guerra de asedio, cuando el azar quiso que capturaran a los hijos de la familia Pisistrátida a quienes sus mayores intentaban sacar en secreto de allí. Para lograr que les devolvieran a los niños, el tirano y su familia accedieron a exiliarse lejos de Atenas, cerca de la antigua Troya, a una región en la que disponían de contactos y propiedades. Así fue como Atenas se vio libre del gobierno Pisistrátida, poniendo fin a treinta y seis años de tiranía.

Nadie podría haber imaginado lo que ocurrió a continuación para llenar el vacío de poder provocado por la sorprendente e inesperada expulsión de los tiranos. A principios del siglo VI, antes del reinado de Pisístrato, el sistema de gobierno de Atenas era una democracia rudimentaria y parcial dominada por la aristocracia: un sistema político tan turbulento como ineficaz a la hora de resolver los persistentes problemas económicos que sufría la mayoría de la población. En la nueva situación en que se encontraba Atenas, recuperar un gobierno que se había demostrado disfuncional y carente de la fuerza y la voluntad necesarias para resistir frente a la tiranía habría sido una decisión funesta.

En un principio, lo que sucedió parecía una repetición de la enfermedad que había infectado a Atenas en el pasado. Una vez más, los miembros de la aristocracia combatieron despiadadamente entre ellos para hacerse con el gobierno. En 508 Iságoras y Clístenes, pertenecientes a dos ilustres familias atenienses, se erigieron como principales contendientes en la nueva disputa. Durante el asedio de los Pisistrátidas,

entre Iságoras y el rey espartano Cleómenes se había creado un vínculo de hospitalidad, es decir, un acuerdo vinculante entre dos ciudadanos ilustres y oriundos de lugares distintos que obligaba a ambas partes y a sus descendientes a apoyar los intereses de la otra en sus respectivos estados. Por entonces Esparta se había acreditado como la potencia militar más poderosa de Grecia y gozaba (por el momento) de la admiración de la aristocracia ateniense que abominaba de la tiranía griega, por lo que la especial relación con Cleómenes proporcionó a Iságoras el impulso necesario para adelantar a Clístenes en la carrera por la supremacía política en la Atenas post-Pisistrátida.

Ansioso por eliminar la ventaja que le sacaba Iságoras en la lucha por la primacía en el liderazgo de la democracia ateniense, en 507 Clístenes diseñó una nueva estrategia con la que ganarse el apoyo popular y neutralizar a Iságoras. Para contrarrestar el vínculo de su rival con Esparta, Clístenes el Alcmeónida propuso una reforma del gobierno ateniense: una reforma que no dotaba de una mayor influencia política a sus iguales aristócratas, sino a la masa de ciudadanos, elevando así su estatus social y concediéndoles al mismo tiempo poder político. El sorprendente plan de Clístenes inició un rumbo político que, con el tiempo, convertiría a Atenas en la democracia más directa que había existido ante entonces; y que —por insistir en un aspecto clave— sentó los cimientos del sistema bajo el cual el liderazgo político de su sobrino nieto Pericles acabaría logrando una fama imperecedera. Atenas no se iba a convertir en la única democracia griega, pero el cambio era absolutamente radical: en el mundo antiguo las formas de gobierno predominantes habían sido siempre la monarquía y la oligarquía; y la organización de una sociedad sobre unos principios democráticos basados en amplios derechos políticos (para los varones) estaba sujeta a controversias y predestinada a hallar oposición. No existía en absoluto la idea generalizada de que la democracia fuese la forma de gobierno más deseable, como hoy en día se suele dar por hecho en determinadas zonas del mundo.

La iniciativa de Clístenes equivalía a declarar que esos cambios integraban al pueblo en su conjunto dentro de su núcleo de «compañeros», un término que los aristócratas ambiciosos empleaban para designar al círculo de amigos íntimos y de seguidores que compartían su nivel socioeconómico. Y Clístenes el Alcmeónida halagó los oídos de los atenienses menos influyentes y con menos recursos diciéndoles que, pese a su estatus de ciudadanos corrientes, él los honraba y los acogía como miembros de un nuevo círculo de dimensiones comunitarias.

A semejanza del abuelo sicionita cuyo nombre había heredado, Clístenes basó el plan de reestructuración política y social de Atenas en una nueva configuración y un cambio de nombre de la división tradicional de la comunidad ciudadana. No obstante, el reformador ateniense dio un paso más al crear un sistema completamente novedoso de división del cuerpo cívico con fines políticos y de defensa nacional. Hasta entonces la población masculina de Atenas se hallaba dividida (en función del lugar de residencia y no del parentesco) en cuatro «tribus» que votaban las leyes y las políticas públicas, elegían en la asamblea a los funcionarios del gobierno y cumplían sus deberes militares como soldados y jinetes de la milicia ciudadana que defendía el estado (no existía un

ejército profesional permanente). Clístenes reagrupó a los ciudadanos en diez nuevas tribus en función de sus responsabilidades políticas y militares, proporcionando a las nuevas divisiones de la población un motivo de orgullo nacional al asignarles el nombre de héroes legendarios bienhechores de Atenas. Los nombres de las cuatro tribus del antiguo sistema provenían de remotos antepasados jonios, el grupo griego étnico más extenso del que los atenienses se consideraban descendientes. A continuación Clístenes distribuyó entre las diez nuevas tribus las 130 o 140 comunidades locales urbanas y rurales (*demos*) en las que estaban registrados los ciudadanos. El diseño del reparto de *demos* entre esos diez grupos dotaba a cada tribu de un número de personas muy similar. La nueva estructura disminuía la posibilidad de que los demás miembros de la aristocracia ejercieran una influencia excesiva sobre los ciudadanos menos pudientes de sus respectivos territorios cuando se celebraban elecciones al funcionariado público o se elaboraban leyes en la asamblea democrática.

Es importante insistir en que Clístenes sentó las bases de las condiciones que permitirían una Atenas más democrática que nunca en el plano sociopolítico. Es evidente que, al dar inicio a las estructuras fundacionales del tipo de democracia directa y de amplia base que la caracterizaron durante el Siglo de Oro, Clístenes actuaba en perjuicio de los intereses de la aristocracia a la que pertenecía. Los estudiosos discuten si sus reformas respondían ante todo a un interés personal en derrotar a Iságoras en la lucha por el poder político, o a su convicción de que un aumento de la democracia ayudaría a fortalecer al estado ateniense con vistas a la defensa de su libertad, o a su fe en la necesidad de esos cambios en interés de la justicia. Lo más probable es que se diera una intrincada combinación de motivos. Aun así, la historia ha demostrado que los atenienses obtuvieron de las reformas de Clístenes un poder y una prosperidad mucho mayores. Tal es la opinión explícita de Heródoto (V, 66), cuyo juicio merece nuestro respeto, dada su cercanía a los acontecimientos, que supera a la de cualquier historiador moderno. Cuando estaban ebrios, los propios atenienses entonaban cánticos con los que celebraban lo que consideraban el principal beneficio derivado de la supresión de la tiranía: la «igualdad ante la ley» (*isonomia*, citado en Ateneo, 695 ab). Así pues, vista desde una perspectiva familiar, la democracia de participación masiva de la Atenas de tiempos de Pericles era un legado de su antepasado y, por lo tanto, un sistema que —según los griegos— tenía un deber heredado de proteger.

La historia de los años inmediatamente posteriores a las reformas de Clístenes nos descubre las raíces más hondas de los motivos que llevaron a Pericles a creer que sus conciudadanos atenienses jamás debían hacer concesiones a Esparta. En aquellos pocos años de finales del siglo VI, los espartanos optaron por pasar sin transición de ser los libertadores de Atenas a los enemigos de la libertad política derivada de su democracia. Este brusco cambio de su política exterior se produjo cuando Iságoras comprendió que Clístenes le había tomado la delantera en la carrera por la supremacía política y en el año 507 recurrió a su amigo Cleómenes, que seguía siendo uno de los dos reyes de Esparta. Reviviendo una vez más la historia de Cilón, Iságoras pidió a Cleómenes que convenciera a los espartanos para que obligaran a Atenas a expulsar a los Alcmeónidas y

a sus seguidores con la excusa de la maldición que pesaba sobre todos ellos. Cleómenes accedió y envió a Atenas a un emisario para que les trasladara la orden, pese a que Esparta carecía de toda posición legal o moral que legitimara su exigencia. Según murmuraban algunos, el líder espartano reaccionó con tanta premura porque Iságoras no había querido darse por enterado de la aventura que su amigo mantenía con su mujer. En cuanto oyó las palabras del emisario espartano, Clístenes supo que no le quedaba más remedio que huir de la ciudad. Poco después, llegó a Atenas Cleómenes al frente de un pequeño contingente de soldados que se demostró suficiente para respaldar los planes de Iságoras y expulsar a sus enemigos más encarnizados. Los invasores reunieron y enviaron al exilio a las 700 familias que el conspirador ateniense declaró contaminadas por los Alcmeónidas y, por lo tanto, merecedoras del destierro.

La expulsión afectó a una parte significativa de la población. Si sumamos a todos los miembros de las familias desterradas, incluidos los esclavos, se vieron obligadas a huir unas 5.000 personas en medio de una situación penosa y caótica. Las estrechas calles de Atenas hervían de refugiados que corrían presos del pánico a poner a sus hijos a salvo, cargando en carretas y asnos todas las pertenencias y provisiones que eran capaces de reunir a toda prisa. En la antigua Grecia convertirse en exiliado tenía muy poco que ver con unas vacaciones en el extranjero. No existía una regulación internacional que los protegiera, ni agencias que les proporcionaran alimentos o alojamiento, ni esperanza alguna de una existencia viable, a no ser que la familia contara con recursos y contactos fuera de sus fronteras en los que poder encontrar apoyo. Lo que hacía aún más disparatada la situación de las víctimas era la traición de Cleómenes, el causante de las penalidades sufridas por los ciudadanos del estado que él mismo acababa de liberar de la tiranía por orden del dios de Delfos.

El siguiente movimiento de Cleómenes no da pie a sospechar que su drástica conducta de expulsar a los Alcmeónidas y a tantos otros atenienses respondiera a la necesidad de evitar una restauración de la tiranía y proteger al nuevo gobierno legítimo de Atenas. De hecho, Cleómenes ordenó la inmediata supresión del consejo de 500 ciudadanos (*bulé*) elegidos anualmente que Clístenes había convertido en el motor de la administración democrática. El plan de los espartanos, compartido por Iságoras, consistía en instaurar un régimen no democrático que Atenas no había tenido nunca: una oligarquía formada por 300 hombres, todos ellos seguidores de Iságoras. Sorprendentemente, los ciudadanos del consejo «clisténico» vigente se negaron a obedecer, ni siquiera cuando los soldados mandados por un militar espartano los obligaron a disolverse: también ellos, igual que los atenienses que «querían la libertad», decidieron espontáneamente rechazar un asalto antidemocrático al poder. Para vencer su resistencia, Iságoras y Cleómenes ocuparon la escarpada planicie de la acrópolis, cuya conquista significaba el control del lugar sagrado situado en el corazón de la ciudad en el que los atenienses celebraban las ceremonias religiosas que garantizaban su buena relación con las divinidades protectoras.

Antes de que los conspiradores pudiesen extender su conquista al resto de Atenas, se produjo un suceso notable y, una vez más, aparentemente espontáneo. Según Heródoto

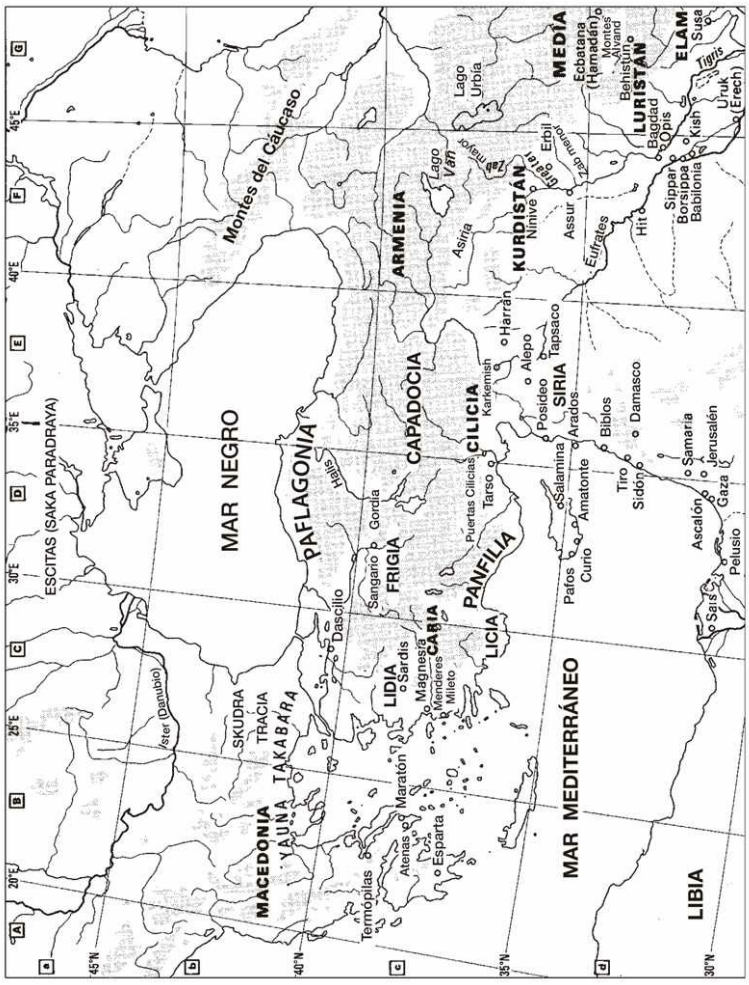
(V, 72), «los demás atenienses se solidarizaron» con la bulé y corrieron a sitiar a los conspiradores; o lo que es lo mismo: una muchedumbre de ciudadanos de a pie, dispuestos a arriesgar sus vidas ante la amenaza que sufría el gobierno democrático encarnado en Clístenes, se congregaron para asediar al rey espartano, a sus soldados y a los traidores atenienses. Es probable que el número de atenienses superara al de sus adversarios; aun así, aquella muchedumbre reunida a toda prisa tuvo que armarse de mucho valor para enfrentarse a una tropa formada por los soldados más temibles de toda Grecia mandados por el mismo general responsable de la huida de Hipias y de sus aliados tesalios. Dos días después, cuando Cleómenes comprendió que la decisión de «los demás atenienses» de defender su libertad era inamovible, él y sus hombres se rindieron y regresaron a casa provistos de un salvoconducto que les garantizaba una salida segura, llevándose con ellos a Iságoras y abandonando a sus seguidores —los atenienses y los no atenienses que habían acompañado a Cleómenes—. «Los demás atenienses» los ejecutaron a todos, pese a la ira que —era de esperar— un castigo tan brutal suscitaría tanto entre los estados extranjeros como entre las familias de los conspiradores locales. Entonces como hoy, la traición era merecedora de la pena de muerte.

Los atenienses victoriosos se apresuraron a enviar emisarios a sus conciudadanos desterrados por Cleómenes e Iságoras para decirles que regresaran. Entre los que volvieron se contaba Clístenes. El hecho de que los documentos históricos no vuelvan a mencionar explícitamente al tío abuelo de Pericles quizá signifique que murió poco después. No sabemos, pues, si los atenienses se dejaron aconsejar por él cuando dieron el paso decisivo de enviar algunos emisarios en busca de una alianza con los persas. El rey persa gobernaba un inmenso imperio multiétnico que se extendía desde el Mediterráneo oriental y Egipto hasta el límite occidental de la India; los elevados impuestos y la numerosa población del imperio lo convertían en el líder de la principal potencia de la época. Por eso es comprensible que los griegos se refirieran a él simplemente como el Gran Rey. Según la teoría monárquica persa, su soberano era el representante en la tierra del dios supremo Ahura Mazda y el mundo entero (lo supiera o no, lo reconociera o no) pertenecía a un estatus inferior. De hecho, el Gran Rey era tan poderoso que fue capaz de trasladar poblaciones enteras de un continente a otro. En una ocasión, el rey Darío (cuyo reinado abarcó de 522 a 486), intrigado por los relatos que hablaban de la diligencia de las mujeres de Peonia, ordenó que todos los peonios y sus vecinos se desplazaran desde el territorio tracio, al nordeste de la Grecia continental (a grandes rasgos, la moderna Bulgaria), hasta la región del sudoeste asiático controlada por los persas.

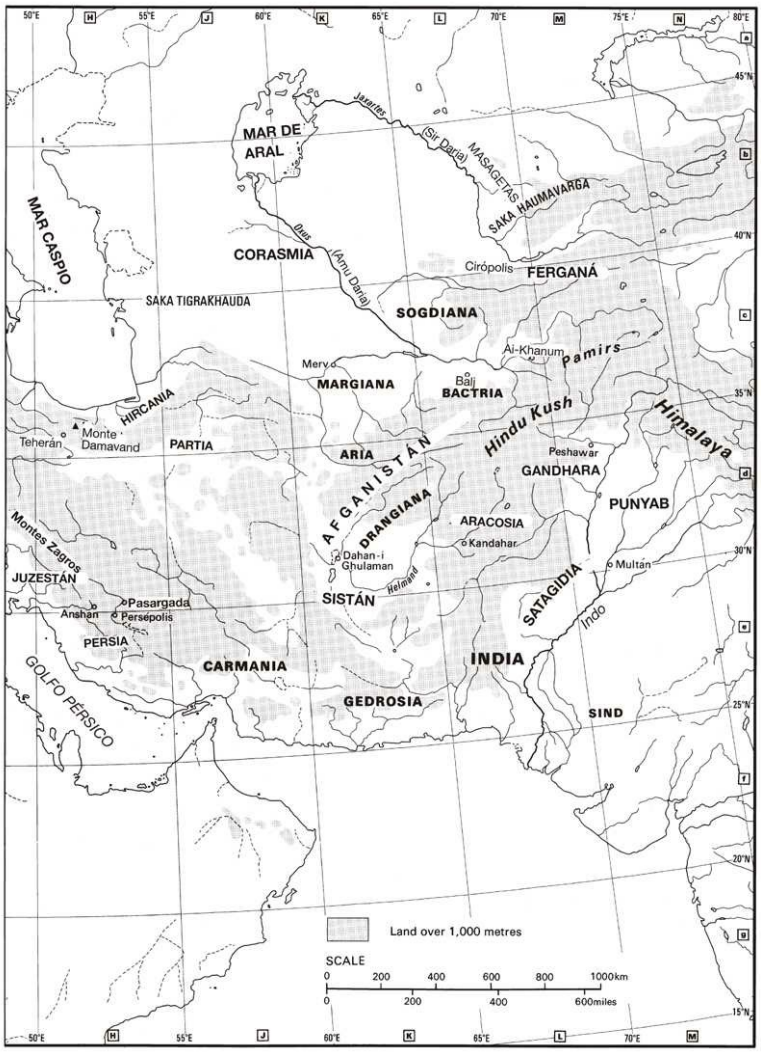
Figura 6. Relieve sobre piedra del Gran Rey de Persia. Gianni Dagli Orti / The Art Archive at Art Resource, NY.

No obstante, según la mitología, griegos y persas tenían en el héroe Perseo, hijo de Zeus, un antepasado común: de hecho, el nombre de los persas procedía de su hijo Perses. Pero las buenas relaciones familiares no duraron mucho. Los persas acusaban a los griegos de ofensas que se remontaban a la guerra de Troya. En tiempos de Clístenes el dominio del imperio persa se había extendido a los griegos de la Anatolia occidental (el Asia Menor de los romanos) y a algunas regiones tracias. La expansión del poder imperial revelaba la intención de Darío de ampliar su control a la Grecia continental. Así pues, en el año 507 buscar una alianza con él suponía para los atenienses una apuesta muy arriesgada. Los recursos de Darío eclipsaban totalmente a los suyos; y el mediocre expediente que hacía de Atenas una fuerza militar insignificante en su zona era una pobre recomendación. No cabía ninguna duda de cuál de los dos socios ejercería un control absoluto sobre el otro.

El único motivo que pudo llevar a los atenienses a querer correr ese riesgo es la evidencia que se desprendía del plan de Cleómenes e Iságoras: la confianza en los espartanos abocaba al desastre. Si la superioridad del poder militar espartano ya era de sobra conocida, ahora también sabían que los espartanos nunca volverían a ser los garantes de su libertad política. La democracia recién instaurada por Clístenes había dejado de esperar protección de parte de aquellos otros griegos; y era tanto su temor que consideraron que merecía la pena confiar en la remota posibilidad de convencer al Gran Rey de que los reconociera como aliados suyos. Los atenienses estaban aprendiendo en primera persona una penosa lección: la de que el temor por su seguridad nacional nunca los abandonaría.



Mapa 3. El Imperio Persa
Propiedad de Cambridge University Press



Mapa 3. Cont.
Propiedad de Cambridge University Press

2.
Las duras lecciones de la carrera del padre de Pericles

DE 511 A 507 ATENAS VIVIÓ unos años turbulentos. Clístenes había reorientado el gobierno hacia una democracia considerablemente directa; los atenienses se resistieron al intento de Cleómenes de Esparta y de su colaborador ateniense, Iságoras, de hacerse con el poder de su estado y tomaron una decisión tan drástica como solicitar del rey persa una alianza que los protegiera. Tal y como las décadas siguientes se encargarían de demostrar, los acontecimientos de aquellos pocos años influyeron hondamente en las circunstancias sociopolíticas de la Atenas que vio nacer a Pericles a mediados de los 90; y fueron también una dura lección que repercutió en la carrera del propio Pericles y que este seguramente aprendió a través de los relatos de sus padres acerca de la historia de la Atenas de su juventud. Las moralejas eran fáciles de resumir, pero difíciles de asumir. Por una parte, confiar en los espartanos significaba el desastre: por mucho que hubieran apoyado su liberación, eran perfectamente capaces de dar un giro radical y repentino y promover la tiranía si eso les convenía. Por otra parte, tampoco los griegos que limitaban con el territorio de Atenas (la región conocida como el Ática) inspiraban confianza alguna: el entorno de los atenienses era traidor y suscitaba muchos temores. Además, la patria contaba con sus propios riesgos políticos: algunos atenienses estaban dispuestos a subvertir la democracia y recurrir a la tiranía o la oligarquía en interés propio. Por último, Pericles siempre podía esperar que sus adversarios intentasen perjudicarle sirviéndose de su linaje Alcmeónida y de la maldición recaída sobre la familia de su madre. Unas alarmas que la historia de los años y las décadas siguientes corroboraría e intensificaría mientras Pericles fue creciendo.

Su madre, Agarista, contrajo matrimonio con su padre Jantipo en torno al año 500 o un poco después. Su primer hijo fue un varón, Arifrón, quien —según la costumbre— heredó el nombre del abuelo paterno. Tuvieron también una hija, aunque las fuentes antiguas no han conservado ni el registro de su nacimiento ni su nombre. Cuando se casó con Jantipo, Agarista debía de estar dejando atrás la adolescencia, mientras que él rondaba los veinticinco o treinta años. Entre la aristocracia la diferencia de edad de los novios era algo habitual. Con su ingreso en la familia Alcmeónida, Jantipo ascendió algunos peldaños de la escala social. El nombre «hípico» que eligieron para él, cuyo significado aproximado equivalía a «caballo rubio», era muy del agrado de los griegos más ricos. Aun así, ni el estatus ni los recursos de su familia se acercaban ni de lejos al nivel socioeconómico estratosférico del clan de su esposa. Además, la historia familiar

de Agarista era mucho más conocida que la suya: no existen datos históricos de los antepasados de Jantipo anteriores a su padre. Comparada con la de los Alcmeónidas, cuya fortuna se contaba entre las mayores de la sociedad ateniense, la familia de Jantipo tenía —por emplear un oxímoron moderno— un «alto poder adquisitivo».

El padre de Pericles nació en fechas lo bastante tempranas para crecer con plena conciencia de los trascendentales acontecimientos políticos y militares que vivió Atenas en los últimos años del siglo VI. Durante aquella época tan peligrosa, Jantipo pasó de ser un adolescente que solo podía limitarse a mirar desde la barrera a convertirse en un joven con una única perspectiva de futuro: formar parte de la milicia ciudadana, el contingente militar de Atenas. En la Grecia de entonces no existía otra fuerza defensiva, a menos que el peculiar sistema espartano pueda considerarse una especie de ejército con dedicación exclusiva. De ahí que Jantipo tuviera la oportunidad de transmitir a sus hijos con particular autenticidad las lecciones de aquel período tan crucial, pues había conocido de primera mano los conflictos militares y los peligros políticos que influyeron tan hondamente en la Atenas de entonces. Quizá la lección más insistente recibida por la futura conciencia política de esos niños fue esta: en la democracia ateniense los únicos que decidían la política de su patria eran los adultos de la asamblea legislativa con derecho a voto. Sobre ellos (porque a las mujeres, aun siendo ciudadanas, no se les permitía votar ni acceder a un cargo de gobierno) recaía la responsabilidad de definir las políticas y elaborar las leyes. No había un gobernante único que aprovechara sus recursos y sus contactos con los poderes extranjeros para cubrir las necesidades económicas y militares de Atenas. Cuando a los dieciocho años se convirtieron en ciudadanos con derecho a voto, Arifrón y Pericles pasaron a engrosar el conjunto de población adulta masculina encargada de la toma de decisiones que determinaban la vida política de su comunidad y la respuesta a las amenazas militares procedentes de los griegos vecinos y de los extranjeros de otros lugares remotos.

Una lección evidente que aprender era la severa respuesta que podía esperar del pueblo ateniense cualquier ciudadano que no lograra alcanzar los estándares exigidos a quienes gobernaban la comunidad. El rigor de esa lección era patente. Antes del inicio de cualquier reunión de la asamblea, por ejemplo, un heraldo tenía la misión de imprecar a quienes, movidos por el interés o la traición, habían malaconsejado de forma intencionada y taimada a los ciudadanos. Igual de feroces eran las elevadas expectativas que los soldados y los generales debían satisfacer en la defensa de la nación frente al enemigo extranjero. No había nadie en edad militar que no recordase el relato de las mujeres atenienses que, en cierta ocasión, acorralaron al único superviviente de una expedición militar encargada de recuperar las estatuas de las divinidades robadas por un estado vecino que se negaba a devolver los artículos sagrados. Enfurecidas, las mujeres emplearon los largos alfileres con que sujetaban sus vestidos al hombro para matar a puñaladas al soldado que había escapado de la muerte, mientras pedían a gritos a la víctima ensangrentada que les dijera dónde estaban sus —difuntos— maridos (Heródoto V, 87).

Jantipo sabía que sus hijos debían empaparse de unas lecciones que en ocasiones resultaban alarmantes, porque a partir de entonces la defensa nacional de Atenas se iba a convertir en mera autodefensa: la arriesgada apuesta de buscar la ayuda de Persia no había obtenido fruto. Cuando en 507 los embajadores atenienses emprendieron la misión de concertar una alianza con el Gran Rey, solo llegaron hasta Sardes, la capital de la provincia de Lidia, en el límite occidental del imperio persa. El gobierno del vasto territorio del rey persa que quedaba fuera de su patria —Irán— estaba dividido en provincias controladas por poderosos gobernadores conocidos como sátrapas. Cuando los emisarios lograron ser recibidos en audiencia, el sátrapa Artafernes les preguntó quiénes eran ellos para solicitar una alianza con el Gran Rey y de qué parte del mundo procedían. Su pregunta no significaba que los aristócratas persas ignorasen la existencia de Grecia o no tuvieran interés en ella. De hecho, tanto había oído hablar Atosa, reina de Persia, de las mujeres de Esparta, Argos, Corinto y Atenas que quiso que su marido atacara Grecia solo para poder suministrarle criadas. Y se sabía que el propio Darío era un seguidor entusiasta de un guerrero de tanta fama internacional como Milón de Crotona (en la región de población griega del sur de Italia). En realidad, lo que quería decir la pregunta era que Artafernes jamás había oído hablar del poder económico o militar de Atenas; lo cual no tenía nada de extraño, porque en aquella época Atenas seguía muy lejos de alcanzar la categoría de potencia digna de estima en las relaciones internacionales.

Una vez que el gobernador entendió qué querían los atenienses, contestó con brusquedad que estos solo disfrutarían de la seguridad de una alianza si ofrecían la tierra y el agua al rey persa en una ceremonia que simbolizaba el reconocimiento de la absoluta inferioridad de los solicitantes hasta en cosas tan imprescindibles para la existencia humana como aquellas; y, en caso de no estar dispuestos a reconocer el estatus infinitamente superior del Gran Rey, les ordenó que abandonaran la ciudad. Pensando en la desesperada necesidad que tenía Atenas de esa alianza, los representantes decidieron por su cuenta —no había manera de comunicarse con la asamblea ateniense — ofrecer las muestras de sumisión exigidas. Pero, a su regreso a Atenas, sus conciudadanos los increparon furiosos por haber accedido a un acuerdo tan humillante. Lo que la asamblea no hizo fue enviar un mensaje al rey comunicándole la condena de la conducta de sus emisarios en Sardes; de modo que, hasta donde el rey Darío sabía, Atenas había accedido a ser su aliada en los términos impuestos por él y no por los atenienses.

Así pues, Atenas se encontraba militarmente sola cuando en el año 506 se hizo patente la auténtica naturaleza traidora de Cleómenes, que él mismo se había encargado de demostrar. El rey espartano consideró una afrenta a la importancia que se autoatribuía el hecho de haberse visto obligado a escuchar los insultos de los sitiadores de la acrópolis antes de ser expulsado de la ciudad tras el fracaso de los planes urdidos en colaboración con Iságoras. Enfurecido, Cleómenes reunió un numeroso ejército reclutado entre todos los aliados de Esparta en el Peloponeso sin anunciar el objetivo de su expedición, cuya intención secreta era castigar las burlas de los atenienses e instaurar la tiranía en la

persona de Iságoras. No habría podido darse una demostración más palpable de su hipocresía —y, por extensión, de la mayoría de líderes espartanos que tuvieron que aprobar la expedición— que el descarado giro de su política de liberar a Atenas de la tiranía para, en su lugar, acabar con su democracia.

El propio Cleómenes guio a su formidable ejército hasta la región occidental del territorio ateniense, al tiempo que conseguía que los beocios y los calcideos —vecinos de Atenas por el norte y el este— atacaran desde ambas direcciones. El número de ciudadanos que componían la milicia ateniense era demasiado escaso para enfrentarse simultáneamente a tantas invasiones, por lo que decidieron plantar batalla a Cleómenes, su instigador, quizá porque este había hecho algo tan inconcebible como arrasar el santuario de la diosa Deméter en Eleusis, en el extremo occidental del territorio ateniense: un lugar sagrado cuyos ritos de iniciación (los misterios) atraían a griegos de todo el mundo mediterráneo. Las posibilidades de conseguir evitar una derrota ante un adversario más fuerte que ellos eran mínimas. Pero entonces se produjo un giro totalmente inesperado de los acontecimientos. En virtud de su alianza con Esparta, la gran ciudad estado de Corinto había enviado tropas en ayuda del ejército peloponesio de Cleómenes. Aún no se había entablado el combate cuando los corintios se negaron a atacar: puede ser que descubrieran la verdadera intención de Cleómenes y se diesen cuenta de que no procederían «con arreglo a la justicia» (Heródoto V, 75) si colaboraban en el derrocamiento de la democracia instaurada por Clístenes en Atenas. El caso es que dieron media vuelta y regresaron a casa.

Parece poco probable que los corintios desertaran de la expedición dirigida por los espartanos por miedo a la derrota, ya que en ese momento las fuerzas aliadas peloponesias eran claramente superiores a las atenienses. ¿Llegaron a la conclusión de que ayudar a Esparta a hacerse con el control de Atenas y a utilizar un tirano-títere fortalecería a un estado del Peloponeso —el mismo territorio en el que se encontraba su patria— que, además de ser superior a ellos, no era digno de confianza, tal y como la experiencia había demostrado? ¿O de verdad consideraban un acto contrario a la justicia abolir un gobierno ateniense con el que no estaban en guerra para sustituirlo por una tiranía? Al fin y al cabo, ese era precisamente el sistema de gobierno al que los corintios recordaban haber estado sometidos no hacía mucho antes de conseguir su libertad. ¿O fueron sus motivos una combinación de estos factores? En mi opinión, descartar radicalmente la posibilidad de que el motivo de que los corintios abandonasen la expedición espartana fuera —al menos en parte— la inquietud de que el ataque alimentara una injusticia equivaldría a subestimar la fuerza de la motivación humana; por otra parte, no deja de ser evidente que impedir un control absoluto por parte de Esparta servía a sus intereses particulares.

En cualquier caso, el cambio de parecer de los corintios influyó de forma patente en otros miembros de la expedición. En la campaña militar acompañaba a Cleómenes su colega el rey espartano Demarato, quien siguió el ejemplo de los corintios y se retiró del campo de batalla para volverse a casa. Los documentos no recogen sus motivos. Al constatar el desacuerdo entre ambos reyes, el resto de los aliados también levantó el

campamento. Quizá concluyeron que la disensión entre sus líderes reducía la probabilidad de una victoria. Al ejército espartano no le quedó otra opción que la retirada. Es difícil no calificar de deshonroso el papel de Cleómenes y de los espartanos en este episodio: a uno y a otros les había costado muy poco pasar de libertadores de la tiranía Pisistrátida a enemigos de la democracia recién reformada. El episodio revelaba también que, aunque el resultado de las políticas de dominio internacional de Esparta dependía del apoyo de algunos aliados, sus líderes —en este caso los reyes— no siempre estaban de acuerdo; y esa disensión podía cambiar bruscamente la dirección de la política exterior espartana.

La sorprendente oposición de los corintios al liderazgo de Cleómenes permitió a los atenienses tomar medidas frente a la amenaza que entrañaban sus vecinos del norte. Claramente entusiasmados por haber escapado de un modo tan imprevisible de la invasión dirigida por Esparta, primero derrotaron a los beocios, acabando con buena parte de ellos y capturando a otros 700. Luego sus tropas embarcaron rumbo al este para cruzar el estrecho canal marítimo que comunica con la isla de Eubea, donde se hallaba la ciudad de Calcis. Después de una victoria aplastante y de capturar aún más prisioneros de guerra, confiscaron a los grandes propietarios de la aristocracia territorio suficiente para instalar en él a 4.000 atenienses dedicados a trabajar las tierras conquistadas y a actuar como sistema de alerta inmediata ante futuros ataques. Aquella guerra demostró claramente lo importante que era para la defensa de Atenas mantener una estrecha vigilancia sobre Eubea.

Cuando los atenienses regresaron exultantes y acompañados de su botín, pidieron un elevado rescate a cambio de sus prisioneros; y, en una exhibición pública de su victoria y en señal de gratitud por el apoyo divino de Atenea, colgaron en la acrópolis los grilletes con que los habían encadenado. Los ingresos obtenidos del rescate fueron tan cuantiosos que bastó una décima parte para pagar la escultura de bronce —de ahí su alto coste— de una cuadriga erigida en la acrópolis: el primer monumento conmemorativo visible al entrar en la zona sagrada. La cuadriga se instaló sobre una base de tres metros de longitud, con una inscripción cuyas letras medían treinta centímetros de alto. Como sabemos por las inscripciones que corroboran los datos de Heródoto (V, 77), el texto proclamaba públicamente que «los hijos de Atenas extinguieron en las lides de guerra la arrogancia [*hibris*]» de sus enemigos (Fornara, *Translated Documents* nº 42). Aquella victoria fue importante para la Atenas democrática: era la primera demostración de que, si se mantenía unida, sería capaz de defenderse de terribles amenazas y —lo que acabaría resultando igual de importante para su futura política internacional— de obtener un rédito económico de su expansión fuera del territorio ateniense.

La agitación de aquellos años azarosos no disminuyó. En torno a 505 los atenienses sufrieron el ataque de los tebanos, sus vecinos del norte deseosos de venganza. Después de dirigir a los beocios durante la fallida invasión de Cleómenes, los tebanos querían resarcirse de la derrota que Atenas acababa de infligirles, de modo que coordinaron otro ataque doble contra el territorio ateniense convenciendo a los eginetas de que se unieran a ellos en la lucha. Egina era una isla situada cerca de Atenas, en el golfo de la costa

sudoeste, y tan próxima a ella que se podía ver desde lo más alto de la acrópolis. Como tantas veces en la historia de Grecia, la cercanía era motivo de conflicto entre vecinos: atenienses y eginetas alimentaban mutuos rencores que se remontaban al pasado (entre otras cosas, fueron estos últimos quienes se habían negado a devolver las estatuas divinas mencionadas en el episodio de las atenienses poseídas de una furia asesina cuyos maridos habían muerto en la guerra). La cronología de las hostilidades entre Egina y Atenas en ese período ha suscitado un acalorado debate entre los expertos. Por lo que concierne a la biografía de Pericles y al margen de cuáles fueran las fechas de los acontecimientos, lo que nos interesa es que el conflicto motivó una persistente enemistad entre ambos vecinos, cuyas consecuencias para la política exterior ateniense continuaron acompañando a Pericles durante su carrera.

Los atenienses repelieron el ataque terrestre de los tebanos en el norte y los derrotaron. Si Jantipo no tenía aún los años suficientes para servir en la milicia, está claro que se hallaba muy cerca de la edad en la que, al igual que sus conciudadanos, tenía la obligación de jugarse la vida en el frente. Por eso debió de permanecer muy atento a los acontecimientos militares cuando los eginetas enviaron sus naves de guerra para atacar por sorpresa a los atenienses en la costa occidental. Aquellas misiones furtivas destrozaron el puerto de Falero y los pueblos costeros contiguos. Los ataques de los eginetas no fueron precedidos de una declaración de guerra, como era de esperar de los gloriosos guerreros de la época, lo que venía a corroborar el peligro que entrañaban para la vecina Atenas.

Tanto indignaron a los atenienses los daños provocados en la costa occidental que desoyeron el consejo del oráculo de Delfos de demorar la venganza contra Egina. Se hallaban inmersos en los minuciosos preparativos de una represalia cuando se toparon con el intento más descarado de Esparta de acabar con la independencia de Atenas. Los espartanos, que se habían enterado de los sobornos de los Alcmeónidas a la sacerdotisa de Apolo en Delfos para que esta los instigara repetidamente a eliminar la tiranía Pisistrátida, recibieron de Cleómenes algunas copias de los funestos oráculos halladas —según él— en la acrópolis: unas profecías que supuestamente predecían la gravedad de los daños que los atenienses les infligirían en el futuro. Parece ser que los espartanos comprendieron que una Atenas libre podía lograr poder suficiente para rivalizar con el suyo, de modo que se trajeron del exilio al antiguo tirano Hipias para que asistiera a una reunión de todos los aliados convocada en Esparta con el objetivo de planear una guerra que les devolviera el control sobre Atenas —y, por supuesto, para que Hipias, actuando como agente de los espartanos, lograse que los atenienses se sometieran a sus deseos—.

Cuando los líderes espartanos contaron indignados a los aliados cómo se habían sentido insultados por los atenienses y lo arrepentidos que estaban de haber acabado con la tiranía Pisistrátida, los corintios tomaron la palabra para manifestar lo que la mayoría de los aliados pensaba y no se atrevía a decir: «A buen seguro que el cielo va a quedar bajo la tierra, y la tierra por el aire, sobre el cielo; y, por su parte, los hombres instalarán su residencia en el mar y los peces donde antaño moraban los hombres, puesto que sois vosotros mismos, lacedemonios, quienes estáis dispuestos a abolir regímenes políticos

igualitarios y a restablecer en las ciudades tiranías». No había nada —continuaron los corintios— más inicuo y sanguinario que la tiranía. Si los espartanos tenían tan buen concepto de ella ¿por qué no habían permitido nunca que un tirano gobernara su patria y, sin embargo, intentaban imponer a otros ese sistema de gobierno? Los corintios concluyeron su vehemente discurso con un relato de su dolorosa experiencia de la tiranía y condenaron el plan espartano de restaurar a Hipias «contra toda justicia» (Heródoto V, 92). El resto de los aliados acabó uniéndose a la oposición corintia e Hipias tuvo que volver al exilio en el noroeste de Anatolia, farfullando funestas predicciones de lo mucho que lamentarían los espartanos ese momento cuando el día de mañana se viesen en apuros por culpa de los atenienses.

Hipias se apresuró a buscar la connivencia con Artafernes, el sátrapa de Sardes, con el fin de llegar a un acuerdo y lograr el apoyo de los persas para recuperar el gobierno único de Atenas. Cuando los atenienses se enteraron de sus contactos con el gobernador persa, enviaron embajadores a Sardes en un intento de convencer a Artafernes de que retirara su apoyo al tirano desterrado. El sátrapa, por su parte, ordenó que Atenas se sometiera a la tiranía de Hipias si quería continuar sana y salva. La asamblea ateniense desobedeció la orden. Esa negativa puso de manifiesto la abierta hostilidad de las relaciones entre Atenas y el imperio persa.

Fue por entonces (es probable que en 499) cuando llegó a Atenas Aristágoras, un griego natural de Mileto, en la Anatolia occidental. Acudía allí, dijo, a pedir a los atenienses apoyo militar para los griegos de Jonia, su región, quienes con su ayuda acababan de derrocar a los tiranos (griegos) impuestos por el rey persa en muchos estados de la zona. Lo cierto es que el interés de Aristágoras por liberar a los jonios solo era fingido: lo que en realidad deseaba era encontrar un modo de evitar que el rey Darío se vengase de él por haber incumplido su promesa de ayudar a los persas a extender su poder hacia el oeste y someter a los griegos de las islas del Mar Egeo (la zona del Mar Mediterráneo que separaba la Grecia continental de Anatolia).

Si Aristágoras viajó a Atenas fue únicamente porque no había podido persuadir a los espartanos de que apoyaran su estrategia. Esta vez tuvo la habilidad de aprovechar la relación ancestral que existía entre su estado y el de los atenienses, quienes —según la tradición— fundaron Mileto. Aduciendo que la inferioridad de los persas en cuanto a armamento facilitaría su derrota, convenció a la asamblea ateniense para que enviara una expedición militar en apoyo de lo que los historiadores modernos llaman la revuelta jonia. Los atenienses aparejaron veinte naves de guerra con 4.000 hombres a bordo. Como comenta Heródoto con ironía, el hecho de que los atenienses se dejaran convencer por el falaz Aristágoras, así como las funestas consecuencias de su candidez, demuestran que «resulta más fácil engañar a muchas personas que a un solo individuo… Estas naves fueron un germen de calamidades tanto para griegos como para bárbaros» (V, 97).

Figura 7. Escena de un combate entre soldados griegos y persas. Vasija griega. ©The Metropolitan Museum of Art. Fuente: Art Resource, NY.

Los soldados atenienses, acompañados de un número menor de hombres enviados por Eretria (ciudad de la cercana isla de Eubea) y por algunos aliados más, se dispusieron a atacar Sardes. Ahora Jantipo sí tenía edad suficiente para formar parte de la milicia, aunque las fuentes no lo confirman. Cabe destacar, no obstante, que veinte años después le asignaron un mando militar en esa región, y el motivo pudo ser la experiencia adquirida durante la revuelta jonia en esa zona del mundo mediterráneo.

Aunque no se opuso resistencia a la conquista de la capital de la provincia persa, la ciudad entera ardió en llamas después de que un soldado griego prendiera fuego al tejado de juncos de una casa y el incendio se propagase de tejado en tejado. Las llamas se extendieron con tanta rapidez que a los griegos no les dio tiempo siquiera a saquear las propiedades del enemigo. Los jonios se retiraron rápidamente sin llegar a sacar las armas cuando la población no griega de la región y sus gobernantes unieron sus fuerzas. El suceso más importante de cara al futuro fue que el incendio de Sardes redujo a cenizas el templo de la divinidad conocida como la diosa Madre (Cibeles), un sacrilegio que los persas no olvidarían.

A continuación el ejército persa arrasó a los jonios en la ciudad de Éfeso, en la costa de Anatolia. Evidentemente, los atenienses no intervinieron en la batalla —se habían vuelto a casa, dejando solos a unos jonios que, a sus ojos, eran unos cobardes— y desoyeron las posteriores llamadas de socorro de Aristágoras. Cuando el rey Darío se enteró de que Atenas había colaborado con los rebeldes jonios, preguntó quiénes eran esos atenienses y, al oír la respuesta, lanzó una flecha al cielo mientras rogaba: «¡Zeus, permíteme vengarme de los atenienses!». Luego ordenó que, cada vez que le sirvieran la comida, uno de sus criados le repitiera tres veces: «¡Señor, acuérdate de los atenienses!» (Heródoto V, 105). Por muchos asuntos imperiales que Darío tuviera que gestionar, procuró no olvidar nunca lo que consideraba una traición por parte de aquellos griegos

desleales, los cuales —hasta donde él sabía— habían aceptado el acuerdo de ser obedientes aliados suyos.

Los jonios desmintieron la mala opinión que tenían los atenienses de su espíritu guerrero y continuaron la revuelta. No obstante, su empuje demostró ser una defensa insuficiente frente a unos recursos del imperio persa inmensamente superiores. Los tiranos jonios temporalmente depuestos en los inicios de la revuelta acompañaron al ejército persa en la reconquista de Jonia y el resto de la Anatolia occidental. Por orden de los generales persas, los ex-tiranos enviaron mensajes a sus respectivos estados ofreciendo un acuerdo en nombre del Gran Rey, quien prometía renunciar a las represalias y respetar las condiciones de vida de los jonios si estos rendían las armas y recuperaban el estatus de súbditos suyos. Pero, si se negaban, amenazaba con esclavizar a la población adulta, castrar a sus hijos, embarcar a sus doncellas con destino a Afganistán y entregar sus tierras a otros pueblos más dóciles que ellos. Los jonios siguieron resistiendo y combatiendo por su libertad.

Aun así, la resistencia jonia se vio debilitada por la presión del intenso entrenamiento —en medio de un verano abrasador— que exigía la preparación del combate marítimo que decidiría la guerra. En aquella época las guerras navales dependían de unos marineros que, sentados codo con codo, manejaban largos remos, moviéndolos al unísono para lanzar las naves a toda velocidad contra el enemigo y embestirlo con los arietes que sobresalían por los arcos del barco. El implacable ejercicio practicado en el agua era agotador y los jonios dejaron de entrenar al cabo de una semana, afirmando que preferían convertirse en esclavos de los persas antes que continuar con aquel régimen extenuante. Aquella decisión tan poco heroica llevó a sus aliados griegos de la isla de Samos a aceptar secretamente la oferta que les había hecho Darío de entregarles una colonia donde mantener a salvo sus propiedades y sus santuarios. Una vez entablada la batalla, casi todas las naves samias desertaron. Los persas derrotaron a la debilitada alianza griega y conquistaron Mileto en torno a 494: ejecutaron a casi todos los hombres, vendieron a las mujeres y a los niños como esclavos y entregaron las tierras de los milesios a sus vecinos. El famoso santuario y el oráculo del dios Apolo en la cercana Dídima fueron saqueados e incendiados. No quedó en Mileto un solo ciudadano milesio.

Los persas procedieron a prender fuego al resto de las ciudades y templos griegos de Jonia. Como la topografía del litoral de las islas lo permitía, los soldados de Darío «barrieron» a la población cogiéndose de la mano y formando una red; y, atravesando a pie el territorio, se llevaron por delante a todos los griegos. Los soldados cumplieron las amenazas del rey: castraron a los niños y capturaron a todas las doncellas para que sirvieran en el harén real. La flota de Darío extendió sus conquistas al litoral norte de Anatolia y la región europea situada frente a él, apoderándose de las ciudades que controlaban las entradas al Mar Negro (Ponto Euxino), de donde los griegos del Mediterráneo obtenían valiosos recursos naturales, en especial cereales y madera.

Jantipo ya era lo bastante maduro para entender lo que demostraba la revuelta jonia: una alianza griega contra los persas solo podía ser eficaz si sus miembros se mantenían rigurosa y permanentemente leales a ella y soportaban todas y cada una de las

penalidades necesarias para disuadir o derrotar a la primera potencia mundial. Por otra parte, el catastrófico destino de Mileto dejaba indiscutiblemente claras las terribles consecuencias de no permanecer unidos frente a la amenaza que el imperio persa suponía para la independencia de los griegos: lo que estaba en juego era, ni más ni menos, su supervivencia. Los atenienses vieron sólidamente corroborado el impacto emocional de esta cuestión cuando no mucho después el poeta Frínico estrenó un drama titulado *La toma de Mileto* en el teatro de Atenas destinado a esa clase de espectáculos. Embargado por el dolor de la tragedia que había vivido la comunidad hermana griega, el auditorio, compuesto por unos 10.000 o 15.000 espectadores, estalló en lágrimas de compasión. Los funcionarios respondieron al llanto del público imponiendo al autor una multa de 1.000 dracmas (el equivalente a unos cuatro años del salario de un trabajador) y prohibiendo que la obra volviera a representarse en Atenas.

De hecho, lo que se jugaban los griegos en una guerra con Persia era tan colosal como para concebir un plan sumamente arriesgado que les permitiera escapar de los horrores de una derrota: el traslado de toda la población a una ubicación lejana. Esa era precisamente la alternativa que barajaban los habitantes de Caria, en el sudoeste de Anatolia, a medida que el ejército persa se iba aproximando a ellos. Y ese fue el paso que dieron bastantes hacendados samios —los que tenían algo que perder (es decir, propiedades), según Heródoto (VI, 22)— tras la toma de Mileto cuando emigraron en bloque al sur de Italia, donde se apoderaron de la ciudad de Zancle. Por mucho que hoy en día nos cueste entender el proyecto —por no hablar de su puesta en práctica— de una migración conjunta de semejantes proporciones, el caso es que se hizo realidad.

Había otra cosa que la política exterior de los atenienses debía tener siempre presente: las ofertas sinceras del rey persa —unidas a atrayentes incentivos— a cualquier estado o individuo dispuestos a reconocer su supremacía. El Gran Rey estaba deseoso de «alcanzar un acuerdo» hasta con sus enemigos más encarnizados y cumplía fielmente sus promesas, llegando incluso a mostrarse espléndido. Al revés que los espartanos, era consecuente y mantenía su palabra. Los acontecimientos de la revuelta jonia y sus resultados atestiguaban claramente que un compromiso con Persia podía merecer una generosa recompensa. De hecho, cuando el monarca persa restauró en su cargo al tirano griego de Samos a cambio de su colaboración en la traición de buena parte de la armada samia, cumplió su promesa de dejar intactas las propiedades y el santuario samios en premio a la lealtad demostrada. Los atenienses habían tenido su propia experiencia de esa lección cuando la armada del Gran Rey capturó una nave mandada por Metíoco, el primogénito del ilustre ateniense Milcíades, quien intentó convencer a los súbditos jonios de Darío de que traicionaran al rey y permitieran que el gobernante persa fuese asesinado por los escitas durante la campaña militar persa en Tracia anterior a la revuelta jonia. Pese a que Darío conocía la intención de Milcíades de apresarlo y acabar con él, después de capturar a Metíoco lo puso bajo su custodia y le entregó dinero, una casa y una esposa persa. Los hijos de la pareja disfrutaban de la misma condición y protección que cualquier persa de pleno derecho.

Pero la prueba más memorable de la inquebrantable disposición del rey persa a llegar a acuerdos mutuamente beneficiosos con los griegos ex-enemigos suyos fue el giro radical que experimentó su política frente a los jonios. Darío ordenó a sus generales que expulsaran de aquellos estados griegos a los tiranos recién restituidos y odiados por los griegos ¡y los sustituyó por gobiernos democráticos que concedieran a los jonios la autonomía local a la que aspiraban con su catastrófica revuelta! Y no solo eso: el rey también obligó a los jonios a detener los ataques entre ellos y a utilizar el arbitraje para zanjar las disputas entre estados. Por último, estableció un sistema de impuestos tan razonable que más tarde, una vez liberados del dominio persa, los jonios lo mantuvieron inalterable a lo largo del siglo v. En definitiva, a finales de la década de los 90 era evidente que los griegos que se enfrentaban a los persas para conservar una independencia plena podían esperar los castigos más severos si perdían, mientras que los pueblos y los estados que colaboraban e imploraban misericordia recibían un trato sumamente favorable, incluidas ciertas formas de autogobierno que el rey jamás habría permitido a los persas. Un político griego nunca debía perder de vista lo seductor que podía resultar para los aliados —e incluso para sus propios conciudadanos— un acuerdo con el rey persa en lugar de combatir a su ejército, inmensamente superior.

Por desgracia, en aquel momento atenienses y eretrieos se contaban entre los enemigos que Darío tenía intención de castigar y no de recompensar con un acuerdo: el rey seguía furioso porque unos y otros habían colaborado en el ataque a Sardes durante la revuelta jonia e incendiado un templo. En esa misma época —finales de los 90—, la penosa situación de Atenas se agravó cuando el rey persa envió una expedición militar a extender el dominio imperial sobre Macedonia (al norte del continente griego) y encargó a sus embajadores la misión de visitar un buen número de estados griegos para pedirles la ofrenda de la tierra y el agua. Entre los muchos que accedieron se hallaba Egina. El hecho de que los eginetas se plegasen a las exigencias persas enfureció de un modo especial a los atenienses, convencidos de que sus cercanos vecinos conspiraban con el Gran Rey para hacerse con el control de Atenas.

El intenso sentimiento de desesperación e inquietud que inspiraba a los atenienses su seguridad quedó patente cuando respondieron a la inminente amenaza persa acudiendo a los espartanos para evitar que los eginetas traicionaran la libertad de los griegos. Al buscar el apoyo de Esparta, tuvieron que tragarse el resentimiento contra sus socios griegos, quienes no hacía mucho habían atacado a Atenas en un intento de destruir su democracia y restituir a Hipias, el antiguo tirano. Los espartanos, a su vez, respondieron enviando a Egina a Cleómenes, que seguía siendo uno de sus reyes, para detener a los cabecillas del acuerdo de los insulares con Persia. Alentados por una carta de Demarato —el otro rey de Esparta y acérrimo enemigo de Cleómenes—, los eginetas rechazaron tajantemente su solicitud. Demarato fue destituido por los conspiradores que sobornaron a la sacerdotisa de Delfos para que lo declarara bastardo y, por lo tanto, rey ilegítimo de Esparta, tras lo cual huyó a la corte de Persia —¿en qué otro lugar podía encontrar un gobernante griego un exilio más cómodo?—. Allí se convirtió en uno de los consejeros favoritos de Darío, quien proporcionó al fugitivo ex-rey espartano un espléndido nivel de

vida. De vuelta en Grecia, Cleómenes y el nuevo segundo rey de Esparta arrestaron a los diez ciudadanos más ilustres de Egina y se los entregaron a los atenienses para que los convirtieran en sus rehenes.

Cuando los demás eginetas se quejaron de la maniobra, los espartanos volvieron a demostrar su connatural falta de formalidad al pedir a los atenienses que les devolvieran de inmediato a los rehenes. Los atenienses se negaron. Pronto las hostilidades con Egina cobraron nueva intensidad. Después de que los eginetas capturaran un barco de prestigiosos oficiales atenienses y los encadenasen, Atenas dedicó todos sus recursos a preparar un ataque marítimo. En aquel momento los efectivos atenienses eran todavía demasiado débiles para enfrentarse siquiera a la flota de un vecino tan pequeño como Egina, por lo que tuvieron que pedir a Corinto algunas naves con las que robustecer su armada. Ni siquiera la flota reforzada se demostró suficiente cuando, después de ganar el primer combate y perder el segundo, se llegó a un sangriento empate. Este episodio contribuyó a la cruda constatación por parte de los atenienses de que la cercana Egina era peligrosa, de que Esparta no era digna de confianza y de que la única esperanza de salvación y supervivencia con que podía contar Atenas era una abrumadora fuerza naval.

Mientras los atenienses fracasaban en su lucha contra Egina, en el año 490 Darío decidió lanzar una expedición naval para castigar a Eritrea y a Atenas y ordenó a sus generales que tomaran como esclavos a los griegos que le habían desafiado y los llevaran a su presencia encadenados: tenía la intención de deportar a Persia a sus adversarios. Junto con la expedición, Darío envió también a Hipias para que el tirano exiliado recuperara el gobierno sobre los atenienses que accediesen a quedarse como sumisos aliados del Gran Rey. Cuando las fuerzas persas llegaron a Eritrea, al otro lado del estrecho canal que separaba la isla de Eubea del territorio de Atenas, los atenienses enviaron a los colonos asentados en Calcis para apoyar la defensa de la ciudad vecina, pero estos se retiraron al descubrir que algunos eretrieos proyectaban un acuerdo con los persas que les garantizara alguna recompensa personal. Eretria cayó cuando los conspiradores abrieron las puertas a los atacantes. Tras la victoria, los persas tomaron como esclavos a los eretrieos que se habían resistido y quemaron su santuario para vengar el incendio del templo de la Gran Madre en Sardes durante la revuelta jonia.

Entonces Hipias zarpó al mando de las naves persas con intención de desembarcar en Maratón, en el nordeste del Ática, cuya vasta llanura ofrecía un terreno idóneo para las maniobras de la caballería planeadas por los invasores. Claramente superados en número por las tropas persas, los atenienses enviaron un correo a Esparta solicitando ayuda militar inmediata: el hombre solo tardó dos días en recorrer los 240 kilómetros que separaban las dos ciudades. Los espartanos les prometieron ayuda, añadiendo que en ese momento todavía no podían partir, porque se estaba celebrando un festival religioso nacional y tenían que esperar una semana antes de emprender una campaña militar para la cual necesitaban, evidentemente, el favor divino. Los únicos soldados que llegaron a tiempo de ayudar a los atenienses procedían de Platea, una pequeña comunidad al norte de Beocia a la que los atenienses habían ayudado en una ocasión a defenderse de Tebas, su poderosa y agresiva vecina, después de que los espartanos le negaran su ayuda; de

modo que, para saldar su deuda de honor, todos los hombres de la milicia platea acudieron a luchar hombro con hombro con los atenienses en una batalla que difícilmente podían esperar ganar.

Era tal el temor de los atenienses a verse arrasados y trasladados por la fuerza a Persia que liberaron a algunos esclavos dispuestos a unirse a los ciudadanos en el campo de batalla. En la antigua Grecia era algo habitual obligar a los esclavos a combatir en la guerra, pero no ofrecerles la libertad, lo cual es un claro indicio de la honda inquietud de Atenas. En aquella época Pericles, que probablemente aún era un niño de cuatro o cinco años y convivía con su madre y las esclavas, no tenía edad para entender el motivo de la intranquilidad de quienes se ocupaban de él, pero sí debió de sentir intensamente sus temores. Unos extranjeros temibles —quizá el niño los imaginara como monstruos— los estaban atacando y él estaba seguro de que, si ganaban, sufriría las consecuencias.

La mayor parte de los mandos atenienses presentes en Maratón eran igual de pesimistas. No querían combatir: quizá pensaban que en el último momento se podría alcanzar un acuerdo con el rey persa. Pero Milcíades disentía y, ante la renuencia de sus colegas generales, insistió en que la única posibilidad de conservar la libertad y la posesión de Atenas era atacar. Adujo que los griegos contaban con una ventaja táctica gracias a la superioridad del armamento y las armaduras de su infantería, de la que debían hacer uso antes de que los persas desplegaran sus numerosos arqueros y jinetes. Les dijo también que la demora favorecía al enemigo, ya que abría una puerta a los ciudadanos deseosos de un acuerdo con Darío que acabaría con la democracia de Atenas. Con esos argumentos avergonzó a sus colegas, fingiendo ignorar que su falta de disposición al combate sugería que también ellos pretendían pasarse al enemigo. Por último, les prometió que una victoria elevaría a Atenas a la categoría de «ciudad más importante de Grecia» (Heródoto VI, 109). En otras palabras, para Milcíades el triunfo en la lucha por evitar el dominio extranjero era el modo de aumentar el poder de Atenas y, con él, su prosperidad.

Los vehementes llamamientos de Milcíades convencieron a los generales pese al temor que les inspiraba a las tropas el enemigo, cuya indumentaria (incluidos los pantalones) les resultaba amenazadoramente extraña. Cuando los sacrificios ofrecidos a los dioses recibieron augurios favorables, la infantería ateniense y platea (los hoplitas) al parecer en solitario o, al menos, por delante de los arqueros o la caballería— avanzó como siempre contra los persas antes de echar a correr para salvar la brecha final que los separaba de las líneas enemigas. Con un grito de batalla lanzado a pleno pulmón, los hoplitas griegos se sumergieron bajo una lluvia de flechas y embistieron contra las afiladas lanzas de sus enemigos, mucho más numerosos que ellos. A día de hoy los estudiosos siguen discutiendo qué distancia cubrieron los griegos abriéndose paso en medio de la llanura mientras hacían sonar sus armaduras de metal. En cualquier caso, no cabe duda de que una táctica tan poco convencional sorprendió a los persas quienes, según Heródoto, pensaron que los griegos «se habían vuelto locos» (VI, 112). Por increíble que parezca, los generales persas no estaban preparados para desplegar la caballería en la que confiaban ese día para obtener la victoria. Aun así, la contienda fue reñida, una lucha

feroz que se prolongó durante horas. Finalmente, la superioridad de las armaduras y las armas de los griegos, unida a su intrépido coraje, se impusieron en la batalla terrestre, tras la cual se procedió a cargar contra los barcos anclados en la playa. Fue allí donde el hermano del famoso autor ateniense Esquilo se ganó una fama imperecedera al morir desangrado cuando un persa le seccionó una mano mientras trepaba por el flanco de una nave enemiga para lanzarse contra la tripulación. Esta historia y otras parecidas tuvo que escucharlas Pericles de su padre, quien probablemente peleó en Maratón: entonces Jantipo sí tenía edad de participar en la milicia y contaba con recursos suficientes para costearse la armadura de bronce de los soldados de infantería.

Una historia menos heroica que seguramente también llegó a oídos de Pericles fue el rumor de la traición planeada por la familia Alcmeónida. Tras su derrota en la llanura de Maratón —dice la historia—, los persas supervivientes lograron escapar en sus naves e intentaron desembarcar en la costa occidental de Atenas para tomar la ciudad desde allí. La leyenda consagró al ateniense que corrió sin detenerse desde Maratón hasta el centro de la ciudad para advertir a los ciudadanos de que cerraran las puertas. (A los treinta kilómetros que cubrió desde Maratón le debe su nombre la carrera tan popular hoy en día). Más tarde hubo quien acusó a los Alcmeónidas de haber hecho una señal a los persas lanzando destellos con un escudo desde lo alto de las murallas de Atenas para lograr devolver el poder a Hipias; lo cual es probable que fuera únicamente una calumnia: ¿qué beneficio podrían haber obtenido los Alcmeónidas de restituir al tirano depuesto por ellos mismos? Lo que este relato viene a confirmar es la encarnizada e ininterrumpida rivalidad entre las familias de la aristocracia ateniense, así como el hecho de que a lo largo de toda su carrera Pericles nunca dejó de tener presente que sus adversarios políticos siempre podían recurrir a la historia de la familia de su madre para socavar el apoyo recibido del pueblo.

La expedición persa, incapaz de tomar Atenas, regresó a casa y, siguiendo las órdenes de Darío, le entregó a los eretrieos capturados. Entonces el Gran Rey volvió a exhibir la generosidad que era capaz de desplegar en cualquier momento: en cuanto les puso los ojos encima a aquellos griegos convertidos en esclavos y arrancados de su patria, toda su ira su desvaneció; y, en lugar de venderlos en Asia, les regaló casas y tierras para que pudieran vivir cómodamente en Persia dentro de su propia comunidad y conservando la lengua griega.

Así fue como en el año 490 Atenas logró un éxito imprevisible al repeler el ataque de un contingente (pésimamente dirigido) de la primera potencia militar del mundo. Por primera vez los griegos pudieron proclamar su contundente victoria en Maratón sobre el ejército persa. No obstante, el destino de los eretrieos dotaba al resultado de cierta ambigüedad. Por una parte, la toma de la ciudad reveló lo destructiva que podía ser la desunión entre los ciudadanos cuando había algunos dispuestos a ceder a la tentadora posibilidad de colaborar con el rey persa. Por otra parte, el trato indulgente que el rey acabó dispensando a los exiliados eretrieos indicaba que los griegos siempre dispondrían de tiempo suficiente para obtener una recompensa a cambio de someterse a aquel pariente lejano que se sentaba en el trono del imperio persa. En otras palabras: nunca

sería una decisión fácil e inapelable optar entre defender la libertad griega combatiendo contra aquella superpotencia o llegar a un acuerdo con el Gran Rey.

3.
Pericles se convierte en un adolescente en medio de una crisis familiar y de una emergencia nacional

Pericles alcanzó la adolescencia a finales de los años 80 y creció en una Atenas en proceso de convertirse en la ciudad estado más poblada del continente griego. Los estudiosos modernos han acuñado el término ciudad estado para referirse a las antiguas comunidades políticas griegas formadas por un importante centro urbano que controlaba un territorio habitado a su vez por granjeros y por poblaciones periféricas más pequeñas. Los ciudadanos podían residir bien en la ciudad, bien en el campo. La palabra griega asignada a las ciudades estado era *polis*, de donde procede el término moderno «política». Durante el siglo v el número de ciudadanos varones adultos autorizados a ejercer derechos políticos y obligados a servir en la milicia ciudadana debía de rondar los 40.000 o 60.000. Es probable que la polis de Atenas alcanzara un total de 250.000 habitantes, o quizá más si los sumamos todos: los ciudadanos y sus hijos, los residentes extranjeros y los esclavos; una población extraordinariamente abundante para una polis griega de la Antigüedad. De las más de 1.000 antiguas ciudades estado cuya existencia ha quedado documentada la mayoría contaba con un número considerablemente menor de habitantes dentro de sus fronteras.

El territorio de Atenas, conocido como el Ática, ocupaba una península triangular situada al sudeste del continente y formada por llanuras, colinas y pequeños montes. Los atenienses, igual que los habitantes de otras ciudades estado griegas, dedicaban la mayor parte de sus tierras a la agricultura, pero tenían la inmensa suerte de contar con un litoral salpicado de puertos idóneos para el comercio marítimo. Cuando Pericles se hizo adulto, la población del Ática había crecido tanto que superaba la capacidad de las tierras de producir alimentos suficientes para abastecerla. De ahí que los comerciantes empezaran a importar grandes cantidades de productos básicos —especialmente grano— de otras zonas fértiles del nordeste de la región del Mar Muerto y del sudeste de Egipto. El cuantioso grano importado se trasladaba en barcos que surcaban el Mar Mediterráneo: una empresa arriesgada dada la facilidad con que las tempestades podían destrozar las naves de transporte.

Las gachas y el pan de cebada y trigo, junto con las hortalizas, el aceite de oliva y el queso, componían la principal base nutricional de los antiguos griegos. La mayoría de ellos no podían permitirse incluir regularmente la carne en su dieta, por lo que valoraban

de un modo especial los repartos de porciones asadas de los animales ofrecidos en sacrificios masivos financiados por el Estado. Es muy importante hacer hincapié en este hecho vital para la supervivencia —en sentido literal— de los atenienses en tiempos de Pericles: si no eran capaces de garantizar la seguridad del transporte marítimo para importar el alimento necesario con que sostener a la población, morirían de hambre. Por eso conviene hacer de esta cruda realidad una premisa siempre que se someta a juicio la ética del compromiso ateniense con la decisión de conservar y —en la medida de lo posible— incrementar el poder naval de su ciudad estado. Para Atenas era una cuestión de vida o muerte.

Los atenienses contribuían al pago del grano importado exportando a su vez productos caros como el vino, muy demandado en todo el mundo antiguo, y la plata procedente de los enormes filones minerales descubiertos a principios del siglo V en las colinas del sur, cuya propiedad reclamaba el Estado. Con el tiempo el comercio de importación-exportación creció tanto que la prosperidad económica de Atenas acabó dependiendo en buena parte de él. Por eso, para proteger el transporte marítimo de los productos, así como para garantizarse el suministro de los alimentos básicos, los atenienses fueron construyendo puertos fortificados, dominando la construcción naval y la navegación y reuniendo la armada más eficaz de Grecia.

Ni siquiera después del importante e inesperado éxito obtenido en 490 en la batalla de Maratón eran muchos los griegos capaces de predecir que la ciudad estado de Pericles conseguiría un poder, una población y una prosperidad sin precedentes. Como hemos dicho, Atenas había vivido eclipsada por Esparta en el terreno militar y por Corinto en el potencial marítimo. Todo esto cambió radicalmente a medida que Pericles fue pasando de la niñez a la adolescencia. No obstante, esa etapa de la historia de Atenas estuvo profundamente marcada por el miedo y el peligro. Por desgracia, la década de los 80 aparece pobremente documentada en las fuentes antiguas conservadas, pero es evidente que los acontecimientos emocionalmente dolorosos y de peligro físico que vivió Pericles durante esos años grabaron a fuego en su mente lecciones que nunca fue capaz de olvidar. El primero de esos episodios inquietantes tuvo lugar poco después de Maratón, cuando aún era demasiado joven para entender del todo el significado de lo ocurrido. Pero la estrecha conexión del incidente con la historia de su familia hizo que a la larga sus consecuencias pesaran sobre él.

En el incidente en cuestión estuvo implicado Milcíades, convertido en héroe nacional de Atenas por su liderazgo en la victoria de Maratón, sobre todo porque nadie esperaba que una potencia griega que por entonces era de segunda categoría fuese capaz de frenar el empuje del mayor imperio vigente. La salvación de los atenienses gracias a sus propios esfuerzos —y a la única ayuda de un pequeño número de plateos— disparó su autoconfianza; es evidente, concluyeron, que los dioses están de nuestro lado. Quienes votaban en la asamblea democrática no tardaron en actuar movidos por esa confianza y dejaron que los sentimientos nublaran su raciocinio: en respuesta a la petición de Milcíades, le entregaron una fuerza naval para que la empleara a su criterio. Sorprendentemente, la asamblea solo exigió al general de aquella costosa empresa la

promesa de regresar con un suculento botín, sin que ni siquiera tuviera que informarles del destino de los barcos y de la tripulación, ni de lo que pensaba hacer una vez allí. En otras palabras, autorizó lo que equivalía a una expedición pirata sin conocer ni sopesar sus probabilidades de éxito. Antes de la batalla de Maratón Milcíades había prometido que Atenas se convertiría en la «ciudad más importante de Grecia»; y ahora se las arregló para convencer a los miembros de la asamblea de que tiraran los dados a ciegas para que tanto él como ellos explotaran su ambición de ser «los más importantes».

Muy pronto los acontecimientos revelaron que la intención de Milcíades era atacar la ciudad estado de Paros, una isla del sur del Mar Egeo, por motivos personales: de hecho, culpaba a uno de sus ciudadanos de haber malogrado su oportunidad de congraciarse con un persa ilustre cercano al rey Darío. Es tan importante como poco reconfortante para una evaluación de los líderes atenienses explicar bien este episodio. Evidentemente, el plan urdido por el célebre arquitecto de la espectacular victoria griega frente a los persas en Maratón consistía en obtener las recompensas materiales que el monarca del enemigo había demostrado prodigar con tanta liberalidad entre quienes favorecían sus intereses: no en vano el hijo de Milcíades, favorito del gobernante persa, vivía lujosamente gracias a la generosidad real. La conclusión parece ineludible: Milcíades había cedido a la tentación de hacerse rico, desentendiéndose del peligro que su plan secreto entrañaba para su comunidad.

Por desgracia para Milcíades, del ataque contra Paros solo obtuvo un lamentable fracaso y una herida purulenta en una pierna. Cuando volvió renqueando a Atenas, el padre de Pericles, Jantipo, lo acusó ante los tribunales de engañar al pueblo ateniense y dilapidar sus recursos. En el sistema ateniense eran los ciudadanos particulares y no los funcionarios públicos quienes iniciaban casi todos los procesos judiciales. Los ciudadanos que componían los jurados o se reunían en la asamblea para juzgar los casos de mayor gravedad tenían autoridad y, en ocasiones, poder suficientes para castigar a los gobernantes acusados de «practicar el engaño». Esa imputación no significaba necesariamente que el acusado hubiera cometido un fraude delictivo —aunque ese fuera el cargo en su contra—, sino únicamente que no había cumplido con las obligaciones que le correspondían o que no había respetado plenamente sus promesas de obrar en interés de la ciudad estado. En el caso de Milcíades, el héroe de Maratón, sus conciudadanos decidieron no ejecutarlo e imponerle la cuantiosa sanción de 50 talentos, el equivalente a mil años del salario de un trabajador. La herida infectada acabó pronto con la vida de Milcíades, quien trasladó a su hijo Cimón la responsabilidad de saldar una deuda tan exorbitante.

Aunque las fuentes no documentan los motivos de Jantipo para iniciar el juicio contra Milcíades, no cabe duda de que reflejaba –o tal vez iniciaba— una acérrima enemistad entre las familias de Pericles y Cimón, pertenecientes ambas a la aristocracia. Esa hostilidad fue un legado que Pericles recibió de Jantipo y que tendría graves y persistentes consecuencias sobre él cuando más tarde su carrera interfirió con la de Cimón y lo condujo a una lucha por el poder contra aquel rival mayor que él. Por otra parte, el ejemplo de la irresponsabilidad de la asamblea al autorizar la desastrosa

empresa de Milcíades fue para Pericles una lección sobre los peligros de una política exterior que no estuviese fundamentada en el conocimiento.

La hostilidad define muy bien la situación de la política interior de Atenas en los 80. A finales de la década, Pericles, en plena adolescencia, empezaba a tener edad suficiente para comprender con mayor hondura el significado de los acontecimientos políticos y militares, así como para vivir todo el impacto emocional de la crisis que afectó a su padre —e indirectamente a su madre y hermanos— durante esa etapa: una crisis familiar que tuvo su origen en el procedimiento oficial que los atenienses llamaban ostracismo. Introducido probablemente por Clístenes como una de las reformas destinadas a dotar de más poder al sistema de gobierno democrático, el ostracismo permitía a los ciudadanos desterrar durante una década a alguno de sus conciudadanos. Una vez al año, la asamblea votaba si llevar a cabo o no el procedimiento. Cuando los votos se decantaban por el sí, dos meses después se celebraba otra votación en la que se entregaban los *otraca*, término que servía para designar los cascos de vasijas y platos de terracota rotos. Cada uno de los votantes escribía en su pedazo correspondiente el nombre del hombre al que quería ver desterrado. Quien recibía la mayoría de los 6.000 votos reunidos era condenado al ostracismo: en el plazo de diez días debía abandonar el Ática por un período de diez años y no regresar hasta recibir el correspondiente comunicado oficial.

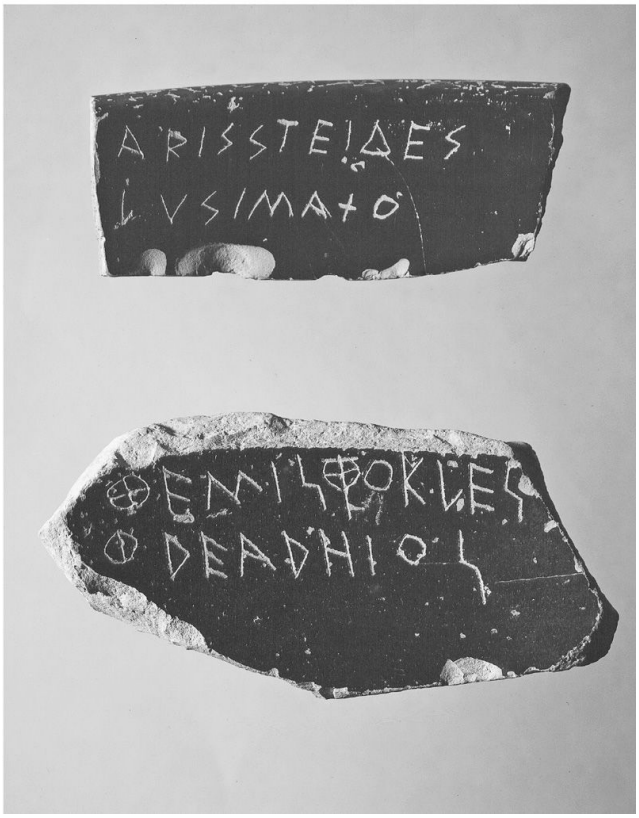


Figura 8. Antiguos *ostraca* griegos empleados para votar el ostracismo. Gianni Dagli Orti / The Art Archive at Art Resource, NY.

Con el ostracismo no se castigaba ningún delito. Al condenado no se le aplicaba ninguna sanción económica y conservaba el pleno dominio de sus propiedades. Si lo

deseaban, los miembros de su familia podían quedarse en Atenas sin otra consecuencia oficial que la ausencia obligada de la víctima. Aun así, el procedimiento era motivo de terribles penalidades para el exiliado y sus familias, a las que o bien se arrancaba de sus hogares para trasladarlas fuera del territorio ateniense, o bien se las dejaba solas y dependiendo de otros parientes y amigos en caso de necesitar ayuda durante tan larga ausencia. De ahí que el ostracismo causara amargas pérdidas personales y emocionales al condenado (que siempre era un varón) y a su esposa e hijos. Jantipo, Agarista y sus hijos, incluido Pericles, sufrieron en sus propias carnes sus tremendas y dolorosas consecuencias.

¿Por qué aceptaban los griegos la crueldad del ostracismo? Quizá porque recordaban la represión y la violencia en las que había degenerado la tiranía de los Pisistrátidas antes de ser expulsados a finales del siglo VI. Al parecer, al instaurarse la democracia de Clístenes, los atenienses decidieron evitar la posibilidad de que un gobernante demasiado prominente volviera a obtener poder suficiente para erigirse en tirano alejándolo diez años de la ciudad estado. Confiaban en que un período prolongado al margen de la política ateniense privara al líder ostracizado del prestigio que se había ganado entre sus partidarios y que lo convertía en una amenaza directa para la democracia de Atenas.

Es de todos conocido que John Adams (1735-1826), uno de los principales fundadores y segundo presidente de los Estados Unidos, apuntaba a ese motivo político —el miedo — como causa de la creación de la institución ateniense del ostracismo: «No hay en la historia otra confesión tan abierta de las personas, de sus debilidades y de su incapacidad para gestionar el poder ejecutivo del gobierno o una legislatura compartida descompensada como esta institución» (*The Political Writings of John Adams*, ed. George Scott Carey [2000], p. 188). Este juicio lapidario fue una de las muchas razones por las que Adams y otros fundadores se opusieron a adoptar la democracia directa de Atenas como modelo de su nuevo gobierno e insistieron en la formación de una república. Cuesta negar que el ostracismo sea una manifestación de lo que los comentaristas políticos como Adams llaman la tiranía de la mayoría que puede surgir en una democracia sin la suficiente salvaguardia constitucional para proteger la libertad individual. Por otra parte, hay que admitir que, en el caso de los atenienses, el miedo a perder la libertad justificaba la afirmación de su autoridad sobre cualquier persona que suscitara inquietud.

La evidencia acerca de los ostracismos que siguieron a la batalla de Maratón en los 80 es escasa, pero parece respaldar esta interpretación. Por lo que recogen los datos, antes de ese período nadie había sido víctima de él (lo que lleva a algunos estudiosos a pensar que la institución no era tan antigua como las reformas originales de tiempos de Clístenes que se habían aplicado dos décadas atrás). Sin embargo, en los años posteriores a la batalla de Maratón de 490 hubo varios líderes atenienses que sufrieron uno tras otro el ostracismo. El breve análisis de Aristóteles en torno a la historia política ateniense (*Constitución de los atenienses* 22) informa que sobre los primeros exiliados recayó la sospecha de pretender convertirse en tiranos de Atenas. Esa acusación implicaba que tenían relación con la familia Pisistrátida y estaban dispuestos a gobernar como parásitos

del rey persa. Al fin y al cabo, el anterior tirano e hijo de Pisístrates, Hipias, había acompañado a los persas a Maratón con la esperanza de que una victoria lo restituyera como gobernante único de Atenas.

Naturalmente, los 6.000 o más ciudadanos que emitían su voto en un proceso de ostracismo válido tenían motivos variados para elegir a la persona que querían ver en el exilio, incluidos los basados en una simple y vaga sospecha o en meras envidias y antipatías personales. Después del ostracismo sufrido en 486 por el pariente Alcmeónida de Pericles, Megacles, el famoso poeta del siglo v Píndaro lo elogiaba en un poema (de encargo), insinuando que había sido desterrado por la «envidia, que se vuelve contra las cosas hermosas» (*Oda pítica* VII, 15). Aún más célebre era la historia del ostracismo en 482 del ilustre líder Arístides, reconocido como un hombre extraordinariamente recto en su vida personal y política. Mientras caminaba hacia el lugar de la votación que decidiría el ostracismo de ese año, otro ciudadano se acercó a él y le pidió ayuda para inscribir un nombre en su pedazo de cerámica, porque era analfabeto: algo habitual en aquella época y que no invalidaba ni al ciudadano ni su voto. Arístides le preguntó qué nombre quería escribir en su ostracum. «Arístides», contestó. ¿Y qué había hecho el tal Arístides para merecer el destierro?, volvió a preguntarle sorprendido el propio Arístides; a lo que el otro —según comenta Plutarco (*Arístides* 7)— replicó: «Nada; ni siquiera conozco a ese hombre, pero me molesta oír por todas partes el apelativo de "el Justo"».

Hasta hoy las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en Atenas han hallado más de 11.000 ostraca. Los antiguos cascos de cerámica rota demuestran que algunos de los que participaban en el proceso añadían a su voto unas palabras o una imagen grabadas (el célebre caso del individuo con indumentaria persa) para manifestar la razón por la que deseaban el destierro del hombre cuyo nombre habían escrito. De hecho, existe una prueba de dicha práctica relacionada con el ostracismo que afectó de un modo directo al joven Pericles: el de su padre, Jantipo, en el año 484. Los arqueólogos han encontrado un pedazo de cerámica con su nombre y con dos versos añadidos (Fornara, *Translated Documents* nº 41, D8): unos versos concisos y de difícil interpretación que, no obstante, acusan a Jantipo de haber cometido alguna clase de injusticia en la política o el gobierno y que, además, lo califican de «maldito», lo que seguramente hace alusión a su matrimonio con Agarista, cuya familia Alcmeónida llevaba el estigma de la maldición que no se borró nunca, arrastrado a lo largo del tiempo desde la antigua conspiración de Cilón. Las palabras contenidas en esos dos versos no proporcionan indicio alguno de temor a la tiranía o a una conducta traidora, pero sí revelan claramente que el autor se oponía con contundencia a lo que consideraba una postura política o una conducta inmorales de Jantipo. Y, sobre todo, no se privó de añadir un viejo insulto que reafirmara su hostilidad hacia él.

El número de ciudadanos que compartían su opinión fue suficiente para obligarle a abandonar a Atenas. No conocemos los detalles de su experiencia en el extranjero ni el destino de su familia durante el período de destierro. Jantipo era rico y, al igual que otros miembros de la aristocracia ateniense, tendría contactos fuera de los límites de su ciudad estado natal a los que poder visitar, como era el caso de los parientes de su mujer que

vivían en Sición. Pero es probable que su esposa, con sus hijos todavía en casa, se quedara en Atenas para no arrancar a los pequeños de su entorno habitual ni de las rutinas domésticas. Aun así, no hace falta mucha imaginación histórica para visualizar la desolación de su hijo pequeño una vez que entendió claramente las consecuencias de la decisión tomada aquel día fatídico. Para el niño que era Pericles solo pudo significar una tremenda catástrofe.

Si la familia de Jantipo efectivamente permaneció en Atenas, poco después de la votación Pericles contemplaría consternado cómo su padre abandonaba el hogar y la ciudad. El muchacho debió de comprender vagamente que quizá no volviera a verlo en el único plazo que un niño de su edad podía estar empezando a entender: su padre iba a estar ausente aproximadamente los mismos años que Pericles había vivido hasta entonces. No sabemos lo estrecha que sería la relación afectiva y emocional que los unía (las fuentes guardan silencio a ese respecto), pero aquel niño a punto de empezar la adolescencia solo pudo sentirse confuso, desolado y muy asustado ante la marcha de su padre. Es cierto que su madre era socialmente superior a su padre y contaba con valiosos contactos derivados de su posición; seguramente disponía de recursos económicos suficientes para mantener el nivel de vida de la familia. Con todo, en una sociedad patriarcal como la de la antigua Grecia la ausencia del padre no podía sino considerarse un tremendo golpe para la seguridad familiar.

Quizá la edad de Pericles no le permitió entender todas las implicaciones de la crisis familiar, pero difícilmente pudo dejar de sentir —y de sufrir intensamente— la preocupación y las tensiones experimentadas por los adultos de su familia más inmediata. La incertidumbre siempre representa una angustiosa amenaza para el sentimiento de bienestar y seguridad de un niño, y seguramente fue esa angustia sin resolver lo que vivió Pericles durante ese episodio. Quizá le proporcionaron la esperanza de poder visitar más adelante a su padre en el extranjero, pero en cualquier caso su miedo solo pudo ser intenso e inquietante, cosa que no debemos olvidar.

Cuando Pericles fue creciendo y llegó a conocer los procedimientos y las normas del gobierno democrático de Atenas, tuvo que ser plenamente consciente de lo concluyente que podía resultar la voluntad de la mayoría en esa democracia directa carente de una constitución escrita. Por emplear un paralelo moderno, la democracia de Clístenes funcionaba básicamente como un gobierno por referéndum. En la práctica no existían restricciones vinculantes para las decisiones de los votantes, es decir, los adultos conocidos en ese sentido como «el pueblo» (demos). Las antiguas tradiciones y las leyes vigentes que el demos aprobaba en la asamblea servían de señales indicadoras de lo que se estimaba recto y justo: su recuerdo pretendía disuadir de decisiones poco meditadas y tomadas en el fragor del momento. No obstante, no existía ninguna barrera constitucional infranqueable que impidiera que una nueva reunión de votantes decidiese en cualquier momento ignorar los precedentes o las leyes del pasado, bien por un tiempo, bien de forma permanente.

Por lo tanto, Pericles vivió durante sus primeros años una dolorosa experiencia personal del poder abrumador del demos ateniense sobre los ciudadanos particulares,

primero con el ostracismo de su pariente materno Megacles y luego con el de su padre, Jantipo. Parece seguro que Pericles se empapó hondamente y para siempre de esta lección: nadie que aspirase a la preeminencia política en la Atenas del siglo V dejaría de correr el peligro real de sufrir dolorosas consecuencias personales si perdía el favor de la mayoría. Esta realidad aleccionadora complicaba y acentuaba considerablemente el reto de actuar como un auténtico líder: un líder capaz de convencer al «pueblo» de que adoptara políticas a las que en principio se oponía, y no un líder que busca únicamente su propio interés y se sirve de una cobarde demagogia y de la adulación para alcanzar el éxito personal.

Cuatro años después del ostracismo de su padre, Pericles aprendió otra penosa lección que recordaría siempre: el grado de peligro que corría su ciudad estado frente a Persia. La derrota de la expedición de Maratón enfureció al rey Darío, quien la interpretó como un insulto a su majestad y juró castigar a los atenienses y a sus socios griegos. Por eso envió emisarios a todo su vasto territorio —desde las costas del Mediterráneo hasta la región occidental del subcontinente indio— para que ordenaran a sus súbditos contribuir a una invasión masiva de la Grecia continental con soldados, caballos, alimentos, suministros, buques de transporte y naves de guerra. Todo el occidente y centro de Asia se puso en movimiento. Como los recursos del imperio del monarca persa eran tan inmensos como las distancias, cuatro años después aún no se habían reunido todas las fuerzas en un único emplazamiento. Darío sufrió un nuevo retraso cuando los hijos de sus distintas esposas iniciaron una disputa por la sucesión, casi al mismo tiempo que una provincia tan importante como Egipto se rebelaba contra el dominio persa. Darío acabó nombrando a su hijo Jerjes sucesor del Gran Rey y murió poco después, en 486, antes de poder someter a Egipto y vengarse de los griegos con un ataque a gran escala.

Inmediatamente después de la muerte de Darío, los griegos vieron surgir un débil rayo de esperanza de que se hubiera extinguido el peligro. El rey Jerjes tenía que empezar por gestionar la rebelión de los egipcios, cuyo fértil territorio suministraba abundantes cosechas de alimentos y minerales valiosos, incluidos metales preciosos. Además, los rumores decían que el nuevo monarca no tenía interés en continuar con la venganza de su padre contra los griegos (al menos, eso afirma Heródoto, quien nos proporciona la mayoría de los detalles de los acontecimientos de la época en sus libros VII-IX). En ese momento Pericles estaba iniciando la adolescencia y tenía edad suficiente para comprender las aterradoras noticias que llegaban a Atenas acerca de la amenaza inminente de un ataque persa. ¿Se podía seguir esperando que la invasión no se produjera?

El tiempo demostró claramente la persistencia de la amenaza. Algunos cortesanos persas presionaban a Jerjes para que cambiase de opinión respecto a la invasión del continente griego, en la que veían una oportunidad de aumentar su prestigio, sus recursos y su poder particular con el reparto del botín de guerra y el gobierno de los territorios incorporados a las provincias del imperio que esperaban obtener de la guerra. Pese a las cautas advertencias de su tío Artábano animándole a desconfiar de aquellos seductores consejos y sopesar lo incierto de un esfuerzo a gran escala como ese, Jerjes comenzó a

ceder y acabó afirmando que una expedición militar era el castigo merecido por los crímenes cometidos por los griegos contra el imperio persa, así como la venganza de la ofensa infligida a su regia autoridad. Por otra parte, la conquista del territorio griego para extender su imperio significaba secundar el mandato divino que obligaba a cualquier rey persa a ejercer su poder sobre el mundo entero. Culpables e inocentes, decía Jerjes, debían portar el yugo de la esclavitud, porque —según aseguraba— en la hostilidad entre ambos parientes, entre persas y griegos, no cabían las medias tintas. Además, tenían la victoria asegurada: después de todo, explicó Jerjes, los griegos eran tan poca cosa que habían sido conquistados por el antiguo héroe Pélope, un simple y humilde esclavo de sus antepasados. El rey concluyó argumentando que, si no era él quien atacaba primero con un golpe preventivo, los atenienses invadirían su territorio.

Lo más inquietante para quienes veían en la unidad de Grecia la única política con visos de esquivar al gigante persa es que entre los que convencieron a Jerjes se contaban también algunos griegos: ante todo, los descendientes de Pisístrato exiliados en Persia. El deseo de regresar triunfantes a la patria seguía consumiendo a la familia del tirano. Los de más edad podían prometer a Jerjes maquinar la rendición de la ciudad estado sin necesidad de recurrir a las armas si el rey ofrecía un acuerdo suculento. Y la ilustre familia conocida en Tesalia como los aleuadas, que contaba con inmensas riquezas y muchos partidarios armados —en especial su famosa caballería—, le brindó algo más que una esperanza de colaboración al asegurarle que acudiría en defensa de su causa, a cambio de lo cual confiaban en hacerse con el control absoluto de los tesalios.

Heródoto describe cómo una aterradora manifestación divina acabó definitivamente con la renuencia de Jerjes, quien cedió ante la visión de lo que interpretó como una necesidad cósmica de liderar una guerra para la conquista de Grecia. Después de sofocar la rebelión egipcia, aún le llevó cuatro años más reunir a todas las fuerzas armadas en un ejército y una armada multiétnicos, plurilingües y completamente organizados que acabarían convirtiéndose para la patria de Pericles en la mayor y más temible amenaza que el mundo había conocido hasta el momento. El retraso que exigió reunir aquel gigantesco ejército persa brindó a los griegos la ocasión de rumiar sus escasas opciones de supervivencia.

Entre otras cosas, se enteraron de que los preparativos eran de un alcance todo lo global que Jerjes se podía permitir. Estaba tan decidido a sacar a los griegos de su patria que planeó arrasarlos con un doble ataque lanzado desde su propio territorio en el este y desde el de los aliados del Mediterráneo oeste. Sus emisarios presentaron la propuesta de una alianza antigriega a la próspera ciudad de Cartago (hoy Túnez), situada en el oeste de África y fundada tres siglos antes por los fenicios de la costa oriental del Mediterráneo para lucrarse del comercio marítimo. Los fenicios que continuaban asentados en su territorio original proveyeron a la flota persa de su principal fuerza. Los cartagineses eran rivales comerciales y políticos de las ricas colonias griegas que salpicaban el sur de Italia y Sicilia. Jerjes sedujo a Cartago para que se uniera a la alianza prometiendo someter a los griegos a una presión salvaje con ataques coordinados desde el este y el oeste, exponiendo a sus ciudades estado a la conquista de los persas en el

continente y de los cartagineses en Italia y Sicilia. Era probable que esa maniobra de pinza pulverizara a los griegos.

Cuando en 480 Jerjes logró reunir a todas sus fuerzas para la invasión de Grecia, las inmensas dimensiones del ejército eran casi imposibles de calcular. Aun así, el rey intentó hacer un recuento formando a los soldados, dividiéndolos en grupos y ordenando que uno de ellos entrara y saliera de un espacio acotado cuya capacidad sí podía estimarse, lo que le permitió hallar el total multiplicando esa cantidad por el número de grupos. Heródoto afirma que el conjunto sumaba varios millones de soldados de infantería y la flota persa varios miles de navíos y buques de transporte. Según la crítica de fuentes moderna, se trata de números imposibles: jamás se habría contado con alimentos y agua suficientes para abastecer durante un trayecto tan largo a hordas tan numerosas, por no hablar de los caballos, bueyes y demás bestias de carga necesarias para trasladar el equipamiento y tirar de los carros. Hoy en día la mayoría de las estimaciones reducen el número de invasores en un orden de magnitud, dejando el total en varios centenares de miles. Fuese cual fuese la cantidad de hombres y de material bélico, las proporciones carecían de precedentes. Nadie en el mundo había visto jamás semejante masa de gente, animales y barcos. Las noticias que llegaban a oídos de un Pericles adolescente acerca de la formidable tormenta que se estaba formando al otro lado del Mar Egeo debieron de parecerle el anuncio del fin de los tiempos para Grecia.

Los informes acerca de los recursos de Jerjes fueron haciéndose cada vez más aterradores. Cuando las tormentas marítimas acabaron con una primera expedición naval persa en el norte de un Mar Egeo azotado por los vientos, el rey ordenó a sus ingenieros militares abrir un enorme canal con una anchura equivalente a dos barcos en la península de Atos que prolongaba la costa en aquella zona. Hasta el arquitecto del proyecto era descomunal: se decía que no había persa más alto que él —medía más de 2,10— ni ser humano con voz más potente. Más tarde los griegos afirmaron que Jerjes mandó abrir el canal por puro orgullo y con el único propósito de demostrar su poder: de haberle importado la seguridad del viaje, habría ordenado atravesar a pie la península arrastrando los barcos por tierra, la técnica habitual para cruzar un istmo. El canal exigió una excavación tan colosal que la fosa aún se puede apreciar. Jerjes planeó también cómo enfrentarse a los retos logísticos que implicaba mantener a aquella inmensa cantidad de gente y de animales en marcha y se adelantó a la llegada de su ejército instalando depósitos de alimentos en el norte de Grecia. El agua resultó ser un problema no menor: de hecho, su gigantesco ejército llegó a secar ríos enteros.

Mientras se llevaban a cabo estos preparativos, Jerjes y su amplio séquito real se trasladaron desde el centro de Irán hasta la capital, Sardes. Desde allí envió emisarios a las ciudades estado de Grecia —a excepción de Atenas y Esparta— para exigirles las tradicionales ofrendas de sumisión y ordenar a los habitantes de las regiones que atravesaba la ruta proyectada que prepararan festejos en honor del gobernante y de sus hombres. Jerjes preveía que los griegos que todavía no habían cumplido la orden de someterse a su padre, Darío, esta vez se plegarían a ella. No envió mensajeros a atenienses y espartanos, porque a los anteriores los habían arrojado a un pozo,

gritándoles que allí encontrarían lo que habían ido a buscar. La muerte de los heraldos era sacrílega. Su decisión de correr el riesgo de atraer sobre ellos la ira de los dioses con esa escenificación de su rechazo a las exigencias del rey demuestra su firme determinación de resistir —o, cuando menos, la determinación de algunos de sus líderes políticos—. No obstante, a los espartanos les alarmaron los malos augurios que recibieron acto seguido y enviaron a Jerjes dos voluntarios para que los sacrificara en compensación por la muerte de sus dos emisarios. Indignado, el rey ordenó a los enviados regresar a casa sanos y salvos: él, dijo, no se rebajaría a cometer el mismo crimen que los espartanos, que tendrían que vivir con esa culpa.

Dadas las circunstancias, al ver que no llegaba a Atenas ningún mensajero con el anuncio de un posible acuerdo con Jerjes, los temores de los atenienses y, por lo tanto, los del joven Pericles no pudieron sino aumentar. Como hemos señalado antes, los reyes persas solían estar dispuestos a pactar en el último momento incluso con sus peores enemigos. De ahí que resultase claramente funesto no tener esa oferta sobre la mesa. Aquello solo podía significar que era tal la furia de Jerjes que nada podría disuadirlo de dirigir su incomparable poder militar contra la ciudad estado de Pericles (y las de sus aliados).

Cualquier posible duda sobre la implacable fiereza de Jerjes se desvaneció cuando llegaron noticias de que había ordenado a su ejército abandonar su campamento en el oeste de Anatolia marchando entre los restos ensangrentados de un cadáver seccionado por la mitad: el cadáver partido en dos del hijo de un hombre muy rico que, a cambio de los gastos exorbitantes realizados para rendir homenaje al ejército persa, pidió al rey que uno de sus hijos pequeños no se uniera a las tropas y se quedase con él. Furioso, Jerjes le contestó que si él, el Gran Rey, marchaba junto con sus hijos, criados, hermanos y amigos, a nadie se le podía ocurrir hacer otra cosa que seguirle acompañado de toda su familia, incluida la esposa. Luego ordenó cortar por la mitad al hijo de aquel hombre y colocarlo a los lados del camino como un sangriento recordatorio de que en este mundo todos eran sus esclavos, por muy ilustres que se creyeran. Sin duda, Pericles tuvo que experimentar un creciente sentimiento de horror ante el cruel relato protagonizado por el mismo hombre que se disponía a lanzarse contra su patria.

Conviene señalar que otras veintinueve comunidades griegas se unieron a atenienses y espartanos y se negaron a plegarse a las órdenes de Jerjes. La alianza formada por esos treinta y uno solo era capaz de reunir un número exiguo de hombres al lado del ejército del Gran Rey. El temor al destino más probable que les esperaba solo pudo verse incrementado cuando se recibió la siguiente tanda de noticias inquietantes: Jerjes había ordenado construir un puente uniendo entre sí varios barcos para cruzar las rápidas aguas del Helesponto —de unos 1.200 kilómetros de ancho en su punto más estrecho— que separan Asia de Europa (en lo que hoy es el oeste de Turquía). Cuando una tormenta hizo fracasar el primer intento de concluir un puente tan complejo, Jerjes ordenó azotar con un látigo las aguas y lanzar al canal unos grilletes para castigar la insumisión de las olas. Luego mandó decapitar a los ingenieros fracasados. Quizá los griegos pensaron que la arrogancia de Jerjes se estaba atrayendo la justa ira de los dioses por dispensar a una

fuerza de la naturaleza como el mar el trato que recibe un esclavo merecedor de ser azotado. Pero no cabía duda de que el episodio revelaba también la intensa ira del rey contra ellos.

Como la ruta que llevaba a Jerjes hasta el límite sudoeste de Asia pasaba cerca de Troya (antaño saqueada por los griegos, según las antiguas leyendas que hizo célebres la poesía épica de Homero), el rey visitó la ciudad para contemplar sus ruinas y honrar a la diosa Atenea, la divinidad protectora de los troyanos que, en opinión de Jerjes, habían hecho bien en ser enemigos de los griegos. Con la clásica magnificencia de los reyes persas, ordenó sacrificar 1.000 reses para ofrecer una espléndida fiesta en honor de la diosa. Recordemos que los persas creían compartir con los griegos un antepasado común y, por lo tanto, también su relación con las divinidades que regían el universo. Tantas posibilidades tenía el rey de ganarse la ayuda de una diosa griega como sus parientes griegos no persas; y con razón los griegos, incluido Pericles, podían temer que su petición del favor divino recibiera una respuesta.

Cuando el puente que cruzaba el Helesponto estuvo concluido, Jerjes colocó a sus oficiales provistos de látigos para azotar a sus hombres y obligarles a mantener el paso mientras atravesaban aquel puente oscilante hacia Europa. Formaba parte de la doctrina real persa que los «esclavos» del rey (lo que equivalía a cualquier persona, estuviera o no esclavizada) solo actuaban disciplinadamente si se veían directamente amenazados por un castigo. Jerjes acertó al suponer que la sempiterna desunión que imperaba entre las ciudades estado griegas les impedía contar con un buen equipamiento para repeler una importante amenaza extranjera; pero los acontecimientos posteriores demostrarían que se equivocó al pensar que ciudadanos libres que no estaban sometidos a un rey o a un emperador nunca mantendrían la disciplina ante un peligro grave. El rey no creyó las palabras de Demarato, un espartano exiliado y refugiado en Persia que se había ganado su favor y el cargo de consejero, cuando le dijo que sus conciudadanos lucharían siempre porque temían el gobierno de la ley y no el de un solo hombre.

Como más adelante revelaría la batalla de Platea de 479, Demarato exageraba para reforzar su argumento, pero tenía razón en una cosa: pese al pánico y a las dudas, y aunque se enfrentaran al enemigo sin los latigazos de los subordinados del rey, en el momento oportuno y bien dirigidos los griegos eran capaces de reunir el valor suficiente para jugarse la vida y sus propiedades en defensa de su libertad. Es muy importante comprender lo difícil e incluso lo frágil que puede resultar una decisión como esa: la historia ha analizado a fondo las pruebas que demuestran que mantenerla no es tan sencillo ni tan fácil como suele aparecer idealizado en las películas, las novelas o las versiones triunfalistas de un pasado nacional.

La fidelidad al compromiso de enfrentarse a los persas en lugar de buscar un acuerdo resultó aún más costosa a medida que se iban recibiendo noticias de las increíbles dimensiones del ejército de Jerjes, tan colosales que hicieron falta siete días con sus noches de marcha ininterrumpida para que todas las tropas, los esclavos, las concubinas, los caballos, asnos, camellos, bestias de carga y carros cruzaran el estrecho. Al mismo tiempo, un enjambre formidable de naves de guerra y buques de transporte, que en aquel

momento sumaban unos 1.000, navegaba hacia Europa con sus cubiertas repletas de filas y más filas de lanceros. Parte de la expedición de Jerjes, especialmente la flota, estaba compuesta de griegos, algunos de ellos aliados voluntarios y otros forzosos. No obstante, el carácter «antigriego» (a ojos de Grecia) de la amenaza persa era innegable, incluidas las increíbles (a ojos de Grecia) noticias de que uno de los principales generales de la flota de Jerjes era una mujer, Artemisia de Caria.

Después de entrar en Europa, Jerjes obligó a unirse a su ejército a los guerreros de todas las regiones que atravesaba en su ruta hacia Macedonia. Los griegos se enteraron de que en el lugar conocido como Nueve Caminos ordenó enterrar vivos a nueve hombres y mujeres jóvenes para aplacar a los espíritus del inframundo. ¿Qué tortura les infligiría a ellos —se inquietaban los griegos— cuando se convirtieran en el blanco de su venganza? Las regiones obligadas a alimentar a las hordas del rey se quedaron exhaustas por el esfuerzo y empobrecidas por los gastos. En el sur de Grecia las noticias que seguían inundándolos día tras día no hacían sino aumentar el pánico. Cuesta imaginar la intensidad del miedo y la preocupación que vivieron Pericles y sus contemporáneos.

En esos momentos de creciente desesperación, por fin llegaron lo que —al menos para Pericles— eran buenas noticias. El peligro al que la invasión de Jerjes exponía a Atenas se hizo tan implacable que los atenienses decidieron recurrir a toda la ayuda disponible para decidir cómo encarar la crisis y salvar su ciudad estado de la aniquilación. Entonces la asamblea griega acordó enviar un mensajero a todos los gobernantes ostracizados en años anteriores: «Volved ahora mismo», les dijeron: «Os necesitamos». Conviene recordar el principal motivo que originó esa llamada, y es que muchos de sus conciudadanos temían que los líderes condenados al ostracismo buscaran la venganza más dañina posible colaborando con Jerjes en la conquista de Atenas. Ese temor a una traición no debería sorprendernos; nunca hemos de subestimar la tentación que un acuerdo con el rey persa representaba tanto a título individual como para la comunidad: Jerjes mantenía su palabra (con un grado de fidelidad del que otros estados como Esparta eran incapaces) y podía hacer ofertas muy atractivas a los griegos que habían sido sus enemigos más acérrimos. Por eso cabe destacar que todos los líderes atenienses víctimas del ostracismo respondieron positivamente a la llamada oficial y regresaron a casa a excepción de Hiparco el Pisitrátida, quien se puso del lado de los persas, su única salvación posible. Para alegría de Pericles, entre los retornados se hallaba Jantipo. Aunque el peligro de Atenas en su conjunto seguía alcanzando un nivel inimaginable, al adolescente tuvo que parecerle que, en cierta medida, los dioses habían decidido sonreírle a él y a su familia. Los catastróficos acontecimientos no tardaron en quebrar la confianza del adolescente.

4.
Pericles se convierte en refugiado mientras atenas afronta un grave peligro

LA ALEGRÍA DE PERICLES ANTE EL INESPERADO regreso de su padre tuvo que competir con un temor creciente a la amenaza que se cernía sobre su patria desde Persia. En el año 480, mientras el rey Jerjes ponía rumbo al sur desde Macedonia, los centinelas no dejaban de transmitir a las comunidades griegas las noticias de sus avances en su ruta invasora. Los griegos que habían realizado ofrendas de sumisión confiaban en no ser atacados (aunque quizá acabasen arruinados por la demanda de provisiones del ejército y la flota reales). Y quienes habían desafiado la orden de Jerjes de someterse estaban aterrados. ¿Y si algunos de sus compatriotas cambiaban de opinión y se ponían del lado del rey persa, imploraban su piedad y señalaban a los ciudadanos que se negaban a «colaborar»? ¿Y si también ellos —se preguntaban— renunciaban a la lucha por conservar la libertad política de su ciudad estado y evitaban el derramamiento de sangre? ¿Podrían entonces alcanzar un acuerdo con Jerjes y recibir de él un trato indulgente? Al fin y al cabo, todo el mundo recordaba que, una vez que la revuelta de los jonios fue sofocada y estos volvieron al redil de los súbditos persas, Darío, el padre de Jerjes, en lugar de optar por la tiranía como forma de gobierno, instauró la democracia y cedió a los ciudadanos el control de sus políticas domésticas.

Llegado el momento en que prácticamente podían oírse las pisadas de aquel ejército enemigo de increíbles dimensiones acercándose a sus fronteras, los griegos que no habían ofrecido la tierra y el agua al Gran Rey se enfrentaron a una decisión de la que dependían su vida o su muerte. Es importante señalar que todos los miembros de la alianza antipersa de estados griegos se mantuvieron firmes ante unas dificultades que parecían insuperables; las serias dudas y la disensión que experimentaron durante todo ese tiempo únicamente vienen a subrayar el carácter insólito de su compromiso con la lucha por su libertad política. Los atenienses —o, al menos, la mayoría de ellos— apoyaron la decisión de enfrentarse a Jerjes, pese a contar, como los acontecimientos demostrarían más adelante, con otra alternativa tentadora si estaban dispuestos a llegar a un trato con él.

En 480 Pericles se acercaba a los quince años: a esa edad y en momentos de tanto peligro, no se despegaría de sus parientes, escuchando en secreto sus acaloradas discusiones mientras las noticias no dejaban de empeorar. Los atenienses se enfrentaban

a un dilema angustioso: luchar contra Jerjes o pactar con él. Casi todos los griegos que habitaban al norte de Atenas se habían sometido a la hegemonía persa, una postura que entre el resto de los griegos se conocía como «medización». Ese término reflejaba la costumbre griega de referirse a los persas como «medos», el grupo étnico predominante antes de que los persas establecieran su imperio sobre su territorio. Los pro-medos no estaban dispuestos a unirse a la resistencia contra el invasor y puede que incluso colaboraran en el ataque extranjero contra sus vecinos del sur. Ante el miedo casi paralizante que experimentaban por su supervivencia, los atenienses hicieron lo que la tradición griega exigía en circunstancias tan apremiantes: pedir la guía divina. Los representantes atenienses enviados a Delfos en busca del consejo de Apolo recibieron de la sacerdotisa del dios una respuesta sorprendente: «¡Huye al fin del mundo!» (Heródoto VII, 140). Las instrucciones del dios de abandonar la patria sumieron a los enviados en la desolación, hasta que un ciudadano delfio les sugirió que imploraran otra respuesta mejor. Lo que escucharon entonces fue que la única y débil esperanza de los griegos era un «muro de madera» junto a la cercana isla de Salamina, próxima a la costa occidental del Ática. ¿Cuál será el significado de este enigma?, se preguntaban atónitos. De vuelta en Atenas, algunos interpretaron que los ciudadanos debían atrincherarse en lo alto de la acrópolis, detrás de la antigua empalizada, con cabida para una mínima parte de la población. La interpretación contraria afirmaba que el oráculo aconsejaba a los atenienses depositar toda su confianza en su flota de naves de madera, pese a la inmensa superioridad del número de naves de la flota invasora persa.

La violencia del desacuerdo respecto al significado del mensaje divino iba en aumento cuando un solo ciudadano logró convencer a casi todos los demás de que el consejo del dios apuntaba a la resistencia en el mar. Este personaje tan decisivo era Temístocles, a quien el historiador Tucídides considera precursor de Pericles por su capacidad de usar la razón fundada en los conocimientos con el fin de decidir el mejor curso de acción más conveniente para su ciudad estado y hacer lo necesario para llevarlo a la práctica. Temístocles era un líder nada convencional para la época: su familia carecía de recursos y él no había recibido una educación esmerada. Disfrutaba ignorando a los esnobs que competían con él por la influencia política y que lo miraban por encima del hombro debido a sus humildes orígenes. En cierta ocasión dio muestras ostentosas de lo poco que le importaba su desaprobación atravesando el centro de la ciudad a la vista de todos en un carro en el que iban subidas cuatro prostitutas. Su fogosidad y su aguda inteligencia, y en especial la habilidad de predecir los sucesos más probables, situaron a Temístocles en lo más alto durante los acalorados debates de los 80 en torno al destino de Atenas. El propio Pericles pudo aprender de él cómo en la democracia ateniense la capacidad de previsión y el poder de persuasión fundados en el conocimiento facilitaban el camino hacia el liderazgo.

Figura 9. Remeros de un trirreme. Relieve sobre piedra. Gianni Dagli Orti / The Art Archive at Art Resource, NY.

La primera ocasión en que Temístocles utilizó con éxito ese poder de persuasión con los ciudadanos de Atenas llegó unos años antes en el curso de lo que resultó ser un episodio trascendental. En el año 483 se descubrió en el territorio ateniense un rico filón de plata. Dado que los derechos sobre los minerales eran colectivos, los beneficios obtenidos del hallazgo pertenecían al conjunto de los ciudadanos, cada uno de los cuales podía esperar percibir una inyección de dinero equivalente a unos diez o doce días del salario ganado con un trabajo manual bien remunerado: una cantidad que para la mayoría, no sobrada de dinero, suponía una bendición. No obstante, Temístocles proporcionó argumentos para que aquel dinero caído del cielo se invirtiese en la construcción de una flota destinada a la defensa de la nación, habida cuenta de las hostiles relaciones que mantenían Atenas y Egina en aquel momento. Aunque los atenienses ya contaban con algunas naves de guerra, su tecnología no era lo suficientemente avanzada para convertirse en una potencia naval. Si las naves siempre habían sido costosas, las últimas innovaciones en la construcción naval especializada habían inflado aún más los costes. Los nuevos diseños contemplaban naves estrechas que sacrificaban la estabilidad y el espacio interior en beneficio de la velocidad apiñando a 170 remeros en tres filas superpuestas; de ahí su nombre de trirremes o «naves de tres remos». Exigía mucho esfuerzo y mucha coordinación imprimir a aquellas naves de guerra de última generación una velocidad suficiente para infligir el mayor daño posible con los arietes.

Si se quería dotar a Atenas de una armada de primer rango hacía falta mucho dinero. Temístocles convenció a los atenienses de que invirtieran el inesperado dinero extra en la construcción de 200 trirremes: una armada tecnológicamente innovadora de unas proporciones que pocas ciudades estado (o quizá ninguna) podrían igualar. Como demostrarían los futuros acontecimientos, esta decisión contribuyó a salvar la ciudad

estado de los persas y, al mismo tiempo, le proporcionó una base militar que, en vida de Pericles, permitió pasar de una situación comparativa de debilidad a una posición de poder internacional dominante. Basándose en sus conocimientos topográficos, Temístocles hizo otra recomendación vital y convenció a los atenienses de la mejora y la fortificación del puerto de Pireo, en la costa occidental. Su argumento consistía en que asegurar un acceso al mar garantizaría a Atenas la importación de productos básicos, así como un despliegue seguro de la fuerza naval. Temístocles fue el artífice de este punto de inflexión en la historia de Atenas gracias a sus habilidades oratorias en la asamblea pública y a unos argumentos basados en los conocimientos y en la reflexión que obtuvieron su fruto. En la democracia directa de su ciudad estado ese poder de persuasión dotaba a cualquier hombre de un enorme ascendiente entre sus conciudadanos: una lección evidente para el hijo de Jantipo cuando estaba entrando de lleno en la adolescencia y tenía en mente la carrera pública que se esperaba de él como varón y como adulto.

Los líderes de la coalición griega contra Jerjes se reunieron más de una vez para discutir cuáles eran sus mejores opciones. Después de la medización de los tesalios, las ciudades estado aliadas se decidieron por dos expediciones militares: una flota enviada para encontrarse con los persas cerca de la costa oriental del centro de Grecia, en el estrecho situado entre el continente y el cabo Artemisio, en el extremo norte de la isla de Eubea, y una fuerza de infantería destacada para bloquear el estrecho paso de las Termópilas que serpenteaba entre las montañas que separaban Tesalia de los griegos del sur. Los atenienses aportaron el mayor número de naves de guerra griegas enviadas a Artemisio bajo el mando de Temístocles y equipadas gracias a las contribuciones de potentados atenienses como Clinias, quien pertrechó un trirreme entero de su propio bolsillo. Prueba del constante peligro que suponía para la coalición griega la disensión entre sus miembros es la negativa de los demás aliados a obedecer las órdenes de un ateniense y su insistencia en que se entregase el mando de la flota griega a un general espartano, pese a la falta de experiencia de Esparta en el combate naval. Los atenienses cedieron el liderazgo para evitar que la operación se fuese al traste, aunque esa concesión entrañase un riesgo grave y evidente, ya que los espartanos no eran los más cualificados para asumir el cargo. Transigir en un asunto tan decisivo y frente a una amenaza tan aterradora era peligroso, pero había que aceptar el riesgo con tal de impedir la disolución de la alianza griega.

Más lógico parece que, dada la superioridad de la infantería pesada espartana, fuesen ellos también los encargados de reunir una fuerza aliada que bloqueara las Termópilas. Entre los varios miles de griegos que componían ese ejército se contaba un escuadrón de tebanos que se unieron a él obligados, ya que Tebas se había decantado del lado de los persas. Cuando Jerjes llegó al paso, se quedó atónito al encontrarse con un contingente tan pequeño de aliados griegos obstaculizando a su ejército, que superaba a sus adversarios en al menos un orden de magnitud. La escasez de espacio únicamente permitía la entrada simultánea de un número limitado de soldados, por lo que los primeros ataques dirigidos contra el extremo norte del paso acabaron en un fracaso

humillante. Los griegos, atrincherados detrás de una muralla atravesada en el camino y dirigidos por los espartanos, rechazaron una y otra vez a sus adversarios, inferiores en armas y en entrenamiento. Los persas solo descubrieron cómo superar el bloqueo cuando un griego de la región que aspiraba a una recompensa del Gran Rey le reveló la existencia de un camino que atravesaba las montañas y que le permitiría enviar un contingente para burlar al enemigo y atacar a una retaguardia indefensa desde el extremo sur del paso de las Termópilas.

Cuando Leónidas, el general espartano, se enteró de la traición, ordenó a todos los aliados leales, a excepción de sus 300 espartanos, que se retiraran y se pusiesen a salvo antes de que los persas los rodearan y acabasen con ellos, y castigó la medización y la traición de los tebanos obligándolos a quedarse allí. Cuesta entender por qué Leónidas no evacuó a todo el mundo, ya que los griegos no tenían ninguna posibilidad de vencer en un ataque persa por dos frentes. Puede que su conducta se explique por la existencia de un oráculo que apuntaba a la muerte de un rey espartano como el sacrificio necesario para la salvación de su patria.

Sorprendentemente, los hombres de la pequeña ciudad beocia de Tespia también se negaron a marcharse y se quedaron allí voluntariamente para encontrarse con la muerte (las fuentes no recogen el motivo). Su elección ha quedado como paradigma de quienes suelen valorar sus principios y su buen nombre más que su propia vida. Para Pericles, que debió de oír hablar de ellos, los tespios constituían una demostración del potencial coraje de los hombres libres; y seguramente entendió también que la infantería espartana, a las órdenes de un general decidido y motivador, podía ser el ejército terrestre más extraordinario del mundo. Esta última cuestión le proporcionó una prueba convincente del grave peligro que entrañaba para los demás griegos un enfrentamiento con la infantería de Esparta en el campo de batalla.

Mientras tanto, varias tempestades desencadenadas en Artemisio hundieron o inmovilizaron a centenares de navíos persas, reduciendo drásticamente la ventaja numérica de la flota de Jerjes. Aun así, Temístocles tuvo que emplear el dinero recibido de los eubeos, que confiaban en que la flota griega protegiera sus ciudades estado, para pasar bajo cuerda importantes cantidades a los generales espartano y corintio y convencerles de que se quedaran a plantar batalla, lo cual demuestra que el compromiso de la coalición no se basaba exclusivamente en el coraje ni en el deseo de libertad. El combate acabó en tablas y dejó importantes daños en las flotas de ambas partes. Cuando la armada griega recibió consternada la inquietante noticia de la aniquilación de los defensores de las Termópilas, se retiró aún más al sur. También entonces tuvo que escuchar Pericles las noticias de estos acontecimientos, una de cuyas penosas lecciones le enseñó que en los cálculos de la estrategia militar siempre es vital contar con lo inesperado; y que el dinero —mucho dinero manejado bajo cuerda— jugaba un papel fundamental en la trastienda de las relaciones internacionales.

La importancia de este período tan tenso para la formación práctica de un futuro estadista persistió una vez concluidas las batallas de las Termópilas y de Artemisio. En lugar de reagruparse para enfrentarse por tierra a los persas en las llanuras de Beocia, los

aliados peloponesios, dirigidos por los espartanos, decidieron —sin informar de ello a los atenienses— replegarse hacia el sudoeste, a mucha distancia de Atenas, hasta el extremo sur del istmo (una estrecha lengua de tierra que constituía la única conexión entre la península del Peloponeso y el continente griego), donde proyectaron la construcción de un muro que bloqueara el istmo con intención de repetir la estrategia empleada en las Termópilas: una estrategia, por cierto, que ignoraba el hecho de que la flota persa —que incluso disminuida en número seguía siendo colosal— podía superar el obstáculo lanzando ataques costeros contra el Peloponeso y enviando emisarios a sus ciudades estado con lucrativas ofertas a cambio de abandonar la alianza y unirse a la causa persa.

Evidentemente, el plan liderado por los espartanos significaba que los peloponesios abandonaban Atenas (y el resto del territorio no conquistado al norte del istmo) a merced de la furia desatada de la invasión persa. Tras las pérdidas sufridas por la flota en Artemisio, los atenienses componían una clara mayoría entre los restos de la armada griega, pero ni siquiera una realidad militar como esa fue capaz de hacer cambiar de opinión a los peloponesios. Cuando los atenienses se enteraron de la construcción del muro y se dieron cuenta de que los espartanos y el resto de los peloponesios se disponían a dejarlos solos ante la embestida persa, se las ingeniaron para convencer a los demás generales de la marina de que por el momento mantuvieran la flota en el estrecho canal de agua que separaba la costa noroeste del territorio de Atenas de la isla de Salamina.

Con esa petición intentaban disponer de un poco más de tiempo para llevar a la práctica una decisión crucial: evacuar por mar a casi todas las atenienses, a sus hijos y a los civiles hasta la ciudad de Trecén, al nordeste de la península del Peloponeso, y a las cercanas islas de Egina y Salamina. Solo se quedaron en la ciudad los más recalcitrantes, los que creían que el oráculo del muro de madera se refería a la empalizada de la acrópolis; allí se atrincheraron y rezaron para no haberse equivocado.

Nunca se insistirá bastante en la trascendencia de la evacuación ateniense: al parecer, fue Temístocles quien venció las reticencias de muchos de sus conciudadanos que, al fin y al cabo, sabían que aún podían intentar llegar a un acuerdo con Jerjes y salvar sus vidas y sus bienes. Un joven miembro de la aristocracia que ha aparecido brevemente mencionado un poco antes —Cimón, hijo de Milcíades y de Hegesípila, hija a su vez de un rey tracio— sirvió de estímulo para no sucumbir al miedo. En el año 480 Cimón estaba a punto de cumplir treinta años, la edad mínima requerida para ocupar un alto cargo electo del gobierno democrático ateniense, aunque las fuentes no recogen si ya lo tenía. Su familia, empobrecida por la multa impuesta a su padre, el héroe de Maratón caído en desgracia, había recuperado su poder económico tras el matrimonio de Cimón con una mujer rica y el de su hermana Elpinice con un hombre aún más rico.

En ese momento crítico para los atenienses —que debían de estar preguntándose: «¿Nos convertimos en los refugiados de una emigración masiva o buscamos un acuerdo con Jerjes?»—, Cimón se dejó ver cruzando el centro de la ciudad llevando por la brida a su cabalgadura. Los atenienses más ricos servían en la caballería de la milicia ciudadana porque se podían permitir el costoso mantenimiento de los caballos y alimentarlos con

fondos propios. Cuando Cimón llegó al santuario de Atenea, en la cima de la acrópolis, ofreció a la diosa el caballo que lo acompañaba y descolgó de las murallas del templo uno de los escudos de la infantería. Luego puso rumbo a la costa, demostrando con ello no solo su intención de servir en una nave de guerra, sino también su respaldo al proyecto del combate marítimo: en una batalla naval, que en esos instantes era la última y más clara esperanza de detener a los persas, no hacían falta caballos. Con ese gesto público Cimón quería hacer ver a los demás ciudadanos que, en un momento de peligro tan grave como aquel, estaba dispuesto a sacrificar su elevado estatus social en aras de las necesidades de la comunidad. Otros potentados se sumaron a él. Como las arcas públicas estaban vacías, los miembros del areópago, el consejo de ex-magistrados que en aquella época seguía formado únicamente por miembros de la aristocracia, ofreció a cualquier hombre de escasos recursos que empuñara los remos de los trirremes el salario de ocho días con que sostener a su familia mientras participaba en una batalla tan importante y prácticamente segura. Estos episodios enseñaron dos cosas a Pericles: por un lado, el avance decisivo que experimentó la popularidad de Cimón entre sus conciudadanos gracias a la exhibición de su servicio en la milicia; y, por otro, la dependencia del poder naval de Atenas de un dinero que permitiese que los ciudadanos más desfavorecidos sirvieran como remeros.

Llegado el penoso momento de evacuar sus casas, decenas y decenas de miles de atenienses, de esclavos domésticos y de residentes extranjeros tuvieron que correr a empaquetar el número limitado de pertenencias que podían cargar en los barcos destinados a trasladarlos a campos de refugiados improvisados en lugares carentes de infraestructura. Es difícil imaginar los sentimientos de los refugiados. Madres angustiadas, niños llorando, ancianos artríticos, criados frenéticos: una muchedumbre que saturaba las calles y se abría paso hacia la costa para alcanzar el puerto. Dejaban atrás sus hogares, sus templos, su ciudad, sus granjas, sus animales: todo lo tangible de su existencia. No tenían ninguna duda de lo que harían los persas en cuanto llegaran: arrasar todas sus propiedades. Lo que los refugiados intentaban conservar eran sus vidas y su comunidad intangible. La tensión que sufrieron solo es imaginable por quienes han vivido algo parecido.

Entre aquellos ciudadanos frenéticos y atemorizados se contaba Pericles, demasiado joven aún para servir en la armada como remero o como marinero. Seguramente vio cómo Jantipo se dirigía al puerto para embarcarse en un trirreme: una imagen que es posible que despertase el orgullo de un hijo ante el valor de su padre y, al mismo tiempo, el temor a una muerte probable en la batalla que estaba a punto de iniciarse. La partida de Jantipo cobró un tono emotivo aún más intenso y casi patético cuando el perro de la familia recorrió todo el trayecto que separaba a su amo del puerto sin apartarse de su lado, entre furiosos ladridos causados por la tensión de aquel tumulto inexplicable. Cuando el barco zarpó, el animal se zambulló en el agua y fue nadando junto a él hasta alcanzar la costa de Salamina, donde se desplomó muerto. Los atenienses erigieron un monumento en memoria de su fidelidad que 600 años después seguía conociéndose como «el túmulo del perro».

Ante la necesidad de más dinero aún con que remunerar a los muchos miles de remeros imprescindibles para equipar los barcos atenienses, Temístocles maquinó otra argucia típica de él (e igualmente taimada): anunció que había desaparecido de la acrópolis una pieza sagrada que era necesario encontrar si se quería evitar la ira de Atenea. Para dar con el artículo supuestamente perdido ordenó registrar el equipaje de los refugiados más ricos que se iba apilando en la orilla a la espera de la evacuación. El dinero hallado por los autores del registro se empleó para pagar a los remeros de quienes dependían las operaciones navales.

De hecho, si la flota acabó cumpliendo su función con éxito, fue sobre todo porque Temístocles, una vez más, empleó sus conocimientos, la razón y su capacidad de previsión para decidir lo que había que hacer y no detenerse ante nada con tal de lograrlo. Empezó pronunciando un discurso ante los aliados en el que insistió en la importancia de obrar a tenor de lo que era más probable, y argumentó que la flota griega aliada podía vencer a la persa, mucho más numerosa, si la batalla se libraba en el canal de Salamina, donde la angostura del paso impedía al enemigo enviar todos sus barcos a la vez y le dejaba poco espacio para aprovechar la maniobrabilidad de sus embarcaciones. En ese espacio reducido el grueso de las naves griegas contaría con la ventaja de poder embestir a los barcos enemigos y destrozarlos con sus arietes. Confiando en su profundo conocimiento del terreno, Temístocles preveía que los griegos podrían colocar sus naves de modo que los vientos caprichosos y las corrientes de las estrechas aguas hicieran eficaces sus tácticas.

No obstante, ninguna astucia táctica serviría de nada si los peloponesios abandonaban la flota griega y se marchaban para emprender su plan de defensa de la península. Temístocles adivinó su intención, aun cuando el general espartano anunció que trasladaría su flota a Salamina en respuesta al argumento más definitivo e impactante del líder ateniense: si os retiráis al Peloponeso, los atenienses nos trasladaremos en masa a Italia, donde construiremos un nuevo hogar, y entonces quedaréis librados a vuestra suerte frente a los persas. Por mucho que nos cueste admitir que los atenienses viesen una opción real en un plan tan drástico, lo cierto es que refleja claramente la extrema gravedad del conflicto; por otra parte, en el pasado otras comunidades griegas habían llegado hasta ese punto, emigrando colectivamente para escapar del probable exterminio que les aguardaba. Como ya hemos señalado, eso era precisamente lo que había hecho quince años atrás un grupo de ricos hacendados samios después de que los persas saquearan Mileto. Temístocles no tenía ninguna duda de lo que se jugaba su patria y de lo poco que podía confiar en los espartanos.

Temístocles aún trazó otro plan tan sorprendente como arriesgado para asegurarse de que la batalla se entablara cerca de Salamina mientras la flota de la alianza griega todavía se mantenía intacta. En secreto, envió a un hombre merecedor de su confianza —un prisionero de guerra persa tutor de sus hijos— con un mensaje para Jerjes. En ese momento el rey persa rebosaba confianza: después de conquistar Atenas frente a los valientes —e irremisiblemente escasos— defensores de la acrópolis, su ejército había prendido fuego a la ciudad, incluidos sus principales santuarios, en venganza por el

incendio del templo de Sardes durante la revuelta jonia. El emisario transmitió al rey lo que su señor le había ordenado que dijera: que Temístocles conspiraba en secreto para acudir en ayuda del rey y le informaba de que la flota griega se disponía a marcharse de Salamina; y que el rey podía adelantarse a su huida enviando de inmediato sus naves a bloquear los dos extremos del canal. Así lograría cercar a sus enemigos y acabar con ellos. Y Jerjes, víctima de su orgullo y de los errados razonamientos de sus generales acerca de la situación estratégica —o quizá de la renuencia de estos últimos a manifestar una opinión contraria a la de su líder supremo—, cayó en la trampa y ordenó a su flota que se instalara en el estrecho.

Pese al éxito del mensaje secreto de Temístocles, a los demás griegos aún les habría dado tiempo a escabullirse mientras los persas desplazaban sus naves para taponar ambos extremos del canal de Salamina. En ese momento crítico la historia de Grecia fue testigo de una notable exhibición de liderazgo patriótico. A Temístocles y a Arístides, su adversario político, los unía una mutua antipatía. De hecho, no hacía mucho Temístocles había emprendido una fructífera campaña a favor del ostracismo del otro. Al igual que el padre de Pericles, Arístides consintió en volver para colaborar en la defensa de Atenas, pese a que sus conciudadanos no habían tenido otro motivo para condenarlo al exilio que el temor a su popularidad. Arrinconando cualquier sentimiento de rencor hacia su acérrimo enemigo, Arístides fue en busca de Temístocles, el almirante del contingente naval ateniense, para comunicarle lo que acababa de saber: que los persas estaban bloqueando a los griegos en el canal de Salamina. Temístocles le dispensó un trato respetuoso y le reveló que así se lo había aconsejado él mismo al rey; y pidió a su ex-rival que le ayudara a hacer desistir de la huida a los peloponesios. Arístides accedió y emprendió una ronda entre los aliados para convencerlos de quedarse en Salamina. Las conversaciones provocaron el retraso suficiente para permitir que la batalla empezase antes de que alguno pudiera desertar.

El combate naval librado en el canal de Salamina fue una lucha sangrienta célebre por el heroísmo de ambas partes; pero al final la previsión de Temístocles, fundamentada en la razón y en sus conocimientos, resultó acertada: venció la armada griega. Fue un triunfo tan sorprendente como la victoria —mucho más pequeña— de Maratón, más aún porque después de la batalla de Salamina Jerjes decidió retirar su flota y regresar a Persia. No obstante, la amenaza que se cernía sobre Atenas no se extinguió del todo. El rey persa dejó tras de sí un inmenso contingente de infantería al mando de Mardonio quien, a finales de 480, estableció sus cuarteles de invierno en Tesalia, que seguía siendo pro-persa. Aun así ¿cuántos griegos habrían predicho que la flota de la coalición, fracturada por desacuerdos tácticos irreconciliables entre espartanos y atenienses, vencería a la inmensa armada de la superpotencia mundial del momento? El éxito de Temístocles, uno de los pocos en hacer esa predicción, se debió a su capacidad de aunar el conocimiento científico (acerca de la naturaleza del terreno, de las mareas y de los vientos de Salamina), el buen juicio y el razonamiento (aplicándolos a sus conocimientos para ganar una batalla naval contra un enemigo superior), y la persuasión (convenciendo a otros de que lucharan pese a las nulas probabilidades de éxito). Cualquiera que contase

con información privilegiada sobre lo ocurrido en Salamina y lo suficientemente inteligente para entender los motivos llegaría a la conclusión de que esas cualidades eran indispensables si se quería alcanzar un estatus de liderazgo tanto en la Atenas democrática como en la incierta arena de la política internacional griega. Pericles contaba con ambas ventajas: su padre podía ofrecerle un relato de primera mano de aquel episodio trascendental y sus propias capacidades intelectuales podían ayudarle a discernir las razones de su resultado. Por eso no es de extrañar que, a medida que fue madurando, Pericles pusiera todo su empeño en perfeccionar su buen juicio y su capacidad de persuasión. Hacerlo así resultaba de vital importancia para su patria, porque —tal y como aquella guerra estaba demostrando de un modo dramático— lo que se jugaba Atenas en la clase de conflictos que caracterizaron al mundo griego de su tiempo era, ni más ni menos, su supervivencia.

Una vez que toda la verdad salió a la luz, Pericles recibió otra lección igual de negativa, aunque más personal. Después de la victoria griega, Temístocles, el héroe de Salamina, envió un segundo mensaje secreto al rey Jerjes: esta vez le informaba de que había disuadido a los demás griegos de perseguirlo mientras regresaba a Persia. El contenido del mensaje era cierto. Lo que llevó a Temístocles a frenar el ataque griego durante la retirada de Jerjes fue el deseo de conservar la confianza de este por si en el futuro los ataques de sus rivales políticos en la pugna por el liderazgo de la democracia ateniense lo obligaban a buscar refugio. Puede que uno de esos rivales fuese el padre de Pericles, a quien después de la batalla de Salamina los atenienses nombraron general de la flota en sustitución de Temístocles: al parecer, habían comprendido que el aplauso internacional recibido por este tras la batalla lo había convertido en alguien demasiado prominente y arrogante y, por lo tanto, en una amenaza potencial para la ambicionada igualdad de su democracia.

De hecho, las cosas no acabaron bien para Temístocles: aunque en el año 479 aún seguía prestando un valioso servicio a los atenienses, a finales de esa década, con un Pericles en la veintena y bien informado del escenario político, las presiones lo obligaron a abandonar la patria. El rey persa, como de costumbre, recibió de buen grado a su antiguo enemigo y le cedió las rentas de varias ciudades del imperio para que el ex–héroe griego pudiera vivir con una opulencia con la que ningún ateniense se atrevería a soñar en su propia patria. Jerjes esperaba aprovechar en algún momento la probada brillantez de Temístocles para vengarse de los griegos. Dicen que, llegado ese momento, Temístocles se suicidó antes que traicionar a su patria. Aunque no podemos saber si la historia es o no cierta, parece innegable que tanto él como Milcíades se las ingeniaron para obtener un beneficio personal de la ayuda prestada al Gran Rey. Una vez más, su exilio demuestra que en la democracia ateniense la rivalidad política podía ser tan dura y tan peligrosa que sus líderes potenciales siempre debían ser conscientes de la posibilidad de sufrir los graves daños causados por las maquinaciones de sus enemigos si estos convencían al resto de los ciudadanos de que los castigaran. Pericles no tuvo más remedio que comprender la importancia de estas verdades tan inquietantes: por un lado, la fuerte tentación de los políticos atenienses de lucrarse a costa de los monarcas ricos;

por otro, el peligro real que corrían los líderes políticos de Atenas de fracasar en su carrera pública en medio de la feroz rivalidad de la democracia de su ciudad estado.

El destino de Temístocles todavía formaba parte del futuro cuando en el invierno de 480-479, después de la batalla de Salamina, llegó otro momento decisivo para los atenienses. Durante la estación del año en que las condiciones meteorológicas impedían operaciones militares de peso, Mardonio, el general persa destacado en Grecia, envió a Atenas a Alejandro de Macedonia con una drástica oferta del propio Jerjes, Gran Rey de Persia: llegad a un acuerdo con el rey y obtendréis increíbles beneficios. En primer lugar, el rey pagará la reconstrucción de todos los santuarios arrasados por el fuego durante la invasión. En segundo lugar, conservaréis vuestro propio territorio en Grecia, además de cualquier otra región que deseéis. Y, en tercer lugar, podréis ser «autónomos», es decir, vivir de acuerdo con vuestras propias leyes y políticas (Heródoto VIII, 140a). Al mensaje real añadió Mardonio que rechazar la oferta sería una soberana estupidez, sobre todo porque la abrumadora superioridad del rey acabaría imponiéndose y porque el acuerdo garantizaba que los atenienses pudieran vivir libres y ser aliados militares del Gran Rey sin doblez ni engaño. La historia más reciente demostraba claramente que esas ofertas eran sinceras y que el monarca persa mantendría su palabra. Para los atenienses la propuesta suponía un posible punto de inflexión: con el apoyo persa, su ciudad estado no tardaría en convertirse en la primera e indiscutible potencia griega.

Cuando el mensaje de Mardonio llegó a oídos de los espartanos, estos, llevados por el pánico, enviaron una embajada a Atenas suplicando que no aceptaran las condiciones de Jerjes. Con esa visión suya de la diplomacia persuasiva tan poco atractiva, empezaron su llamamiento culpando a los atenienses de haber iniciado la guerra, para a continuación ofrecerse a sufragar la manutención de las mujeres y de los demás miembros de los hogares atenienses mientras durara el conflicto si la asamblea ateniense rechazaba la propuesta persa.

Heródoto describe la reacción de los atenienses durante un episodio que hizo época en uno de los pasajes de su *Historia* más impactante y conmovedor (VIII, 143-144). En primer lugar, los atenienses le dijeron a Alejandro que informase a Mardonio de que nunca llegarían a un acuerdo con Jerjes. Sabían que los recursos del rey eran inmensos, pero aun así lucharían en su propia defensa y en la de su libertad con la confianza puesta en la ayuda de los dioses. Luego pasaron a dar respuesta a los embajadores espartanos e insistieron en que era vergonzoso por parte de sus socios griegos pensar que los atenienses aceptarían cualquier cantidad de dinero o de territorio a cambio de una medización que reduciría a Grecia a la esclavitud. Estaban obligados —continuaron— a vengar la quema de sus santuarios y a no traicionar jamás a sus socios griegos, con quienes compartían un linaje, una lengua, unas tradiciones religiosas y un modo de vida comunes. Y concluyeron: «Mientras quede vivo un solo ateniense, jamás pactaremos con Jerjes. Desde luego, os agradecemos la buena predisposición que mostráis para con nosotros; el que os preocupéis de la ruina económica en que nos encontramos hasta el extremo de ofreceros a cuidar de la alimentación de nuestros familiares. Vuestra generosidad es abrumadora; no obstante, aguantaremos como podamos, sin suponer la

menor carga para vosotros. De momento, empero —y tal y como están las cosas—, enviad un ejército a marchas forzadas (…) Antes de que [el enemigo] se presente en el Ática, tenéis una buena ocasión para adelantaros y acudir a Beocia con socorros». Plutarco (*Arístides* 10) añade un detalle dramático: Arístides se levantó en medio de la asamblea para decir a los enviados espartanos que transmitieran este mensaje a su población: no había oro suficiente sobre esta tierra o bajo ella que fueran a aceptar los atenienses como precio de la libertad de los griegos. Señalando al sol, afirmó: «Mientras el sol continúe recorriendo el mismo curso que sigue en la actualidad, jamás pactaremos con Jerjes; al contrario, confiando en el auxilio de los dioses y de los héroes, cuyos santuarios e imágenes mandó él incendiar, nos enfrentaremos a él para defendernos». Arístides concluyó exhortando a los sacerdotes a lanzar maldiciones contra cualquiera que medizara o desertara de la alianza griega. Después de recibir esta respuesta, los representantes de Mardonio regresaron a Beocia y los embajadores espartanos a su patria. Cuesta imaginar una declaración de apoyo a la libertad griega más contundente que estas palabras de los atenienses, que además manifestaban su renuncia a todo deseo de dominar al resto de los griegos, ni siquiera si ello conllevaba una ventaja para Atenas. (Si los atenienses cambiaron de opinión a este respecto forma parte del núcleo del debate acerca de la naturaleza del imperio ateniense).

El joven Pericles debió de escuchar lo que sus mayores decían en ese momento, cuando lo que pendía de un hilo era literalmente el futuro de Atenas, y tuvo que sopesar qué fue lo que llevó a una mayoría de ciudadanos a decidirse por la resistencia frente a la superpotencia mundial. También debió de enterarse de que los espartanos no respondieron al momento: sus tropas no abandonaron el Peloponeso pese a que Mardonio hizo exactamente lo que los atenienses habían predicho y trasladó a sus hombres desde Tesalia hasta Beocia, en la frontera norte del Ática. Desalentados ante la demora en el envío de ayuda por parte de sus aliados, los atenienses volvieron a dar el drástico paso de evacuar a su población, incluido —claro está— Pericles. En solo dos años tanto él como sus conciudadanos abandonaron sus casas y sus propiedades en dos ocasiones, refugiándose esta vez en naves abarrotadas que atravesaron el estrecho desde el continente hasta Salamina para instalarse temporalmente en asentamientos dispersos por la playa. Los líderes atenienses comprendieron que, sin la ayuda de la infantería espartana, no tenían ninguna oportunidad de derrotar a los persas por tierra. Fue en ese momento cuando Mardonio volvió a internarse en territorio ateniense. E hizo lo que la diplomacia real persa exigía: repetir ante los atenienses la misma oferta.

Envueltos en una situación tan sorprendente, los atenienses enviaron una delegación a los espartanos para quejarse de que estos no hubieran desplazado ningún ejército al norte. De esa delegación formaban parte tanto Cimón, famoso por su conducta antes de la batalla de Salamina, como Jantipo, que por entonces comandaba la flota ateniense y en el año 479 ocupaba el cargo de arconte. Él y su colega Mirónides cubrieron de reproches a los espartanos, recordándoles la tentadora oferta del Gran Rey que los atenienses habían rechazado hasta el momento para poder luchar en defensa de Grecia. No obstante, añadieron explícitamente que sin el apoyo de Esparta tendrían que buscar otro modo de

sobrevivir: un indicio no demasiado sutil de que el acuerdo con los persas era para ellos un asunto abierto. Cuando, transcurridos diez días, los espartanos no habían hecho amago de enviar a sus tropas y se limitaban a seguir construyendo un muro más sólido en el istmo, los representantes atenienses acabaron anunciando que, dado que los espartanos los habían tratado injustamente y que no había ningún otro aliado dispuesto a ayudarlos, llegarían a un acuerdo con Jerjes en los mejores términos posibles. A través del relato de su padre de su frustrada misión en Esparta en compañía de Cimón y Mirónides, Pericles tuvo que disponer de una información de primera mano.

¿Iba en serio la amenaza de medización de los atenienses? ¿Les habían hecho cambiar de opinión el miedo y la desesperación? Imposible saberlo. Lo que sí podemos deducir son los acalorados sentimientos que se escondían detrás de su urgencia: mientras sus embajadores estaban en Esparta, un ciudadano ateniense refugiado en Salamina propuso aceptar la oferta de los persas. Entonces una multitud de atenienses lo lapidó; y, cuando las mujeres se enteraron de lo sucedido, procedieron a lapidar a su vez a su esposa e hijos. La crueldad de estos castigos ilícitos demuestra la intensidad de los sentimientos despertados por la segunda evacuación, la furia insaciable de los atenienses ante las pérdidas sufridas por causa de la guerra en defensa de su libertad política. Lo más probable es que Pericles se encontrase en Salamina cuando se produjo esa ejecución espontánea de la que fueron víctimas incluso niños inocentes: un recordatorio —si es que era necesario alguno— de lo peligroso que podía resultar en el plano personal presentar al pueblo ateniense propuestas políticas impopulares. Fue así como su segunda experiencia como refugiado intensificó su percepción del riesgo que corría emprendiendo una carrera como líder político de Atenas y de las terribles consecuencias que sufrirían él y su ciudad estado si las cosas salían mal.

Después de ese retraso inexplicable, los espartanos acabaron enviando un contingente militar a Atenas: 5.000 soldados de infantería pesada acompañados de 35.000 ilotas para reforzar el combate. El territorio ateniense estaba plagado de ruinas humeantes. Tras el rechazo de la segunda oferta de acuerdo, Mardonio volvió a asolar la ciudad estado prendiendo fuego a los edificios y propiedades. Uniéndose a los atenienses y al resto de los aliados, los espartanos avanzaron hacia Beocia, hasta donde Mardonio había desplazado su ejército, ya que el terreno de esa región ofrecía las mejores condiciones para usar la caballería, en la que su bando era superior. La caballería del bando contrario les disputó las posiciones más ventajosas y estuvo algún tiempo emprendiendo escaramuzas antes de la confrontación definitiva. Hoy ese célebre enfrentamiento ocurrido en el verano de 479 se conoce como batalla de Platea porque tuvo lugar en las inmediaciones de esa pequeña ciudad, cuyos habitantes se habían hecho célebres por ser los únicos griegos que una década antes prestaron ayuda a los atenienses en la batalla de Maratón.

Plutarco (*Arístides* 13) nos ofrece una información inquietante: durante el período que precedió a la batalla principal, en el que el resultado de la lucha no fue concluyente, algunos atenienses que habían perdido sus bienes a causa de los estragos de la guerra se reunieron en secreto en Platea para tramar una conspiración, acordando buscar algún

modo de acabar con la democracia y hacerse con el control de Atenas, o bien llegar a un acuerdo privado con los persas que les permitiera gobernar en colaboración con ellos. El objetivo de ambas opciones era, en cualquier caso, recuperar su antigua riqueza y la superioridad de su estatus. Cuando Arístides, el general ateniense más importante presente en ese escenario, se enteró de aquel desastre inminente, arrestó a los ocho cabecillas de la conspiración al tiempo que encubría el alcance de la trama. De esos ocho escaparon dos, tras lo cual Arístides liberó a los demás con la esperanza de impedir una quiebra desastrosa del ejército ateniense. Aparentemente, se salió con la suya y las fuerzas atenienses se conservaron intactas. Aun así, fue una situación muy delicada y sería un error pensar que los atenienses lucharon por su libertad sin sufrir una disensión casi catastrófica respecto a su línea de acción.

Contra toda expectativa, los aliados griegos ganaron la batalla de Platea. Más tarde los espartanos fueron aclamados como los autores principales de la victoria, pero la descripción detallada del desarrollo de la batalla revela una historia mucho más complicada (IX, 27-88). En Platea los espartanos iban comandados por Pausanias, quien tras la victoria griega se apresuró a erigirse como héroe del momento y se atribuyó la gloria de aquel éxito. Lo cierto es que el general de los espartanos pidió más de una vez a los soldados atenienses que intercambiaran sus respectivas posiciones en el frente de batalla para evitar que sus hombres se enfrentaran a las tropas de élite de los persas, el contingente más temible de las filas enemigas. Los atenienses accedieron a una petición tan insólita: si los hombres de Pausanias acabaron conservando su posición y entablando batalla fue únicamente debido a la desobediencia de un espartano que se negó a moverse de allí. El retraso dio lugar a acontecimientos inesperados que situaron a la infantería espartana —de modo involuntario— en el núcleo del combate. Además, otro hecho igualmente extraordinario cambió el curso de la batalla: una roca lanzada por un espartano derribó milagrosamente a Mardonio y acabó con su vida mientras estaba a lomos de su caballo blanco y rodeado por un millar de miembros de su guardia. Desmoralizado por la pérdida, el ejército persa fue derrotado. Tras la victoria, los griegos convocaron una reunión en la que Arístides les convenció de que celebraran una ceremonia en Platea para conmemorar cada cuatro años el éxito de la defensa griega con unos Juegos de la Libertad. Los asistentes debían hacer un brindis con una libación a los dioses: «Sea en honor de los hombres que murieron en defensa de la libertad» (Plutarco, *Arístides* 21). Por último, los aliados acordaron formar un ejército de tierra y una fuerza marítima conjuntas para atacar a los persas: una decisión que no tardaría en convertirse en trascendental para la historia de Atenas y de Grecia, como veremos en el capítulo siguiente.

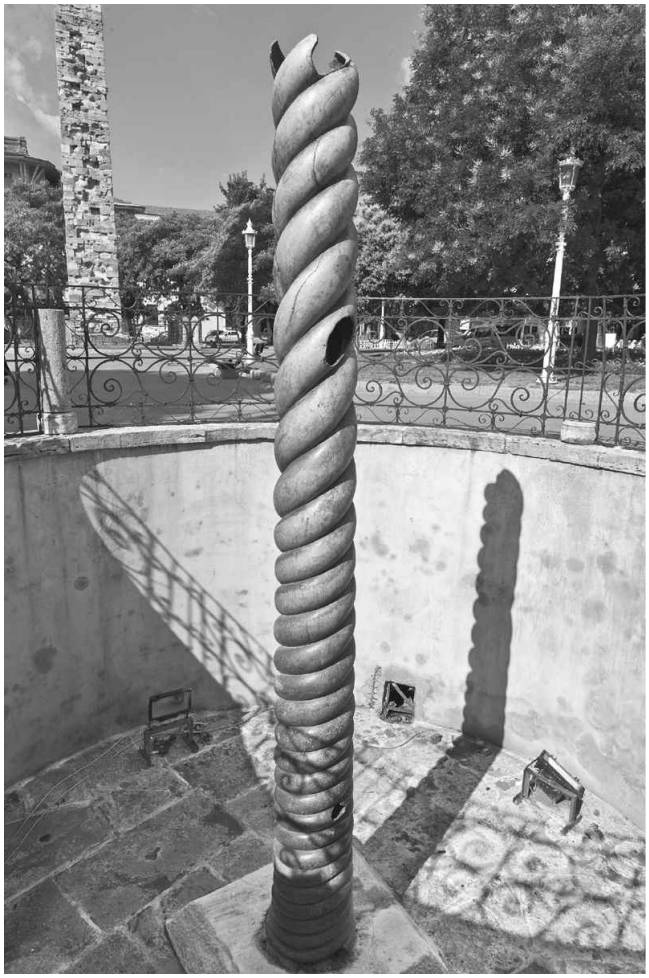


Figura 10. Restos de la «Columna de las Serpientes» en Delfos. ©Vanni Archive / Art Resource, NY.

Mientras tanto, Pericles y los demás refugiados atenienses solo podían limitarse a sentir inquietud y aguardar noticias de la batalla librada en Beocia. Cuando llegaron a sus oídos sus asombrosos detalles, tuvo que someter muchas cosas a consideración. Por una parte, la batalla de Platea reforzaba la lección de que la infantería espartana solo era capaz de luchar eficazmente si estaba mandada por unos líderes cuyo coraje y carisma fuesen reales. Pese a su reputación, era evidente que no se podía confiar de un modo incuestionable en el sacrificio de los espartanos en aras de la libertad de Grecia. En segundo lugar, las circunstancias de la muerte de Mardonio revelaban una vez más hasta qué punto lo inesperado era capaz de determinar el resultado de las batallas, incluso de las más decisivas. Por último, el hecho inquietante del intento conspiratorio de algunos ciudadanos ilustres de su propia ciudad estado consumidos por el deseo de riquezas mostraba una línea de fractura sísmica en la unidad de la sociedad ateniense. Pericles pudo comprobar la penosa evidencia de que cualquiera que se propusiera convertirse en líder de la democracia ateniense debía permanecer alerta a todas estas posibilidades.

En ese momento del año 479, aunque las guerras persas no hubieran concluido, lo que quedaba claro era el fracaso de la invasión del continente griego. Para sorpresa de todos, la coalición de los griegos que se negaban a la medización había logrado defender su

libertad política frente a la mayor potencia que su mundo había conocido nunca. ¿Cómo se explicaba aquella asombrosa hazaña? Es sabido que Heródoto, aun consciente de que su opinión sería mal acogida por muchos, afirma (VII, 139) que lo que salvó a Grecia de la conquista persa fue la negativa de los atenienses a renunciar a su decisión de enfrentarse a Jerjes. Si los atenienses hubieran abandonado su territorio para siempre, como Temístocles había amenazado con hacer, o si hubiesen cedido a la tentadora oferta del Gran Rey de colaborar con ellos y apoderarse de Grecia, los demás griegos no habrían durado mucho, ni siquiera aunque Esparta hubiese resistido. Todos los griegos, a excepción de los atenienses, habrían tenido que someterse o morir. Los atenienses fueron los «salvadores de Grecia» y quienes se decidieron «por la libertad de Grecia», dice una frase memorable de Heródoto, quien añade que —después de los dioses— fueron los únicos vencedores del rey persa.

Seguramente la mayoría de sus contemporáneos coincidía con su afirmación: era una lección que Pericles no podía olvidar si quería convertirse en un líder político persuasivo, siempre consciente del peso de la opinión pública, del peligro de una amenaza extranjera y de la posibilidad de una conspiración subversiva. En esta perspectiva global insisten una y otra vez este libro y su análisis de los acontecimientos de la historia familiar de Pericles y de sus primeros años. Creo que, si no se hace hincapié en este contexto histórico, no es posible entender la historia de su vida ni proporcionar una valoración informada y justa de su compromiso con el poder de Atenas, fundamento de la salvación de la ciudad estado frente a tantas y tan terribles amenazas por parte de unos enemigos siempre presentes.

5.
Pericles se convierte en un adulto mientras Atenas construye un imperio

CUANDO EN EL VERANO DEL AÑO 479 UN PERICLES aún adolescente se enteró de la asombrosa victoria de Platea, se alegraría sin duda por su ciudad estado y por Grecia, pero seguiría inquieto por su padre. Jantipo aún no había regresado: dirigía las naves de guerra atenienses de la flota aliada que navegaba por el Mar Egeo para socorrer a los griegos jonios que querían liberarse del dominio del imperio persa. Ahora que la coalición aliada había frenado la invasión de Grecia central, los jonios confiaban en que el impulso de su victoria forzara su liberación del control del Gran Rey. Como hemos señalado antes, esta prolongación de las hostilidades con los persas —que condujo al inicio de lo que hoy en día los especialistas llaman el imperio ateniense— iba a tener una enorme trascendencia para la historia de Atenas y para la carrera de Pericles.

En 479, cuando los generales persas instalados en la costa jonia decidieron que su flota no tenía capacidad para enfrentarse a la alianza griega en el mar, desembarcaron a sus hombres en la península de Mícala, frente a la isla de Samos. Los griegos los siguieron por tierra, aplastándolos en una feroz batalla que les ganó a los atenienses la consideración de mejores guerreros por lanzar un ataque directo contra el núcleo central de las filas enemigas. A partir de ahí la fama del liderazgo militar de Jantipo subió como la espuma. Entre el botín capturado por los vencedores se contaban arcas repletas de objetos de valor; también los persas habían reunido un tesoro considerable durante sus expediciones militares. Los griegos constataron que el éxito en la batalla contra Persia podía ser muy lucrativo.

A continuación los aliados se reunieron en la isla de Samos, junto a la costa jonia, para debatir el destino de los griegos que clamaban por su liberación. Los peloponesios, encabezados por los espartanos, hicieron una propuesta desconcertante: había que obligar a los jonios a evacuar sus hogares y ceder su territorio a los persas. La defensa permanente de esa región resultaba imposible —siguieron argumentando los espartanos — y a los jonios se les podía reasentar en los territorios occidentales conquistados a los griegos medizados. Así los traidores serían castigados con la expulsión y quedarían librados a su suerte como refugiados sin hogar. Los atenienses prorrumpieron en gritos, oponiéndose al proyecto faraónico de reorganizar el mapa de población de Grecia. Los peloponesios, vociferaron, no eran quiénes para decidir el destino de unos parientes

cercanos de Atenas (que se consideraba la antigua «ciudad madre» de la que hacía tiempo habían emigrado los jonios). Jantipo, general en jefe de las tropas atenienses allí presentes, se vio directamente involucrado en la oposición al plan de desplazamiento de los jonios liderado por los espartanos. Atónitos ante la vehemencia ateniense, los peloponesios renunciaron a su proyecto.

Aunque en ese momento nadie pudiera sospecharlo, los sucesos posteriores afectarían hondamente al futuro de Atenas como potencia internacional y, a la larga, a Pericles en su condición de primer ciudadano: los aliados del continente admitieron en su coalición naval a los griegos de las islas orientales del Mar Egeo. El cambio comprometía a los miembros de la coalición original a defender a los nuevos contra cualquier amenaza persa y a vengar los daños derivados de las guerras médicas. Para que la naturaleza vinculante del compromiso mutuo de los aliados en el pacto de defensa y en la búsqueda de venganza fuese inequívoca, los nuevos miembros debían hacer un juramento poniendo a los dioses por testigos y comprometiéndose a mantenerse fieles y a no abandonar nunca a sus socios aliados. En la antigua Grecia violar esa clase de juramento se consideraba un acto sacrílego que atraía la ira divina sobre quienes faltaban a él. Para los griegos no había otro vínculo contractual más importante.

Las fuerzas griegas recién ampliadas navegaron rumbo al norte, hacia el estrecho del Helesponto, con intención de atacar a lo que quedaba del ejército de tierra persa que se retiraba desde Europa hacia Asia en su trayecto de regreso a casa. Los atacantes griegos llegaron demasiado tarde para interceptar la huida de las tropas enemigas. Leotíquidas, el general espartano al mando de la flota, dio por concluida la misión de la coalición y ordenó a las naves peloponesias navegar de regreso a sus puertos de origen. Los atenienses, sin embargo, liderados por Jantipo, decidieron trasladar la guerra a los puestos de avanzada controlados por los persas en el Quersoneso (la península situada en la región occidental europea del Helesponto): una grieta táctica que no fracturó oficialmente la alianza, pero sí reveló los objetivos divergentes de espartanos y atenienses casi desde los inicios del nuevo escenario creado por la respuesta griega a la amenaza constante del imperio persa. La invasión de la Grecia continental había fracasado, pero las fuerzas militares y los recursos materiales de Jerjes seguían careciendo de rival y la ideología real persa —el papel desempeñado por el Gran Rey y auspiciado por los dioses en el ejercicio del control universal sobre todo y sobre todos— continuaba inalterable.

La porción de la alianza liderada por Atenas procedió a sitiar a la guarnición persa que controlaba Sesto, en el Quersoneso. Después de resistir todo el invierno 479-478, el asedio condenó a la inanición a los defensores, que una noche escalaron la muralla protegidos por la oscuridad. Liberados de la guarnición persa, los griegos de Sestos invitaron a los aliados a entrar en su ciudad. Los hombres de Jantipo capturaron a varias tropas enemigas en su huida: entre otros, al general Artaíctes y a su hijo. Artaíctes ofreció a los atenienses un rescate colosal (el equivalente a 1.200.000 días de sueldo) a cambio de salvar su vida y la de su hijo. Cuando los griegos cuyo santuario había expoliado el general persa se manifestaron contrarios a su liberación, Jantipo ordenó

atarlo a un madero y dejarlo morir a la vista de las víctimas de su sacrilegio. Para intensificar su dolor y su sufrimiento, le hicieron presenciar, allí crucificado, la lapidación de su hijo. Este episodio fue una exhibición pública de los crueles sentimientos suscitados por las guerras médicas en los griegos que, con el padre de Pericles como protagonista, emularon la brutal severidad de la venganza del rey persa.

Por desgracia, no disponemos de información de lo que Jantipo contó a sus hijos acerca de este episodio, pero cuesta imaginar cómo podría evitar explicarles los motivos por los que las atrocidades cometidas por los persas merecían una respuesta tan terrible. Pericles, por su parte, tuvo ocasión de comprobar que entre las reglas de las relaciones internacionales no se contaba la piedad, sino la venganza. Además, era obvio que la protección frente a un ataque persa dependía del mantenimiento de una poderosa fuerza naval que evitara la constante amenaza de un enemigo que seguía siendo colosal. El episodio de Artaíctes demostraba lo que llevaba aparejada la conquista del inmenso poder que garantizaba su seguridad: el riesgo de que el ejercicio del poder recientemente adquirido obligara a los atenienses a rebajarse al mismo nivel de crueldad que sus enemigos.

Una vez confirmado el regreso de Mardonio a suelo asiático, Pericles y los atenienses acampados en Salamina volvieron a casa tras su segunda temporada de refugiados. Se encontraron una ciudad reducida a cenizas: otra prueba más de la realidad que encarnaba la amenaza persa. En ese momento, con su padre ausente y luchando con la flota, Pericles pudo constatar de forma directa la diferencia entre los intereses de Esparta y Atenas. Cuando los persas abandonaron Grecia, llegó el momento de que las ciudades estado continentales repararan las infraestructuras dañadas en una guerra que aún no había terminado. En esas circunstancias, había un proyecto de edificación prioritario para cualquier ciudad estado cuya muralla rodease el centro urbano y hubiera quedado desguarnecida o destruida: la inmediata reconstrucción de su defensa. Una muralla sólida dotaba de la única protección a la que confiar la seguridad de los ciudadanos durante una invasión extranjera o interna. En Atenas los persas habían demolido casi toda la muralla defensiva y era urgente restaurarla.

Por eso cuesta imaginar la sorpresa de los atenienses ante la llegada de unos cuantos representantes espartanos para comunicarles la decisión de Esparta: la muralla ateniense no se debe reconstruir. Igual de atónitos se quedarían cuando, además, los espartanos les pidieron colaboración para destruir las murallas defensivas de todas las demás ciudades griegas que no pertenecían al Peloponeso: una medida necesaria para evitar que, en caso de una nueva invasión, los persas conquistaran las fortalezas griegas e hiciesen de ellas sus propios baluartes. Su argumento era una vil excusa. En realidad, los espartanos y sus aliados peloponesios estaban sorprendidos y consternados por la iniciativa y el poder militar que los atenienses —y especialmente su flota— habían demostrado durante las guerras médicas. Era, por tanto, el interés propio y no una sincera inquietud por el conjunto de Grecia lo que les llevaba a querer debilitar a Atenas y a cualquiera de sus aliados potenciales, con el fin de impedir que el rival emergente ocupara el primer

puesto en las relaciones internacionales de Grecia que hasta entonces todo el mundo les había asignado a ellos.

Una vez más, Temístocles —quien seguía conservando su ascendiente pese a haber sido sustituido por Jantipo al mando de la flota— ideó una audaz y astuta estrategia para desbaratar el plan de los espartanos: aconsejó a los atenienses que le enviaran a Esparta en calidad de representante de Atenas con la supuesta misión de resolver los detalles de una propuesta tan compleja como la demolición de las murallas. Ante la asamblea explicó que daría largas a los peloponesios, de modo que los atenienses tuvieran tiempo de reconstruir a toda prisa la muralla que circundaba el área urbana principal. Para ello se necesitaba la colaboración de hombres, mujeres y niños, y obtener materiales de construcción de cualquier edificio público o privado: todos trabajarían ininterrumpidamente hasta que el centro de Atenas quedara protegido por una nueva muralla. Y eso fue lo que hicieron los atenienses. Mientras Temístocles alargaba los debates en Esparta, ellos trabajaron día y noche acarreando toda clase de fragmentos de piedra para volver a levantar la muralla. Cuando llegó a oídos de los espartanos lo que estaba ocurriendo, enviaron a Atenas a varios hombres con la misión de comprobarlo. Temístocles, a su vez, hizo llegar un mensaje secreto a sus compatriotas para decirles que detuvieran a los espías hasta que el proyecto estuviese concluido. Los atenienses lograron su objetivo: todavía hoy se puede contemplar el trabajo que llevaron a cabo en las partes conservadas de la muralla (por ejemplo, en el Cerámico ateniense), donde para erigir la resistente pantalla exterior de las fortificaciones de la ciudad amontonaron piezas arquitectónicas y escultóricas rotas junto con bloques de piedra cuadrados. Al mismo tiempo, multitud de ciudadanos concluyeron la sólida muralla que protegía el puerto de Pireo y que se había comenzado a construir unos años antes por consejo de Temístocles.

Pericles, que ya habría cumplido al menos quince años, tuvo que verse plenamente involucrado en esa agotadora tarea de reconstrucción. Con la espalda destrozada y las manos agrietadas de apilar pesados trozos de piedra llenos de aristas, el adolescente dispuso de mucho tiempo para meditar lo que la apremiante necesidad de trabajar con tanta urgencia revelaba sobre la traidora actitud de los espartanos. Una vez concluida la muralla, Temístocles anunció a unos espartanos atónitos que ellos no eran nadie para dar órdenes a los atenienses. Los espartanos intentaron ocultar sus intenciones con el falaz argumento de que habían propuesto esa política en interés de todos los griegos. Y, aunque en privado echaran chispas, añadieron que admiraban la decisiva contribución de los atenienses en las guerras médicas.

En ese momento del año 478, atenienses y espartanos seguían siendo aliados de la coalición contra los persas, recién ampliada con nuevos miembros. Los espartanos, que seguían a la cabeza de la coalición, designaron a uno de los suyos para el cargo de almirante de la flota aliada cuya misión consistía en arrastrar a los persas a Anatolia, lo más lejos posible del territorio griego. El general Pausanias, que había participado en la batalla de Platea, lideró con éxito el ataque griego contra Chipre, la extensa isla del Mediterráneo oriental controlado por los persas. A continuación condujo las naves

griegas al norte con intención de tomar Bizancio, la ciudad más importante para el control del estrecho que da acceso al Mar Negro. El éxito envileció a Pausanias: se convirtió en un déspota que maltrataba a las mujeres, se permitía un estilo de vida extraordinariamente ostentoso, trataba con arrogante condescendencia a los generales aliados e imponía atroces castigos físicos a sus hombres. Y lo más preocupante de todo: decían que conspiraba con los persas para convertirse en el tirano de todos los griegos. Al igual que otros líderes espartanos que dieron muestras de una conducta perversa lejos de su patria —y, por lo tanto, lejos de la estrecha vigilancia de sus conciudadanos, que componían una sociedad con normas muy estrictas—, Pausanias abusó de su cargo de comandante supremo en cuanto pudo actuar sin rendir cuentas a nadie.

Enfurecidos por la intolerable conducta de Pausanias, los aliados no peloponesios acudieron a Arístides, quien formaba parte de la expedición y lideraba el contingente ateniense junto con un Cimón mucho más joven, y le insistieron para que tomara el mando de la coalición en sustitución de aquel espartano arrogante y traidor. Una versión de la historia dice que fue el propio Arístides quien hizo cuanto pudo para inducir a los griegos a presentar su solicitud; sea cual sea el origen de la iniciativa de deponer a Pausanias, el caso es que resultó un éxito y los aliados empezaron a tratar a los atenienses como a sus nuevos líderes. Mientras tanto, en Esparta se enteraron de los delitos cometidos por Pausanias y le hicieron regresar para juzgarlo. Aunque salió absuelto de la acusación más grave —haber intrigado para colaborar con los persas a cambio de suculentas recompensas—, los espartanos decidieron no enviarlo de vuelta y mandar a otro en su lugar. No obstante, los griegos de la flota se negaron a acatar las órdenes del nuevo general espartano y buscaron un líder entre los atenienses. El nuevo acuerdo iba a cambiar de manera decisiva la ecuación de poder en el mundo griego y a precipitar a Atenas y a Esparta hacia un enfrentamiento que dominaría la política exterior ateniense a lo largo de la carrera de Pericles. El imperio ateniense y la persistente hostilidad que existió entre Esparta y Atenas a finales del siglo v hunden sus raíces en estos acontecimientos.

Los espartanos aceptaron de momento ese liderazgo transitorio porque no tenían ningún afán de emprender otra guerra contra los persas: ahora sus intereses, más reducidos, estaban centrados en el Peloponeso y en contrarrestar el creciente poder de Atenas mediante la consolidación de sus vínculos con otras ciudades estado más próximas a la suya. Los atenienses, por su parte, se proponían forjar una alianza naval sólida y estable con los aliados del Mar Egeo y de sus alrededores para poder proteger del imperio persa a los griegos de esa zona, asegurarse las rutas marítimas y la importación de alimentos para su ciudad estado y vengarse de los daños físicos infligidos a Atenas de forma generalizada durante las guerras persas. No estaban dispuestos a olvidar los terribles perjuicios causados por los enemigos a su población y a sus propiedades públicas y privadas. Es más, se aseguraron de contar a diario con un recordatorio visual de sus sufrimientos incrustando en la muralla norte de la acrópolis algunos fragmentos de las columnas inconclusas rescatadas de las ruinas del templo de Atenas, en plena construcción cuando los persas saquearon e incendiaron sus santuarios,

primero en el año 480 y por segunda vez en 479. Los fragmentos de piedra esculpida —huérfanos y abrasados por el fuego— que alimentaban silenciosamente y día tras día la memoria de los atenienses eran claramente visibles desde la zona más baja del centro de la ciudad, el ágora, y lo siguen siendo hoy día.

Entonces los atenienses consideraron llegado el momento de aprovechar la oportunidad vislumbrada en su día por Milcíades, el padre de Cimón, cuando convenció a sus generales aliados de luchar en Maratón: hacer retroceder a los persas y convertirse en la primera potencia griega. El liderazgo de la alianza naval griega les permitiría ampliar su influencia internacional y beneficiarse de las posibles victorias sobre las guarniciones persas repletas de tesoros del Mediterráneo oriental. Cimón hizo más tentadora aún esta posibilidad: se las ingenió para conseguir que los atenienses de la coalición recibieran el dinero de la venta de los prisioneros persas capturados en Sesto y Bizancio: una venta tan lucrativa que, después de sufragar los sueldos y las provisiones de los marineros atenienses durante cuatro meses, quedó lo suficiente para enviar a Atenas una cantidad de oro considerable.

En una guerra lo que importa —casi más que cualquier otra cosa— es el dinero, sobre todo en conflictos prolongados como el que enfrentaba a la coalición griega con el imperio persa en defensa de sus miembros más alejados geográficamente. Iba a hacer falta una financiación sólida y regular para garantizar que, a la larga, la alianza liderada por los atenienses siguiese siendo la fuerza naval más poderosa del Mediterráneo. Había que construir, equipar y reparar cientos de trirremes y pagar a decenas de miles de remeros. El tamaño de la población y el nivel de riqueza de los miembros de la alianza eran muy distintos, por lo que no todas las ciudades estado podían aportar el mismo número de naves ni contribuir con la misma cantidad a los gastos de la flota. Así pues, había que fijar la aportación de cada miembro de acuerdo con un cálculo imparcial de sus diferentes recursos.

El resultado de una tarea tan complicada, llevada a cabo por Arístides, satisfizo a todos los miembros de la alianza: un logro extraordinario dada la tendencia a la disensión que existía desde siempre entre las ciudades estado griegas; por no hablar de las fricciones que suelen suscitar las negociaciones económicas en las relaciones internacionales. Arístides se entrevistó con los aliados uno a uno para debatir cada situación por separado y en torno al año 477 había alcanzado todos los acuerdos relativos a la cantidad anual que debían aportar. Según consta, el valor total equivalía a 460 talentos anuales. Las fuentes, todas ellas posteriores a la década de los 70, se refieren a esos pagos anuales como *phoros* («lo que se aporta»): un término importante, cuando no potencialmente controvertido. Los especialistas modernos lo traducen como «tributos», palabra que implica coerción y sumisión, ya que se emplea también para referirse a las cantidades que los súbditos del imperio persa estaban obligados a enviar a las arcas reales. Tal y como manifiesta el coro de Esquilo en una tragedia con la que Pericles estuvo estrechamente relacionado (lo veremos más adelante), la obligación de los pagos que los súbditos del imperio debían satisfacer venía dada por «las exigencias del amo» (*Los persas*, versos 584-587). No obstante, en el caso de la alianza de griegos independientes

recientemente reconfigurada, no existía ninguna coerción económica sobre sus miembros ni una sumisión forzosa a un amo. Los *phoros* anuales (si es que ese era el nombre que recibían en los primeros años de la nueva coalición) se pagaban voluntariamente y en cantidades que todos habían considerado justas. Por eso es importante no precipitarse y no dar por hecho que en la etapa fundacional Atenas mostró algún indicio de ejercer un poder imperial sobre los demás aliados.

Hay un aspecto importante que conviene no olvidar a la hora de valorar la historia de la alianza durante la carrera de Pericles, y es que los aliados hicieron el juramento de seguir siendo miembros contribuyentes de la alianza *para siempre*. Con el fin de simbolizar la duración de su compromiso, lanzaron al mar lingotes de hierro, indicando con ello que juraban mantener su palabra hasta que reaparecieran en la superficie (Plutarco, *Arístides* 25; Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 23). Por lo tanto, el contrato sagrado obligaba a los griegos, como miembros permanentes de la coalición, a realizar los pagos *de modo constante*. La historia de las leyes mercantiles demuestra que los graves problemas derivados de los contratos en los que no se especifica un plazo de expiración y que no incluyen «cláusulas de caducidad» para las partes contrayentes están prácticamente garantizados: un fenómeno que se multiplica por dos en el mundo inestable de las relaciones internacionales. Lo que ocurrió durante la carrera de Pericles constituye una prueba de la triste verdad contenida en esta observación si se aplica a la coalición liderada por los griegos y formada para continuar la guerra revanchista y defensiva contra los persas. En cualquier caso, al evaluar el imperio ateniense es esencial no olvidar nunca que sus miembros *juraron ante los dioses* desde el inicio que *nunca* abandonarían la alianza y contribuirían siempre a pagar sus gastos.

En un principio los pagos que los aliados efectuaban en moneda (el único dinero corriente que existía en aquella época) se almacenaban en la isla egea de Delos consagrada al dios Apolo y, por lo tanto, el lugar adecuado para que el tesoro de la coalición contara con la protección divina. De ahí el nombre de Liga Délica que los estudios modernos han asignado a la alianza (y que se utilizará en este libro a partir de ahora). Aunque Atenas estaba reconocida como líder de la Liga Délica y aportaba el grueso de los navíos y las tripulaciones, la alianza pretendía seguir un proceso democrático de toma de decisiones mediante reuniones de los delegados de los aliados en una asamblea que debatiera sus objetivos. Por el momento, ese era el procedimiento al que se atenía la liga.

Es muy probable que Pericles conociera a través de su padre los detalles del nuevo liderazgo de Atenas al frente de una potente alianza naval, porque seguramente Jantipo aún vivía. (No se sabe con certeza la fecha de su muerte; el hecho de que las fuentes no vuelvan a mencionarlo sugiere que falleció a mediados de los 70: una estimación que coincide con *Moralia* 496F, donde Plutarco comenta que murió sin haber escuchado un discurso público de Pericles). Jantipo había llegado a lo más alto en la jerarquía de los oficiales de la flota ateniense y eso le permitía contar con un hondo conocimiento de los asuntos relativos a ella, que quizá compartiera con sus hijos. Pudo explicarles cómo a largo plazo esa alianza permanente brindaba a Atenas una oportunidad de extender su

poder tanto en la defensa nacional como en la obtención de beneficios materiales; y hasta qué punto el éxito dependía de una inyección constante de fondos por parte de sus miembros. La estatua de Jantipo erigida en la acrópolis por los atenienses para honrar sus útiles aportaciones a la ciudad estado era un motivo constante de orgullo para Pericles y un recordatorio permanente de la importancia de las lecciones aprendidas gracias a la experiencia paterna.

Lo que también sabía Pericles es que Arístides regresó de su misión de pactar acuerdos económicos con los miembros de la Liga Délica tan pobre como había salido de Atenas, del mismo modo que doce años antes se había negado a quedarse con objetos de valor del botín obtenido en la batalla de Maratón. Según dicen, Temístocles se burló de su rival por negarse a enriquecerse cuando la vida pública le brindaba esa oportunidad; a lo que Arístides contestó que «lo esencial y más loable en quien gobierna es controlar las manos» (Plutarco, *Arístides* 24). En la famosa incorruptibilidad de Arístides —murió tan pobre que no dejó lo suficiente para sufragar sus ritos fúnebres ni para mantener a sus hijos— Pericles halló el modelo de una conducta personal íntegra en la política y en la milicia.

El primer líder que capitalizó las nuevas oportunidades que ofrecía a Atenas el liderazgo de la Liga Délica fue Cimón, quien ya estaba en la treintena y había superado su fama de libertino, hasta el punto de ganarse el sobrenombre de Coálemo («el simple»). Llegó a rumorearse incluso que mantenía una relación incestuosa con su hermana Elpinice, tan tenaz como él. A Cimón no se le tenía por un gran orador ni por un intelectual brillante, pero sí por un hombre encantador y ecuánime, cuya compasiva afabilidad se ganaba el aprecio de la gente de cualquier nivel social. Como Arístides, era conocido por su honradez en asuntos de dinero. Es célebre la ocasión en que rechazó el ingente tesoro ofrecido por un subalterno del rey persa que se había pasado al bando griego. Cimón era también un magnífico líder militar, capaz de hacer que los soldados mantuvieran una disciplina y una lealtad de primer orden a cambio del trato justo y comprensivo que recibían de él.

La popularidad de Cimón entre la mayoría de los ciudadanos atenienses era particularmente sorprendente dados sus sólidos vínculos —por todos conocidos— con algunos estados extranjeros, empezando por el hecho innegable de que su madre pertenecía a una familia real del extremo norte de Tracia que no formaba parte de Grecia. Los nombres que puso a sus tres hijos eran ostensiblemente no atenienses: «Tésalo», «Eleo» (en referencia a Elis, una ciudad del Peloponeso cercana al lugar donde se celebraban las olimpíadas) y —el más asombroso de todos— «Lacedemonio» (otro modo de decir «espartano»). Este último constituía una prueba evidente del abierto y firme vínculo de Cimón con Esparta, cuyas relaciones con Atenas eran desde tiempos de Clístenes inestables, cuando no agrias. Como representante oficial de los intereses espartanos en Atenas (un cargo que se conocía como *proxenos* o «representante de los extranjeros»), Cimón era el encargado de prestar ayuda a cualquier espartano que se hallara en Atenas. Sus tendencias pro-espartanas se hacían aún más patentes cuando se oponía a las medidas sometidas a debate en la asamblea ateniense; entonces solía

expresar su opinión diciendo: «Los espartanos no son así» (Plutarco, *Cimón* 16). La madre de sus hijos fue probablemente Isódica, nieta de Megacles el Alcmeónida. Ese matrimonio lo convertía en pariente de Pericles, lo que significa que de joven este último debió de oír hablar largo y tendido en la intimidad de su entorno más cercano de las famosas hazañas de ese miembro de la familia mayor que él.

Lo que hacía de Cimón el favorito de las masas atenienses eran sobre todo los beneficios materiales procedentes de su ingente fortuna personal que recibían de él. A título particular, Cimón empleaba sus inmensas riquezas para proceder a generosos repartos entre los ciudadanos más pobres. En Atenas invitaba a todo el mundo a comer a su casa y llegó a desmontar las cercas que rodeaban sus granjas para que cualquiera pudiese mantenerse a costa de sus propiedades. Cuando paseaba por el centro de Atenas, iba rodeado de un séquito de jóvenes siempre dispuestos a cambiar sus lujosas túnicas por los harapos de cualquier pobre que se les acercara y deslizar algunas monedas en las manos de los ciudadanos caídos en desgracia. A los más necesitados solía asignarles una subvención económica con que ayudarles a emprender una carrera política. En una palabra: respaldaba plenamente el principio de la democracia ateniense que obligaba a los ricos a gastar dinero —mucho dinero— en el sostenimiento de la ciudad estado, incluidos sus ciudadanos más pobres.

Los ciudadanos atenienses también sacaron provecho de la carrera pública de Cimón, cuyas célebres victorias al frente de la Liga, además de incrementar la seguridad nacional, fueron económicamente rentables. En el año 476 Cimón dirigió la flota contra la guarnición persa de Eyón, situada junto al río Estrimón, en el nordeste de Grecia, donde se sirvió de sus contactos en el extranjero para convencer a un potentado tesalio de que contribuyera al ataque con una importante cantidad de dinero y un contingente de caballería. Su victoria en Eyón acabó con la presencia del enemigo en este cuello de botella de la ruta terrestre este-oeste que iba desde Asia hasta Macedonia y Grecia central; permitió el acceso de la alianza a las valiosas minas de oro de la zona y a los bosques que proporcionaban la madera para los barcos; y entregó las tierras conquistadas a los atenienses para su cultivo o arrendamiento. La fama que le mereció a Cimón el asedio no procedía tan solo de las ganancias obtenidas. El general persa que mandaba la fortaleza se negó a aceptar un salvoconducto para regresar a casa y, en su lugar, levantó una gigantesca pila de madera, le prendió fuego y degolló a su mujer, hijos, concubinas y esclavos antes de arrojarlos a las llamas; luego lanzó al río sus objetos de oro y plata y saltó a la hoguera para morir calcinado. Esta asombrosa historia no hizo sino incrementar la visibilidad pública de Cimón entre los atenienses, quienes estaban tan orgullosos del éxito de Eyón que levantaron monumentos con inscripciones en las que elogiaban su «destreza militar» (Plutarco, *Cimón* 7).

Al año siguiente Cimón conquistó la isla egea de Esciros y expulsó a sus habitantes para castigar sus actividades piratas contra las naves griegas. La victoria proporcionó a los atenienses nuevas tierras que explotar, lo que vino a confirmar que del poder se obtenía tanta prosperidad como protección. Durante su estancia en Esciros el general victorioso descubrió los huesos de Teseo, el legendario arquitecto de la unidad ateniense

que renunció a su reinado para dar paso a la democracia: una historia apasionante narrada en la biografía del héroe escrita por Plutarco. Los atenienses creían que los restos de Teseo poseían la facultad de proteger a la comunidad en cuyas tierras estaban sepultados, así que hacerlos regresar a Atenas fue un golpe maestro digno de elogio. Cimón no tardó en convertirse en el líder más destacado de Atenas gracias a su brillante desempeño como general, que sirvió para fortalecer las finanzas de la alianza, brindar a los ciudadanos la oportunidad de adquirir tierras en el extranjero, proteger las rutas marítimas de importación de productos y de comercio internacional, y reforzar la seguridad de su ciudad estado frente a la amenaza de enemigos extranjeros.

Pericles recordaba el juicio entablado por su padre contra el de Cimón y conocía bien la historia de la enemistad entre sus respectivas familias, por lo que es probable que la admiración con que escuchaba hablar de sus logros se viera empañada por la envidia. Sus dieciocho años ya le permitían engrosar las filas de la milicia ciudadana ateniense. Por desgracia, las fuentes no recogen prácticamente nada acerca de su vida pública ni durante ese período ni en la década siguiente, a excepción de un único aspecto genérico y una única actividad concreta. Plutarco afirma (*Pericles* 7) que dedicó sus primeros años por entero a la carrera militar, demostrando gran valentía. Quizá Pericles confiaba en seguir los pasos de su padre; o quizá intentaba emular a Cimón y sus éxitos al frente de la flota de la Liga Délica. Las fuentes no contienen detalles sobre las campañas militares en las que participó el joven, probablemente como soldado de infantería (pág. 110 PDF) *(Hoplitas (soldados de infantería pesada) en el campo de batalla. Vasija griega. ©RMN-Grand Palais / Art Resource, NY)* Puede que en algún momento sirviera a las órdenes de Cimón, lo que le permitiría conocer de primera mano cómo se gobernaba a sí mismo y a sus hombres en situaciones extremas de tensión y peligro.

Existen testimonios de otras dos campañas de la Liga Délica que es posible que se remonten a la segunda mitad de la década de los 70. Quizá hubo otras, pero las fuentes antiguas conservadas que tratan de este período son muy incompletas y suscitan muchas dudas en torno a los acontecimientos y la cronología. Parece ser que, en primer lugar, los atenienses y sus aliados atacaron la ciudad estado de Caristo, situada en el extremo sur de la isla de Eubea, cerca de la costa oriental del territorio ateniense. Los caristios se habían rendido a la fuerza arrolladora de los persas durante las invasiones de los años 490 y 480 y colaborado en el ataque enemigo contra los griegos del continente. Para vengar lo que a sus ojos había sido una ingenua traición y obligarles a unirse a su alianza y contribuir anualmente al pago de los gastos de la flota, los miembros de la Liga —seguramente a instancias de los atenienses— decidieron castigarlos, aunque sin llegar a destruirlos del todo.

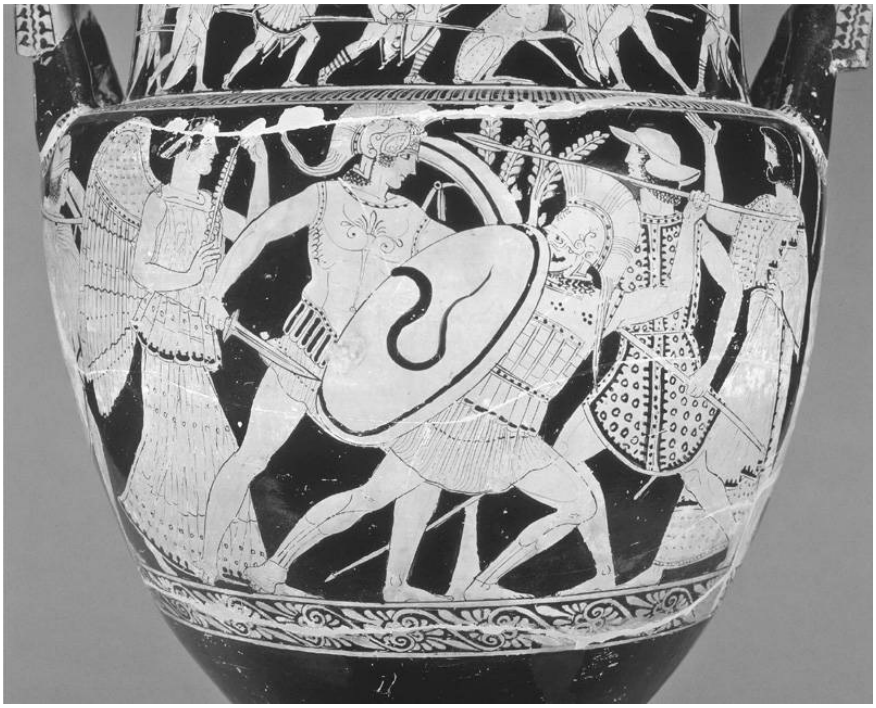


Figura 11. Vista de la Acrópolis y el Partenón. Album / Art Resources, NY.

La segunda expedición de aquellos años se desarrolló a mayor escala y en respuesta a un problema distinto, preludio de las graves dificultades que atravesó la Liga Délica a lo largo de su historia. Esta vez dirigió su ataque contra uno de sus miembros: la ciudad estado de Naxos, una isla situada al sur del Egeo, cuyos habitantes anunciaron que abandonaban la alianza y dejaban de aportar su contribución anual (probablemente en naves). Fueron los primeros miembros de la Liga Délica en arrepentirse de su compromiso con la coalición y optar por una drástica retirada, aun a riesgo de atraer la ira de los dioses que castigaban a quienes incumplían un juramento. Quizá los naxios imploraron de sus dioses comprensión ante situaciones como aquella, en la que la justicia estaba de su parte.

Dado su considerable número de habitantes y su situación estratégica para las operaciones navales, no cabe duda de que la salida de Naxos debilitaba a la alianza. Además, si el resto de los aliados restaban importancia a la rebelión, otros miembros descontentos podían seguir el ejemplo de los naxios. Con su característico estilo telegráfico, Tucídides solo recoge (I, 98) que los aliados asediaron y derrotaron a los naxios, refiriéndose enigmáticamente a Naxos como «la primera ciudad aliada que fue subyugada en contra de lo establecido». No existen pruebas de que los naxios fueran esclavizados o vendidos. A juzgar por episodios posteriores del conflicto desatado entre los miembros de la Liga Délica, lo que aparentemente sucedió —y lo que la terminología empleada por Tucídides da a entender que este consideraba una injusticia— fue que, con el fin de impedir que se convirtieran en una amenaza militar para el resto de los aliados, los naxios se vieron obligados a rendir sus naves de guerra y castigados a abonar anualmente importantes cantidades con que compensar la retirada de sus barcos de la flota aliada. Hasta donde sabemos, la decisión de adoptar medidas contra Naxos, lejos de

ser una iniciativa unilateral de los atenienses, se tomó en una reunión a la que asistieron el resto de los aliados, tal y como exigía el procedimiento empleado periódicamente para tratar asuntos políticos.

Seguramente Pericles estaba al tanto de los detalles de esta historia, bien porque formaba parte de la milicia allí destacada, bien por su asistencia a las reuniones de la asamblea en las que se sometieron a debate los resultados de las expediciones. Todo aquello dio mucho que pensar acerca del funcionamiento que más convenía a la Liga y a los intereses de Atenas. ¿Debían los atenienses, miembros dirigentes de la alianza, permitir la salida de los descontentos (pese a haber jurado ante los dioses no hacerlo nunca) y centrarse en un núcleo de miembros incondicionales en cuya conducta y contribuciones se pudiera confiar, evitando así las tensiones e incluso la hostilidad provocadas por la represión de los rebeldes? ¿O había que obligar a los aliados a atenerse a su juramento eterno y a seguir contribuyendo a mantener la Liga lo más fuerte posible? ¿Cuáles eran para Atenas los beneficios tangibles e intangibles de su condición de líder de la liga? ¿Fueron el ataque y el castigo infligidos a los naxios el inicio de una Atenas imperialista que ejerció un poder tiránico sobre sus socios griegos?

Lo que está claro es que a los naxios las condiciones les parecieron tiránicas y es probable que otros aliados coincidieran con ellos, aunque no lo proclamasen públicamente. Los atenienses, por su parte, creían estar ciñéndose a la legalidad, desempeñando su papel de líderes de la coalición y consolidando una unidad pactada bajo juramento. Consideraban necesaria una política de aplicación literal de la ley —por decirlo de algún modo— con el fin de mantener vivas las expectativas de protección de todos los aliados y conservar el poder y la situación económica derivadas de la unidad. Visto a posteriori, la cuestión que queda abierta es la siguiente: ¿no habría sido mejor a largo plazo optar por permitir la salida de la coalición de los aliados descontentos? Cuesta imaginar cómo habrían podido llegar los atenienses a esa conclusión en ese momento. En cualquier caso, la cortante tensión suscitada por el intento de algunos aliados de abandonar la liga acabó siendo intensa, resentida y persistente. La futura carrera de Pericles le iba a exigir lidiar con este asunto en las circunstancias más amargas, aunque ya en esa época se vio expuesto a unas controversias y conflictos que anticipaban los retos que más adelante se le plantearían de un modo directo y problemático.

En los inicios de su vida pública (concluida la adolescencia y rondando la veintena), el joven Pericles mostró cierta renuencia a labrarse una reputación como orador durante los debates de la asamblea democrática ateniense: a algunos veteranos tanto su aspecto físico como su voz les recordaban al primer tirano de Atenas. Es sabido que en una ocasión un anciano decrépito exclamó: «¡Cuidado con ese ciudadano! ¡Su lenguaje es lo más parecido al de Pisístrato!» (Valerio Máximo, *Dichos y hechos memorables* VIII, 9 ext.2). Dada su pertenencia a una familia rica e ilustre y el recuerdo del ostracismo decretado contra los presuntos partidarios de la tiranía, a Pericles le inquietaba correr la misma suerte. Al fin y al cabo, su propio padre lo había sufrido, aunque ni siquiera le hubiese rozado la acusación de apoyar a los Pisistrátidas. Y, a juzgar por los tres votos

descubiertos por los arqueólogos que llevan inscrito el nombre de Arifrón, más de un ateniense pensaba que su hermano mayor merecía la misma condena. Pericles tenía motivos para no arriesgarse a ir demasiado deprisa y a llegar demasiado lejos en el proceso de convertirse en alguien influyente dentro del peligroso entorno de la política democrática ateniense.

La notoriedad pública que logró Pericles respondía a otros motivos. Los espectáculos dramáticos (conocidos como tragedias) eran por entonces un componente muy popular de los principales festivales religiosos celebrados en Atenas. Si bien los dramaturgos solían basar sus argumentos en interpretaciones novedosas de los mitos, algunas tragedias abordaban acontecimientos recientes. Los sentimientos de la audiencia podían verse hondamente sacudidos con las obras que trataban la historia contemporánea, como ya lo había demostrado la acalorada reacción suscitada por *La toma de* Mileto de Frínico. Las obras se representaban de día y al aire libre en un inmenso teatro con capacidad para 15.000 personas. Algunos altos funcionarios del gobierno tenían la responsabilidad de supervisar esos espectáculos tan populares. Las obras de los mejores autores competían para formar parte de la terna de tragedias (más una cuarta obra que combinaba la tragedia y la comedia) elegidas por los funcionarios para ser representadas en los festivales ante muchedumbres de espectadores. Cuando la obra se alzaba con el primer premio, la historia continuaba en boca de todos durante mucho tiempo.

La elección de los actores duraba meses y el vestuario, los decorados y la tramoya eran muy elaborados, lo que elevaba los costes de las representaciones, que eran sufragados por una combinación de subvenciones obtenidas de los fondos públicos y de contribuciones económicas de los ciudadanos potentados. Estos gastos se contaban entre las aportaciones económicas a las liturgias («obras del pueblo» en griego) que los atenienses esperaban de los más ricos, los cuales prestaban un servicio público que incluía desde financiar el equipamiento de trirremes hasta remunerar al coro y a los bailarines que actuaban en las representaciones. Los potentados que costeaban la liturgia de una tanda de obras recibían el nombre de *choregos* («organizador del coro»). No era responsabilidad suya dirigir los ensayos de los miembros del coro, que se prolongaban durante meses antes del estreno: de eso se encargaba el propio autor, que era además director de escena. El *choregos* —algo parecido a lo que hoy es el productor— proveía de fondos para pagar los sucesivos ensayos y financiar el costoso vestuario. Si su voz y sus habilidades para la danza eran aceptables, incluso podía convertirse en un miembro más del coro. A cambio de su servicio público, el liturgista recibía el agradecido reconocimiento del público por su contribución al entretenimiento y la educación: era tanta la influencia de estas obras que a sus autores se les conocía de modo informal como maestros del pueblo. El *choregos* cuyo espectáculo se alzaba con el premio a la mejor obra del año recibía autorización para erigir en Atenas un monumento de piedra y metal financiado por él mismo que conmemoraba su éxito.

Un funcionario público designado al efecto se encargaba de asignar un *choregos* a los autores cuyas obras competían para ser elegidas y representadas en cada festival, aunque no se sabe con exactitud cómo se formaban las parejas de patrocinador y dramaturgo. Al

parecer, el proceso incluía una especie de sorteo, pero posiblemente el funcionario intervenía de algún modo en las asignaciones. Cuesta creer que los ciudadanos ricos que se comprometían a financiar una obra no pudieran, si así lo deseaban, hallar algún modo de influir en esa asignación e incluso de decidirla. En el año 476, por ejemplo, Temístocles fue *choregos* de una tanda de obras que incluía *Las fenicias* de Frínico, centrada en la decisiva victoria de la batalla de Salamina en 480. Es poco probable que un «artífice» de la fama de Temístocles, aclamado como arquitecto de un éxito tan sonado, se convirtiera por puro azar en el productor de la conmemoración dramática de la batalla. Cuando ese año Frínico se alzó con el primer premio, Temístocles ordenó erigir un monumento cuya inscripción recordaba su triunfo.

En ese contexto, es sorprendente que en 472 el joven Pericles fuera *choregos* de una trilogía que incluía una tragedia sobre las consecuencias de la batalla de Salamina titulada *Los persas*. (El resto de las obras representadas no han llegado hasta nosotros). Como ya hemos mencionado, su autor era Esquilo, el dramaturgo trágico más respetado y querido del siglo V. ¿Por qué quiso Pericles patrocinar *Los persas*? Aunque existía el riesgo de verse relacionado con una obra basada directamente en la historia contemporánea, el éxito de Temístocles demostraba las ventajas que podía conllevar la financiación de un drama histórico que recibiera una acogida positiva por parte del público.

Cabe destacar que en la obra no aparece un solo personaje griego: todos son persas (representados, como es lógico, por actores griegos). El escenario es el palacio real de Jerjes, en Persia, y los protagonistas la madre y el fantasma del padre de Jerjes, además del propio rey. El coro está formado por los ancianos consejeros reales y el guión recoge las conversaciones de los personajes en torno a la (a sus ojos) desalentadora noticia de la victoria griega en Salamina. Para el público ateniense el diálogo ofrece lo que se puede considerar —con razón— una versión triunfalista de la batalla de Salamina. Los personajes insisten una y otra vez en la magnitud de la victoria y se lamentan de la destrucción de la «flor de los varones» de Asia y del infortunio de un rey, Jerjes, cuyas riquezas y poder le han hecho «igual a un dios».

El patrocinio de la obra resultó ser una buena idea de un Pericles de «veintitantos» años, quien quizá quiso preparar su carrera ganándose el beneplácito de la comunidad, ya que la tragedia hace hincapié en el papel de los atenienses en la derrota de la armada persa: a los ciudadanos que forman parte del público se les cubre de elogios, cuando no de halagos. En distintos momentos de la obra se resalta su importancia, haciendo hincapié en la principal razón que ha llevado a Jerjes a huir de Grecia envuelto en la derrota y la vergüenza: son los dioses los que han salvado a Atenas; o, lo que es lo mismo, los atenienses cuentan con la protección y el favor divinos. No obstante, la obra insiste también en la importante carga de responsabilidad de los seres humanos sobre su propio destino. El castigo recibido por Jerjes es la retribución cósmica que merece su hibris, esa arrogancia destructiva que conlleva una ruina aniquiladora que los griegos conocían como *ate*. El diálogo expone con claridad el error del rey: no haber sabido valorar el posible resultado de sus acciones.

Hay que hacer notar que los mayores elogios de *Los persas* no van dirigidos a los generales de la flota, sino a las personas corrientes que forman parte de la armada aliada griega. No solo se considera piezas claves de la derrota de una armada persa mucho más poderosa a los remeros de la flota, a la que los atenienses han aportado el número más importante de naves: también el Ática aparece descrita como «fuente de plata, tesoro de la tierra». Estas alusiones constituyen un elogio implícito al conjunto de ciudadanos atenienses que, además de servir como remeros, han renunciado a su parte alícuota de las rentas de las minas de plata para invertirlas en la construcción naval. De ahí que uno de los momentos más dramáticos de la obra se produzca cuando un heraldo persa que ha sido testigo de la batalla de Salamina repite el grito unánime con que los remeros griegos se lanzan al combate: «¡Hijos de los griegos! ¡Adelante! ¡Libertad a la patria, libertad a vuestros hijos, vuestras mujeres, los templos de las divinidades ancestrales y las tumbas de vuestros antepasados! ¡Por todo eso vamos a luchar ahora!».

Otro diálogo hace hincapié en las consecuencias positivas derivadas de la victoria para los griegos que habitan en territorio persa: pueblos enteros de Asia dejarán de obedecer las leyes persas y de estar obligados a pagar tributos, se lamenta el coro de ancianos; tampoco se someterán ya al gobierno de un amo, sino que, liberados del yugo del poder real, gozarán de libertad de expresión. Este pasaje contiene una sólida justificación de la misión militar de la Liga Délica liderada por los atenienses, junto con un reproche implícito a la ausencia de Esparta. Y, además, señala de forma explícita que, pese a su humillante derrota, Jerjes continúa gobernando, lo que significa que el imperio persa no ha dejado de representar una amenaza para los griegos.

Como demuestran claramente el resto de las obras de Esquilo que han llegado hasta nosotros, el autor no se conformaba nunca con transmitir un único mensaje. En *Los persas* abundan las alusiones al respeto escrupuloso con que los seres humanos deben contemplar sus propios límites. La naturaleza divina es capaz de llevar a engaño e incluso de abocar al desastre a quienes demuestran un orgullo excesivo o no llegan a vencer su ignorancia intrínseca. La madre y el fantasma del difunto padre de Jerjes explican que el rey ha perdido el favor divino porque sus acciones son prueba de su hibris; porque no ha sabido admitir la necesidad de un juicio razonado sobre lo que es posible que suceda en el futuro.

Es lógico que Pericles quisiera darse a conocer como patrocinador de este complejo conjunto de mensajes. Como todo miembro de la aristocracia cuyo proyecto fuera labrarse un futuro ante la opinión pública, le convenía que su nombre quedara asociado al trato elogioso dispensado a los ciudadanos corrientes de Atenas que contiene *Los persas*. Como *choregos*, quizá llegara incluso a formar parte del coro y a desempeñar un papel importante en la dirección de unos cantos tan llenos de alabanzas a su ciudad estado. No cabe duda de que la conexión de Pericles con la insistencia dramática en las encomiables hazañas de los atenienses proporcionaría un impulso a su posición a ojos de las masas mientras ideaba el modo de abrirse hueco en el entorno político. Y su implicación en la producción de *Los persas* aún le aportaría otro beneficio más: le serviría de acicate para hacer una honda reflexión acerca de las lecciones implícitas en la

obra; unas lecciones que debía aprender todo el que poseyera la ambición de reforzar su imagen de reputado consejero del pueblo. En concreto, Pericles debió de entender el valor del mensaje contenido en la obra: en la toma de decisiones concernientes a las políticas públicas, los ciudadanos debían dar prioridad a la humildad y a la razón fundada en el conocimiento, y escapar del funesto engaño al que el *ate* somete a quienes, inmersos en el éxito, olvidan (por emplear las memorables palabras de Lord Acton, el político británico del siglo XIX) que «el poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente». Para tomar las mejores decisiones respecto a Atenas, los ciudadanos que diseñaban en la asamblea democrática las políticas aplicables a la ciudad estado tenían que escuchar a los líderes de inteligencia demostrada y persuasiva oratoria que contaran con información suficiente y una reputación intachable por su conducta y su honradez financiera. El camino innovador —y a veces insólito— que emprendió Pericles para alcanzar ese estatus constituye la segunda etapa de la historia de su vida.

6.
Pericles y su innovadora educación para el liderazgo en la democracia ateniense

COMO LOS DEMÁS HIJOS DE LAS FAMILIAS aristocráticas atenienses del siglo V, de niño Pericles aprendió a leer y a escribir y una aritmética rudimentaria, así como a ejecutar piezas musicales o, al menos, los fundamentos de la música. Los encargados de impartir la formación básica a los niños de entornos acomodados eran esclavos instruidos propiedad de la familia o tutores particulares. En ese momento de la historia de Grecia las escuelas públicas escaseaban. Seguramente Pericles dedicó la segunda etapa de su formación a desarrollar las habilidades retóricas de un orador público capaz de pronunciar discursos convincentes ante los jurados, en el consejo de los quinientos —responsable de fijar el orden del día de la asamblea y de gestionar otros asuntos públicos — y en las reuniones multitudinarias de la asamblea, que contaban con la asistencia de centenares o miles de ciudadanos dispuestos a lanzar invectivas a los oradores incompetentes que intentaban dirigirse al auditorio. Mediada la adolescencia o a punto de concluirla, los jóvenes aristócratas empezaban a acompañar en calidad de espectadores a sus padres y tíos en las reuniones en las que estos tomaban la palabra. Este aprendizaje informal les permitía observar los éxitos —y los fracasos— de los oradores y empaparse de las lecciones que enseñaban el modo de obrar eficaz en el competitivo entorno de la política democrática ateniense.

Figura 12. Niños recibiendo sus primeras lecciones. Vasija griega. Berlín / Antikensammlung Staatliche Museen / Art Resource, NY.

Únicamente alcanzaban el éxito los oradores cuyos argumentos demostraban sus profundos conocimientos de historia, economía y política; cuyo empleo del lenguaje era inteligente y elaborado; cuya voz tenía la potencia suficiente para hacerse oír cuando se dirigían a grandes muchedumbres de gente tanto en espacios cerrados como abiertos; y cuya resistencia les permitía enfrentarse al incisivo escrutinio público que muchas veces derivaba en burlas y protestas. En la década de los 60, cerca ya de la treintena, Pericles comprendió que necesitaba una formación especial para superar los desalentadores obstáculos que le aguardaban si quería convertirse en un líder respetado e influyente, tanto en la guerra como en la paz.

En tiempos de Pericles se desarrolló un nuevo método de formación para preparar la carrera pública que rompía con la tradición y que él abrazó con entusiasmo. A mediados del siglo VI los nuevos pensadores griegos sorprendieron —y escandalizaron— a otros griegos con sus controvertidas nociones de la naturaleza del mundo. Esta revolución intelectual cobró impulso tras las guerras médicas, cuando quienes se habían hecho célebres por sus insólitas teorías en torno a la esencia y los elementos constitutivos de la excelencia humana (*areté*) empezaron a recorrer el mundo griego atrayendo a un público acomodado y deseoso de escuchar sus provocadoras ideas. Algunos de esos intelectuales itinerantes se ofrecían para enseñar a los jóvenes a cambio de unos generosos estipendios cómo lograr la excelencia personal, especialmente en materia política. A esos maestros se les dio el nombre de sofistas («hombres sabios» en griego).

Es casi imposible disponer de pruebas fiables relativas a las carreras, cronologías, textos, frases e incluso muchas de las ideas sofistas a partir de las fuentes escritas conservadas (una queja de los eruditos que al lector le parecerá repetitiva, pero en la que no hay más remedio que insistir en un tema tan importante para la historia de Pericles).

Por eso es comprensible que los historiadores modernos disientan acerca del valor que merece la información facilitada ante todo por Plutarco —y por otros autores que ofrecen aún menos detalles— con referencia a la honda influencia que ejercieron en Pericles las ideas y la guía personal de algunos de esos célebres pensadores. La afirmación más significativa que contienen dichas fuentes es la siguiente: las enseñanzas de los sofistas, además de configurar la conducta pública y privada de Pericles, fueron el instrumento que este utilizó para convertirse en el orador más eficaz de Atenas: algo particularmente sorprendente, porque —hoy como entonces— los líderes políticos que intentan influir en la opinión pública con discursos que se sirven de un planteamiento basado en teorías innovadoras y con un tono magisterial y académico casi siempre logran irritar a su auditorio en lugar de convencerlo.

La incertidumbre que rodea las carreras de los sofistas hace imposible determinar con precisión cuándo llegaron a Atenas y, por lo tanto, cuándo los conoció Pericles. El contacto pudo iniciarse en fechas tan tempranas como los años 70 o tan tardías como los 50. Existe un motivo para que sea ahora, en el momento en que este libro recoge la historia de la década de los 60, cuando me dispongo a ofrecer mi interpretación de los datos relativos a Pericles y a los maestros con los que se relacionó durante lo que podríamos llamar su «educación superior»; y es que a finales de esa década ya se había producido su primera aparición pública documentada con un discurso de acusación en un caso controvertido. No cabe duda de que existen argumentos sólidos para no fechar la influencia de los sofistas en este primer período de formación de un Pericles ya adulto. De hecho, los estudiosos suelen admitir que las influencias que vamos a describir a continuación corresponden a períodos posteriores de su carrera. No obstante, como ya he señalado en el prólogo, creo que abordar ahora este asunto ayudará al lector a comprender mejor el contexto que permitió a Pericles cultivar las características de una oratoria tan sumamente eficaz. En cualquier caso, dado que su poder de persuasión fue la raíz de una influencia sin precedentes en las políticas adoptadas por sus conciudadanos, me parece oportuno intentar al menos definir su planteamiento de la retórica y no limitarme a afirmar sin más que fue el mejor orador ateniense del siglo v, prescindiendo de analizar cómo alcanzó ese estatus. (Las traducciones al inglés y los comentarios a los pasajes de los dramaturgos cómicos y los pensadores mencionados en este capítulo están tomados de las obras recopilatorias de Jeffrey Rusten, *The Birth of Comedy,* y de Robin Waterfield, *The First Philosophers*).

Los distintos datos recabados acerca de su primer maestro durante esa etapa que hemos dado en llamar de «educación superior» corroboran la inseguridad de las fuentes en torno a un aspecto tan esencial en la vida de Pericles. Plutarco menciona en primer lugar a Damón, el ateniense a quien considera responsable de sus avanzados conocimientos musicales (*Pericles* 4). No obstante, algunos especialistas opinan que, en realidad, el primer tutor de Pericles fue Damónides, el padre de Damón, y que el hijo no asumió ese papel hasta el siglo v. Plutarco también atribuye a Damónides (*Pericles* 9) el consejo que recibió Pericles de adoptar el proyecto político populista del que —a juicio de su biógrafo— se sirvió para ganarse el favor de las masas. Por último, Plutarco afirma que

quien le enseñó música fue Pitoclides (*Pericles* 4), del que solo sabemos que era seguidor de Pitágoras, el famoso pensador del siglo VI que hizo de las matemáticas la clave para entender la naturaleza del universo.

En la Atenas del siglo V los conocimientos musicales constituían uno de los pilares de la formación: los distintos ritmos, compases y sistemas armónicos se consideraban directamente relacionados con la fortaleza o la debilidad moral del individuo. Según los atenienses, la música que se estudiaba, interpretaba o escuchaba influía poderosamente en la conducta y, por lo tanto, era capaz de inspirar un comportamiento constructivo para la comunidad, o bien actitudes antisociales e incluso delictivas. Quien enseñaba música podía concitar mucha oposición si los demás pensaban que sus ideas corrompían a sus alumnos. El principal temor de Atenas era que las teorías musicales inculcasen en los jóvenes el deseo de convertirse en oligarcas o en tiranos dispuestos a socavar la democracia. Y fueron precisamente esas sospechas las que recayeron sobre Damón, quien acabó condenado al ostracismo con el respaldo de un número importante de atenienses.

No existen evidencias acerca de los conocimientos que Pericles aprendió de Damón: solo sabemos que le «instruyó», por citar el término que recoge Plutarco *(Pericles* 4) del fragmento de una comedia escrita en el siglo V por el dramaturgo Platón (sin ninguna relación con el filósofo del siglo IV con quien comparte el nombre). Las comedias, que se representaban junto con las tragedias en los festivales públicos, contenían una sátira mordaz y cruel —expresada por lo general con un lenguaje obsceno y subido de tono— que incluía una crítica incisiva de los ciudadanos más señalados. Cuando Pericles se convirtió en un personaje público, los comediógrafos hicieron escarnio de todo lo que se refería a él: desde su aspecto hasta sus políticas. Por eso es muy poco probable que los personajes de Platón que dicen que Damón instruyó a Pericles estuvieran dirigiéndole un cumplido. Fuesen cuales fuesen sus conocimientos musicales, no es descabellado deducir que la autoconfianza y la intuición de Pericles bastaron para hacerle buscar uno o más maestros capaces de ofrecerle ideas innovadoras, aunque con ello se ganara la suspicacia de los ciudadanos de otros ciudadanos de mentalidad más tradicional.

Otros pensadores que, según consta, influyeron en él provocaron toda clase de controversias. Zenón de Elea (en el sur de Italia) le enseñó a desconcertar a sus adversarios elaborando argumentos con que rebatir cualquiera de sus afirmaciones. Zenón acompañó a su maestro, Parménides, hasta Atenas, donde asistió a sus clases. Parménides era famoso por su visión extremista de la realidad como una unidad absoluta: «Todo es uno, intemporal e inmutable», afirmaba. Sus teorías radicalmente monistas contradecían las experiencias que percibe el hombre a través de la vista, el oído y el tacto. En la vida diaria todos experimentamos constantemente sensaciones de desunión, movimiento y cambio, tanto en la naturaleza como en nuestra propia existencia. No obstante, según Parménides, si el hombre quiere obtener una idea cierta de la naturaleza de la realidad, no puede fiarse de sus sentidos. En otras palabras, sus teorías defienden que la verdad es paradójica (un término griego que equivale a «lo contrario a lo esperado»).

Zenón debía su fama internacional a los ejercicios mentales con que rebatía los argumentos de quienes se oponían a Parménides y a su ataque intelectual contra las percepciones sensoriales. Es importante entender todas las implicaciones de sus enseñanzas: de ellas pudo aprender Pericles a penetrar más allá de la superficie de las cosas, a reflexionar sobre la realidad oculta que solo el razonamiento fundado en los conocimientos es capaz de revelar. Entre las paradojas de Zenón (así se conocen sus enseñanzas) se incluía la historia ficticia de una carrera entre Aquiles, prototipo físico de los héroes legendarios de la guerra de Troya, y una tortuga, cuyo paso es de una lentitud notable comparado con el de un atleta. Supongamos —decía Zenón— que Aquiles le da ventaja a la tortuga y ambos inician la carrera al mismo tiempo. Para alcanzar el punto de partida del animal, Aquiles antes tiene que recorrer la mitad de la distancia que lo separa de él; pero mientras tanto la tortuga avanza a su vez desde su lugar de partida. De hecho, aseguraba Zenón, la lógica exige que, cada vez que Aquiles se mueve, se vea obligado a cubrir la mitad de la distancia que existe entre él y la tortuga antes de recorrer la distancia total que los separa. La tortuga, por su parte, avanza siempre desde el punto al que acaba de llegar: una secuencia que, según Zenón, se repite indefinidamente. La consecuencia lógica es que el contrincante más rápido nunca será capaz de alcanzar al contrincante más lento. No obstante, resulta evidente que no es eso lo que observamos si asistimos a una carrera entre un atleta y una tortuga. ¿Por qué? ¿Cómo puede contradecir nuestro conocimiento aparente la verdad de la lógica? Para Zenón se trata de una paradoja que necesariamente causa perplejidad, a menos que admitamos las implicaciones de la teoría de Parménides de un universo inmutable; a menos que admitamos que el auténtico conocimiento de la naturaleza de la realidad permanece frustrantemente oculto a la percepción humana ordinaria y solo puede ser revelado a través de la razón, y no de la mera observación.

Para rebatir la existencia de los fenómenos de cambio derivados del movimiento Zenón ofrece un argumento igual de desconcertante en su paradoja de la flecha. Nuestros sentidos nos dicen que, en cuanto un arquero dispara una flecha, el proyectil se pone inmediatamente en movimiento. Pero… un momento, dice Zenón: en cada uno de esos instantes ¿no ocupa la flecha el espacio equivalente a su longitud? «Sí, claro», tendríamos que contestar. Y entonces el maestro de la paradoja diría: cuando un objeto ocupa un espacio idéntico a su longitud y está perfectamente alineado con un espacio de su misma longitud decimos que es un objeto en reposo. Este ejercicio mental, concluye Zenón, demuestra que el movimiento es imposible. Nuestra percepción de los objetos en movimiento es, por lo tanto, mera ilusión: una ilusión que no nos deja ver la realidad subyacente a nuestra existencia.

Las paradojas de Zenón causaron el desconcierto de muchos, pese a que Aristóteles las consideraba falaces por hacer un empleo erróneo de la noción de divisibilidad infinita del espacio separándola de la noción de divisibilidad infinita del tiempo. Zenón disponía de otras paradojas de más difícil resolución y que plantean retos aún más complejos: es el caso de la paradoja del «estadio», elaborada a partir del movimiento de dos equipos de corredores que dan vueltas a una pista mientras un grupo de espectadores los observa

desde las gradas. Aunque es demasiado complicada para incluirla aquí, merece la pena estudiarla con el fin de comprobar la sutileza de los razonamientos de Zenón: una cualidad heredada por Pericles.

Zenón, en suma, enseñó a Pericles a emplear la razón para cuestionar los juicios convencionales acerca de la realidad. Ahora bien, ¿qué ayuda práctica le brindó este entrenamiento intelectual a la hora de desarrollar una oratoria más eficaz ante las masas de ciudadanos reunidos en los tribunales y en la asamblea atenienses? Al fin y al cabo, el auditorio, puesto a juzgar un caso legal o a decidir el voto en un asunto de política gubernamental, no debía ser demasiado receptivo a elucubraciones abstractas. Mi respuesta a esta pregunta es que los métodos de razonamiento de Zenón ayudaron a Pericles a elaborar argumentos inesperados, pero de una lógica aplastante, para rebatir eficazmente a sus adversarios en la combativa atmósfera de la vida pública ateniense. La atención que prestó a las controvertidas teorías de Zenón es una prueba más de su elección de un planteamiento innovador para la adquisición de los conocimientos y habilidades que decidió sumar a sus capacidades personales. Todo ello le iba a permitir ofrecer los argumentos más persuasivos una vez iniciada su participación en la democracia ateniense.

La singularidad y la osadía de las elecciones que hizo Pericles para elaborar su particular programa de educación superior se ven corroboradas por la identidad del intelectual cuya influencia sobre el futuro líder resultó más decisiva. El nombre de ese pensador tan controvertido es Anaxágoras, quien llegó a Atenas desde la ciudad jonia de Clazomene para escandalizar a los que lo acusaban de negar la importancia de los dioses y —a juicio de algunos— hasta la existencia de seres divinos. De hecho, Anaxágoras suscitó las iras de los seguidores de la religión tradicional cuando, tras examinar un fragmento de meteorito que había impactado contra la tierra, esgrimió su brillante apariencia como prueba de que el sol, junto con las estrellas y otros cuerpos celestes, no eran más que una inmensa amalgama de metales fundidos cuyo tamaño superaba el del Peloponeso. La religión convencional, por su parte, veía en los objetos celestes la manifestación de unas divinidades con una existencia real: así, las antiguas creencias identificaban el sol con el carro de fuego en el que el dios Helios cruzaba el firmamento.

Anaxágoras enseñaba también que la «Inteligencia» (el *nous*) era el motor primero del universo. Algunos lo acusaban de creer en esa Inteligencia como la divinidad creadora de todo lo existente y lo tildaban de blasfemo por negar el papel de los dioses tradicionales. La compleja explicación que ofrecía Anaxágoras sugería que la Inteligencia, infinita y pura, era la causa de cuanto existe (incluido el hombre) y dotaba de movimiento a una mezcla primigenia y eterna de todas las cualidades y características posibles. El origen de nuestro universo se hallaba en ese principio común, en cuyos incontables espermas o «semillas» estaban encarnadas y mezcladas todas y cada una de esas cualidades. Lo que distinguía a unas semillas de otras era qué proporción había de cada cualidad en la mezcla. Su teoría insistía en que la naturaleza de la realidad residía en la pluralidad surgida de las distintas combinaciones de cualidades idénticas. Evidentemente, el pluralismo de Anaxágoras entraba en colisión con el monismo de

Parménides. Para muchos esa noción abstracta de Inteligencia —cuya complejidad generaba desconcierto— constituía otra ofensa potencial a la majestad de los dioses tradicionales.

Al parecer, Anaxágoras amplió aún más y de un modo notable su teoría al afirmar que probablemente la pluralidad original de las semillas se había dispersado en innumerables universos paralelos, pese a que el hombre era incapaz de percibir de un modo inmediato la existencia de mundos múltiples. Y concluía añadiendo que, por muchos universos paralelos que existieran y dado que poseían las mismas semillas, todos eran idénticos excepto en sus dimensiones; lo que significaba que algunos eran infinitamente pequeños comparados con el universo que habitamos, aunque de naturaleza esencialmente semejante. Cuesta imaginar el grado de desconcierto de muchos de los que escucharon su sorprendente teoría de los universos múltiples en lugar de ese único universo que todos percibimos en nuestro día a día. La reacción natural de la gente de a pie frente a las ideas de Anaxágoras —que guardan un asombroso parecido con lo que hoy en día sostienen algunos científicos teóricos— solo pudo ser verle como alguien misterioso… e inquietante.

La complejidad casi impenetrable de sus teorías contribuyó a difundir la idea de que unos principios tan poco convencionales para entender el universo y el lugar que el hombre ocupaba en él ponían en peligro a cualquier ciudad estado que le ofreciera hospitalidad. ¿Y si era cierto que todo lo que enseñaba —aunque a la mayoría le costara ser claramente consciente de su significado— negaba el poder divino del culto tradicional?, se decía la gente. ¿Cómo interpretar episodios como aquel en el que alguien mostró a Pericles el prodigio de un carnero con un solo cuerno en medio de la frente en lugar de uno a cada lado? Lampón, un célebre entendido en religión allí presente —que evidentemente mantenía excelentes relaciones con Pericles—, interpretó ese extraño fenómeno anatómico como una señal divina de que un único hombre (Pericles, concretamente) se alzaría con la victoria en el combate político del momento. El hecho de que también Anaxágoras estuviese presente indica la costumbre de Pericles de recibir en su casa a intelectuales destacados con quienes debatir teorías opuestas. El sofista ordenó abrir el cráneo del animal para demostrar que ese único cuerno era el resultado de una configuración anómala del cerebro: la causa física de la deformidad desmentía así cualquier explicación de tipo religioso.

Para desgracia de Anaxágoras, esta clase de episodios hizo temer a algunos que Atenas estuviese acogiendo a un ateo. En la Grecia antigua el ateísmo generaba una fuerte hostilidad: la creencia predominante era que los dioses, enojados por esta grave ofensa humana a su poder y majestad, no solo castigaban a quienes difundían ideas tan arrogantes, sino a todos los miembros de la comunidad que los admitían en ella. La presencia de sacrílegos e impíos como ellos provocaba una contaminación de lo sagrado con la que había que acabar para evitar la venganza de los dioses. Y la contaminación quedaba eliminada si el ateo quedaba extirpado para siempre. Por eso, quien no respetaba las normas religiosas de la ciudad estado era acusado de «impiedad» (*asebeia*) ante los tribunales. La pena del reo podía ser la ejecución. Se sabe que en algún

momento, quizá en torno a 430, Anaxágoras fue juzgado por ese motivo. Hubo quienes dijeron que el juicio formaba parte de una trama urdida por los rivales políticos de Pericles para suscitar el rencor contra él por entablar procesos judiciales contra sus amigos.

¿Por qué puso en peligro Pericles su reputación codeándose con un extranjero tan polémico? En su exhaustivo relato de las relaciones entre ambos (*Pericles* 4-8) Plutarco sugiere el motivo de esa decisión: Pericles valoraba mucho la ayuda que podían prestarle las enseñanzas del sofista tanto para la mejora de su oratoria como para el modo de interactuar con los demás. El biógrafo explica que fue la influencia de Anaxágoras la que confirió a Pericles la dignidad en el porte y a su oratoria la altura de pensamiento que le hacían destacar por encima de otros líderes. Por otra parte, Pericles aprendió de él a tomar de las ciencias de la naturaleza ideas con las que elaborar argumentos convincentes destinados a quienes se hallaban sometidos a fuertes presiones. Conservamos ejemplos de la eficacia con que Pericles tranquilizó a sus tropas en dos ocasiones recurriendo a esa clase de argumentos ante el pánico provocado en sus hombres por los fenómenos celestes. Para calmar a un marinero aterrado por un eclipse solar, Pericles le tapó los ojos con la clámide y le preguntó si le asustaba la oscuridad. Cuando el hombre le contestó que no, Pericles replicó: «¿En qué entonces es distinto aquello de esto, sino en que un objeto mayor que la clámide es lo que ha producido el oscurecimiento?» (*Pericles* 35). En otra ocasión un rayo atemorizó a los soldados que estaban a sus órdenes. Después de reunirlos a todos, tomó dos piedras y las frotó para obtener una chispa. «Esto es un rayo», les dijo: «Lo mismo ocurre cuando chocan dos nubes» (Frontino, *Estratagemas* I.12.10; Suda *s.v.* Pericles).

Vale la pena detenerse en cómo valora Plutarco en qué medida las teorías de Anaxágoras hicieron de Pericles un orador tan sumamente eficaz. Como ya hemos dicho, parece bastante improbable que adoptar el estilo oratorio de un «sabio chiflado» (por recurrir a una hipérbole con que hacer hincapié en el asunto) lograra otra cosa que no fuera mermar su atractivo ante un público compuesto por ciudadanos faltos de instrucción. El tiempo compartido con Anaxágoras seguramente le ayudó a descubrir el modo de dotar a sus discursos de un grado mayor de razonamiento fundado en el conocimiento sin llegar a eliminar la capacidad que tenían sus argumentos lógicos de provocar reacciones positivas en su auditorio. Así fue como Pericles aprendió a causar un impacto con sus palabras sin mostrarse ininteligible o condescendiente y, al mismo tiempo, sin descender a las tácticas rastreras de otros oradores como recurrir a chistes groseros, alzar la voz para enfatizar algo o gesticular exageradamente con las manos con el único propósito de atraer la atención de las inmensas muchedumbres a las que se dirigían los líderes atenienses. Él, por el contrario, sabía cómo ofrecer a la gente evidencias de un modo claro y estructurado —e incluso científico— que resultaba muy atrayente. Este enfoque retórico le permitía servirse de la noción de cálculo basado en lo que los griegos llamaban «probabilidad» como instrumento para elaborar argumentos convincentes acerca de lo que podía suceder en el futuro y, a partir de ahí, aconsejar a los atenienses las políticas y la línea de actuación por las que debían decantarse; lo cual no

dejaba de ser complicado. Es una lástima que no se conserve ninguno de los discursos pronunciados literalmente por Pericles y que carezcamos de una información detallada acerca de las técnicas retóricas que aprovechó para acabar convirtiéndose en el orador más famoso de su época. Anaxágoras decía que en el éxito de los hombres no interviene el azar, sino el «uso de la experiencia, la memoria, la sabiduría y la habilidad» humanas (Plutarco, *Moralia* 98F). Es evidente que Pericles se tomó a pecho su enseñanza y la aplicó con éxito.

Así pues, Pericles combinó los distintos elementos que componían su formación para crear un estilo oratorio extraordinariamente eficaz. De hecho, el aplauso generalizado que obtuvo del público le valió el sobrenombre de «el Olímpico»: el mismo adjetivo atribuido a Zeus, el rey de los dioses que habitaba en el Monte Olimpo de la Grecia central. Zeus, la divinidad más poderosa, gobernaba sobre los truenos y los rayos que se escuchaban y veían en los cielos. Los personajes de algunos autores de comedias decían que Pericles era capaz de provocar relámpagos y truenos cuando se dirigía al pueblo, desencadenando con su lengua una tormenta imponente de rayos. Igual que Zeus con sus armas atmosféricas, él tenía el poder de dejar atónita a la gente con el impacto de sus fogosas palabras. Como afirma uno de los personajes de una comedia de Eupolis, «la persuasión en sus labios se posaba… Era el único que dejaba el aguijón en la oreja de quien le escuchaba» (Diodoro XII, 40).

Quizá parte de la respuesta al enigma de qué fue lo que le ganó a Pericles el título sin precedentes de «el Olímpico» resida en la interpretación de las evidencias que mencionan la influencia de Anaxágoras sobre el estilo tan característico y particular que Pericles imprimió a su conducta: un estilo basado en la dignidad y en la reserva antes que en la exhibición pública de sus sentimientos, incluso en ocasiones en que habría resultado comprensible —por no decir esperable— que demostrara alguna emoción. La muestra más clara de autocontrol que dio Anaxágoras se produjo el día en que, mientras exponía ante sus seguidores sus teorías sus teorías acerca de la naturaleza, recibió la noticia de la muerte de su hijo. Tras hacer una pausa, comentó: «Ya sabía que mi hijo era mortal». A Plutarco le impresionaba tanto esta anécdota que repitió la cita en tres ocasiones distintas (*Moralia* 118D, 463D, 474D). Este grado de control emocional suponía para Pericles una prueba muy difícil de igualar: no obstante, tal y como demostrarían los acontecimientos que acompañaron su carrera, se ejercitó para alcanzar ese mismo nivel en la interacción social.

Plutarco hace hincapié sobre todo en que la estrecha relación entre Pericles y Anaxágoras llevó al primero a aprender la autodisciplina suficiente para conservar la serenidad en cualquier situación y mantener la compostura y una apariencia de tranquilidad con independencia del grado de provocación a que se viese sometido. Para demostrarlo, cuenta la historia de un hombre que se pasó un día entero persiguiendo a Pericles e incordiándolo mientras este se ocupaba de sus negocios y trataba asuntos de importancia en el centro de la ciudad (*Pericles* 5). Al atardecer Pericles se dirigió a su casa seguido de su molesto acosador, que no dejó de hablar en todo el trayecto. Cuando llegaron había anochecido. Las calles tan serpenteantes y accidentadas de la Atenas

antigua carecían de iluminación y Pericles, haciendo gala de su estudiada ecuanimidad, ordenó a uno de sus esclavos encender una antorcha y acompañar al hombre para que pudiera regresar a su casa sano y salvo.

Hasta tal punto llegaba la costumbre de Pericles de mantener la compostura ante los demás que rara vez se permitía reír o sonreír. Es más, desafiaba todas las convenciones sociales evitando los banquetes nocturnos característicos de los aristócratas atenienses. Esta clase de eventos, que los griegos llamaban *symposium* («reunión de bebedores»), solía congregar a un grupo reducido de hombres que se pasaban horas conversando y bebiendo copa tras copa de vino. Uno de los asistentes, designado «responsable del simposio» (*symposiarca*), recibía el encargo de diluir el vino con agua (el vino sin diluir se consideraba un peligroso camino hacia la locura) y decidir los temas de conversación. Aunque en los simposios se solía hablar de literatura, filosofía o política, a veces contaban con el entretenimiento de músicos y bailarines (casi siempre mujeres) contratados al efecto. Era probable que la noche acabara entre broncas y borracheras. Pericles declinaba cualquier invitación a esas reuniones para no arriesgarse nunca a terminar envuelto en situaciones que derivaran en un comportamiento licencioso capaz de dañar su reputación de hombre de estado ajeno al escándalo. De hecho, ponía tanto cuidado en no exponerse a rumores malévolos de esa clase que, cuando tenía que asistir a la boda de un familiar, abandonaba la fiesta antes de que empezara a correr el vino.

Figura 13. Escena de un simposio (reunión de bebedores). *Vasija griega.* ©Fitzwilliam Museum, Cambridge/Art Resource, NY.

La conducta de Pericles lo distinguía de sus contemporáneos. En la democracia ateniense el camino que solía culminar en influencia y cargos políticos pasaba necesariamente por crear lo que hoy día llamaríamos una red de contactos con otros miembros de la aristocracia; y, al mismo tiempo, por mostrar cierto grado de sociabilidad con la masa de votantes que evitara una percepción generalizada de

pertenencia al grupo de los ricos y selectos (cosa que no era del agrado de una democracia compuesta en su mayoría por ciudadanos de escasos recursos). Y sobra decir que nadie que aspirara a cierto predominio político podía permitirse ser tachado de ateo. Por eso resulta sorprendente —por no decir insólito— que Pericles se relacionara abiertamente con personas (extranjeras, por más señas) que generaban tales sospechas en la mente de muchos de sus conciudadanos. El obstáculo que impide comprender su decisión queda en parte superado si concluimos que su contacto con esos pensadores se produjo mucho más adelante, cuando ya se había ganado un puesto entre los líderes más respetados de Atenas. Esta respuesta plantea una objeción, y es que entonces Pericles tenía mucho más que temer de los rumores maliciosos que en su juventud. A esta objeción viene a sumarse otra: en ese caso, habría que descartar la afirmación de las fuentes antiguas de que la exposición de Pericles a las teorías y personalidades de los eminentes sofistas trajo consigo una importante —si no decisiva—influencia en el desarrollo personal y relativamente temprano de una oratoria eficaz y un liderazgo político. Sea cual sea la solución a este problema cronológico tan controvertido, nunca se podrá negar la importancia de insistir en que Pericles adoptó y adaptó de un modo personal las enseñanzas de pensadores tan variados y polémicos como Damón, Zenón y Anaxágoras para construir el éxito alcanzado en la vida pública.

Lo que no admite discusión es que Pericles optó por forjar un enfoque diferente y tal vez único para ganar influencia en la democracia ateniense. No existen pruebas de que firmara alianzas políticas estables con los miembros de la aristocracia para conseguir algún objetivo político; Efialtes, con quien al parecer colaboró durante un tiempo, no pertenecía a su misma clase social. Además, en materia política Pericles procuraba conservar un perfil bajo actuando y hablando con dignidad y moderación, y no pronunciaba discursos en el fragor del momento. Al mismo tiempo, se aseguraba de no intervenir en cualquier debate que se entablase en la asamblea y pedía a sus amigos y seguidores que tomaran la palabra con el fin de evitar que los asistentes se aburrieran de oírle a él. Demostraba públicamente que era un ciudadano metódico recorriendo a diario la calle que iba de su casa al centro de la ciudad y empleaba siempre el mismo camino para llegar directamente a los lugares donde se ejercía el gobierno cívico. Según Plutarco (*Pericles* 8), siempre que pronunciaba un discurso pedía a los dioses prudencia para que ni una sola palabra suya se desviara del tema. Incluso llegó a decirse que fue el primero en emplear un texto escrito. Estas características tan cuidadosamente cultivadas lo hicieron tan célebre que cuando un siglo después Demóstenes, el famoso orador ateniense, se dirigía a los tribunales o a la asamblea, procuraba imitar lo que «había engrandecido» a Pericles (Plutarco, *Demóstenes* 9).

Pericles era, en suma, tan reflexivo y cauto en la vida política como —según la opinión unánime— precavido y enemigo del riesgo cuando dirigía alguna expedición militar integrada por los ciudadanos de la milicia ateniense. Procuraba además manifestar claramente su respeto hacia la religión, aunque sin dejar de aprovechar los temores supersticiosos de la gente si la situación así lo requería. En el curso de un combate ordenó a un soldado que se vistiera de acuerdo con la idea más difundida del aspecto de

un dios y saliera de entre una arboleda dedicada al temible dios de los muertos para presentarse en medio del campo de batalla sujetando las riendas de un carro tirado por caballos blancos. El soldado culminó su actuación llamando a Pericles por su nombre y anunciando que los dioses estaban del lado de los atenienses. El espectáculo dejó tan atónito al enemigo que huyó despavorido (Frontino, *Estratagemas* I.11.10). Por otra parte, en los eventos públicos nunca dejaba de demostrar el respeto a lo divino que exigía la tradición. En uno de sus célebres discursos, por ejemplo, elogió a los caídos atribuyéndoles poéticamente la inmortalidad de los dioses: «Tampoco a estos [los dioses] los vemos, sino que de los honores que se les tributan y de los bienes que nos dispensan conjeturamos que son inmortales» (Plutarco, *Pericles* 9). Como veremos más adelante, durante los años 40 dirigió el proyecto de edificación del Partenón, el templo más conocido y costoso dedicado a la diosa Atenea. Nadie podía acusarlo de despreciar abiertamente a los dioses. Además de emplear sus habilidades oratorias para insistir en el deber de honrar a los dioses, de quienes procedían los bienes que disfrutaba la humanidad, con su respaldo a la construcción del Partenón demostró que merecían una veneración especial.

Si la precaución que habitualmente observaba Pericles en su conducta pública hace difícil imaginar por qué estuvo dispuesto a correr el riesgo que entrañaba el trato con unos sofistas peligrosamente controvertidos, resulta más comprensible su idea de que una conducta pública cuidadosamente calculada le serviría para evitar la hostilidad de la mayoría, a la que las clases superiores se referían despectivamente como los *hoi polloi*. Pericles era perfectamente consciente de la necesidad de cuidarse mucho de provocar el antagonismo de la opinión pública y ser acusado de enemigo de la democracia, y aún más de aspirar al cargo de tirano. No en vano había sufrido de niño las consecuencias familiares del ostracismo. Lo que cuesta más entender es cómo esa actitud tan precavida, que en su vida pública se manifestaba en unas maneras sumamente reservadas —por no decir gélidas— pudo ayudarle a lograr tanta popularidad. Probablemente pensaba que ese comportamiento le permitiría esquivar cualquier acusación de corrupción y favoritismo.

Es evidente que Pericles puso todo su empeño en configurar esa imagen pública y mantenerla inamovible. En el transcurso de su carrera no perdió nunca su fama de incorruptible, y no solo en asuntos de dinero. Cuando un amigo le pidió que jurara en falso para corroborar la mentira de otro, se negó en redondo: una anécdota de tanta importancia para Plutarco que la recoge en dos ocasiones (*Moralia* 186C, 620CD). Esa cualidad era en la vida de Pericles un reflejo de la justicia que, a juicio de Plutarco, lo caracterizaba humanamente. En ese mismo contexto de exhibición pública de incorruptibilidad frente a cualquier presión social, política o económica, vale la pena destacar también la insistencia de Plutarco en señalar el atractivo popular que compartían dos personajes tan distintos como Pericles y Cimón. Esa semejanza era consecuencia de una cualidad común a los dos a la que Plutarco se refiere más de una vez como *praotes*. Como ya hemos comentado en el prólogo, es imposible resumir con precisión el complejo significado de este término griego en una sola palabra. El diccionario más

empleado por quienes se inician en el griego clásico lo traduce como «mansedumbre, dulzura, apacibilidad»: unos términos que no llegan a abarcar todo el rango de significado de *praotes*. La traducción exacta resulta particularmente compleja cuando se aplica a esa cualidad de interactuar con habilidad, del modo apropiado y serenamente que permite a un hombre alcanzar el éxito en un entorno de liderazgo político tan agrio y beligerante como el de la antigua Atenas. Dentro de ese contexto emplea Plutarco el término en sus biografías del legendario líder espartano Licurgo y de Focio, un controvertido líder político ateniense del siglo IV. Y no se puede decir que ninguno de los dos fuese precisamente dulce o manso. Tampoco parece probable que Plutarco utilizara el término con el sentido de «amigable, sociable, encantador»: unos calificativos que quizá puedan aplicarse a alguien tan cálido y hospitalario como Cimón, pero en ningún caso al austero y frío Pericles.

Quizá podamos empezar a acotar una definición algo más acertada de la *praotes* de Pericles si interpretamos el término como «mantenerse siempre tranquilo y sosegado en las adversidades». Ese es el sentido que le atribuye Plutarco cuando lo utiliza para describir la imperturbabilidad de Arístides en momentos complicados (*Arístides* 3). Tanto Cimón como Pericles contaron con muchas oportunidades de ser testigos de la ecuanimidad de aquel célebre compatriota suyo que los superaba en edad y que le valió el respeto indiscutible de sus conciudadanos durante y después de las guerras médicas.

Además de esa falta de inquietud manifiesta ante cualquier circunstancia, *praotes* parece referirse también a la cualidad habitual de tratar a los demás de un modo justo y compasivo, sea cual sea el trato que se reciba de ellos. Aparentemente, así se ganó Cimón el afecto leal de los aliados de la Liga Délica, en marcado contraste con las maneras mezquinas y arrogantes del espartano Pausanias. Por último, y a juzgar por las vidas de los líderes griegos a los que Plutarco aplica el término, este rasgo del comportamiento indica algo indispensable para un alto cargo público en una democracia: la honestidad personal que no se deja corromper nunca por los sobornos o escamoteando dinero de las arcas públicas en interés propio. Lo que hay que recordar cuando se analiza la estrategia empleada por Pericles para alcanzar el liderazgo es que siempre mantuvo la compostura, siempre se mostró ecuánime con los demás y siempre actuó con rectitud en el servicio público, resistiéndose a la tentación de servirse de la corrupción para lograr alguna ventaja que le ganase el respaldo del pueblo.

El último aspecto digno de ser reseñado aquí y que concierne a esa preparación especial de diseño propio gracias a la cual Pericles se convirtió en un líder ateniense es que cumplió con el requisito social de hacer un «buen matrimonio» o, lo que es lo mismo, se casó con una mujer de su mismo nivel socioeconómico. De hecho, la familia de su mujer estaba emparentada con la suya. La información que conservamos acerca de ella y de su historia matrimonial es confusa e incierta. Debieron de casarse a mediados o finales de la década de los 60, a juzgar por las fechas de nacimiento —en torno a los años 460 y 457— de sus dos hijos: Jantipo, que tomó el nombre de su abuelo paterno (lo habitual en el caso del primogénito), y Páralo, el menor, quien compartía su nombre con un héroe legendario al que la armada tenía por modelo. Por desgracia, ninguna fuente

recoge el nombre de la esposa de Pericles ni su edad: debía de ser, como mucho, veinte años menor que él. Plutarco afirma también (*Pericles* 24) que antes había estado casada con Hipónico, hijo de Elpinice —la hermana de Cimón— y de Calias, miembro de una de las familias más ricas de Atenas. Los especialistas modernos coinciden en que la cronología de la historia matrimonial de Pericles recogida por Plutarco es errónea y concluyen que, en realidad, su esposa se casó primero con él y luego con Hipónico.

Como solía ocurrir en las parejas de la aristocracia ateniense, en los dos matrimonios de ella intervinieron tanto el dinero como la política. A Pericles y a su esposa no los unió el amor. Probablemente no pasaron ni diez años antes de que se divorciaran, porque según Plutarco (*Pericles* 24) «la convivencia entre ellos no era agradable». Ese matrimonio sin amor hace suponer que su principal objetivo era conservar el patrimonio de ambas familias dentro de un clan tan numeroso como el suyo —un objetivo, por cierto, muy importante entre la aristocracia de la Grecia antigua—. En el proceso de divorcio la esposa de Pericles se avino a casarse con Hipónico. El hijo de ambos, Calias, se convirtió en el hombre más rico de Grecia gracias a los ingentes beneficios de la concesión estatal recibida por su familia para la explotación de las minas de plata del territorio ateniense. Más adelante su abuelo sería aliado político de Pericles, probablemente después de su divorcio de Elpinice, de quien —como veremos— Pericles recibió abundantes críticas y cuyo hermano Cimón fue su adversario político.

Cabe señalar que, después de divorciarse, Pericles no se volvió a casar, aunque en la sociedad ateniense estaba mal visto permanecer mucho tiempo soltero. El hecho es que su vida amorosa no acabó ahí: en realidad, no empezó hasta entonces, si nos atenemos a la información unánime acerca de la apasionada relación que lo unió en los años 40 a Aspasia, una famosa mujer extranjera. La polémica suscitada por su romance ocupará más adelante una parte importante de nuestro relato.

En torno a los años 60 Pericles estaba preparado para la carrera política: había prestado con entusiasmo el servicio militar; se había relacionado de cerca con los brillantes —y polémicos— sofistas para forjar un estilo oratorio poderoso, convincente e idiosincrático; había adoptado un modelo de conducta en público y en privado que esquivara los escándalos y las acusaciones de deshonestidad financiera; y se había casado convenientemente. A mediados o finales de esa década, antes de cumplir treinta años, su juventud aún le impedía acceder al cargo civil más ilustre, el de «general» (*strategos*): uno de los diez hombres elegidos anualmente para formar parte del consejo encargado de aplicar las medidas militares y civiles acordadas por la asamblea democrática ateniense y de ejercer el liderazgo político como consejeros de la misma. Mientras tanto Pericles se dedicó a asistir y —si se animaba— a participar en los acalorados debates políticos y en los hechos decisivos de unos años que se iban a presentar llenos de peligros y desafíos para Atenas. Estaba en camino de convertirse en el primer ciudadano de Atenas: un camino hacia la cima nada fácil.

Los acontecimientos de esa década afectaron hondamente a la posición internacional y a la política interna de Atenas. Por desgracia, las fuentes no dicen si Pericles desempeñó un papel directo en unos episodios tan trascendentales. En torno al año 468 el río

Eurimedonte, en el sudoeste de Anatolia, fue escenario de una devastadora batalla terrestre y marítima entre los aliados de la Liga Délica y los persas. Cimón, al mando de la flota de la Liga, se enteró a través de sus espías de que los persas estaban reuniendo un inmenso ejército para dirigirse por mar y por tierra al oeste, desde el Mediterráneo oriental hacia Jonia, las islas del Egeo y el continente griego. La expedición respondía al proyecto del Gran Rey —que en aquellas fechas seguía siendo Jerjes— de atacar a las colonias griegas occidentales. El novedoso plan que ideó Cimón incluía un ataque preventivo que impidiera otra invasión persa a gran escala. Cimón equipó la cubierta de doscientos trirremes con un entarimado capaz de transportar más infantería pesada de la que servirse para abordar los barcos enemigos después de embestirlos con los arietes y de facilitar el desembarco para la batalla terrestre. Primero dirigió sus naves contra la ciudad griega de Fasélide, aliada del Gran Rey, que se negó a participar en la expedición de la Liga Délica. No obstante, el contingente de la Liga procedente de Quíos aprovechó las buenas relaciones que su ciudad estado mantenía con Fasélide para convencer a sus ciudadanos de que se unieran a ellos. Como contribución a ese esfuerzo bélico, Cimón tuvo que entregarles diez talentos (el equivalente al salario de 60.000 días).

Aunque la flota de los persas superaba en número a la de la Liga, no logró derrotar a los griegos y sus barcos se batieron en retirada en busca de la protección de su infantería: una decisión que tuvo consecuencias desastrosas. Ese mismo día, las fuerzas lideradas por Atenas machacaron a los persas, destrozando y capturando doscientos trirremes (el flanco más eficaz de la armada del Gran Rey) y desplegando a sus hoplitas para perseguir a la infantería persa después de una sangrienta derrota que se cobró muchas vidas por ambas partes. Cuando los griegos tomaron por fin el campamento persa, se encontraron con un espléndido botín.

Informado por los espías de que habían zarpado otras 80 naves fenicias, Cimón lanzó sus naves en un ataque relámpago contra los barcos enemigos sin darles tiempo siquiera a saber lo que estaba sucediendo. La armada de la Liga, mandada por Cimón, hizo pedazos la mayoría de los trirremes enemigos y aniquiló a la tripulación. Los persas perdieron en total cerca de sus trescientas naves mejores y unos 60.000 miembros de sus expertas tripulaciones murieron o fueron capturados; también sus tropas de infantería sufrieron importantes pérdidas humanas. A los atenienses les tocó una parte tan considerable del botín que financiaron con él el muro sur de la acrópolis. La batalla del Eurimedonte significó un importante impulso para la carrera y el protagonismo de Cimón.

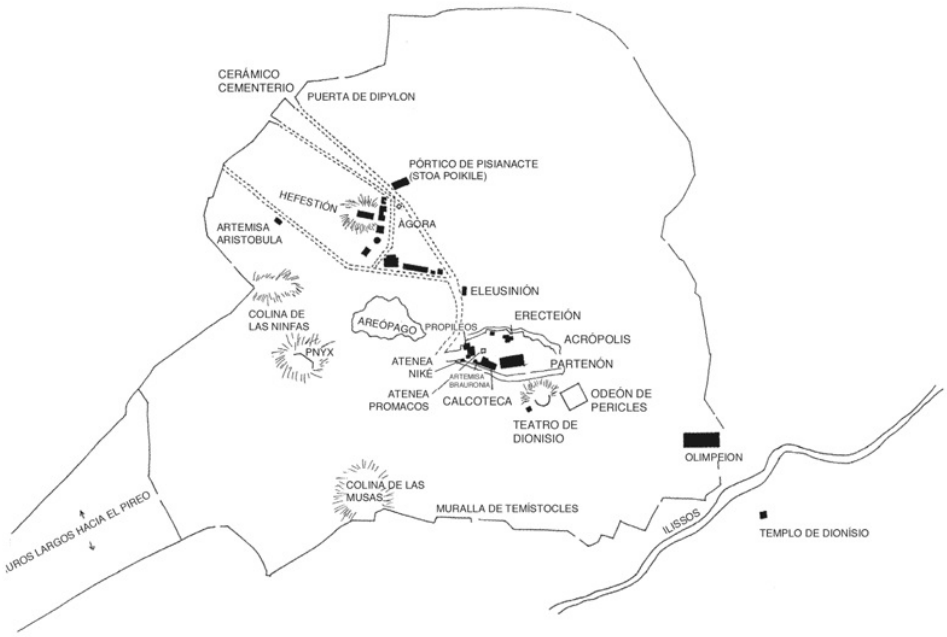
Lo más importante de la victoria fue que las dimensiones de la derrota del rey persa trajeron consigo un pacto de no agresión con la Liga Délica. Este acuerdo escasamente documentado que se ha dado en llamar «la paz de Calias» ha sido motivo de incesantes discrepancias entre los especialistas. El hecho de que Tucídides no lo mencione ha llevado a algunos a dudar de su existencia. Otros lo fechan en el año 449, después de los cruciales acontecimientos sucedidos en la década de los 50 que describiremos a continuación. También hay quien sugiere que la paz de Calias tuvo lugar después de la batalla del Eurimedonte y se renovó transcurridos casi veinte años. Los términos del

tratado que conservamos exigían que el ejército persa quedara confinado en la zona del Mediterráneo oriental para proteger a Grecia de una amenaza de invasión.

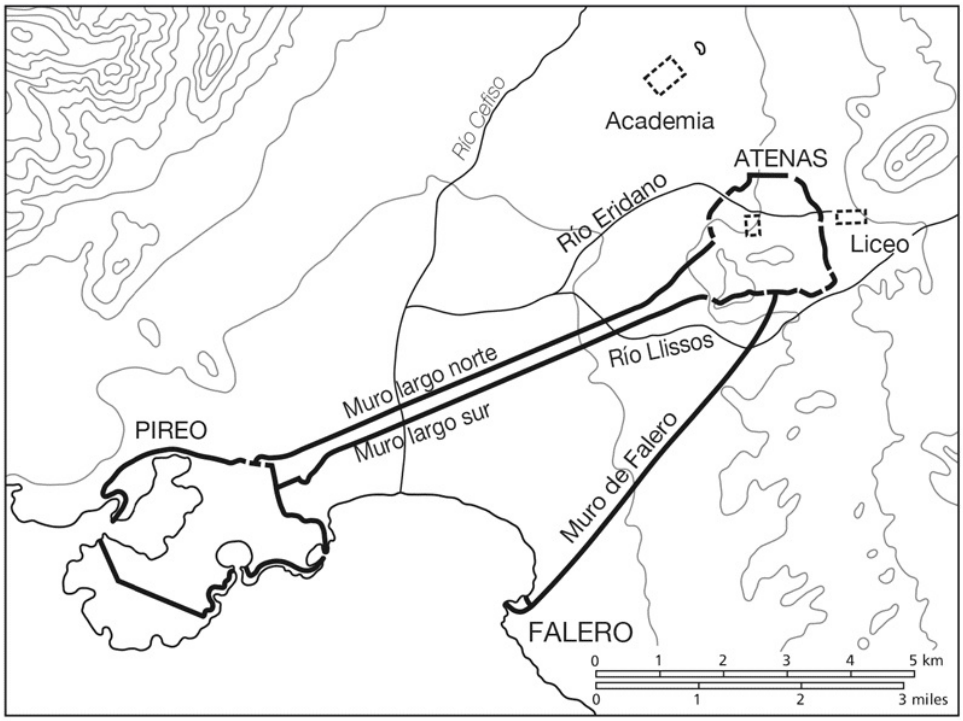
Si efectivamente la paz de Calias tuvo lugar en ese momento, es muy probable que contribuyera al creciente descontento de algunos miembros aliados de la Liga que, molestos por lo que consideraban un liderazgo tiránico de los atenienses y una vez neutralizada la amenaza persa, decidieron suspender el pago de sus cuotas; y esa decisión desencadenó la crisis. Tucídides (I, 99) afirma que el motivo principal del conflicto entre Atenas y los miembros descontentos de la Liga Délica fue el cese de la contribución de estos últimos en dinero, barcos o tripulación. Los atenienses se mostraron inflexibles y exigieron el cumplimiento de unas obligaciones contraídas bajo juramento. Cuando muchos aliados a los que les resultaba más fácil sustituir su contribución en barcos y tripulación por el equivalente en dinero también se negaron a pagar, los atenienses se consideraron con fuerza suficiente para obligarles a ello, dado que ese dinero se había empleado en ampliar la armada conjunta. En otras palabras: aunque oficialmente los acuerdos constituyentes de la Liga no habían variado en nada, Atenas contaba con el poder de quien gobierna un imperio.

El descontento estalló en torno al año 465, cuando la próspera ciudad estado de la isla de Tasos, en el norte del Egeo, se rebeló contra la alianza. Tucídides (1.100) atribuye su deserción a una disputa motivada por el comercio colonial de los tasios en el continente y las minas de oro que poseían allí. La intensidad del conflicto fue en aumento cuando 10.000 colonos enviados por los atenienses ocuparon el territorio cercano que rodeaba el río Estrimón. Tras derrotar a la flota tasia, las fuerzas de la Liga procedieron a sitiar la ciudad: una agresión en la que los tasios no pudieron sino ver una conducta tiránica de la Liga Délica dirigida por Atenas. Probablemente se preguntarían si los atenienses habían cambiado de opinión desde aquel año 480 en que desafiaron al Gran Rey comunicando a su emisario que su amor a la libertad y su respeto a la identidad cultural compartida con los demás griegos les impedían aceptar su oferta de apoyo para hacerse con el control de otras regiones de Grecia. También debieron de preguntarse si (tal y como afirma la famosa máxima de Acton) el poder había corrompido a los atenienses. Temas como estos forman el núcleo de cualquier análisis sobre la naturaleza y las consecuencias de lo que se ha llamado el imperio ateniense.

La población de Tasos, oponiéndose a lo que consideraba una clara injusticia que atribuía a Atenas, envió una delegación a Esparta con la misión secreta de pedir al Peloponeso la invasión del territorio ateniense. Los tasios confiaban en que el ataque distrajera a Atenas hasta el punto de que los sitiadores se vieran obligados a regresar a casa para contrarrestar la amenaza de los peloponesios. Los espartanos accedieron a lanzar un ataque (no provocado) contra los atenienses, pese al acuerdo entre ambos al margen de la Liga Délica. Estaban preparándose para poner en marcha la expedición cuando una serie de acontecimientos inesperados dieron al traste con sus planes de traicionar a sus socios griegos. Las consecuencias igualmente inesperadas de esos acontecimientos iban a cambiar para siempre no solo la relación entre Atenas y Esparta, sino el papel de Pericles entre los líderes de la democracia ateniense.



Mapa 4. Atenas a finales del siglo V a.C.
Propiedad de Cambridge University Press



Mapa 5. Atenas, El Pireo y Los Muros Largos
Propiedad de Cambridge University Press

7.
Pericles se convierte en líder y Atenas y esparta en enemigas

EN TORNO AL AÑO 464, NO MUCHO DESPUÉS de la llegada de los emisarios tasios con la misión de convencer a los espartanos del ataque contra Atenas, un devastador terremoto asoló Esparta. El movimiento sísmico derribó casi todos los edificios de la ciudad, que se desplomaron sobre miles de personas. Los ilotas, la inmensa población esclava del sur del Peloponeso sometida al férreo control de los espartanos, aprovecharon la ocasión para rebelarse y lo hicieron con mucha violencia. A ellos se unieron algunos griegos de Laconia (el territorio de Esparta) conocidos como *perioikoi* (periecos o «habitantes de la periferia»), que vivían bajo el dominio espartano sin llegar a tener la condición de esclavos. Los rebeldes masacraron a sus opresores en medio de las ruinas de Esparta antes de establecerse en un asentamiento fortificado en el monte Ítome, en la región oeste de Mesenia. Los espartanos, obligados a pelear por su supervivencia, incumplieron la promesa hecha a los tasios de invadir el territorio ateniense.

Fue así como los habitantes de la isla se encontraron librados a su suerte dentro de la ciudad sitiada. En torno a 462 (la cronología de todos los acontecimientos de finales de los 60 que se recogen aquí es incierta), los ciudadanos de Tasos tuvieron que rendirse a sus atacantes, mandados por Atenas. Los vencidos recibieron un trato severo: los obligaron a entregar a la Liga Délica su flota, sus minas y su territorio, y a derribar sus murallas. Pese a verse privados de los beneficios procedentes de sus minas y de sus enclaves comerciales, se les impuso una cuantiosa sanción y la reanudación del pago de sus cuotas a la alianza. Cuando se analiza el destino de Tasos, no hay más remedio que reconocer que los atenienses no actuaron solos, sino en connivencia con otros miembros de la Liga; y que los deberes impuestos a los rebeldes tasios eran tan oportunos como necesarios dado su juramento sagrado de no abandonar nunca la alianza. De ahí que los ciudadanos de Atenas, en su condición de líderes de la Liga Délica, creyeran justificada la aplicación estricta de la ley.

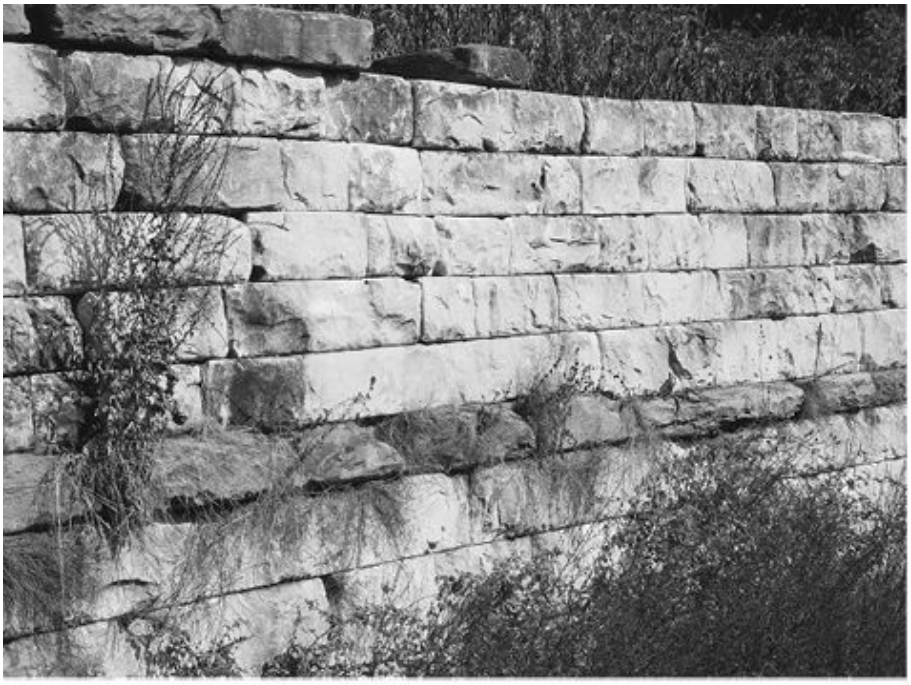


Figura 14. Restos conservados de la muralla de Tasos. Gianni Dagli Orti / The Art Archive at Art Resource, NY.

No por eso deja de ser probable que en la rebelión de Tasos interviniera también la rivalidad entre tasios y atenienses generada por la obtención de riquezas y recursos. La confiscación de las minas de metales preciosos de Tasos, de su explotación y del comercio internacional relacionado con los abundantes recursos minerales de Tracia se convirtió en la base económica de la creciente prosperidad de Atenas en las décadas centrales del siglo V. Fue precisamente entonces cuando se detuvo la prolífica acuñación de moneda tracia, al tiempo que se disparaba la producción de moneda ateniense. En la antigüedad las monedas se fabricaban con metales valiosos —generalmente plata—, por lo que no se podían acuñar sin el respaldo de un capital real: no existía dinero fiduciario cuyo valor no dependiera del material contenido en las monedas ni se basara únicamente en la autoridad del gobierno para obligar a aceptarlas en pago, como ocurre hoy en día. Así pues, contempladas desde una perspectiva moderna, las ventajas económicas que se derivaron para Atenas del castigo infligido a los tasios pueden considerarse un índice de su creciente imperialismo.

Pese al éxito de la misión contra Tasos con Cimón a la cabeza como general supremo de la Liga, lo ocurrido a su regreso es una buena muestra del encarnizamiento que había adquirido en Atenas la rivalidad política. En 463 se acusó a Cimón de haberse dejado sobornar por el rey de Macedonia mientras estaba destinado en el norte a cambio de no emprender una campaña contra el continente de la que podrían haberse beneficiado los atenienses gracias a la obtención de un territorio capaz de proporcionarles recursos naturales. Entre quienes lo acusaron se encontraba Pericles. Hasta donde podemos saber, fue su primera aparición en el escenario principal de la política ateniense.

No podía existir un proceso legal más notorio que aquel, en el que se hallaban implicados tantos pesos pesados de la sociedad y la política. Lo que llevó a su

conclusión sigue siendo un misterio. En algún momento, Elpinice, la hermana de Cimón, se dirigió a casa de Pericles para intentar convencerlo de que se mostrara indulgente con su hermano. «Vieja estás, Elpinice, vieja estás para salir adelante con tales asuntos» (Plutarco, *Cimón* 14; *Pericles* 10), le contestó Pericles esbozando una sonrisa a aquella mujer diez o doce años mayor que él. ¿Insinuaba quizá Pericles que Elpinice, célebre por su férrea voluntad y su lengua fácil, intentaba seducirlo a cambio de una alianza política con su hermano ventajosa para los dos? No sabemos lo que ocurrió a continuación entre ambos, si es que ocurrió algo. Pero sí sabemos que en el juicio Cimón se defendió de la acusación de haber cedido a la codicia y olvidado sus obligaciones públicas con el argumento de que jamás podría haber hecho algo así, dado que lo que guiaba su vida era la austera sencillez que caracterizaba a los espartanos. Había invertido las riquezas obtenidas de los botines de guerra —insistió— en beneficio de toda la ciudad estado. No consta que Pericles interviniera más de una vez a lo largo del proceso, y lo hizo sin vehemencia, tratando al acusado con *praotes*. Cimón quedó absuelto.

La frustrante escasez de información que ofrecen las fuentes en relación con este incidente impide descubrir los motivos de Pericles. ¿Es posible que, simplemente, cambiara de opinión respecto al ataque contra Cimón —¿o habría que decir quizá que perdió el coraje?— bajo la fuerte presión de un proceso tan arriesgado como aquel simultáneo a su primer intento de ganar una importante batalla política? ¿O fue su habitual precaución lo que le hizo retroceder? ¿O quizá la mediación de Elpinice lo convenció de una alianza política con Cimón? ¿Pensó tal vez que era el momento de ignorar la enemistad entre las dos familias para que Atenas saliera reforzada en un momento en el que los asuntos internacionales se volvían cada vez más peligrosos?

Esta última explicación parece verosímil: la falta de agresividad de su discurso en el juicio tenía como objetivo acudir en ayuda de Cimón, porque Pericles había comprendido que en ese momento Atenas necesitaba el inigualable liderazgo militar de su rival. Los diez mil colonos atenienses enviados a la región del río Estrimón acababan de ser aniquilados por los tracios, lo que significó un duro golpe demográfico y económico para Atenas. Cimón era el mejor general de la ciudad estado. Si había alguien capaz de dirigir una expedición que reparase el desastre de Tracia —debió de pensar Pericles— era él. De hecho, Plutarco comenta que, una vez absuelto, Cimón fue elegido para ponerse al mando de otra expedición naval. Aunque no se sabe qué destino se le asignó, es probable que esa misión militar constituyera la respuesta a la reciente catástrofe ocurrida en el norte.

Muy pronto los acontecimientos que se produjeron en Esparta extinguieron cualquier posibilidad de reconciliación sincera entre Pericles y Cimón. En el sudoeste del Peloponeso seguía coleando la revuelta ilota. Desesperados, los espartanos, que sabían que el ejército de Atenas contaba con el equipamiento necesario para asaltar la fortaleza rebelde del monte Ítome, pidieron su apoyo militar. Cuando los embajadores se presentaron allí con su petición, los atenienses ignoraban que los espartanos habían respondido a la demanda de los tasios planeando en secreto la invasión del territorio que pertenecía a los mismos griegos cuya ayuda solicitaban ahora. La propuesta de los

espartanos desencadenó un violento debate en la asamblea ateniense. La oposición más ruidosa al envío de tropas provino de Efialtes, un líder consolidado cuya importancia política superaba por entonces a la de Pericles, a quien los estándares atenienses aún consideraban demasiado joven para tomar la palabra en la asamblea y ante los tribunales. Efialtes se opuso con vehemencia a prestar ayuda a la ciudad estado rival, cuya arrogante superioridad —dijo— debían dejar pisotear. La impactante conclusión del siempre pro-espartano Cimón, que ya había regresado, se hizo célebre: pidió a los atenienses que no permitieran que Grecia quedara coja ni su propia ciudad estado sin compañera de yugo. Su dramático argumento convenció a sus conciudadanos del envío a Esparta de 4.000 hoplitas bajo su mando.

La cronología y los detalles de este episodio son confusos, pero no ocurre lo mismo con el resultado final. Después de la llegada de los atenienses y del tiempo que los espartanos pasaron con ellos, a los «huéspedes» les empezó a inquietar que sus «invitados» fueran peligrosos: los espartanos temían que el compromiso de los atenienses con la libertad y la democracia pudiera animarlos a conceder su apoyo a los ilotas que, al fin y al cabo, eran esclavos griegos que vivían en su propia región, y no presos extranjeros traídos de fuera. Así que decidieron comunicar a los soldados atenienses que ya no los necesitaban y que se volvieran a su casa. Atónitos y furiosos por un despido tan humillante, estos regresaron a Atenas, probablemente acompañados de los restos de sus compañeros muertos en el intento de atacar el monte Ítome. Cimón cayó en desgracia y una gran mayoría de ciudadanos se sintió ultrajada. La alianza entre Atenas y Esparta que se remontaba a la época de las guerras médicas llegó prácticamente a un punto de ruptura oficial. Las consecuencias de aquella tensión influyeron a partir de entonces en las relaciones internacionales griegas y se prolongarían a lo largo de la carrera política de Pericles.

Por otra parte, los acontecimientos de la rebelión ilota originaron una fractura que nunca llegaría a soldarse entre los líderes atenienses a favor de la colaboración con Esparta y los que rechazaban tajantemente una idea tan ingenua por considerarla simple y llanamente una sumisión vergonzosa a un rival arrogante e indigno de confianza. Este desacuerdo afectó a su vez a la política interna ateniense. Apoyado por Pericles, Efialtes convenció a la asamblea de modificar la atribución de poder al gobierno de Atenas reduciendo drásticamente las competencias políticas y judiciales del areópago formado por los ex-arcontes (miembros durante un año de un consejo formado por nueve hombres), cuyos cargos eran vitalicios. Los poderes del areópago, a excepción del de juzgar casos como el de homicidio, se trasladaron al consejo de los quinientos, elegidos anualmente al azar entre el conjunto de ciudadanos varones por encima de los treinta años; a los jurados que se contaban por cientos o miles y eran seleccionados por sorteo de entre el mismo grupo para ejercer su función durante un año; y a la asamblea en su conjunto, formada por una media de 6.000 hombres.

La función más relevante de la que quedó privado el areópago fue el preceptivo control anual de la conducta y las cuentas de los funcionarios superiores que habían ocupado cargos de gobierno durante el último año transcurrido. Trasladar ese procedimiento de

supervisión a un número mayor de ciudadanos elegidos al azar que se sentaban en los tribunales significaba que los ex–funcionarios que disfrutaban de cargos permanentes dejaban de decidir la culpabilidad o la inocencia de sus colegas en el servicio público. Esta reforma hizo más igualitaria la democracia ateniense y la dejó menos expuesta a la corrupción. De este modo, la rendición de cuentas del gobierno se encontraba férreamente sujeta al control de una mayoría que no formaba parte de la aristocracia.

Las fuentes antiguas se muestran unánimes al afirmar que Pericles dio un impulso decisivo a la radicalización del gobierno democrático de Atenas cuando convenció a la asamblea de la aprobación de un subsidio diario destinado a los jurados. El importe de ese «pago por servicios de jurado» —como se suele llamar— era inferior a la cantidad que podía reportar un buen día de trabajo, pero bastaba para comprar víveres con que sostener a la familia. Puesto que los jurados se reunían entre 150 y 200 días al año, la financiación pública permitía a un número mucho mayor de trabajadores dedicar su tiempo a servir en los tribunales y, por lo tanto, participar en la aplicación de las leyes aprobadas por la asamblea a cada caso concreto. En los juicios de la Atenas de Pericles no había jueces que dictaran resoluciones judiciales, ni fiscales, ni abogados profesionales, ni una autoridad suprema que dijera a los jurados cómo podían o no aplicar las leyes. En los juicios que duraban un solo día los jurados escuchaban a los oradores de ambas partes y pronunciaban un veredicto acordado por mayoría. No existían tribunales de apelación ni un tribunal supremo con jueces permanentes encargados de revisar las sentencias o interpretar el sentido de la ley. Tampoco existía un reglamento no escrito que limitara la toma de decisiones del jurado o la elaboración de leyes por parte de la asamblea. Según las famosas palabras de Solón citadas por Plutarco (*Solón* 18), los jurados de Atenas «tenían las leyes bajo su potestad».

Así pues, la plena responsabilidad de aplicar las leyes recaía sobre los jurados, cuyos miembros eran elegidos mediante un complejo proceso que incluía el sorteo entre un conjunto de ciudadanos varones (quienes, a su vez, escuchaban en sus casas lo que opinaban las mujeres sobre los contenciosos diarios, según comentan las fuentes contemporáneas). Dado que el número de miembros del jurado —6.000— que componían cada año la quiniela era suficiente para obtener una muestra de población significativa, tanto el sistema judicial como la asamblea legislativa y sus miles de participantes reflejaban la voluntad mayoritaria. La voluntad sin restricciones de la mayoría representaba, en definitiva, el principio fundacional de la democracia radical que imperó en Atenas a mediados del siglo v.

La institución de subsidios diarios pagados con fondos públicos y destinados a los jurados fue la primera medida promovida por Pericles que llevó a sus rivales a sugerir maliciosamente que se estaba gastando el dinero del pueblo para ganarse su favor, ya que no era tan rico como Cimón. Pericles no podía permitirse invertir su patrimonio en beneficio de la ciudad estado como hacía su rival millonario, que repartía ropa, comida y dinero entre los ciudadanos más pobres, sufragaba jardines frondosos y senderos protegidos del sol, y construía pistas de carreras y gimnasios abiertos al público. El hecho de que el gasto de los recursos económicos públicos auspiciado por Pericles

trajera a la memoria lo que había hecho Pisístrato en el siglo VI para reforzar su régimen alentó las críticas de quienes lo acusaban de empezar a ejercer un grado de poder político que equivalía a una tiranía: una acusación en la que los comediógrafos atenienses no dejaron de insistir en años posteriores. Esas críticas contenían además una dimensión moral recogida en las palabras escritas por Platón en el siglo IV cuando cita la acusación lanzada por Sócrates contra el sistema de pagos públicos de Pericles, que había hecho de los atenienses «gente perezosa, avariciosa y chismosa» (*Gorgias* 515e). En la *Constitución de los atenienses*, Aristóteles, desde una perspectiva a posteriori, atribuye el conflicto del siglo V ateniense generado por los asuntos económicos a la negativa de los ciudadanos más ricos a satisfacer las demandas de los más pobres, quienes exigían de los primeros su contribución al bienestar del pueblo subvencionando los servicios y las obras públicas, e incrementando el reparto de fondos públicos para la asistencia a los festivales religiosos.

Por otra parte, la *Constitución* a la que alude Plutarco en su biografía ofrecía la tesis de que Pericles, pese a su linaje aristocrático y sus considerables bienes, apoyaba las demandas de la mayoría de invertir dinero público en la mejora de su propio bienestar. Quienes lo criticaban decían que los motivos de su política eran los mismos que los de Clístenes en el siglo VI: ganarse el apoyo del pueblo en las elecciones a los cargos de gobierno de la democracia ateniense. Con esta estrategia, afirmaban con desprecio, Pericles intentaba alcanzar un estatus político frente a rivales plutócratas como Cimón, con cuya fortuna personal no podía competir. Otros tenían una impresión más favorable de las reformas legales aprobadas por los atenienses a instancias de Pericles: desde un lugar tan lejano como Italia, los romanos, inmersos en los violentos conflictos de su naciente república entre la mayoría más desfavorecida y las clases superiores, enviaron a finales de los 50 una delegación a Atenas con la misión de estudiar sus leyes y volver a casa provistos de ideas para mejorar su propio sistema legal (Livio, *Historia de Roma desde su fundación* 3.31).

La rivalidad entre Pericles y Cimón por la supremacía política alcanzó su punto culminante con el vehemente rechazo de este último a las reformas apoyadas por Pericles y Efialtes para limitar los poderes del areópago. Sus adversarios políticos lo atacaron por oponerse a la voluntad de la mayoría e hicieron hincapié en sus firmes sentimientos proespartanos, un tema particularmente espinoso después del humillante despido de los hoplitas atenienses durante la revuelta ilota. Los versos satíricos que más adelante dedicó el poeta Eupolis a Cimón revelan el tono hiriente del debate: «Y de vez en cuando dormía en Esparta, dejaba aquí a su Elpinice sola» (Plutarco, *Cimón* 15). La tendencia del sentimiento político se volvió tan en contra del héroe de la victoria de la Liga Délica sobre los persas en el río Eurimedonte que en el año 461 sus conciudadanos lo condenaron al ostracismo. El envío a un exilio de diez años del principal general ateniense fue una decisión escandalosa, pero para Efialtes y Pericles supuso un triunfo político, ya que eliminaba la influencia que un rival tan poderoso podía ejercer sobre el pueblo.

El ostracismo de Cimón solo era uno de los síntomas del recalcitrante conflicto entre los seguidores y los opositores de la democracia radical ateniense. Aún más grave fue el asesinato de Efialtes, uno de los mayores misterios de la historia política de Atenas. La información que nos ofrece Plutarco es variada (*Pericles* 10). Según él, fueron los defensores de la oligarquía quienes tramaron el complot contra Efialtes, un líder tan firmemente demócrata que había generado una fuerte hostilidad al procesar a varios personajes ilustres mientras impulsaba la reforma de la autoridad del areópago. Plutarco añade que Aristóteles atribuye el crimen a un sicario extranjero de Tanagra, en Beocia, una región que no mantenía buenas relaciones con Atenas. Y, por último, menciona también a Idomeneo quien, un siglo y medio después de la muerte de Efialtes, culpaba del asesinato a un Pericles envidiosos de un hombre mayor que él cuya fama superaba a la suya.

La acusación de un asesinato a sangre fría motivado por la ambición cobra especial importancia a la hora de evaluar el liderazgo y la persona de Pericles. El hecho de que la obra de Idomeneo no se haya conservado impide analizar los detalles de la información que contiene. Por desgracia, solo se puede decir que, en principio, Idomeneo es el único autor que recoge esa acusación; y que Plutarco, que había leído todo lo que se podía leer acerca de Pericles, la rechaza tajantemente. A mi juicio, si esa acusación no hubiese sido una calumnia muy posterior a los hechos, las fuentes —y entre otros los poetas cómicos del siglo v— la habrían recogido. Al no ser así, coincido con la negativa de Plutarco a creer que Pericles acabó con la vida de su aliado político. Lo cierto es que cuesta imaginar qué ventaja podía esperar de eliminar a Efialtes. Siendo como era un joven político «en ciernes», es más probable que un hombre tan cauto como él hubiera salido más beneficiado de seguir contando con el apoyo prestado por Efialtes a sus ambiciones que de eliminarlo arriesgándose a ser juzgado por un delito capital.

En cualquier caso, de lo que no cabe duda es de la potencia del veneno que emponzoñaba la política ateniense, ha quedado plasmado incluso en el teatro. Esquilo, el autor trágico más famoso, compuso una trilogía ambientada en un pasado tan lejano como el final de la guerra de Troya, pero cuyos temas principales abordaban la situación de la Atenas contemporánea después de las reformas apoyadas por Efialtes y Pericles. *La Orestíada (La historia de Orestes*), representada en el año 458, reflejaba de un modo absolutamente explícito la cruel violencia que la envidia y la rivalidad eran capaces de generar entre parientes tan cercanos como marido y mujer o madre e hijo: solamente un sistema judicial público podía evitar un ciclo interminable de crímenes vengativos cuando los motivos personales se exacerbaban. La tercera tragedia llevaba a escena una dramatización de la creación del sistema judicial ateniense, atribuyendo su desarrollo al deseo de los dioses de impregnar de justicia un mundo humano extraviado en un laberinto de mortales venganzas. Los diálogos elogiaban el respeto a la ley y a la tradición sin pronunciarse claramente en la polémica en torno a las reformas del areópago y los tribunales. En 472 el joven Pericles, *choregos* de la obra *Los persas*, había trabajado con Esquilo y, sin duda, se contaba entre el público que acudió a ver *La Orestíada*. Es de suponer que la elocuente llamada de Esquilo a la paz política recogida

en una historia del pasado llegó a oídos de quienes peleaban entonces por la supremacía política en la ciudad estado.

Los mensajes de las tragedias representadas durante el festival de Dionisos suscitaron una fuerte reacción en el público ateniense, que comprendió que el estatus y el poder no evitaban que los protagonistas de las tramas fuesen víctimas de la catástrofe. Los reveses de la fortuna no se debían solamente a la perversa villanía de los personajes, sino a que estos, simples seres humanos falibles, podían verse fácilmente —cuando no voluntariamente— envueltos en una mezcla desastrosa de ignorancia y errores por un exceso de hibris. En un momento en el que el liderazgo ateniense de la Liga Délica se estaba haciendo cada vez más polémico el público más reflexivo quizá se plantease la posibilidad de que el poder y la prosperidad de que gozaba Atenas, en manos de seres humanos, sufriesen los mismos errores y el mismo orgullo exacerbado que acababan destruyendo a los héroes y heroínas de las tragedias. En concreto, aquellas obras recordaban a los ciudadanos varones —que gobernaban la ciudad estado a través de la asamblea, el consejo y los tribunales— que el éxito generaba complejos problemas morales que un hibris farisaico podía transformar en un desastre capaz de abatirse sobre toda la comunidad.

La Orestíada recogía los acontecimientos contemporáneos de la política exterior e interior haciendo hincapié en la alianza fraguada entre Atenas y Argos, una importante ciudad estado del nordeste del Peloponeso. Situada entre Corinto (al norte) y Esparta (al sur), Argos ocupaba una posición estratégica decisiva para el equilibrio de poder de la región y contaba con un número considerable de tropas de hoplitas que aportar a los frecuentes combates cuerpo a cuerpo de las campañas griegas. Tras la humillación sufrida durante la rebelión ilota por los hoplitas atenienses a quienes los espartanos enviaron de vuelta a casa, y una vez que la prolongada alianza entre ambos estados comenzó a disolverse, Atenas accedió a un acuerdo con Argos, que en aquel momento era enemiga de Esparta. Al mismo tiempo, los atenienses se aliaron con los tesalios, cuya poderosa caballería seguía siendo famosa. Estas nuevas alianzas reforzaron la capacidad de Atenas en la guerra terrestre, una condición indispensable en la lucha contra los espartanos. Aunque no ha quedado recogido el papel desempeñado por Pericles en estos episodios, cuesta creer que su postura no fuese la de apoyar los acuerdos destinados a acorralar a unos espartanos vilipendiados por una mayoría. Cuando algunos años después los espartanos firmaron con los ilotas y los periecos atrincherados en el monte Ítome una tregua que pusiera fin al estancamiento de los dos ejércitos enemigos, los atenienses reasentaron a los rebeldes supervivientes en Naupacto, al norte del golfo de Corinto y lejos del alcance de las represalias espartanas. Después de arrebatar ese territorio a sus propietarios, se sirvieron de él para dejar clara su actitud frente a los espartanos: los odiaban. Ya nadie podía seguir confiando en el futuro de una alianza entre Atenas y Esparta que había durado décadas. La guerra estaba en la mente de todos.

La preocupación de los atenienses por defenderse de sus enemigos espartanos llevó a la asamblea a aliarse también con Mégara, la ciudad estado que limitaba con Atenas por el oeste y con la que las relaciones solían ser inestables. Los atenienses ayudaron a los

megarenses a construir un par de murallas para proteger el corredor que comunicaba el centro urbano con su puerto oriental, garantizando el acceso al mar y los recursos de la ciudad estado en caso de un ataque terrestre. También instalaron una guarnición formada por sus propias tropas en el puerto occidental de Mégara, en el golfo de Corinto. El acuerdo enfureció a Corinto (situada al oeste de Mégara), que lo interpretó como una amenaza para su seguridad. De ahí «nació la primera enemistad entre los atenienses y corintios» (Tucídides I, 103).

Cuando a principios de los años 50 el odio había consolidado las malas relaciones entre Atenas y las dos ciudades estado más importantes del Peloponeso (Esparta y Corinto), los atenienses se obsesionaron con la guerra. Diez veces al año la asamblea celebraba debates programados para decidir entre la guerra y la paz. A partir de entonces sus tropas se pasaron una media de dos de cada tres años en el campo de batalla, que era casi siempre alguna zona de Grecia. Prueba fehaciente de ello es la inscripción fechada en esa época (Fornara, *Translated Documents* nº 78) en memoria de los atenienses muertos en los combates de la costa norte del Peloponeso, Egina (la isla situada al oeste de Atenas) y Mégara. El enemigo de Atenas (y de la Liga Délica) durante el conflicto de la década de los 50 que enfrentó a griegos contra griegos y que los especialistas denominan «primera guerra del Peloponeso» era una combinación de espartanos, corintos, epidaurios y sicionios. La realidad de que el odio formaba parte del orden del día se vio cruelmente confirmada cuando las tropas atenienses de la guarnición de Mégara utilizaron el método reservado a los traidores —la lapidación— para ejecutar a un grupo de soldados corintios extraviados y hechos prisioneros.

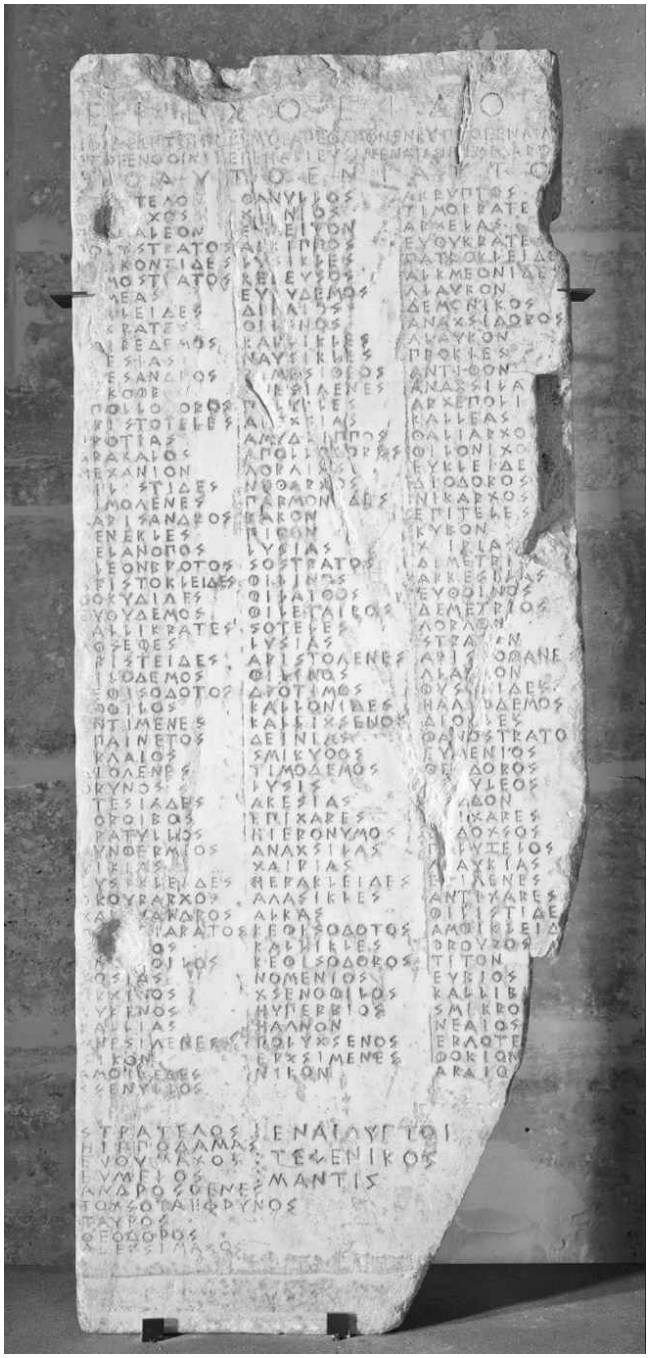


Figura 15. Inscripción ateniense con los nombres de los soldados caídos en combate. © RMN-Grand Palais / Art Resource, NY.

Pero no fue solo en Grecia donde Atenas y la Liga Délica invirtieron sangre y dinero en esa época. La misma inscripción recoge también las bajas atenienses en Chipre, Fenicia y Egipto. Las expediciones enviadas al extremo oriental del Mediterráneo quizá tuvieran por objeto demostrar a la Liga Délica la vitalidad del liderazgo de Atenas frente a los persas, pese a los problemas internos de la Liga y las inestables relaciones con Esparta y Corinto. La campaña contra Chipre, con sus 200 trirremes y unos 40.000 hombres, resultó larga y costosa. A continuación los barcos partieron de Chipre hacia el delta del río Nilo para atender la petición de ayuda del gobernante de Libia, Inaro,

deseoso de liberar a Egipto del dominio persa: una pretensión muy peligrosa para la Liga, dado que Persia no había dejado de ser una superpotencia. Los griegos empezaron ganando y conquistaron dos terceras partes de la capital egipcia. Este revés obligó al rey persa a enviar a Esparta a un representante, Megabazo, para instarles a atacar a los atenienses y financiar las operaciones militares de los peloponesios. Aunque el tiempo que pasó en Esparta fue más que suficiente para que los atenienses se enteraran de su misión, Megabazo acabó volviéndose a Persia molesto porque los espartanos estaban invirtiendo el dinero del Gran Rey en otras cosas (Tucídides I, 109). Por lo que respecta a los atenienses, el hecho de que los espartanos se hubieran planteado siquiera colaborar con Persia en contra de Atenas les pareció una vil traición que, además, volvía a confirmar la amenaza real que el imperio persa seguía significando para ellos y para la Liga Délica.

Es probable que esta secuencia ininterrumpida de guerras en distintos frentes tuviera lugar estando ausente de Atenas su general más cualificado, Cimón, quien al parecer continuaba en el exilio; lo cual no le impidió mostrarse dispuesto a regresar a la patria en lugar de trabajar para los persas a cambio de una recompensa. Cimón había conservado su popularidad utilizando su propio botín de guerra para financiar la construcción en su ciudad estado de unas murallas colosales que comunicaran Atenas con el Pireo y Falero, los principales puertos de la costa sudoccidental. Los llamados Muros Largos, al igual que las murallas que se acababan de construir en Mégara, garantizaban que, incluso en caso de un ataque espartano por tierra, Atenas pudiera seguir importando alimentos para abastecer a su población, exportando plata y productos para pagar las importaciones y enviando ayuda naval a sus aliados. El dinero de Cimón se invirtió también en la construcción y decoración de un importante edificio civil en el centro de la ciudad —hoy conocido como el «Pórtico pintado»—, que en un principio adoptó el nombre de su cuñado. Los muros de la estoa estaban adornados con pinturas donadas por artistas famosos en las que aparecían recogidas las consecuencias de la conquista griega de Troya; la victoria del héroe Teseo y de un ejército ateniense sobre las amazonas que, según la leyenda, habían atacado a Atenas; la derrota de los persas en Maratón, atribuida al liderazgo de Milcíades; y un combate entre atenienses y espartanos. Es probable que Cimón pagara también la construcción de un monumento conmemorativo de la batalla de Maratón en el santuario de Apolo de Delfos. Todas estas obras artísticas exhibidas en lugares destacados ponían un énfasis explícito en la gloria militar de Atenas e, implícitamente, manifestaban la eterna lealtad de Cimón hacia su patria.

En torno al año 457 Cimón hizo una demostración aún más personal de su amor patrio cuando los atenienses se enfrentaron a Esparta y a sus aliados en la batalla de Tanagra, en Beocia, donde los espartanos prestaban apoyo militar a sus aliados de Grecia central. Pese a alzarse con el triunfo, los peloponesios sufrieron una inmensa pérdida de hombres que afectó especialmente a Esparta, cuya población, que nunca había sido abundante, se estaba reduciendo. Por motivos difíciles de determinar que tal vez estuviesen relacionados con la regulación oficial de las relaciones sexuales, la procreación no conseguía mantener —y mucho menos aumentar— el número de ciudadanos. Esa

circunstancia debilitaba de año en año a los espartanos y les hacía estar cada vez más decididos a imponerse a sus fértiles enemigos atenienses.

Cimón se presentó en Tanagra con todas sus armas y dispuesto a unirse a sus conciudadanos en el frente de batalla. Cuando el consejo ateniense de los quinientos se enteró de su llegada, ordenó a sus generales que le prohibieran participar en el combate: eran muchos los atenienses temerosos de que se hubiera convertido en un agente doble preparado para sembrar la confusión entre sus filas antes de dirigir un ataque espartano contra la ciudad. Esa sospecha ponía de manifiesto la grieta insalvable que existía en Atenas entre una mayoría de ciudadanos defensores de la democracia radical y —cuando menos— algunos de los atenienses más ricos; y es probable que fuera suscitada por el recuerdo de la conspiración abortada por Arístides en tiempos de la batalla de Platea. Entre los antidemócratas se contaban los ricos propietarios cuyos terrenos se veían amenazados por las consecuencias estratégicas de los Muros Largos: en una guerra contra Esparta, las tropas atenienses se refugiarían detrás de aquellas murallas inexpugnables a la espera de una infantería espartana superior a ellas, dejando todas las propiedades que quedaban fuera de las murallas a merced de las llamas y el saqueo de los invasores: una estrategia que amenazaba con causarles graves pérdidas.

El caso es que la sospecha de una traición estaba bien fundada, porque algunos miembros de la aristocracia tramaban una conspiración para socavar la democracia, esta vez con el objetivo inmediato de evitar que se terminaran los Muros, y en secreto enviaron a Esparta a algunos mensajeros para pedir ayuda. Por fortuna para la mayoría de atenienses que defendía la democracia directa, la llegada de los enemigos de su ciudad no se produjo nunca. Lo cierto es que Cimón no formó parte de aquella conspiración traidora y, obedeciendo la orden de los quinientos, abandonó el campo de batalla de Tanagra. Al partir de allí, aconsejó a los amigos que conservaba en el ejército de Atenas poner fin a los rumores de deslealtad proespartana peleando con coraje. Ellos se tomaron su consejo como una orden y no quedó un solo hombre. Conmovidos por esa demostración de valor, los atenienses se arrepintieron de su hostilidad hacia Cimón y, una vez más, quisieron aprovechar sus dotes como general. Entonces Pericles dio un paso sorprendente: apoyó el decreto que traía de vuelta del exilio a su rival. Como en tantas ocasiones, las fuentes conservadas no colman nuestros deseos de conocer detalles decisivos: en este caso, la fecha del regreso de Cimón. No sabemos, por lo tanto, cuánto tiempo transcurrió desde la batalla de Tanagra, pero es probable que no volviera hasta finales de la década de los 50.

Se sabe que, dos meses después de Tanagra, los atenienses y sus aliados derrotaron en la batalla de Enofita (en Beocia) a los espartanos y a sus aliados. Acto seguido los vencedores derribaron la muralla que protegía Tanagra. Tras un éxito tan importante en contra de los intereses de Esparta, la isla de Egina se rindió a Atenas. Los castigos impuestos a los eginetas incluían el derribo de su muralla, la entrega de su flota y su incorporación a la Liga Délica. También se les obligó a efectuar el pago más cuantioso asignado en aquella época a cualquier otro miembro aliado. Pese a que los eginetas fueron los primeros griegos que combatieron con eficacia a los persas en las guerras

médicas, se les obligó a unirse a la Liga. Esta coacción apunta a un nuevo alejamiento de los principios democráticos de la alianza liderada por los atenienses, aunque esta vez quizá estuviera justificada por la urgencia —mayor que nunca— de mantener una sólida defensa frente a los persas en un momento en el que también los espartanos se mostraban abiertamente hostiles. Así lo evidencia el lustre que adquirió la reputación del general ateniense Tólmides cuando acto seguido dirigió una expedición naval que circunnavegó el Peloponeso para saquear algunas localidades costeras y ordenar incursiones terrestres de los hoplitas trasladados en las cubiertas de sus trirremes.

Muy pronto las necesidades militares de la Liga Délica se volvieron angustiosamente apremiantes. Los refuerzos persas llegaron a Egipto para sitiar a los griegos que apoyaban in situ la rebelión de Inaro y en torno al año 454, después de unos seis años de combates en el extranjero, las tropas de la Liga fueron derrotadas; de hecho, quedaron destrozadas. Un número considerable de hombres perdió la vida. La Liga envió entonces una expedición de apoyo con otros 50 trirremes, la mayoría de los cuales acabaron hechos pedazos. La pérdida de vidas y de naves de guerra fue inmensa. Las tripulaciones de 250 trirremes sumaban unos 50.000 hombres, casi la mitad del contingente humano de la Liga Délica. Según algunos historiadores modernos, un número importante de barcos y hombres abandonó Egipto antes de la catástrofe. De otro modo, dicen, la Liga nunca hubiera podido recuperarse de unas pérdidas tan cuantiosas. Si hacemos caso a Tucídides (I, 110), que afirma que tan solo huyeron unos pocos hombres de la expedición original y una parte minoritaria de las tropas de apoyo, el resultado de la expedición en Egipto de los años 50 parece evidente: la Liga Délica recibió un puñetazo en la cara y los persas consolidaron el control de un territorio tan rico y estratégico como Egipto.

La gravedad de la situación se deduce claramente de la decisión que tomó la Liga en el año 454/3: el traslado del tesoro guardado en la isla egea de Delos a la acrópolis de Atenas. La nueva ubicación, en el centro mismo de la ciudad que encabezaba la alianza, dejaría el dinero menos expuesto a un ataque naval persa y custodiado por una divinidad que esta vez no era Apolo, sino Atenea. En su santuario se erigieron una serie de columnas de piedra colosales cuyas inscripciones recordaban la sexagésima parte de la ofrenda anual entregada a Atenea a cambio de su protección. Cuando los daños no impiden leerlas, las llamadas «listas tributarias» nos permiten comprobar qué ciudades estado formaron parte cada año de la Liga Délica desde 454 y calcular cuánto pagaban anualmente.

El traslado del tesoro a Atenas se suele considerar el momento crítico que marca la transformación de la Liga Délica de una confederación en un imperio: fue entonces cuando los pagos efectuados por sus miembros empezaron a parecerse al *phoros* obligatorio impuesto por el rey persa a sus súbditos. Esta afirmación no se sostiene tan fácilmente. Carecemos de pruebas suficientes para determinar en qué medida el proceso de toma de decisiones de la Liga Délica había cambiado a lo largo de los veinticinco años anteriores. Algunos aliados debieron de apoyar ese paso: tras el desastre de Egipto, habría sido un error no considerar prudente trasladar los fondos colectivos a un puesto

fortificado más protegido. De hecho, según Plutarco (*Arístides* 25), la propuesta provino de los samios, que habitaban en los límites occidentales del imperio persa y eran conscientes del peligro que este representaba. No obstante, Plutarco dice también que la decisión fue motivo de controversia: otros aliados alegaron que se trataba de una modificación improcedente de los términos originales de la alianza. Así pues, parece que la polémica que rodeaba a la condición de miembros de la Liga surgida hacía tiempo no había hecho sino enconarse.

En este contexto, conviene destacar que en el relato que hace Tucídides de los cincuenta años que separan las guerras médicas de la (segunda) guerra del Peloponeso (I, 89-118) queda reflejada su opinión acerca del liderazgo de los atenienses: un liderazgo —según él— cada vez más dominante y autócrata, cuando no tiránico. La evidencia que respalda esa opinión se desprende quizá de una inscripción muy dañada que se puede fechar en la década de los 50 y cuya reconstrucción ha adquirido formas muy distintas (Fornara, *Translated Documents* nº 71). Aparentemente, el texto recoge los estrictos términos impuestos a la población de la ciudad jonia de Eritrea, que tal vez había intentado abandonar la Liga Délica. Una vez más, creo que hay que conceder un peso importante al relato de Tucídides y reconocer que los atenienses acabaron ejerciendo sobre sus aliados lo que en griego se conoce como *arché*, una palabra que —como hemos apuntado en el prólogo— se suele traducir por «gobierno»; pero, si se quiere entender la situación en su propio contexto, hay que señalar que ese término también admite traducciones como «estar a la cabeza de» o «ejercer el control sobre», distintas del significado de gobierno entendido como el dominio ejercido sobre unos súbditos. Esta diferencia queda corroborada por el lenguaje del gobierno democrático ateniense, en el que nueve funcionarios elegidos anualmente ostentaban el título de *archon,* el cual —si *arché* significa «gobierno»— equivaldría a «gobernantes». Y en la democracia de Atenas no había un funcionario que «gobernara» a sus conciudadanos. Cuando la ley les exigía obedecer las instrucciones de los arcontes, se suponía que los ciudadanos debían hacerlo, pero no porque fueran unos súbditos gobernados por una fuerza ilegítima. De ahí que debamos ser muy cuidadosos y no atribuir automáticamente connotaciones modernas al lenguaje de Tucídides.

Aun así, no cabe duda de que el historiador afirma que el control ateniense de la Liga Délica se hizo muy estricto e impopular entre muchos de sus miembros. Si esa evolución merece o no recibir el nombre de imperialismo, depende del sentido que se atribuya a un concepto que hoy en día contiene tanta carga emocional cuando se aplica a las decisiones colectivas tomadas por los atenienses en este contexto concreto de la Antigüedad. Con independencia de lo que podamos pensar hoy en día, parece evidente que la mayoría de los atenienses contemporáneos de Pericles no estaría de acuerdo en considerar equivocada su política internacional ni innecesario el *arché*, que —como ellos mismos reconocían— era la «salvación» de su ciudad estado. Lo que debemos hacer, pues, es intentar entender por qué lo creían así, antes que apresurarnos a juzgar el acierto de lo que hicieron o no hicieron, o a valorar su alcance moral.

Tampoco esta vez recogen las fuentes el papel de Pericles en estos acontecimientos tan decisivos. No obstante, es evidente que prestó un enérgico apoyo a la política ateniense (y, por lo tanto, aliada) durante este periodo de guerras constantes entre unos griegos y otros. En torno a 454 dirigió una importante expedición naval enviada a hostigar a los enemigos de Atenas. Las naves zarparon del puerto de Mégara, en el extremo occidental, y es probable que asaltaran e incluso conquistaran una extensa zona de la costa norte del Peloponeso. Luego se dirigieron al noroeste de Grecia siguiendo la ruta marítima que conducía a Italia y Sicilia, donde Pericles logró el apoyo de casi todas las ciudades. Con todo, los dos votos a favor del ostracismo que llevan su nombre y que los arqueólogos fechan en esa época demuestran que seguía contando con detractores pese al brillante servicio militar prestado.

El final de la década de los 50 trajo cambios significativos para Atenas y para Pericles. En el año 451 los atenienses firmaron con los espartanos un tratado de paz de cinco años de duración. Las fuentes no nos facilitan el contexto que llevó a este acuerdo entre enemigos tan acérrimos. Lo más probable es que ambas partes estuvieran exhaustas y poco deseosas de continuar enfrentándose en lo que se había convertido en un sangriento callejón sin salida donde la victoria no se decantaba por ninguna de las partes. Es sorprendente que —al revés de lo que ocurrió en Esparta— las enormes pérdidas humanas de la expedición a Egipto no fueran una de las causas del desaliento que llevó a Atenas a detener las muertes en combate de más hombres: una conclusión que se deduce de la segunda ley (después del «pago por servicios de jurado») cuyo mérito se atribuye a Pericles. La llamada ley de ciudadanía establecía que solo los hijos de padre y madre atenienses podían inscribirse como ciudadanos de Atenas, cuando hasta entonces solo se requería ser hijo de padre ateniense para obtener la plena ciudadanía. La ley que reducía el número potencial de ciudadanos —a cualquier niño nacido en el futuro de madres extranjeras, incluidas las mujeres que eran oficialmente extranjeras residentes en Atenas, le quedaba bloqueado el camino hacia la ciudadanía— incrementaba al mismo tiempo el valor de la ciudadanía ateniense y elevaba el estatus de las ciudadanas.

Los niños nacidos hasta entonces de mujeres extranjeras —como los hijos de Cimón— no perdían la ciudadanía, de modo que la ley no respondía al deseo de Pericles de arruinar las sagas familiares de los numerosos aristócratas —su principal rival, por ejemplo— casados con mujeres no atenienses. Lo más probable es que Pericles quisiera reforzar el apego de los atenienses a su ciudadanía, contrarrestando así el peligro de una conspiración parecida a la de aquellos ricos propietarios dispuestos a entregar su ciudad estado a los espartanos una vez concluida la construcción de los Muros Largos. Si la mayoría de ciudadanos y ciudadanas atenienses se enorgullecían aún más de serlo, intensificarían su vigilancia —esa era la esperanza de Pericles— sobre las actividades subversivas de los ciudadanos más ricos con quienes mantenían trato en el ejercicio de sus funciones como trabajadores, pequeños comerciantes, niñeras y asistentes a las ceremonias religiosas. Ahora esos ciudadanos (al igual que aquellos antepasados suyos reunidos espontáneamente para enfrentarse a los espartanos que en el siglo VI amenazaron la nueva democracia de Clístenes) se podían sentir más satisfechos de su

condición y, por lo tanto, defender con más vigor la estabilidad y la independencia de su ciudad estado frente a cualquier enemigo interno o externo. Y, por otra parte, era probable que infundieran ese entusiasmo renovado por la democracia radical de Atenas a su participación en la asamblea y en los jurados que determinaban el curso de la vida pública de su ciudad estado. Basándonos en esta interpretación, lo que quiso Pericles fue conservar el vigor del poder de Atenas del único modo que le parecía viable a largo plazo: promoviendo el bienestar moral y material de una gran mayoría de atenienses.

Si era esa su intención, Pericles demostró no equivocarse al suponer que el peligro que corría su ciudad estado seguía latente, incluso una vez firmada la paz con Esparta en el año 451. En ese mismo periodo, Argos rompió su alianza con Atenas y acordó treinta años de paz con Esparta. Los argivos, además, enviaron emisarios al que era por entonces Gran Rey de Persia para intentar consolidar las buenas relaciones que habían mantenido con su imperio, repitiendo lo que habían hecho en tiempos de las guerras médicas, cuando acordaron con el rey Jerjes no oponerse a sus ataques contra Grecia. El giro que dio Argos a su lealtad fue un duro golpe para cualquier esperanza ateniense de detener la amenaza espartana. En aquella época los atenienses contrataron el Hippodamus, el plan urbanístico más famoso de Grecia, para renovar su principal puerto, el Pireo: un proyecto colosal que indicaba que la asamblea era consciente de la necesidad de mantener las instalaciones navales en óptimas condiciones.

Por esas fechas Cimón ya había vuelto del exilio y, al parecer, se dio cuenta de que los ánimos de la población se inclinaban peligrosamente por retomar el estado de guerra contra Esparta, pese al reciente tratado de paz. Anticipándose a la posibilidad de que sus agresivos conciudadanos emprendieran una expedición naval alrededor del Peloponeso, convenció a la asamblea para que le cediera el mando de una importante fuerza naval con la que ganar una posición en la isla de Chipre, puerta de entrada al Mediterráneo oriental y núcleo del poder naval de Persia. Su intención era mantener a Atenas preparada para la guerra con un duro entrenamiento y, al mismo tiempo, obtener algún botín. Desde Chipre zarparon 60 de los 200 trirremes para apoyar otra rebelión en Egipto contra el rey persa, en una demostración de que la Liga Délica seguía dispuesta a enfrentarse a su archienemigo y se mantenía perseverante pese al desastre en Egipto, relativamente cercano. Esta acción militar en ultramar obtuvo unas cuantas victorias antes de que Cimón contrajera una enfermedad mortal. Desde el lecho aconsejó a sus compañeros que no informaran de su muerte ni a los aliados ni a los enemigos hasta más adelante. De ese modo la expedición pudo reagruparse y volver a casa sana y salva. Los restos de Cimón regresaron a Atenas, donde se erigieron varios monumentos para perpetuar la memoria del mejor y más excelente general de la ciudad estado en la guerra contra el imperio persa.

No hay más información sobre posteriores batallas marítimas entre la armada de la Liga Délica y la flota persa; de ahí que algunos historiadores sitúen aquí la paz de Calias (o bien su renovación). Un tratado que volviera a confinar a los persas al Mediterráneo oriental habría significado también el final de las incursiones legítimas de la Liga con el objetivo de saquear los puestos persas. Y, por otra parte, se habría reducido la necesidad

de una activa fuerza defensiva aliada frente a futuros ataques persas, lo que podía animar a algunos aliados a mostrarse cada vez menos dispuestos a realizar sus contribuciones anuales. En definitiva, no existen evidencias suficientes para afirmar si existió un acuerdo formal entre la Liga Délica y Persia, o si simplemente ambas partes llegaron a la conclusión de que en aquel momento cualquier acción militar entre una y otra resultaría estéril. En cualquier caso, lo importante es que el cambio, fuese de iure o de facto, eliminó una hostilidad activa entre la alianza liderada por los atenienses y el imperio persa. Naturalmente, en aquel momento nadie podía predecir con seguridad cuánto tiempo duraría la nueva situación. Solo a posteriori se ha podido saber que los persas no volvieron a influir en la historia de Atenas hasta transcurridos unos cuarenta años, mucho después de la muerte de Pericles, cuando el Gran Rey de entonces financió el crecimiento naval de los espartanos que determinaría la derrota de los atenienses en la guerra del Peloponeso.

No obstante, existe una sola evidencia implícita que sugiere que, en opinión de Pericles, la posibilidad de que se reanudara una guerra abierta entre griegos y persas se había reducido considerablemente: se trata del llamado decreto del congreso, de cuya aprobación —según Plutarco, la única fuente que lo menciona (*Pericles* 17)— convenció Pericles a la asamblea ateniense. Dicha medida incluía el envío de emisarios a todas las colonias griegas de Europa y de Asia invitando a sus representantes a una reunión en Atenas para discutir un programa triple: decidir qué hacer con los santuarios de los dioses griegos que los persas habían reducido a cenizas (y cuyas ruinas se habían conservado para no olvidarlo nunca), ofrecer los sacrificios prometidos en nombre de Grecia durante el combate contra los invasores bárbaros y garantizar un corredor marítimo seguro, manteniendo la situación de paz.

Varios grupos de embajadores atenienses, cuya edad —equivalente o superior a los cincuenta años— aseguraba una preeminencia suficiente para esta trascendental iniciativa de diplomacia internacional, fueron puntualmente enviados en todas direcciones con la misión de instar a los griegos a participar en un congreso en el que se consolidaran la paz y, como señalaba la propuesta, una «actividad compartida» por toda Grecia. El proyecto visionario de Pericles consistía en generar un poder griego sin precedentes mediante la construcción de una unidad que hasta entonces nunca se había intentado lograr. Hacía tiempo que el propio Jerjes había dicho que los griegos debían «solucionar sus rivalidades» (Heródoto VII, 9), al tiempo que se alegraba de que no lo hicieran nunca, ya que la desunión los convertía en un blanco mucho más débil. Pericles tenía intención de poner fin a esa vulnerabilidad con su inspirada visión de una labor conjunta de los griegos beneficiosa para todos.

Pero no fue capaz de lograr su objetivo, porque los espartanos torpedearon la iniciativa con una oposición vociferante. Se ha sugerido que eso era precisamente lo que Pericles había previsto y que propuso ese plan sabiendo que ellos nunca lo admitirían, con la única intención de que pusieran de manifiesto su egoísta oportunismo: una deducción verosímil, porque a esas alturas de la historia de Grecia a nadie podía sorprenderle que los espartanos se negaran a colaborar si no era con una maniobra que les brindara una

clara ocasión de incrementar su poder a expensas del resto. Además, Pericles debía de pensar que un desastre causado por los espartanos le ganaría un mayor apoyo de los demás griegos. A mi modo de ver, es más probable que Pericles se basara en una valoración razonada de la nueva situación de la región del Mediterráneo oriental para llegar a la conclusión de que nunca había existido mejor oportunidad que aquella de apuntalar el poder, la seguridad y la prosperidad de todos los griegos —o, al menos, del mayor número posible de ellos— mediante la creación de una alianza que no solo se limitase a establecer una defensa permanente frente al regreso de los persas, sino que se garantizara además la benevolencia universal de los dioses. En otras palabras, una unidad que incluyera a los espartanos permitiría a los griegos aprovechar una oportunidad única de ganar en seguridad y en prosperidad en lugar de limitarse a responder a nuevas amenazas. Ese proyecto nunca llegó a hacerse realidad gracias a los espartanos. El amargo fracaso del decreto del congreso solo vino a sumarse a las lecciones que Pericles había ido acumulando a lo largo de su vida acerca de las intenciones de Esparta, que una vez más iba a desempeñar un papel protagonista en la definición de la política ateniense.

8.
Pericles se convierte en el primer ciudadano de Atenas

En la década de los 40 Pericles se alzó con el triunfo en la carrera por el liderazgo de la Atenas democrática. Fue una época de conflictos prácticamente ininterrumpidos tanto en las relaciones exteriores como en la política interior. Esparta ratificó su rechazo a la propuesta de Pericles de una Grecia unida enviando una expedición militar a Delfos para asegurarse la primacía en el santuario de Apolo. Tras el regreso a casa de los espartanos, los atenienses contraatacaron enviando a su vez una expedición a las órdenes de Pericles con objeto de anular las disposiciones establecidas por sus enemigos en el santuario del dios. La orden de Pericles de grabar el nombre de Atenas en el lobo de bronce del recinto sagrado sirvió para dejar muy claro que eran los suplicantes atenienses quienes poseían la prerrogativa de situarse a la cabeza de la cola de los que esperaban para consultar el oráculo, arrebatando así a los espartanos un privilegio tan ambicionado. La paz de cinco años acordada por Atenas y Esparta en 451 se deterioraba a ojos vistas.

Pese a la habitual imprecisión cronológica de las fuentes antiguas, no queda ninguna duda del papel trascendental de Pericles en el control militar de las campañas organizadas en esa época fuera del territorio ateniense. Aun así, a ojos de la gente no había en Atenas otro general de la talla de Cimón ni tan brillante como él; y, al parecer, durante los primeros años de esa década el prestigio militar de Tólmides estuvo a la altura del de Pericles. No obstante, en torno al año 447 la expedición al Quersoneso tracio dirigida por Pericles le ganó el aplauso popular. Había pasado mucho tiempo desde que los antepasados de Cimón establecieran colonias atenienses en la península del Quersoneso, cuyas ciudades controlaban el estrecho utilizado para abastecer al sur de un grano y una madera imprescindibles procedentes de las orillas del Mar Negro. Los tracios nunca habían visto con buenos ojos la invasión y hostigaban a las colonias griegas con constantes incursiones.

Pericles restableció la presencia ateniense en esa región de tanta importancia estratégica reuniendo y trasladando a un buen número de colonos que ocuparon las tierras y construyeron una muralla defensiva de cuatro millas de longitud a ambas orillas del istmo de la península. Es posible que para llevar a cabo un proyecto tan innovador se sirviera de la información obtenida de su padre, quien al final de las guerras médicas dirigió con éxito una campaña en el Quersoneso. Pericles hizo lo mismo que había hecho Temístocles para preparar la batalla de Salamina: estudió la topografía y sopesó las limitaciones técnicas del enemigo para extraer una conclusión razonada acerca de las

tácticas más eficaces. La victoria de sus tropas sentó las bases del bienestar económico de Atenas: aseguró una línea de suministros esencial y brindó a los ciudadanos emprendedores la oportunidad de mejorar su situación financiera siempre que estuvieran dispuestos a correr el riesgo de empezar de cero en una zona rica en recursos… y en peligros.

Poco después, la carrera por el prestigio entablada en Atenas se complicó con el enfrentamiento entre Pericles y Tólmides con motivo de una campaña militar en Beocia, la región que limitaba al norte con Atenas y cuyas ciudades estado solían sostener frecuentes luchas. Pericles se refirió a la inestabilidad de la política interestatal de la región comparando a los beocios con las encinas, que se dejaban zarandear tanto por el viento que acababan cayendo derribadas al chocar entre ellas. Por su parte, Tólmides, un general célebre por su temeraria osadía, convenció a un grupo de voluntarios para que lo acompañaran en la misión. «Si no crees a Pericles, el modo de que no yerres es que esperes al consejero más sabio, que es el tiempo» (Plutarco, *Pericles* 18), sentenció Pericles: unas palabras que se demostraron tristemente acertadas cuando los hombres de Tólmides, después de tomar Queronea, fortificar su centro urbano y vender a su población como esclava, sufrieron una derrota implacable en Coronea frente a unas tropas integradas en parte por los beocios, a quienes una década antes, después de la victoria de Enofita, los atenienses habían expulsado de sus ciudades. Tólmides y gran parte de sus hombres perdieron la vida y Atenas perdió el control de sus territorios beocios. El propio Pericles sufrió las consecuencias de aquella tremenda derrota: entre las bajas se contaba Clinias, uno de sus parientes Alcmeónidas, cuyos hijos fueron confiados a su custodia y acogidos en su propia casa. Uno de ellos, el pequeño y díscolo Alcibíades, se haría famoso durante la segunda mitad de la guerra del Peloponeso por su carrera —tan brillante como tristemente célebre— de militar y agitador político.

La muerte de Tólmides elevó a Pericles a la categoría de general en jefe de Atenas. De ahí que le asignaran el mando de las tropas cuando en 446 las ciudades estado de la cercana isla de Eubea, al nordeste de Atenas, se rebelaron contra la Liga Délica. Puede que la rebelión de los eubeos se viera inducida por la expiración de la tregua de cinco años entre Esparta y Atenas y por la esperanza de que los peloponesios se enfrentaran al enemigo común que representaban los atenienses. La historia de los peligrosos acontecimientos en los que estuvo implicada Eubea en tiempos de su antepasado Clístenes y durante las guerras médicas había enseñado a Pericles que los disturbios en la isla vecina entrañaban un riesgo para los intereses defensivos de Atenas. Tras la expedición de Pericles contra los rebeldes, la evidente amenaza militar no hizo sino aumentar, porque los megarenses, que limitaban al oeste con Atenas, aprovecharon la ocasión para romper su alianza con ella y, después de obtener el apoyo de los aliados espartanos del nordeste del Peloponeso, acabaron con los miembros de la guarnición ateniense instalada en su territorio y volvieron a aliarse con Esparta. Con un enemigo proespartano al lado de su frontera, Atenas quedaba expuesta a un ataque directo de sus acérrimos enemigos peloponesios.

Los espartanos no dudaron un instante en rentabilizar la situación enviando una expedición de infantería en ayuda de Mégara. En su avance hacia la zona oeste del territorio ateniense sus tropas provocaron graves y abundantes daños materiales. Las amenazas simultáneas contra Atenas procedentes del este y el oeste parecían tan irrefrenables como el ataque por dos frentes organizado por Esparta a finales del siglo VI para intentar imponerse a los atenienses. Pericles regresó inmediatamente de Eubea junto con sus tropas y, tras observar al ejército espartano en el campo de batalla, comprendió —a diferencia de sus antecesores unos sesenta años antes— que, pese a la gravedad de la crisis, era un suicidio enfrentarse a él en una guerra terrestre sin tregua. Como solía decir, su deseo era que —mientras de él dependiera— sus conciudadanos fuesen eternamente inmortales. Del uso del razonamiento basado en los conocimientos que caracterizaba a Pericles formaba parte la idea de no desperdiciar vidas humanas —el recurso más escaso del mundo— en demostraciones apresuradas de bravuconería que, a su juicio, podían resultar desastrosas.

Para sorpresa de todos, los invasores espartanos regresaron a casa de un modo brusco y misterioso sin que mediara enfrentamiento alguno con el ejército ateniense. ¿Qué había ocurrido?, se preguntaban los testigos. La respuesta es que Pericles no se limitó a rendirse a la superioridad de las fuerzas espartanas en el campo de batalla, sino que empleó la reflexión y sus conocimientos de las inclinaciones demostradas por los generales espartanos cuando estaban lejos de su patria para diseñar una táctica secreta; en otras palabras, consiguió sobornar al principal consejero del joven general espartano para que convenciera a su superior de abandonar la expedición de apoyo a los megarenses. Ese general era Plistoanacte, un joven rey espartano de veinticinco años hijo del tristemente célebre Pausanias de la época de las guerras médicas. Al urdir su plan oculto, es posible que, además de al corrupto Pausanias, Pericles recordara también el soborno recibido del enemigo por el rey espartano Leotíquidas cuando en los años 70 dirigió una expedición militar contra los tesalios para castigarles por la ayuda prestada a los persas. Para salvar a Atenas, Pericles aprovechó la debilidad patente de algunos espartanos ante la tentación de hacerse ricos traicionando la norma patria que prohibía a sus ciudadanos convertir el dinero en el centro de sus ambiciones. Aquel año, durante el escrutinio público de la conducta y la honestidad financiera de Pericles a lo largo de su servicio como general (una auditoría anual a la que cualquier funcionario ateniense de alto rango estaba obligado a someterse), le preguntaron en qué se había empleado cierta suma importante que no llevaba asociada ningún concepto. «En lo que se tuvo por conveniente», fue la respuesta de Pericles: unas palabras que se convirtieron en otro dicho famoso (Plutarco, *Pericles* 23; Aristófanes, *Las nubes* v. 858-859). Está claro que lo que se tuvo por conveniente fue dedicar montones de monedas de plata atenienses a sobornar al consejero de confianza de Plistoanacte para que convenciera al inexperto monarca de que abandonase la misión que amenazaba con destruir Atenas. El hecho de que Pericles invirtiera por propia iniciativa una cantidad tan considerable de dinero público sin una aprobación previa de la asamblea constituye una clara evidencia de la supremacía política que había alcanzado por entonces; y esa evidencia se ve corroborada

por la aprobación que concedieron a posteriori unos ciudadanos tan sumamente quisquillosos que, además de exigir una justificación exhaustiva del gasto de los fondos públicos y de grabar en piedra las cuentas para que quedaran a la vista de todos, eran tan poco renuentes a actuar con firmeza frente a los gobernantes cuya conducta no fuese de su agrado.

Figura 16. Moneda de plata ateniense. © The Trustees of the British Museum / Art Resource, NY.

Una vez que su soborno encubierto logró la evacuación del ejército espartano del territorio ateniense, Pericles regresó a Eubea junto con sus tropas y recuperó el control de una zona tan estratégica, expulsando de la ciudad estado de Calcis a algunos ciudadanos potentados ante la sospecha de que pudieran socavar un gobierno democrático afín a Atenas. A continuación castigó a los habitantes de Histeia —ciudad estado de la isla de Eubea— por la captura y posterior ejecución de la tripulación de una nave de guerra ateniense, obligándolos a abandonar su territorio para que pasaran a ocuparlo colonos griegos. Una vez más, su conducta es una clara demostración de que basaba el sostenimiento de Atenas en la explotación de unos recursos sobre los que —a su juicio— los aliados habían perdido sus derechos en justa recompensa por su falta de lealtad a la alianza a la que habían jurado fidelidad eterna.

Por aquellas fechas los atenienses reforzaron la eficacia de su capacidad de liderazgo de la Liga Délica iniciando la construcción de un tercer Muro Largo en el amplio espacio que mediaba entre los dos edificados diez años antes. Esta nueva muralla, erigida en paralelo y más cerca del Muro norte, protegía un corredor que conectaba directamente el centro de la ciudad con el puerto de Pireo. El muro adicional completaba una barrera que ni siquiera la excelente infantería espartana sería capaz de franquear y que garantizaba no solo el envío de naves atenienses para lanzar ataques conjuntos con los aliados que aún conservaban, sino la importación ininterrumpida del grano extranjero necesario para alimentarse y de la madera imprescindible para construir y reparar sus trirremes.

Fue también en esa época cuando los atenienses introdujeron algunos cambios para reforzar su poder militar por tierra. La medida más importante consistió en la aprobación de la inversión de dinero público en el incremento del contingente de caballería de 300 jinetes a 1.000: una empresa cuyo alto coste se consideró necesario después de que sus antiguos aliados tesalios se abstuvieran de enviar su caballería para ayudar a los

atenienses a detener la invasión espartana de 446. Ninguna otra ciudad estado griega de aquella época disponía por entonces de una caballería numerosa, de modo que los atenienses emprendieron una renovación militar con vistas a un futuro en el que Pericles preveía una lucha ininterrumpida contra los espartanos. Como no siempre sería posible sobornar al enemigo, hostigar a los hoplitas espartanos con ayuda de una caballería propia resultaría una táctica eficaz a la hora de plantar batalla a un enemigo superior y «acorralarlo contra las cuerdas» (por recordar las tácticas defensivas del gran campeón mundial de boxeo del siglo XX Muhammad Ali en sus enfrentamientos contra adversarios más fuertes que él).

Es probable que también fuera iniciativa de Pericles convencer a la asamblea de la financiación de un cuerpo de arqueros que interviniera en las escaramuzas terrestres y desde las cubiertas de los trirremes durante las batallas navales. La lluvia de proyectiles podría repeler el ataque de la infantería ligera y romper el orden meticuloso de las filas de infantería pesada. En el año 431, cuando estalló la guerra del Peloponeso, Atenas contaba con 1.600 tropas de artillería ligera. La lógica renuencia de Pericles a enviar infantería pesada para atacar a los espartanos supuso una postura táctica totalmente novedosa para los griegos, imbuidos de la idea de que los hombres equipados con las pesadas armaduras, los grandes escudos y las largas y afiladas lanzas de los antiguos héroes no eran únicamente la salvaguardia de la comunidad, sino el baluarte de su honor. Pericles hizo uso de sus conocimientos para lograr persuadir a sus conciudadanos de que aceptaran un distanciamiento de la tradición que algunos podían acusar de cobardía.

El objetivo de estas novedades militares —el tercer Muro Largo, una caballería más numerosa y los arqueros— consistía en reforzar la autosuficiencia militar de Atenas mediante unas respuestas necesarias a la situación de alta tensión internacional aparentemente constante en que vivían los atenienses de tiempos de Pericles. En ese contexto era igual de importante —si no más— conservar la supremacía de la flota de la Liga Délica. Pericles abordó esta necesidad defensiva respaldando el voto de la asamblea a favor de mantener los trirremes en el mar ocho meses al año, prácticamente el mismo periodo de tiempo que duraba la calma relativa de las aguas del Mediterráneo. Los fuertes vientos invernales hacían difícil el manejo de unos barcos tan especiales cuyos estrechos cascos, concebidos para navegar velozmente, no respondían bien a las inclemencias del tiempo. Las tripulaciones de los trirremes se ejercitaban constantemente para que su forma física y su destreza fueran superiores a las del resto del mundo griego. Todo aquello exigió mucho dinero. Había que equipar y reparar las naves existentes, construir otras nuevas y pagar a los remeros: unos gastos cubiertos por las contribuciones anuales de los miembros de la Liga Délica. Desde tiempos de Cimón (de quien se dice que alentó esta tendencia), cada vez más aliados habían decidido que les resultaba más fácil aportar dinero a los fondos de la Liga que contribuir con sus propias naves y tripulaciones. Por eso permitieron a los atenienses construir los trirremes en los astilleros del Pireo y formar las tripulaciones con ciudadanos atenienses y con cualquier otra población dispuesta a realizar un trabajo tan agotador. A mediados de los

40 solo unos pocos miembros de la Liga seguían enviando naves de su propia flota para incorporarlas a la alianza liderada por Atenas.

Dado que los atenienses controlaban directamente la inmensa mayoría de trirremes, es cierto que, si alguna vez las cosas se ponían feas en las disputas con los demás aliados, la asamblea ateniense podía ejercer un control efectivo sobre la armada de la Liga, ya que muchas de sus naves se hallaban bajo el mando de los atenienses y sus partidarios y en manos de sus remeros. Por desgracia, es imposible saber por qué llegaron a ese extremo las decisiones de la Liga. Como hemos dicho antes, Tucídides asegura que las ambiciones de Atenas debilitaron la democracia inicial de la Liga. Si las inscripciones concernientes a las relaciones entre Atenas y los miembros de la Liga Délica estuvieran mejor conservadas y fechadas con mayor precisión, podríamos hacer una evaluación más fiable de las dinámicas de interacción entre el estado más poderoso de la alianza y sus miembros más débiles; pero, tal y como están las cosas, no hay pruebas que desmientan la afirmación de Tucídides.

De hecho, existe un documento epigráfico relevante: el llamado decreto de Calcis (Fornara, *Translated Documents* nº 103), fechado en mediados de los 40 o de los 20. El documento recoge el juramento de fidelidad y «obediencia al pueblo de Atenas» de los habitantes de Calcis, ciudad estado de Eubea. Por tiránica que una mentalidad moderna considere esta expresión, conviene recordar que el texto no omite exponer los deberes recíprocos de atenienses y calcideos, en especial la promesa de no privar a estos de su seguridad jurídica, sus propiedades y sus rentas sin el debido procedimiento judicial. No obstante, si el decreto corresponde a la época turbulenta de la rebelión de Eubea durante la cual los espartanos invadieron el territorio ateniense, quedaría confirmada la tesis de que las regulaciones impuestas a Calcis por Atenas establecían una situación de clara desigualdad entre ambas partes y eran un indicio de la erosión sufrida por la democracia original de la Liga. Esa evolución apunta sin duda a una tendencia creciente del imperialismo ateniense en la época de predominio político de Pericles.

A este respecto se ha afirmado también que una inscripción muy dañada y sin fecha (se discute si habría que datarla en los años 40 o en la guerra del Peloponeso, varias décadas después) recoge la orden de Atenas de detener la acuñación de moneda en los estados aliados y el uso exclusivo de dinero ateniense (Fornara, *Translated Documents* nº 97). La supresión de la moneda de las ciudades estado independientes en favor del monopolio monetario de Atenas se interpreta como la negación de la plena soberanía de sus aliados. No cabe duda de que entre mediados y finales del siglo v los ricos filones de plata de las minas atenienses permitieron una abundante acuñación de moneda. Sin embargo, lo que aparentemente se produjo no fue la supresión de la moneda de los demás estados: lo cierto es que los atenienses producían tanto dinero y tan fiable (es decir, unas monedas de plata de una pureza tan consistente y con un peso tan congruente con su valor) que se convirtió en el preferido de los mercados del Mediterráneo oriental. Probablemente, el llamado decreto de acuñación (que se conoce también como decreto de medidas porque establecía los estándares de las unidades de peso y medida) exigía únicamente que los pagos efectuados por los miembros de la Liga Délica se realizaran en moneda ateniense

con el fin de hacer más eficaz y seguro el recuento y la determinación del valor total de una cantidad de monedas tan descomunal, evitando los problemas y los gastos derivados de cambiar tantas monedas distintas para proveer de fondos a la Liga. Así interpretado, el decreto de acuñación (si efectivamente data de los años 40) no sería tan indicativo de un imperialismo creciente en la época de Pericles como el decreto de Calcis (si es que ha de fecharse también en esa década).

Aunque estos documentos epigráficos pertenecieran a la época de la guerra del Peloponeso posterior a la muerte de Pericles y, por lo tanto, no fueran relevantes para el análisis de su liderazgo político, lo que queda fuera de toda duda es que el asunto del dinero de la Liga y el modo de gastarlo corresponde a estos primeros tiempos. De hecho, la controversia se agudizó en los años 40 y culminó en un enfrentamiento entre Pericles y sus adversarios políticos. La polémica se centró en la financiación de las proezas arquitectónicas más famosas —y caras— de la Edad de Oro ateniense. El principal monumento de ese proyecto de edificación fue el Partenón («templo de la diosa virgen»), un inmenso santuario erigido en la acrópolis y dedicado a Atenea, la diosa guerrera que, en su benevolencia, bendecía a los atenienses con la victoria. Su construcción se inició en 447 y se prolongó a lo largo de quince años. Aunque el nombre de Pericles no aparece en las inscripciones conservadas que documentan su financiación, las fuentes antiguas le atribuyen de forma explícita el mérito de convencer a la asamblea ateniense de votar a favor de este ambicioso proyecto de edificación. Se dice también que Pericles era buen amigo del arquitecto y artista Fidias, principal encargado de la supervisión del diseño y la construcción de las obras.

Figura 17. Vista de la Acrópolis y el Partenón. Album / Art Resource, NY.

De acuerdo con el patrón de los templos griegos, el Partenón servía como residencia privada de la diosa y, como todos los templos de la época, no era un edificio al que los fieles pudieran acceder de modo habitual. Las ceremonias públicas de culto, en especial

los sacrificios, se celebraban fuera, delante del edificio, donde se erigía un inmenso altar. También su planta era típica: un espacio rectangular de piedra sobre una plataforma elevada flanqueada por columnas. No obstante, el tamaño del Partenón, con sus 69,5 metros de largo y 30,9 de ancho, superaba el de casi todos los demás templos de la época. Para construir aquel monumento colosal fueron necesarias 20.000 toneladas de mármol de la región. El número de columnas de los pórticos que lo circundaban era mayor que el de otros edificios sagrados. Los elevados soportes tubulares que sostienen el techo estaban tallados en el contenido estilo conocido como dórico. La base elevada del Partenón, flanqueada por escalones, se construyó con suaves curvas e inclinaciones que provocasen un efecto visual de líneas rectas —el ojo humano percibe como curva la arquitectura totalmente rectilínea— y acentuaran la impresión de grandiosidad. El diseño de Fidias y de los arquitectos que colaboraron con él demostraba que el conocimiento humano y la razón son capaces de perfeccionar la naturaleza: una insinuación coherente con el mensaje que transmitía un templo tan espectacular acerca del poder de quienes financiaron su construcción para asombro del mundo entero.

Buena parte de ese mensaje quedó expresado en las numerosas esculturas erigidas dentro y fuera del Partenón. En el interior una estatua de oro y marfil de unos 12 metros de altura representaba a Atenea revestida con una armadura y con un inmenso escudo ante ella. Su brazo extendido sostenía una escultura de 2 metros de Niké, la personificación divina de la victoria. En el exterior varias figuras esculpidas en relieve decoraban la parte superior del Partenón. Los frontones (los espacios triangulares que coronan las columnas de los extremos este y oeste del templo) contenían diferentes escenas de Atenea como benefactora de la ciudad estado. En las metopas (los paneles con autorrelieves situados sobre las columnas que rodean los cuatro lados del edificio) aparecían representadas las derrotas de centauros hostiles (criaturas con cuerpo de caballo y cabeza y torso humanos) y de otros enemigos de la civilización. Lo más llamativo era el friso (una franja continuada de bajorrelieves) que recorría la parte superior de los cuatro muros interiores de los pórticos. Las esculturas estaban pintadas con colores vivos y resaltadas con metales brillantes que les infundían vida y aumentaban el impacto visual.

El friso del Partenón era un rasgo distintivo de este templo de columnas dóricas: normalmente solo los edificios de estilo jónico, más elaborado, contaban con esta clase de decoración «fílmica». En él hombres, mujeres, niños y caballos procesionaban ante los dioses. El elaborado cortejo insinuaba movimiento, de un modo semejante a las ilustraciones que componen los cómics actuales. La identificación de las figuras del friso y la interpretación de su significado siguen siendo motivo de muchos debates y controversias entre los historiadores modernos. Lo relevante para una biografía de Pericles es la intención de que los seres humanos que aparecen en el friso se identificaran con atenienses bien contemporáneos a él, bien del pasado remoto de la fundación de Atenas.

Hasta entonces no existía ninguna ciudad estado cuyos ciudadanos hubieran encargado un templo decorado con esculturas que los representaran a ellos mismos (o a sus

antepasados). Así pues, el Partenón contenía una declaración de la especial conexión que unía a los atenienses con los dioses y eclipsaba toda relación con lo divino de cualquier otra ciudad estado. Esta declaración de su posición privilegiada, cargada de confianza cívica, reflejaba los éxitos de la victoria ateniense sobre los persas en Maratón y Salamina, la obtención del liderazgo de la Liga Délica y el considerable aumento de sus riquezas gracias a los botines de guerra y a los beneficios derivados del comercio marítimo internacional. En pocas palabras: los atenienses querían que quedara constancia ante el mundo entero de la protección benevolente que disfrutaban de los dioses en general, y de Atenea en particular, superior a la que recibían los demás. El nuevo templo era expresión de su gratitud por ese especial favor divino que les permitía triunfar sobre sus enemigos humanos y sobre las fuerzas cósmicas del caos.

Resulta también significativo que el Partenón albergara una escultura gigantesca de Atenea que ponía un énfasis particular en su función de diosa guerrera. Algunos años antes (la fecha concreta suscita controversia) los atenienses encargaron a Fidias que erigiera en la acrópolis una estatua de bronce de Atenea armada de proporciones similares. La Atenea Promacos («la que lucha en primera línea») sostenía una lanza afilada cuya punta se veía brillar desde la entrada al puerto del Pireo. La ingente cantidad de bronce empleado en ella se obtuvo del botín de la batalla de Maratón. La Atenea Promacos y la Atenea Partenos contenían el mismo mensaje: la feroz y sabia hija de Zeus estaba preparada para unirse a los atenienses en la defensa contra el enemigo.

De esta declaración confiada del poder ateniense se hacía eco el tamaño colosal de otro edificio erigido en la Acrópolis en el marco del proyecto promovido por Pericles: la inmensa puerta de mármol decorada con columnas que enmarcaba la entrada principal al espacio sagrado situado en la cima del promontorio que ocupaba el centro de la ciudad. La cara exterior de los Propileos («vestíbulo») se cernía sobre los habitantes de Atenas cuando subían a la Acrópolis por la ladera oriental; la puerta canalizaba su entrada mediante un espacio cerrado y con un techo más bajo antes de ofrecerles por la otra cara una vista espectacular de un Partenón aún más colosal, que se alzaba ante ellos en el punto más alto de la planicie de la acrópolis. Quienes conocían esta «desmesurada» entrada solían manifestar su asombro ante el gasto que habían hecho los atenienses en una puerta. Y no se equivocaban, porque el coste del Partenón y los Propileos superaba los mil millones de dólares de hoy en día, una suma astronómica para cualquier obra pública de una ciudad estado griega.

No fueron estos los únicos edificios construidos cuando el liderazgo de Pericles estaba en su apogeo. En un alto situado junto al límite occidental del ágora se inició la construcción de otro templo de mármol dedicado a Hefesto —el dios de la tecnología— profusamente decorado con esculturas, algunas de las cuales representaban las heroicas hazañas de Teseo, el legendario fundador de la democracia ateniense. En el lado sur de la acrópolis se construyó el Odeón, un innovador auditorio en el que los ciudadanos podían disfrutar de espectáculos musicales. Su forma, que imitaba la de la lujosa tienda destinada al ocio del Gran Rey de Persia, era la demostración arquitectónica de que bajo la influencia de Pericles Atenas ofrecía a sus ciudadanos un entretenimiento que hasta

entonces solo le estaba reservado a la realeza. También por iniciativa de Pericles se renovó y se volvió a equipar el gimnasio conocido como Liceo, algo más alejado del centro de la ciudad y dedicado al intenso ejercicio físico y al entrenamiento de los hombres atenienses, de quienes se esperaba un esfuerzo por conservar su buena apariencia y una forma física suficiente para servir en la milicia ciudadana. En Eleusis, en el extremo occidental del Ática, un amplio edificio sustituyó al santuario de Deméter que recibía peregrinos de todo el mundo griego para iniciarse en sus misterios, cuyo conocimiento secreto garantizaba una vida mejor en este mundo y un destino más feliz en el otro.

El proyecto de edificación a gran escala apoyado por Pericles, que se puso en marcha en la década de los 40 y se prolongó durante años, era algo más que una manifestación concreta de la confianza ateniense: de hecho, reportó beneficios materiales a muchos de los ciudadanos más pobres, ya que ofrecía innumerables oportunidades de empleo a los trabajadores, estuviesen especializados o no, y mantenía a los contratistas que suministraban la materia prima. Plutarco ofrece una lista detallada y variopinta de los muchos y distintos profesionales y artesanos involucrados en el suministro y la construcción de estas obras públicas, desde artistas y canteros a carreteros y peones camineros (*Pericles* 12). Aunque su condición de aristócrata griego residente en el Imperio romano confería a Plutarco una perspectiva que le impedía apoyar las políticas populistas, no por ello deja de reconocer que el dinero ganado por todos aquellos trabajadores y contratistas aumentó la prosperidad general de la ciudad estado, dado que los fondos llegaban a toda la pirámide socioeconómica. Si la gente corriente ganaba más dinero, podía gastar más, y la economía entera se beneficiaba de ese incremento. Aun así, muchos de los atenienses más acomodados desaprobaban esa política. Como señala Plutarco, Pericles diseñaba sus políticas en interés de las masas y no en interés de los ciudadanos «mejores» (es decir, de los más ricos). A ojos de la élite socioeconómica ateniense, Pericles era un «traidor a su clase», palabras que evocan la acusación lanzada contra el acaudalado Franklin Delano Roosevelt, presidente de Estados Unidos entre 1933 y 1945: uno de los objetivos del empleo de fondos públicos de su programa conocido como New Deal era financiar proyectos de obras públicas para desempleados en tiempos de grave crisis económica.

La oposición de la clase superior no era el único obstáculo para la estabilidad política derivada del programa populista de gasto público impulsado por Pericles. Como es lógico, el apoyo material significaba mucho para los ciudadanos más pobres, hasta el punto de que en 445 esos beneficios fueron parte esencial de una agria disputa sobre quiénes eran auténticos ciudadanos y, por lo tanto, candidatos a recibir esa clase de apoyo. Los problemas empezaron cuando un rey egipcio, en prueba de su amistad con el pueblo ateniense, envió como obsequio un cuantioso cargamento de grano. Las razones de su generoso donativo no están documentadas: quizá una racha continuada de mal tiempo había provocado escasez de alimentos en Atenas; o quizá el espléndido regalo respondía al intento del rey de establecer relaciones diplomáticas con un estado griego cada vez más poderoso. En cualquier caso, las discusiones en torno a quién tenía derecho

a recibir una parte de ese grano encendieron los ánimos. Fueron muchos los acusados de pretender ser ciudadanos sin serlo. Según Plutarco, cerca de 5.000 personas condenadas por simular falsas identidades fueron vendidas como esclavas (*Pericles* 37). El duro trato recibido por tanta gente demuestra lo encarnizada que se había vuelto la contienda política en ese momento de la carrera de Pericles.

Naturalmente, hay que recordar que Pericles no era el único que apoyaba las políticas de las que Plutarco le hace responsable, en especial la de idear e impulsar un programa de obras públicas tan caro y de tan largo alcance como el de esa época. El gobierno ateniense siempre tomaba sus decisiones tras someterlas a debate en amplios comités como el consejo y en reuniones tan concurridas como las de la asamblea. Además, después de su elección para el cargo de general en jefe, Pericles nunca dejó de ser miembro de un consejo de diez: para aplicar sus políticas tenía que convencer a los demás. Ni él ni nadie podían ser los únicos que dictaran las políticas de Atenas.

Aun así, existe una clara evidencia de la influencia alcanzada por Pericles. Uno de los proyectos más destacados de esta época revela los medios tan imaginativos y hasta idiosincráticos que utilizaba para apoyar los intereses de los ciudadanos más desfavorecidos. Ese ambicioso plan se centró en la fundación de una nueva colonia en el sur de Italia, donde los habitantes de Sibaris, tras perder la guerra contra sus vecinos, pidieron a espartanos y atenienses que enviasen gente para ayudarles a crear una nueva ciudad estado. Los espartanos rechazaron su petición, pero los atenienses respondieron a su llamada con el apoyo de Pericles.

Turios, la nueva colonia, estaba abierta a cualquier griego dispuesto a unirse a ella: de hecho, se sabe que Heródoto se trasladó hasta allí. Sin embargo, siendo Atenas quien dirigía el proyecto, es probable que sus ciudadanos más pobres y deseosos de mejorar su situación económica fueran los primeros en aprovechar la oportunidad. Los atenienses conocían bien la fama de prosperidad y nivel cultural de las colonias griegas del sur de Italia y de Sicilia. No hacía falta establecerse en Turios para comprobar las ventajas de mantener una conexión especial con una comunidad tan próspera de una región tan rica. En definitiva, el impulso dado por Pericles al ambicioso y complejo proyecto de la fundación de Turios favorecía los intereses de la población ateniense no solo como colonos potenciales, sino como receptores de los beneficios derivados de ella. Además, con ello Pericles demostraba que Atenas contaba con los recursos y el coraje necesarios para embarcarse en un ambicioso proyecto que —como bien podía decir sin temor a equivocarse— había intimidado a unos espartanos pusilánimes e inmovilistas.

El enfoque tan personal con que Pericles trataba los asuntos políticos queda reflejado en la elección de quienes dirigieron el proyecto. Para organizar la nueva colonia los atenienses nombraron un comité de diez hombres, entre los cuales se contaba Lampón, el experto en temas religiosos que conocía a Pericles. Los nombramientos revelan, por una parte, que Pericles comprendía la importancia de dar legitimidad a un plan tan arriesgado dedicando a lo largo del proceso una cuidadosa y abierta atención a la honra que merecían los dioses; y que, al mismo tiempo, convenció a los ciudadanos de que

aceptaran a uno de los sofistas más controvertidos de la época para diseñar la constitución de la nueva comunidad. Esa elección tan sorprendente recayó en Protágoras.

Emigrado a Atenas en torno al año 450 desde Abdera, en el norte de Grecia, Protágoras y sus ideas sobre la verdad subjetiva y el relativismo moral indignaron a muchos atenienses. En cuanto a la primera, defendía que no existe una medida absoluta de verdad, ya que cualquier pregunta cuenta con dos respuestas contradictorias basadas en la naturaleza subjetiva de las experiencias humanas. Así, Protágoras sostenía que, si alguien percibe como cálida la temperatura de la brisa y otro la percibe como fría, ninguno de los dos juicios puede ser cierto en términos absolutos: el viento es, sencillamente, frío para el uno y cálido para el otro. La diferencia entre sus juicios es irreconciliable. En su obra *Sobre la verdad* Protágoras resumía la doctrina del subjetivismo —no existe una realidad absoluta más allá y con independencia de las apariencias y la percepción humana— con una conclusión escandalosa que implicaba que los dioses no eran el origen del conocimiento último: «El hombre es medida de todas las cosas, tanto del ser de las que son, como del no ser de las que no son» (Platón, *Teeteto* 152a).

Muchos atenienses de a pie también se oponían a las ideas de Protágoras por lo que significaban para la vida pública dos de sus principales tesis, compartidas por otros sofistas: (1) las instituciones y los valores humanos no son creaciones de la *physis* (la «naturaleza»), sino que responden a meras convenciones y costumbres y al *nomos* (la «ley»); y (2) puesto que la verdad es subjetiva, los oradores pueden y deben defender uno u otro lado de la cuestión con un poder de persuasión y una razón idénticas, pero no en términos morales absolutos. La primera idea implicaba que las instituciones tradicionales humanas no eran naturales y permanentes, sino arbitrarias y cambiantes; mientras que para muchos la segunda hacía irrelevante preguntarse sobre el bien y el mal. Sus críticos pensaban que esas ideas proclamaban el relativismo moral y, por lo tanto, amenazaban los valores públicos compartidos de una ciudad estado democrática, puesto que enseñaban a los alumnos a emplear en los tribunales y en la asamblea técnicas persuasivas para presentar el argumento más débil como el más sólido. A Protágoras (y a quienes sostenían tales ideas) los acusaban de poder causar la ruina de Atenas al eliminar de la ley y de la política pública la noción de justicia.

Protágoras rechazaba rotundamente estas críticas y defendía sus tesis explicando que no eran en absoluto enemigas de la democracia; por el contrario —añadía—, en una democracia era esencial que todo el mundo entendiese sus ideas, porque cada individuo poseía una capacidad natural para la excelencia que debía desarrollar mediante el pensamiento y la práctica, y porque la conservación de la sociedad humana se basaba en el gobierno de la ley enraizado en una noción compartida de justicia. Esas verdades exigían que a los miembros de una comunidad que quisieran vivir en armonía no había que obligarlos a obedecer las leyes establecidas, sino convencerlos de hacerlo. No se les debía persuadir con la falsa pretensión de que las leyes estaban basadas en una verdad absoluta e inmutable: ese ideal no existía ni podía existir; tenían que obedecerlas porque la razón demostraba que esa conducta beneficiaba a todos los miembros de la

comunidad. A un ladrón, por ejemplo, que adujera que robar era algo natural, había que persuadirlo mediante la razón de que renunciara a una conducta perjudicial para los demás y convencerlo mediante el razonamiento intelectual de que la ley hecha por los hombres que prohíbe robar conllevaba un beneficio personal, ya que protegía tanto su propiedad como la de la comunidad en la que él y el resto de los hombres debían vivir para subsistir.

El miedo de los ciudadanos a los efectos potencialmente corrosivos del relativismo de Protágoras sobre el fundamento moral de la persuasión en la oratoria legal y política solo se veía superado por la inquietud que suscitaban sus ideas acerca de los dioses. Protágoras y su descarado agnosticismo (la idea de que los fenómenos sobrenaturales son incognoscibles) desagradaban profundamente a la gente de mentalidad religiosa, una categoría que incluía a una mayoría abrumadora: «De los dioses no sabré decir si los hay o no los hay, pues son muchas las cosas que prohíben el saberlo, ya la oscuridad del asunto, ya la brevedad de la vida del hombre» (Diógenes Laercio, *Vida de los filósofos más ilustres* 9.51). Esta conclusión indignó a todos los que interpretaron que, para Protágoras, la religión convencional no tenía sentido. Y les preocupaba aún más que sus palabras atrajeran la ira divina sobre la comunidad en la que vivía por no haber expulsado a alguien a quien tenían por blasfemo.

Pericles mantuvo una estrecha amistad con Protágoras y se pasó horas tratando problemas filosóficos con tan controvertido sofista. En una ocasión, durante una competición, la jabalina lanzada por un atleta se desvió accidentalmente y atravesó al adversario, acabando con su vida. Pericles y Protágoras dedicaron un día entero a discutir si los responsables del homicidio eran el lanzador, los organizadores de la competición o la propia jabalina. Dado el extendido recelo —cuando no la abierta hostilidad— que despertaba Protágoras en muchos sectores de la sociedad ateniense, es muy significativo que alguien tan cauto como Pericles pensara que merecía la pena poner en peligro su reputación relacionándose con él. Y resulta aún más sorprendente que propusiera a Protágoras como arquitecto de un contrato social para Turios y que lograse convencer a la asamblea ateniense de que aceptara la elección del sofista para elaborar las leyes de lo que iba a ser una nueva democracia basada en la igualdad. Aunque por desgracia no se han conservado los argumentos que esgrimió Pericles para conseguir que sus conciudadanos aprobaran un nombramiento tan revolucionario, debió de ser uno de sus éxitos oratorios más rotundos y más ilustrativos del uso del razonamiento fundado en los conocimientos: de una u otra manera consiguió convencer a los escépticos de que era capaz de prever cuál era la mejor política con vistas al futuro, incluso cuando se trataba de hacer responsable de aplicarla a un sofista que demostraba no solo estar totalmente al margen de los modos tradicionales de pensamiento, sino haber ofendido a los dioses.

La iniciativa de Pericles de sostener con fondos públicos a quienes no pertenecían a la élite social entrañaba también un riesgo político, y es que podía traer a la memoria de la gente las políticas de Pisístrato, el tirano ateniense del siglo anterior. Existía la posibilidad de que su preeminencia política suscitara, además de la envidia de sus

iguales, el temor de que una excesiva influencia lo llevara a hacerse con un control de la democracia ateniense equivalente al de Pisístrato. Como señala Plutarco, sus adversarios políticos reconocían que, tras la muerte de Cimón, Pericles se había convertido en «el más poderoso de los ciudadanos». No había nadie con un prestigio militar tan brillante como para discutir con él las políticas de la ciudad estado; no obstante, quienes querían derribarlo encontraron el mejor candidato en un buen orador (familiar de Cimón) llamado Tucídides, hijo de Melesias (sin ninguna relación con el historiador Tucídides, hijo de Oloro). Los rivales de Pericles empezaron a referirse a sí mismos como «los pocos» (*oi oligoi*) y a agruparse en la asamblea para armar escándalo todos a una cuando querían interrumpir sus discursos. Lo criticaban ferozmente porque, según decían, había arruinado el prestigio de Atenas robando los fondos de la Liga Délica para trasladarlos desde Delos a la acrópolis y —lo que era peor— gastando un dinero que pertenecía a los aliados en costosas baratijas, estatuas y templos con que adornar la ciudad de Atenas, como las mujeres que presumen de su hermosura.

Lo cierto es que esa burla tan sexista tergiversaba los hechos. Como Pericles replicó sin incurrir en falsedad, las contribuciones de los aliados solo estaban financiando una armada tan costosa como la de la alianza (cosa que ha confirmado la investigación moderna: ver Giovannini 2008). El dinero para los nuevos edificios, los sueldos de los trabajadores de las obras públicas, las colonias extranjeras atenienses y las prestaciones a los ciudadanos más pobres no procedía de las cuotas de los miembros de la Liga Délica, sino de los recursos —por suerte tan abundantes— que Atenas obtenía de los impuestos y de las donaciones de particulares acaudalados. Además, Pericles insistió en que los atenienses no tenían por qué rendir cuentas a los aliados mientras la armada de la Liga liderada por Atenas mantuviera a raya a los persas. Y prosiguió diciendo que los aliados no estaban aportando ni un solo caballo, ni un solo trirreme, ni un solo soldado de infantería: solo dinero (lo cual era sin duda una exageración). El dinero, argumentaba, pertenecía a quienes lo recibían mientras fueran ellos quienes proporcionasen el servicio al que estaban destinados los fondos.

Resultaba difícil refutar con los hechos un argumento tan estrictamente riguroso. Como decía Tucídides, el hijo de Melesias, Pericles era tan buen orador que, cuando él mismo creía haberlo derribado (metafóricamente) sobre la lona con sus argumentos, aquel excelente púgil oratorio se las arreglaba para convencer a los jueces de que no había tocado el suelo. No obstante, las réplicas razonadas a las calumnias financieras de que era víctima no detuvieron a sus enemigos políticos, quienes intentaron volver a la opinión pública en su contra con alarmantes acusaciones de falta de ética. Afirmaron que se había puesto de acuerdo con Fidias para mantener relaciones adúlteras en el Partenón con mujeres libres y a la vista de la propia Atenea. Y no solo eso: también alegaron que Pericles había autorizado el flagrante sacrilegio de ordenar esculpir su propio retrato entre las figuras de los héroes guerreros que adornaban el inmenso escudo de la diosa situada en el interior del templo. Todos aquellos rumores hostiles tuvieron su efecto, y a ellos se sumó la lluvia de acusaciones de malversación de los fondos públicos de la ciudad estado lanzadas por Tucídides y los otros «*pocos*». Harto de todo aquello,

Pericles acabó levantándose en medio de la asamblea para preguntar a los asistentes si estos consideraban que había autorizado unos gastos excesivos destinados a los espléndidos edificios recién construidos en Atenas. A gritos, ellos le contestaron que sí. «Entonces», replicó él, «no se gaste de vuestra cuenta, sino de la mía; pero las obras han de llevar solo mi nombre».

Figura 18. Réplica en piedra del escudo de la estatua de Atenea Partenos. © The Trustees of the British Museum / Art Resource, NY.

Su táctica oratoria obró un cambio inmediato y esta vez los miles de ciudadanos reunidos en la asamblea gritaron que podía gastar tanto dinero público como considerara conveniente: un episodio que revela el conocimiento que tenía Pericles de la psicología de las masas. De hecho, la promesa de financiar él mismo aquellas espléndidas obras públicas era impracticable. En cuestiones de dinero no era ni de lejos capaz de igualar el grado de filantropía que había demostrado Cimón con sus ingentes donaciones a Atenas, tales como la dirigida a financiar la construcción de una parte de los Muros Largos. Seguramente Pericles debió de contar con la humillación que supondría para la identidad comunitaria no quedar oficialmente ligada a los espléndidos logros y monumentos atenienses que el mundo contemplaría por los siglos de los siglos. Los sentimientos se volvieron tan favorables a Pericles que en torno al año 443 los votos condenaron al ostracismo a su rival político Tucídides, hijo de Melesias.

En cuanto a influencia política, Pericles se había convertido indiscutiblemente en el principal hombre de Atenas. Durante quince años seguidos fue elegido miembro del consejo de generales. En una democracia radical que ponía el acento en el tiempo restringido de los mandatos y en la amplia participación en el funcionariado público del

mayor número posible de ciudadanos, su tanda de éxitos electorales atestiguaba su prestigio y su estatus inapelables en la política interior. La situación internacional se había estabilizado —o eso era lo esperable— algunos años antes del ostracismo. En el 446/5 atenienses y espartanos acordaron otro tratado de paz, esta vez por un período de treinta años. Ambas partes juraron ante los dioses, poniéndolos por testigos de la sinceridad de sus promesas de sumisión a los términos del acuerdo. Las tensiones y los gastos militares de años anteriores habían convencido a unos y a otros de su incapacidad para imponerse fácilmente al contrario, por lo que decidieron poner fin a las pérdidas para prevenir más pérdidas infructuosas de hombres y recursos. Los atenienses accedieron a retirar a sus soldados de la isla de Eubea, renunciando al control de las zonas del norte del Peloponeso y sacando a su guarnición del puerto occidental de Mégara. Por lo demás, conservaron las posesiones y el control con que contaban, lo que significa que los espartanos reconocieron oficialmente el legítimo dominio de Atenas sobre sus aliados. Con vistas al futuro, lo más relevante es que el tratado especificaba formalmente que cualquier conflicto entre los dos estados firmantes debía someterse a arbitraje, de modo que los asuntos pudieran dirimirse sin lanzarse a una guerra.

Aquel tratado de larga duración alimentó la hoguera de insatisfacción que había prendido entre algunos aliados de la Liga Délica. Su queja consistía en que, con los persas relegados al Mediterráneo oriental y el juramento de los espartanos de no hacer la guerra contra los aliados, dejaba de existir un motivo importante para seguir contribuyendo económicamente a una defensa excesivamente vigilante. Los atenienses, por su parte, compartían el argumento de Pericles acerca de las finanzas de la Liga: las cuotas anuales de los aliados tenían que dedicarse al objetivo previsto de protegerse del imperio persa; un objetivo que debían cumplir todos los miembros, obligados a saldar una deuda de honor contraída bajo juramento y para siempre. Puede que Pericles y sus conciudadanos, exasperados por las quejas de sus aliados, recordaran la fábula de Esopo a la que en cierta ocasión había recurrido Temístocles para lamentarse de la ingratitud de la gente. Un día —decía la fábula—, dos viajeros exhaustos que caminaban en medio de un calor abrasador se tomaron un respiro a la sombra de un plátano; mientras reposaban cómodamente protegidos del sol, comentaron lo inútil que era un árbol que no daba fruto. A lo que el árbol (porque en las fábulas de Esopo los animales y las plantas solían hablar en griego) replicó: «¡Hombres ingratos! ¿Os atrevéis a insultarme justo cuando disfrutáis de los beneficios de mi sombra?» (Plutarco, *Temístocles* 18; Esopo, *Fábulas* nº 82).

El grado inapelable de ascendencia política sobre la democracia ateniense de que disponía Pericles en aquella época era una inspiración para los autores de obras cómicas que lo satirizaban por cualquier motivo, pero especialmente por haberse vuelto tan dominante como un dios o tan tiránico como Pisístrato. Así lo calificó Cratino, quien lo llamó «el Zeus de cabeza acebollada», aludiendo a la forma de bulbo del cráneo de Pericles—ver pág. 2 PDF—, del que, según dice Plutarco (*Pericles* 3 y 13), se burlaban los comediógrafos repetidamente. Teleclides, que comenzó a competir por esas fechas en los festivales cómicos, lo acribilló a críticas en una comedia que no se ha conservado,

diciendo que «los atenienses habían puesto en sus manos los tributos (*phoros*) de las ciudades [de la Liga] y las propias ciudades, para atar unas y liberar otras, murallas de piedra, unas para construirlas y otras, en cambio, para demolerlas, tratados, poder, fuerza, paz, riqueza y felicidad» (*Pericles* 16). ¿Qué otra cosa podía estar sugiriendo sino que todo ese poder equivalía a un grado de control ejercido por un único hombre que no casaba en absoluto con la democracia?

Los miembros descontentos de la Liga, naturalmente, se oponían con rotundidad al argumento de que debían seguir observando los términos del acuerdo original aunque la situación internacional hubiese variado y Persia se hallara confinada a la región oriental del Mediterráneo. Al mismo tiempo, los documentos históricos parecen confirmar que Pericles —junto con una mayoría de atenienses— se aferraba a la idea de que había que mantener el acuerdo. Por eso no puede sorprendernos que en las fuentes antiguas conservadas no haya un solo indicio de que Pericles viera alguna razón, ni práctica ni ética, para cambiar la política de Atenas. Y, en caso de que la viera, lo más probable es que coincidiera con Arístides, el estadista cuya justicia le ganó tanta fama cuando Pericles era joven: su teoría era que un líder debía mantenerse incorruptible en lo personal, aunque a veces tuviera que prescindir de consideraciones de justicia para apoyar la política pública de su patria, incluido el liderazgo de la Liga Délica (Plutarco, *Arístides* 25). Esa visión de lo que debía ser un estadista no tardó en hacerse claramente visible en la conducta más controvertida que desplegó Atenas frente a un aliado a lo largo de la carrera de Pericles.

Mapa 6. Liga de Atenas y liga del Peloponeso (431 a.C.)
Propiedad de Cambridge University Press

9.
La responsabilidad de Pericles en la rebelión Samia y en la Guerra del Peloponeso

El reto más grave que afrontaron tanto el liderazgo de Pericles como la unidad de la Liga Délica surgió en el año 441 a raíz de una disputa con la ciudad estado de la isla de Samos, uno de los pocos miembros de la alianza que seguían conservando una armada propia potente. El acalorado conflicto que la posesión de un territorio cercano había desatado entre los samios y sus vecinos de la ciudad estado de Mileto, situada en el continente y miembro también de la Liga, había llegado a un punto muerto. Cuando los atenienses ordenaron a los dos contrincantes aliados que se sometieran al arbitraje, ambos se negaron. Dado que Atenas lideraba la Liga, quizá fue Pericles quien propuso la medida aprobada por los atenienses de reaccionar con contundencia instaurando un nuevo gobierno democrático en Samos. Tal vez recordaba la traición de los generales samios que, cincuenta años antes, llegaron a un acuerdo con el rey persa Darío para salvar a su ciudad estado de lo que temían fuese su destrucción y desertaron de la alianza jonia en plena batalla de Lade. Entonces se les impuso una sanción de 80 talentos y cien ciudadanos fueron trasladados como rehenes diplomáticos a una fortificación ateniense en la isla de Lemnos. En su línea habitual de incorruptibilidad manifiesta, Pericles rechazó el cuantioso soborno que le ofrecieron unos cuantos potentados samios y el gobernador de Persia a cambio de suavizar las condiciones.

Al año siguiente, la disputa detonó una crisis que devolvió a Persia el estatus de amenaza activa contra los estados miembros de la Liga Délica cuando los rebeldes samios se aliaron con el gobernador persa del oeste de Anatolia. Con la lluvia de dinero recibida de este, contrataron mercenarios y acabaron violentamente con la democracia aliada de Atenas recién instaurada. Los samios contrarios a Atenas liberaron a los rehenes y capturaron a algunos ciudadanos tan griegos como ellos para entregárselos a su financiador persa. A continuación la ciudad estado de Bizancio se unió a la rebelión de los samios en contra de la Liga.

Con el fin de afrontar la grave crisis que amenazaba la unidad de la Liga y la seguridad de sus conciudadanos capturados como rehenes, Pericles recibió el encargo de mandar un contingente de naves de guerra atenienses apoyadas por las flotas de Quíos y de Lesbos, otras dos islas aliadas que —al igual que Samos— aún conservaban sus barcos, y que —al revés que los rebeldes samios— permanecían leales a su juramento de

fidelidad a la Liga. Algunas de esas naves fueron enviadas a interceptar los trirremes persas que, según la información recibida, se dirigían a Samos desde el extremo oriental del Mediterráneo. Las tácticas de Pericles lograron primero por tierra y luego por mar la derrota de los rebeldes, que se refugiaron dentro de las murallas de Samos. Pericles ordenó entonces sitiar la ciudad y bloquear el puerto con barcos patrulla. Acto seguido la infantería de la Liga y los ingenieros recibieron la orden de presionar a los samios asediados con ayuda de una nueva tecnología que incluía catapultas capaces de derribar muros y torres de piedra. Por último, Pericles tomó un buen número de barcos de la flota de bloqueo para marchar contra los persas que se acercaban desde Chipre.

Pericles se equivocó al suponer que no había peligro si reducía la flota que dejaba allí, porque los samios derrotaron a los que quedaron a cargo del bloqueo; así que se vio obligado a renunciar a la expedición planeada y regresó a Samos junto con sus naves para reorganizar el bloqueo que confinaba a los rebeldes. Esta vez Pericles no cayó en el mismo error y optó por mantener las tácticas pasivas del asedio, impidiendo la muerte de algunos ciudadanos atenienses que empezaron a reclamar a gritos venganza por la anterior derrota mientras se lanzaban temerariamente a escalar las murallas de la ciudad. La hostilidad de esta guerra entre antiguos aliados se emponzoñó tanto que unos y otros marcaron con hierros al rojo vivo a los prisioneros de guerra capturados. En 439, tras meses de privaciones que no dejaron de aumentar, los rebeldes se rindieron. Los términos del castigo fueron muy duros, más duros incluso que los impuestos en el pasado a los miembros de la Liga que rompieron su juramento y trataron de abandonar la alianza unilateralmente: las murallas de Samos fueron derribadas, su flota confiscada y sus líderes crucificados; capturaron a rehenes diplomáticos y se les obligó a hacer cuantiosos pagos para recuperar las pérdidas que la guerra había ocasionado a la alianza.

¿Se hizo responsable a Pericles de los horrores derivados del desarrollo y los resultados de la rebelión samia? Es difícil determinar con certeza cuál fue la reacción mayoritaria de Atenas ante este sangriento episodio y el humillante castigo de los rebeldes samios. Uno de los generales mandados por Pericles y elegidos para tomar parte en esa guerra fue Sófocles, el famoso autor de tragedias, quien, como la mayoría de los artistas atenienses, desempeñó también cargos públicos. Como miembro del consejo de funcionarios superiores, había supervisado unos años antes la recaudación de las contribuciones de la Liga Délica. Se dice que, mientras se hallaba en Samos, Pericles le recriminó por prestar más atención a un apuesto adolescente que a sus deberes militares. Aunque la anécdota no prueba que Sófocles no apoyase al bando ateniense en la guerra, algunos especialistas modernos sugieren que su famosa *Antígona*, probablemente escrita en esas fechas, era una crítica indirecta al liderazgo de Pericles. La heroína, Antígona, se enfrenta a Creonte, a quien el autor hace «general» *(strategos*) de Tebas, un cargo equivalente en la ficción al que Pericles (y el resto de sus colegas) ocupaban en Atenas. Antígona acusa a Creonte con acritud de tomar decisiones que su vehemente condena califica de extraordinariamente rígidas. Le hace culpable de poner por encima la razón política con su castigo a los ciudadanos desleales y de ignorar unas leyes eternas no escritas y recibidas de los dioses con su negativa a dar sepultura a los rebeldes muertos.

El trágico y célebre relato de esa furibunda confrontación de género y sucesivos suicidios familiares expone lo bueno y lo malo tanto de Antígona, que acaba perdiendo la vida, como de Creonte, que continúa viviendo sumido en la desesperación. De hecho, la tragedia no ofrece una solución sencilla a los intereses contrapuestos y a veces incompatibles de la tradición sancionada por los dioses, las relaciones familiares, las diferencias de autoridad entre los hombres y las mujeres en la vida pública griega y la necesidad de unas políticas de estado. De ahí que resulte verosímil suponer que la reacción de los atenienses ante los inquietantes acontecimientos de la rebelión samia fuese un sentimiento ambiguo, cuando no profundamente angustioso, respecto al acierto o el desacierto de la situación. Responsabilizar a Pericles de esos sentimientos encontrados estaría en consonancia con la tendencia de la democracia ateniense a culpar a sus líderes y consejeros de cualquier política que no conllevase un éxito abrumador.

Quienes sí apuntaron directamente a Pericles al abordar las consecuencias de la rebelión samia fueron los autores de comedias. (Como tantas otras veces, no se han conservado los textos originales, por lo que no nos queda más remedio que especular basándonos en menciones posteriores). Sus obras se burlaban de Pericles, acusándolo de haber apoyado la guerra contra Samos para complacer a Aspasia, cuyo original nombre griego significaba algo parecido a «bienvenida». Como Aspasia era originaria de Mileto, decían que Pericles había puesto a su amante por delante de los intereses de Atenas al apoyar a su patria en la disputa con Samos. La relación entre Aspasia y Pericles se inició en algún momento de la década de los 40. Autores posteriores como Platón y Jenofonte aseguran que se trataba de una mujer admirable cuyos argumentos, retórica y opiniones eran tan clarividentes que Sócrates solía visitarla para conversar con ella de política y de ética; y afirman también que era la autora de los discursos de Pericles. Es imposible desentrañar la verdad oculta tras los relatos que hablan de su labor como maestra, pero las fuentes antiguas transmiten una opinión unánime: para Pericles Aspasia fue el amor de su vida; y la amaba tanto por su inteligencia como por su atractivo físico.

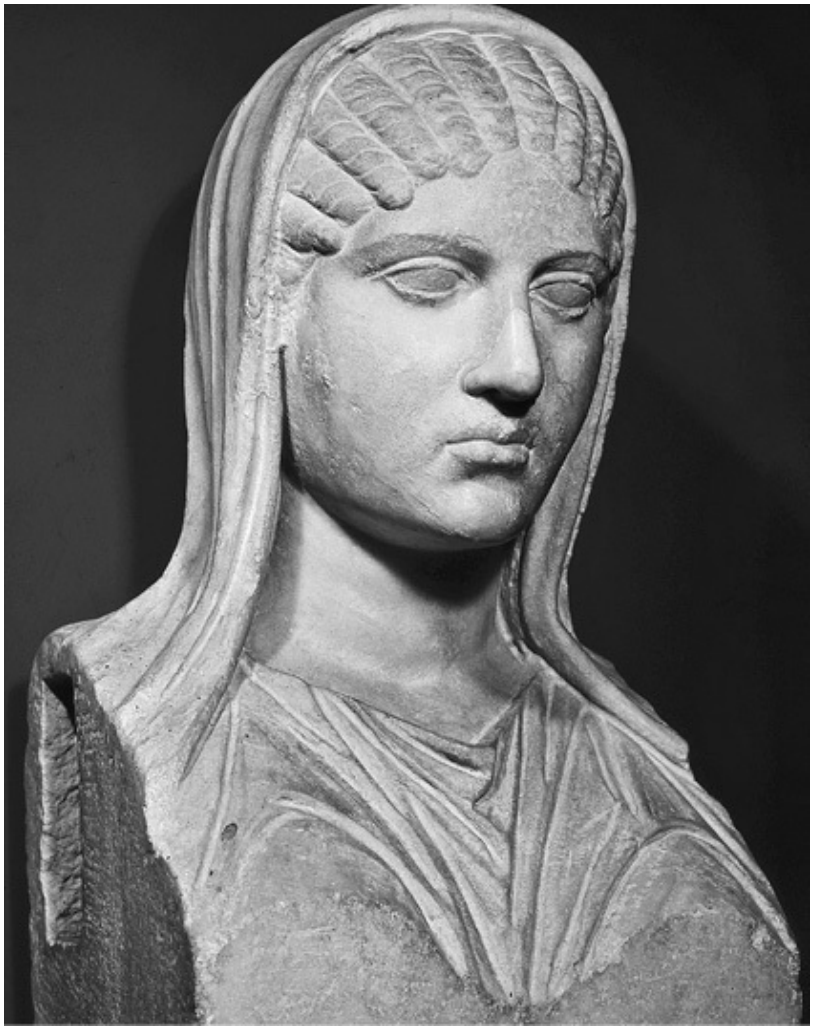


Figura 19. Busto en piedra de Aspasia. Album / Art Resource, NY.

Los versos de las comedias representadas en Atenas se burlaban de una relación que calificaban de abiertamente apasionada, por no decir erótica. Aquel líder político cuya reserva y prudencia eran de todos conocidas y que ejercía un control tan estricto sobre su comportamiento aparecía ridiculizado en el escenario besando a su amante cada vez que entraba y salía de casa. También se burlaban de Aspasia y del burdel que dirigía, donde se formaban prostitutas selectas (una acusación muy poco verosímil tratándose de la mujer con quien Pericles eligió convivir después de su fracaso matrimonial). Los autores cómicos fueron feroces con Aspasia: en una de las obras de Eupolis se la califica abiertamente de «puta», una ofensa a la que Cratino añade intensidad llamándola «concubina de ojos de perro» (Plutarco, *Pericles* 24). Esta clase de insultos resultaban especialmente dolorosos, porque Aspasia y Pericles tenían un hijo ilegítimo para quien eligieron el nombre de su padre y no el de su abuelo materno. Se solía comentar con ironía que a Pericles el joven, nacido de madre extranjera en torno a 440, le había negado la ciudadanía ateniense la ley aprobada por su propio padre en el año 451.

El amor que lo unía a Aspasia no sirvió para suavizar su tormentosa relación con los dos hijos legítimos de su matrimonio. Pericles sacaba de quicio a sus hijos

imponiéndoles un presupuesto familiar en el que los límites establecidos a sus gastos les impedían disfrutar de cualquier lujo, ni siquiera cuando aumentaban los ingresos; además, un esclavo llamado irónicamente «Evángelo» tenía el encargo de vigilar el cumplimiento de las normas económicas de la casa. Se decía, no obstante, que la conducta del primogénito, Jantipo, era —como ocurre a menudo con los hijos de familias ricas e ilustres— libertina y derrochadora. Está claro que, en su caso, la reconocida habilidad de Pericles para convencer a los ciudadanos de una toma de decisiones razonada no surtía demasiado efecto. Desesperado por la falta de fondos, Jantipo pidió prestada a un amigo de su padre una cantidad de dinero considerable con la falsa excusa de que estaba destinada a Pericles. Cuando el amigo se lo reclamó, Pericles emprendió acciones legales contra Jantipo para obligarle a pagar ese dinero. El hijo se vengó burlándose de las interminables horas que invertía su padre en absurdas discusiones abstractas con los sofistas. Estaba tan indignado que llegó a acusarlo de seducir a su nuera. En otras palabras, la dicha de su relación con Aspasia no se trasladó a su vida familiar, como no logró tampoco detener los crueles rumores sobre la pareja difundidos públicamente por sus rivales políticos.

La prueba más asombrosa del conflicto político en Atenas en la época de la guerra samia (si pudiéramos estar seguros de que es verdad, porque las evidencias antiguas son motivo de polémica) sería la información que ofrecen algunas fuentes de que la sátira contra Pericles (y contra otros líderes) se volvió tan insultante en lo personal y tan explosiva en lo político que es posible que la asamblea ateniense aprobara la prohibición de «ridiculizar en escena a las personas llamándolas por su nombre» (comentario a Aristófanes, *Los acarnienses* v. 67 = Fornara, *Translated Documents* nº 111; *Las aves* v. 1297). Es indiscutible que los atenienses se enorgullecían de la libertad de expresión (*parresia* o «decirlo todo») de la vida cívica y, aunque la calumnia y la blasfemia se consideraban infracciones legales, el grado de libertad de expresión de que disfrutaban por tradición rivaliza con el de muchas culturas modernas, si es que no lo supera. Aparentemente, la comedia en particular contaba con cierto margen para ofender a los personajes públicos en los escenarios. Si es cierto que los atenienses aprobaron esta limitación de la libertad de expresión (y, de ser así, lo hicieron solo temporalmente), fue seguramente porque la atmósfera política ateniense se había vuelto tan alarmante como el odio entre los atenienses y los rebeldes samios.

El siguiente relato constituye un índice de la acritud que caracterizaba por entonces a los adversarios de Pericles: Elpinice —quien, pese a su avanzada edad, seguía siendo la inagotable agitadora de la familia de Cimón— censuró públicamente al antiguo rival de su hermano desaparecido cuando, en respuesta al discurso de Pericles en memoria de los atenienses que habían perdido la vida en la guerra contra Samos, una mujer lo coronó con una guirnalda. Era costumbre que los ciudadanos encargaran cada año al orador más prestigioso de la época pronunciar un discurso fúnebre por los caídos en la guerra y el de Pericles fue uno de sus grandes éxitos oratorios. Como ya hemos apuntado, en él equiparaba el recuerdo eterno de la ciudad a esos hombres con la inmortalidad de los dioses y la pérdida de tantos jóvenes con la huida de la primavera. La respuesta de la

hermana de Cimón, por su parte, fue agriamente sarcástica: «Estos hechos son admirables y dignos de coronas, oh Pericles, tú que nos llevaste a la muerte a muchos y nobles ciudadanos, no en combate con los fenicios ni con los medos, como mi hermano Cimón, sino conquistando una ciudad aliada y de nuestra misma raza». A lo que Pericles, esbozando una sonrisa, le replicó con el verso de un poema que insinuaba que Elpinice estaba extralimitándose: «No deberías ungirte con perfumes siendo vieja» (Plutarco, *Pericles* 28).

Si realmente se impuso la censura en las comedias, las restricciones se levantaron en 437, quizá en un intento de calmar los ánimos devolviendo la expectativa de libertad de expresión tradicional en los escenarios. Ese mismo año, un joven aliado político de Pericles, Hagnón, dirigió una campaña cuya misión consistía en fundar una colonia formada por atenienses y otros voluntarios en Anfípolis, cerca del río Estrimón, en la frontera norte de Grecia con Tracia. La región, muy apreciada por su madera y sus metales preciosos, estaba expuesta a las incursiones letales de los tracios, como la que había barrido del mapa a 10.000 atenienses que en otra ocasión habían intentado establecer una colonia en Anfípolis. El apoyo prestado por Pericles a esta arriesgada misión —que esta vez sí logró su objetivo— es un indicio de que, por muchas críticas que le lanzaran sus adversarios, continuaba totalmente comprometido con unas políticas dirigidas a proteger a Atenas y a reforzar su poder internacional.

Transcurrido aproximadamente un año, Pericles volvió a hacer patente ese compromiso al obtener la aprobación de la asamblea para dirigir una importante expedición naval al Mar Negro, de donde se importaba una cantidad considerable de grano, por lo que el acceso a sus costas era decisivo para la supervivencia de Atenas. Dado que la importante derrota sufrida en Egipto en los años 50 había complicado la importación de alimentos desde esa región, era necesario que la zona norte del Mar Negro permaneciera abierta a las naves de transporte atenienses. Pericles dio muestras de conocer la trascendencia de esa necesidad embarcándose en una empresa diplomática para reforzar las relaciones de Atenas tanto con las colonias griegas como con las comunidades indígenas de la región. De hecho, llegó a desprenderse de una parte de su flota para acudir en ayuda de una ciudad estado griega del sur del Mar Negro y derrocar a su tirano. Luego convenció a la asamblea para que autorizara el envío de una tropa de 600 voluntarios en ayuda del nuevo gobierno afín a Atenas: el nombre que recibió la colonia —Pireo— hacía patente su conexión con los atenienses, al tiempo que indicaba que la supervivencia de Atenas dependía de un puerto cuya área de seguridad se extendiera hasta el lejano Mar Negro.

Pericles sabía que era más importante que nunca hacer todo lo posible para conservar el poder de Atenas: pese a la paz acordada en 446/5, las relaciones con Esparta se estaban deteriorando. Tanto los aliados de Esparta como los que podían serlo se quejaron repetidamente de que Atenas pisoteaba sus intereses y pidieron una respuesta militar espartana, es decir, atacar de frente a Atenas y a sus aliados. Pericles insistió una y otra vez ante sus conciudadanos en la guerra que veía cernirse sobre ellos. Con el fin de dar más tiempo a los atenienses a prepararse militar y psicológicamente, a mediados de los

30 estuvo sobornando a los líderes de Esparta enviándoles diez talentos anuales destinados a retrasar lo que parecía un ataque inevitable. Las lecciones del pasado le habían enseñado lo vulnerables que eran los espartanos al dinero. En Atenas sus adversarios políticos redoblaron sus esfuerzos para arrebatarle su estatus de asesor más sólido del pueblo. No ha quedado constancia de los motivos que les llevaron a desestabilizar a Pericles en el mismo momento en que los asuntos internacionales tomaban un cariz cada más peligroso. ¿Era, sencillamente, que envidiaban su popularidad? ¿Creían que sus políticas beneficiaban excesivamente a los ciudadanos más pobres en detrimento de los más ricos? ¿Querían la reconciliación con los espartanos?

Aunque no existen pruebas de ello, es probable que fuera una mezcla de sentimientos como estos lo que motivó la persecución —tan conocida como escasamente documentada— que sufrieron los amigos de Pericles en el tenso entorno de la política ateniense de mediados y finales de la década de los 30. Al parecer, tanto Fidias como Aspasia y Anaxágoras recibieron graves acusaciones y fueron procesados. (Los historiadores discrepan enérgicamente en cuanto a las fechas, las consecuencias y, en algunos casos, la veracidad histórica de esos juicios). El objetivo de dichas acusaciones era arrojar sospechas sobre Pericles, dada la relación que lo unía a los procesados. En los juicios entablados ante los tribunales atenienses —a diferencia del procedimiento admitido por la legislación contemporánea norteamericana—, el carácter, la historia previa y la vida personal del demandado eran temas muy relevantes, si no imprescindibles, por lo que en sus discursos los acusadores podían mencionar sin reparos el nombre de Pericles y su presunta connivencia con el acusado.

En el caso de Fidias, la acusación alegó que había engañado al pueblo empleando para la estatua de Atenas del Partenón menos oro del aportado por la ciudad estado. A esta acusación añadieron la de sacrilegio por haber esculpido de manera encubierta un rostro parecido al suyo entre los personajes representados en el escudo de la diosa, lo cual implicaba también a Pericles, ya que Fidias había utilizado la misma artimaña para incluir también el de su amigo (ver pág. 176 PDF). En defensa de Fidias, Pericles pidió al tribunal que se despojara a la estatua de Atenea de los elementos de oro para pesarlos —él mismo había aconsejado a Fidias que los hiciera móviles en previsión de que pudiera producirse una calumnia de ese tipo —. Una vez demostrado que no había engaño en el peso del metal precioso, la acusación de robo se vino abajo. Sigue sin estar claro si se absolvió o se condenó a Fidias por otros cargos. Quizá abandonó Atenas para huir de la posibilidad de un castigo. En cualquier caso, las pruebas encontradas por los arqueólogos modernos demuestran que no murió en la prisión de Atenas, como recoge alguna fuente antigua, sino que lo contrataron en Olimpia para realizar una estatua gigantesca de Zeus destinada al templo principal del santuario, donde se ha desenterrado una jarra de su taller que lleva su nombre. Fuese cual fuese el resultado del juicio contra Fidias, era la primera vez que Pericles se veía involucrado (aun de forma indirecta y sin una base sólida) en una acusación de corrupción financiera.

Se sabe que también Aspasia fue procesada por impiedad, un delito que podía merecer la muerte. Parece ser que su acusador fue el comediógrafo Hermipo, cuyas obras están

repletas de ataques verbales a Pericles. Según la legislación ateniense, el delito imputado a su amante puede inscribirse dentro de la acusación de «no rendir el culto adecuado a los dioses». Aunque los delitos calificados de impiedad no aparecían especificados en la ley, eran de suma gravedad, porque —como hemos dicho— muchos creían que el castigo de los dioses recaería sobre toda ciudad estado que acogiera a un solo impío. Al parecer, la acusación de impiedad se concretó en que Aspasia, la dueña extranjera de un burdel, había facilitado que Pericles mantuviera relaciones sexuales con mujeres libres en santuarios religiosos. Pericles convenció al jurado de la absolución de su amante con un discurso aparentemente único en su historia como orador: hizo un emotivo llamamiento al jurado mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Esa era, de hecho, la respuesta que se esperaba de él: en los casos judiciales importantes se suponía que los oradores de la defensa expresaban de manera patente sus sentimientos para convencer al jurado de la veracidad de lo que estaba oyendo. De ahí que, en esta ocasión, sus lágrimas se ajustaran a los estándares atenienses, aunque hasta entonces nunca se hubiera permitido exhibir sus emociones en público. Podemos suponer que Pericles era consciente de que no existían pruebas evidentes para desmontar la acusación y que lo que estaba en juego era la vida de Aspasia. El hecho de que se comportara de un modo —en su caso— excepcional demuestra lo mucho que le importaba Aspasia y el profundo impacto recibido de los ataques de sus enemigos.

La presión que sufría Pericles fue en aumento a raíz de la acusación formulada contra un tercer amigo suyo, el pensador y filósofo Anaxágoras. Un ateniense con un nombre sugerente, Diopites («obediente a los dioses»), había conseguido de la asamblea la aprobación de una ley que proscribía a cualquiera cuyas enseñanzas trataran de los fenómenos celestes y no observara las tradiciones concernientes a los dioses: una ley cuyo objetivo evidente era el controvertido pensador Anaxágoras, que había definido el sol como una roca en llamas e identificado la «Inteligencia» con la fuerza motriz del universo. Las pruebas conservadas en torno al juicio de Anaxágoras son tan confusas que se desconoce qué le ocurrió exactamente, pero al parecer había mucha gente convencida de que las estrechas relaciones de su principal líder con aquel intelectual extranjero supuestamente impío entrañaban un peligro para la ciudad estado.

La campaña para debilitar la supremacía política de Pericles se volvió directa cuando el prestigioso político Dracóntides (otro nombre relevante que quizá significaba «hijo de serpiente») logró que se aprobara un decreto exigiéndole que justificara las cuentas del costoso contrato para la construcción de la estatua de mármol y marfil de Atenea Partenos. El juicio se consideraba tan especial que los votos que emplearon los jurados se depositaron previamente sobre el altar de Atenea en la acrópolis para hacerlos sagrados. La grave amenaza que representaba aquel caso en el que se mezclaban lo religioso y lo económico inquietó mucho a Pericles En medio de la tormenta desatada en el clima político de Atenas, su fama de incorruptibilidad financiera podía no ser suficiente para salvarle; y ese temor se vio claramente reflejado en su comportamiento. De hecho, hubo un momento en que su preocupación se hizo tan evidente que Alcibíades, su tutelado, se lo encontró sentado en su casa sumido en la desesperación y

buscando el modo de presentar una contabilidad de los gastos suficientemente documentada; en realidad, lo que debía hacer —fue el comentario del díscolo joven— era planear cómo evitar dar explicaciones. La situación acabó suavizándose un poco cuando Hagnón, partidario de Pericles y dueño de un considerable prestigio militar, fue capaz de convencer a la asamblea de que remitiera el caso a los tribunales normales habitualmente encargados de los fraudes económicos y desligados de los delitos religiosos.

Recurriendo una vez más al lastimero mantra de la antigua historia de Grecia, las fuentes no muestran claramente el resultado de este dramático episodio. Casi con certeza, Pericles logró librarse de la condena, pero no sin que su prestigio, así como su sentimiento de seguridad personal, acabasen resintiéndose. Conocía de primera mano el dolor motivado por el ostracismo de su padre, por no hablar de los exilios forzosos de otros líderes ilustres que había contemplado a lo largo de su vida. Sabía que hasta el general más prestigioso podía ser depuesto de su cargo y castigado en cualquier momento, y que, dada la incendiaria situación del momento, esa dura realidad le concernía especialmente a él. No nos equivocamos si lo imaginamos irritado por los sucesos que había suscitado la encendida rivalidad política de Atenas y angustiado por su probable futuro.

Esta conciencia de la traicionera inseguridad del liderazgo en la democracia ateniense ayuda a explicar la insistencia de las fuentes antiguas en que el torbellino de problemas que afectaban a la vida pública y privada de Pericles lo llevó a arrastrar a Atenas a la guerra del Peloponeso (431-404). Las acusaciones apuntan a que no impulsó la guerra porque era lo que más le convenía a Atenas dadas las circunstancias, sino porque necesitaba desviar la atención de los ciudadanos de los delitos imputados a sus amigos más íntimos y de las presuntas infracciones que él mismo había cometido. ¿Fue responsable Pericles del desencadenamiento de la guerra del Peloponeso? La acusación de que el motivo fundamental de la guerra fue la autoprotección de Pericles constituye el tema esencial de cualquier análisis de su carrera pública, ya que para Atenas el resultado de la guerra del Peloponeso fue una tremenda derrota y, tras ella, una sangrienta guerra civil.

La información más detallada que se conserva acerca de los acontecimientos iniciales de aquel fatídico conflicto y de su evolución en tiempos de Pericles es la que proporciona Tucídides en los libros I y II, 1-65 de su *Historia*, donde incluye algunos discursos que pone en boca de Pericles. El análisis de la sintaxis extremadamente compleja de los textos originales indica que las versiones de Tucídides no pueden ser transcripciones estrictamente literales de las palabras pronunciadas por Pericles en intervenciones que debían ser inteligibles para los miles de personas que se reunían en espacios abiertos. Aun así, creo que podemos confiar en el historiador (I, 22) cuando aclara que los discursos que incluye en su narración mantienen la mayor fidelidad posible al razonamiento fundado en los conocimientos propio del orador (es decir, a la *gnome* del orador: la misma palabra en la que Tucídides hace insistir a Pericles cuando se refiere a su visión de las cosas). A mi juicio, Tucídides nos ha dejado la versión más

fidedigna de la esencia de los consejos dirigidos por Pericles a los atenienses en ese periodo de tantas tensiones.

Como es sabido, Tucídides afirma (I, 23) que, en su opinión, la causa última de la guerra del Peloponeso fue el miedo que los atenienses inspiraban a los espartanos; o lo que es lo mismo: el fortalecimiento del poder ateniense —eso que Pericles y (para ser justos) también la mayoría de sus conciudadanos consideraban la salvación de Atenas— atemorizó tanto a Esparta que era necesario que la hostilidad incubada durante tanto tiempo entre las dos ciudades estado estallase en una guerra abierta e inevitable. La palabra que emplea el historiador para indicar «necesidad», *anangké*, alude a una fuerza cósmica generadora de la guerra, lo que eleva el motivo a la categoría de verdad abstracta de la existencia humana.

No obstante, las razones inmediatas que provocaron el estallido del conflicto fueron las disputas entre Atenas y los aliados de Esparta y, en concreto, entre corintios y megarenses. Corinto se hallaba envuelta en una violenta discusión con Córcira, fundada en sus orígenes por los propios corintios en una extensa isla próxima a la costa noroeste de Grecia. La pelea entre los dos antiguos aliados giraba en torno a una ciudad estado del continente situada frente a Córcira. Tanto corcireos como corintios contaban con importantes flotas y unos y otros acudieron a Atenas pidiendo ayuda. Los corcireos adujeron que, en una guerra con Esparta que se preveía segura, la alianza reportaría a Atenas el respaldo de la segunda flota más poderosa; los corintios argumentaron que Atenas debía devolver la ayuda que había recibido de ellos en las guerras contra Egina y Samos. La asamblea ateniense se decantó por lo que más convenía a sus intereses: apoyar a Córcira, un enclave esencial en la ruta marítima hacia las ricas tierras del sur de Italia y Sicilia.

En el año 433 los atenienses enviaron sus trirremes a Córcira, donde —frustrando los objetivos de la asamblea que había dado orden del envío— sus naves se vieron inmersas en una batalla naval contra la flota corintia cuya victoria reclamaron ambas partes. Tucídides no menciona ningún papel de Pericles en este asunto, pero Plutarco (*Pericles* 29) señala que fue él quien convenció a la asamblea de enviar una flota inicial de diez naves al mando de las cuales se hallaba el hijo de Cimón conocido como «el Espartano», hacia quien aún experimentaba sentimientos hostiles, pese a que su antiguo rival llevaba muerto cerca de dos décadas. Las críticas que recibió una expedición tan insignificante obligaron a Pericles a proponer el envío de un contingente suplementario. Esta anécdota, que atribuye a Pericles un motivo poco coherente con su conducta de líder, sí confirma al menos la intensa desunión política que imperaba en Atenas.

Las relaciones internacionales no tardaron en volverse aún más tensas —si es que tal cosa era posible— cuando los atenienses ordenaron a la colonia corintia de Potidea, una aliada de Atenas situada al nordeste de Grecia, romper los lazos con su ciudad madre peloponesia: una orden que enfureció a los corintios. La situación en un área tan crítica como aquella se deterioró aún más después de que Atenas se aliara con los enemigos del rey de Macedonia, su antiguo socio. Este respondió con la petición de un ataque espartano contra los atenienses, a la que se sumaron los potideos. Los espartanos

accedieron a dar ese último paso y romper el tratado de paz de 446/5 si estallaba la guerra en el norte: y esa condición adicional se hizo realidad cuando los atenienses enviaron un contingente naval al norte para obligar a sus aliados a cumplir las órdenes recibidas.

En el año 432 los aliados de Esparta se reunieron para abordar la crisis inminente. En el discurso de los corintios que nos ofrece Tucídides estos presionan con vehemencia a los espartanos para que tomen medidas contra Atenas y concluyen con la amenaza velada de pasarse al bando ateniense si Esparta sigue demorando la cuestión (I, 68-71). Esta contingencia solo pudo motivar el pánico de los espartanos, porque sin la ayuda de Corinto no tenían posibilidad alguna de imponerse a Atenas. Algunos emisarios atenienses casualmente presentes en Esparta respondieron con una enérgica defensa de las políticas de su ciudad estado (I, 73-78). Cándidamente, explicaron que lo que había llevado a los atenienses a dominar a sus aliados eran —como a cualquier ser humano— el temor, el honor y la conveniencia; y que, de hecho, la conducta de su gobierno había sido más justa de lo habitual en los estados líderes. Por jactanciosa que parezca, la justificación que ofrece Tucídides podría ser un fiel reflejo de lo que pensaba la mayoría de los atenienses de la época. Los representantes de Atenas añadieron que no estaban dispuestos a renunciar a su posición dominante porque sabían que los espartanos, movidos por el odio, aprovecharían cualquier debilidad. Y concluyeron ciñéndose a los términos del tratado: ofrecieron acudir al arbitraje para zanjar las disputas. Arquídamo, uno de los dos reyes espartanos, pidió precaución a sus conciudadanos y apoyó el proceso de arbitraje para evitar la guerra. Pero los espartanos, con los ánimos encendidos tras el beligerante discurso de Estenelaidas —uno de sus funcionarios superiores electos llamados éforos (que significa «el que supervisa»)—, votaron en masa a favor de atacar a Atenas, hubiese o no tratado de paz por medio.

Los espartanos, como de costumbre, no pasaron directamente a la acción. En 431 convocaron otra reunión con sus aliados, esta vez sin la presencia de atenienses en la ciudad. Los corintios dijeron que la guerra era imprescindible si querían evitar que Grecia acabase siendo esclava de Atenas: una misión de salvación nacional que les garantizaría el apoyo divino al margen de las condiciones del tratado (I, 120-124). Fue entonces cuando los espartanos decidieron preparar la invasión del territorio ateniense. Para hacer ver que Atenas no contaba con el favor de los dioses y para debilitar la influencia de Pericles y facilitar más tiempo a la organización de la campaña militar, enviaron emisarios a los atenienses ordenándoles acabar con la maldición que seguía relacionando a los Alcmeónidas con los asesinatos de quienes doscientos años atrás habían conspirado con Cilón. Después de las lecciones aprendidas de sus familiares, Pericles no necesitaba que le recordaran los posibles efectos de aquella antigua mancha en la imaginación popular. La asamblea ateniense apoyó a Pericles y les devolvió la pelota exigiéndoles que limpiaran su territorio de las maldiciones que pesaban sobre él desde las sacrílegas ejecuciones de los suplicantes ilotas y del traidor general Pausanias de hacía unas décadas. El intento espartano de socavar la influencia de Pericles no hizo sino reforzar las numerosas lecciones recibidas en su infancia acerca de la necesidad de

no ceder nunca ante enemigos tan poco dignos de confianza. Pericles compartía la opinión enunciada de forma dramática por Andrómaca, la heroína de una devastadora tragedia de Eurípides que debió de representarse no mucho después de la muerte de Pericles: «¡Oh habitantes de Esparta, los más odiosos de los mortales para todos los hombres, pérfidos consejeros, señores de mentiras, maquinadores de desgracias!» (*Andrómaca* v. 445-447).

Poco después de la embajada que mencionaba la maldición Alcmeónida, los espartanos enviaron nuevos emisarios para anunciar a los atenienses los cambios concretos que debían introducir en su política exterior si querían evitar la guerra: levantar el sitio de Potidea, conceder la independencia a Egina y revocar el decreto que prohibía a los megarenses hacer negocios en el mercado de Atenas y de cualquier puerto de los miembros de la Liga Délica. Como señala Plutarco *(Pericles* 31), es imposible conocer las circunstancias que desembocaron en el llamado decreto de Mégara, pero sí sabemos que Pericles fue su principal impulsor. En un momento dado, dice el relato, Pericles afirmó ante uno de los representantes espartanos que una ley le prohibía retirar la tablilla oficial en la que estaba inscrito el decreto, a lo que el espartano replicó: «Pues entonces no destruyas la tablilla, sino dale la vuelta hacia dentro; pues no hay ley que prohíba esto» (*Pericles* 30). Negándose a ceder ni un ápice, Pericles convenció a la asamblea de enviar un heraldo a los megarenses con el anuncio de que habían cometido sacrilegio al apropiarse de parte del terreno del santuario de Eleusis, en la frontera con el territorio ateniense, y dar refugio a algunos esclavos huidos de Atenas. También logró persuadirla del envío de un segundo heraldo a los espartanos para informarles de la situación. Según los atenienses, los megarenses cometieron otro crimen religioso asesinando al heraldo enviado, cosa que estos negaron, acusando a Pericles de perseguirlos. En una comedia posterior de Aristófanes, *Los acarnienses* (v. 523-529), se afirma que la política de Pericles respondía a una venganza personal por una disputa económica surgida entre los megarenses y Aspasia a raíz del rapto de unas prostitutas. Aunque la ficción satírica de Aristófanes demuestra lo personalmente insultantes que podían llegar a ser los diálogos de las comedias atenienses, no existen evidencias de que contenga alguna verdad.

Pericles no cejó nunca en su empeño de poner trabas a los espartanos. El momento crítico se produjo cuando en el año 432/1 estos enviaron a Atenas a tres portavoces de alto rango para anunciar un ultimátum tan sencillo y tan radical como este: «Los lacedemonios quieren la paz con vosotros, la cual podéis gozar si dejáis a los griegos en libertad y que vivan según sus leyes» (Tucídides I, 139). Los atenienses se apresuraron a convocar una asamblea para tomar una decisión. Entre los oradores surgió un enérgico desacuerdo entre continuar la política de no hacer concesiones o bien revocar el decreto de Mégara para evitar la guerra. En este momento decisivo, Tucídides nos ofrece el primero de los tres complejos discursos de Pericles que transcribe en primera persona (I, 140-144; II, 35-46; y II, 60-64. En II, 13 se incluyen unas palabras en estilo indirecto).

Tucídides introduce el primero de esos discursos refiriéndose a Pericles como «a la sazón el hombre más principal de toda la ciudad y con más autoridad para decir y obrar» (1.139), una doble caracterización que recuerda la famosa descripción que hace Homero

de Aquiles, educado para ser «decidor de palabras y autor de hazañas» (*Ilíada* IX, 443). Pericles comienza afirmando que él siempre se sirve del mismo razonamiento basado en los conocimientos, en la misma *gnome*: no rendirse a los peloponesios. Aunque reconoce que a veces los acontecimientos se vuelven en contra de lo que la razón espera, insta a sus conciudadanos a adherirse a las decisiones de la asamblea. Los espartanos llevan mucho tiempo conspirando contra los atenienses e ignoran el arbitraje estipulado por el tratado para zanjar disputas. Por eso, ningún ateniense debe creer que, si se niegan a revocar el decreto de Mégara, irán a la guerra «por tan poca cosa». De hecho, una de las pruebas de su razonamiento consiste en la causa notoriamente pequeña de la guerra. No puede preocuparnos, dice, si la razón es grande o pequeña, porque si cedemos a un ultimátum pequeño pero injusto de un igual, nos deslizaremos por una pendiente que, a su vez, llevará a nuestros adversarios a regresar con exigencias cada vez mayores. Lo cual equivaldría, en definitiva, a la esclavitud (I, 140, 4 - 141, 1).

Pericles continúa detallando cuáles son sus razones para creer en la superioridad de los recursos de Atenas en un conflicto con los espartanos: estos cuentan con una base agrícola mucho más débil, explica; con escasa experiencia en la guerra naval; con una alianza cuya estructura de toma de decisiones es deficiente; con una tendencia a pasar a la acción con lentitud; y, sobre todo, con una cantidad limitada de dinero disponible para los gastos de una guerra. Luego prosigue exponiendo la estrategia que suscitará tanta controversia: los atenienses podremos imponernos si protegemos nuestro centro urbano como los habitantes de una isla y mantenemos nuestra supremacía en el mar. Es cierto que esta estrategia exige el alto coste de sacrificar las tierras y las casas de nuestras zonas rurales cuando nos invadan los espartanos. No obstante, bajo ninguna circunstancia podemos arriesgarnos a entablar una guerra terrestre contra la infantería más poderosa de la alianza peloponesia. Solo nos debe preocupar conservar a nuestros soldados, no nuestras propiedades. Después Pericles añade un detalle que pone de manifiesto lo tensa que se había vuelto la situación de la Liga Délica: debemos conservar nuestros recursos humanos, dice, porque no podremos seguir manejando a nuestros aliados si no contamos con hombres suficientes para oponernos a ellos.

Tucídides prosigue recogiendo el consejo de Pericles para, a continuación, criticar a los atenienses por no haberlo seguido tras la muerte del líder. Mientras estemos en guerra, insiste Pericles ante su auditorio, no debemos hacer más intentos de conquistar ningún nuevo territorio ni vernos envueltos en ningún otro conflicto extranjero que entrañe riesgos. En cuanto al presente inmediato, la asamblea debe decir a los representantes espartanos que los atenienses permitirán el regreso de los megarenses a su mercado y a los de los puertos de la Liga si Esparta deja de emprender acciones hostiles contra ellos y sus aliados; que los atenienses concederán la independencia a las ciudades estado griegas que eran independientes cuando se firmó el tratado de 446/5 y siempre que los espartanos concedan la independencia a las ciudades estado sometidas a ellos; que los atenienses están dispuestos a cumplir las estipulaciones del tratado (es decir, someterse al arbitraje); y que no serán los atenienses quienes inicien las hostilidades, pero sí se enfrentarán a cualquiera que empiece una guerra. Con una frase memorable

que evoca el lenguaje de Esquilo en la *Orestíada*, Pericles concluye diciendo que sus conciudadanos deben entender que «la guerra no se excusa» (I, 144, 3): igual que nuestros antepasados, que resistieron frente a los persas con unos recursos mucho menores que los que nuestra ciudad estado es capaz de reunir hoy, hemos de confiar antes en la razón que en la suerte, la osadía o el poder. Defendiéndose de los enemigos de Atenas con todos los medios posibles, deben esforzarse por legar a quienes los sucedan unos recursos no menores que aquellos de los que Atenas disfruta ahora.

El razonamiento de Pericles resultó convincente. La asamblea decidió comunicar a los espartanos que Atenas no respondería a sus demandas, pero sí estaba preparada y dispuesta a recurrir al arbitraje para zanjar todas las disputas en condiciones de igualdad y justicia. Los representantes de Esparta se volvieron a casa con ese mensaje y a Atenas no llegaron más embajadas. Aunque oficialmente la guerra aún no se había puesto en marcha, en la práctica parecía inminente. Ese era el resultado que Pericles había previsto en todo momento, fundándose en lo aprendido de las relaciones entre Esparta y Atenas desde la época de su pariente Clístenes y de las muchas experiencias vividas en primera persona durante las guerras médicas y en los casi cincuenta años posteriores a ellas.

La conducta de los principales estados aliados acabó prendiendo la mecha de una guerra abierta entre las ciudades estado rivales. Tebas, aliada de Esparta y una de las principales ciudades estado de Beocia, invadió por sorpresa el minúsculo territorio de la vecina Platea, aliada de Atenas; tras el fracaso del ataque sorpresa, los plateos masacraron a los tebanos capturados, adelantándose a la llegada de un mensaje de Atenas advirtiendo a sus aliados que no hicieran daño a los prisioneros de guerra. Tanto los atenienses como los espartanos consideraron que el sangriento incidente violaba el tratado de paz e iniciaron los preparativos finales para la guerra. Ambas partes decidieron enviar emisarios pidiendo el apoyo de las potencias no griegas, en especial la del Gran Rey de Persia, cuyo gobernador del oeste de Anatolia había facilitado una década antes una importante suma de dinero a los samios que se habían rebelado contra los atenienses; y todo hacía pensar que la nueva guerra de griegos contra griegos arrastraría al autócrata de la mayor superpotencia del mundo a involucrarse de nuevo en los asuntos de la Grecia continental buscando su propio interés. Los dos bandos sabían que el monarca persa podía dedicar sus ilimitados recursos a reforzar las campañas militares de la parte que contara con su apoyo; o —lo que era peor para los griegos leales — que podía sobornar a los líderes del adversario para que traicionaran a su patria. A lo largo de su vida Pericles había recibido abundantes lecciones acerca de este peligro real y recordaba los numerosos casos en los que griegos influyentes —tanto atenienses como espartanos— habían vendido la lealtad debida a sus compatriotas, dejándose corromper por la ambición del poder y las riquezas derivadas de su adhesión a los persas: Hipias, Milcíades, Temístocles, los conspiradores atenienses de la batalla de Platea, Pausanias…; por citar únicamente a los traidores más célebres. Pericles sabía que el peligro que entrañaba para Atenas esta última amenaza a su seguridad nacía tanto de los supuestos amigos como de los enemigos declarados.

Además de buscar el apoyo extranjero, Atenas y Esparta intentaron convencer a las ciudades estado griegas neutrales de que se unieran a sus respectivas alianzas. La mayoría estaba de parte de Esparta: temían que, si ganaba Atenas, esta extendería su control sobre todas ellas; mientras que los límites impuestos a los espartanos por una dependencia siempre peligrosa de los ilotas hacían altamente improbable una expansión igual por su parte. En el verano de 431, los espartanos decidieron aprovechar el apoyo recibido de los demás griegos que recelaban del poder de Atenas reuniendo a sus aliados para entrar en territorio ateniense. Estaban dirigidos por Arquídamo, quien obedeció con cierta renuencia y condujo al ejército peloponesio hacia Atenas. Antes de su llegada, el rey espartano envió un embajador para preguntar a los atenienses si, a la vista del avance de la infantería peloponesia, querían rendirse. El embajador no llegó a pisar la ciudad, porque Pericles había logrado convencer a la asamblea de la aprobación de un decreto que prohibía la entrada de cualquier espartano una vez que el ejército peloponesio se hubiera puesto en marcha: está claro que quería mantener a sus conciudadanos lo más lejos posible de la tentación de rendirse ahora que veían de cerca la feroz amenaza que se cernía sobre ellos.

A medida que se iba acercando el enemigo, Pericles hizo un anuncio dramático: si en el curso de la invasión los espartanos intentaban dirigir hacia él la hostilidad de sus conciudadanos absteniéndose de dañar sus bienes, cedería al pueblo todos sus terrenos. Dado que su vínculo de hospitalidad con Arquídamo era del dominio público, se comprometió a hacer esa donación incluso si el rey espartano pasaba por alto un vínculo tan especial como aquel. No se sabe el motivo de su relación amistosa con un importante rey espartano, pero es posible que los lazos que lo unían al prudente Arquídamo reflejaran el deseo conjunto de mantener la paz entre Esparta y Atenas.

Una vez desvanecida la esperanza de evitar una guerra abierta, Pericles tuvo que hacer cuanto pudo para impedir que los ciudadanos dejaran de admitir la perentoria necesidad de la estrategia de una «Atenas-isla». Por eso les aconsejó trasladar todos los bienes muebles que tenían en el campo —incluidos ellos mismos— para ponerlos a salvo dentro de las murallas de la ciudad. La victoria, dijo, dependía de dos cosas: del razonamiento fundado en los conocimientos y del dinero. Luego desplegó su habilidad para combinar razón e información en un convincente discurso, proporcionándoles los detalles de la cantidad de moneda y de metales preciosos reunidos para sufragar los gastos de la guerra y, a continuación, del número de soldados disponibles y de trirremes preparados para pasar a la acción. Esos recursos materiales, afirmó, serían empleados para la «salvación» (*soteria*) de Atenas. Como demuestran otros textos griegos, este término se refiere de forma específica a un grado extremo de supervivencia política y física de una comunidad. Este era, por lo tanto, el mensaje de Pericles: en esa guerra de desgaste el resultado dependería del dinero y el capital humano, como de hecho ocurrió a largo plazo cuando, tras años y años de guerra que fueron minando a ambas partes, el rey persa facilitó a los espartanos importantes sumas de dinero con que financiar las tripulaciones y los trirremes necesarios para derrotar a los atenienses, a quienes consideraba la principal amenaza para su imperio.

A los atenienses les pareció sensato el consejo de Pericles y adoptaron la política de actuar como si Atenas fuera una isla, pero lo hicieron rodeados de dificultades y de un profundo descontento: muchos de ellos estaban acostumbrados a vivir fuera de la ciudad y algunos acababan de recuperarse de la terrible devastación causada hacía tiempo por los persas. El caso es que no había sitio suficiente dentro de las murallas para albergar a tantos refugiados del campo sin llegar a la saturación y la mayoría tuvo que acampar en cualquier espacio amplio, incluidos los santuarios de los dioses. La ciudad de Atenas se convirtió en un arrabal superpoblado y con muchos problemas de higiene y abastecimiento.

Arquídamo avanzó lentamente, dejando a los habitantes del campo tiempo suficiente para huir con la esperanza de que el pánico provocara una rendición masiva. Tras el fracaso de su plan, ordenó a su ejército arrasar una comunidad ubicada unas cuantas millas al norte de la ciudad, pero visible desde lo más alto de sus murallas. Acarnas era la mayor población rural de Atenas y contribuía con 3.000 hoplitas a la milicia ciudadana. Cuando la infantería acarniense situada en la cima de las fortificaciones contempló furiosa las llamas y el humo que desprendían sus hogares arrasados por el fuego, exigieron movilizar a la infantería, cruzar las puertas de la ciudad y combatir a los espartanos. Otros se negaron a renunciar al plan de Pericles de no enfrentarse nunca a ellos en un combate terrestre. Pero la gran mayoría empezó a culparle con saña de la pérdida de sus propiedades rurales y de la humillación que significaba permanecer dentro de las murallas. Algunos llegaron a tildarlo de cobarde por negar al ejército de Atenas la autorización para defenderse de la invasión espartana. En una sociedad tan masculinizada como la griega, que idolatraba la hombría de los guerreros de las epopeyas de Homero, no podía existir un insulto más provocador. El autor cómico Hermipo responsable del acoso a Aspasia difundió esa acusación cuanto pudo incluyéndola en su obra (no conservada) *Las Parcas*: «Rey de los sátiros, ¿por qué no quieres empuñar la lanza y ofreces hábiles discursos sobre la guerra aunque en el fondo tienes el alma de un Teles [un hombre tal vez célebre por su cobardía]?» (Plutarco, *Pericles* 33). Cratino retoma el tópico de comparar a Pericles con Zeus incorporándolo a una comedia titulada *Los plutos* cuya trama abordaba el regreso a una antigua edad de oro tras acabar con la tiranía de los dioses, lo que daba a entender que Atenas recuperaría su prosperidad si se deshacía de Pericles (fragmentos recogidos en Rusten, *The Birth of Comedy*, p. 199-202).

Pese al azote de ese violento huracán de críticas e insultos, Pericles conservó su habitual impasibilidad pública, su *praotes*, y se las arregló —los especialistas discuten de qué procedimientos pudo valerse— para evitar que la asamblea convocara una reunión especial con el fin de autorizar a la infantería a enfrentarse a los espartanos. El hecho de que lograra impedir que sus conciudadanos, espoleados por la indignación, se lanzaran a un enfrentamiento con una infantería enemiga superior a la suya es el ejemplo más llamativo de la capacidad de liderazgo de Pericles, que logró oponerse a los deseos del pueblo en momentos tan decisivos e impedir que abandonara la política razonada y sopesada que él mismo había diseñado con vistas a garantizar el poder y la seguridad de

Atenas frente al enemigo: un éxito que podemos imaginar que sus críticos considerarían una prueba de su tiranía virtual sobre la democracia ateniense.

En un intento de disminuir el sentimiento de indefensión que dominaba a los ciudadanos, Pericles convenció a la asamblea de que autorizara una serie de expediciones militares en apoyo de su estrategia global. Varios destacamentos de caballería cruzaron las murallas para detener a las bandas de saqueadores enemigos. Se organizó una importante expedición naval con 100 trirremes atenienses y 50 más aportadas por Córcira para efectuar incursiones en todas las costas del Peloponeso con 1.000 hoplitas y 400 arqueros en cubierta que lanzaran ataques relámpago sobre objetivos terrestres. Para proteger a Eubea se envió a otro contingente naval más pequeño. A continuación la ira generalizada que dominaba a los atenienses se dirigió contra los habitantes de Egina, denunciados como los principales responsables de la guerra. Toda la población de la isla fue desplazada y sus tierras entregadas a colonos atenienses. Los espartanos cedieron a muchos de los refugiados eginetas un lugar donde vivir en el Peloponeso occidental. El resto tuvo que dispersarse por Grecia en busca de asilo.

Figura 20. Templo de la isla de Egina. HIP / Art Resource, NY.

Por último, después de que los espartanos abandonaran el territorio ateniense (el temor a otra rebelión ilota solo les permitía estar ausentes de su patria unas cuantas semanas), el propio Pericles dirigió el ataque contra Mégara. Reunió el mayor ejército de tierra de la historia de Atenas, formado por más de 10.000 soldados de infantería pesada reforzados por una infantería ligera numerosa. Tras arrasar el territorio de Mégara, regresó a Atenas antes de que el invierno pusiera fin a la temporada de campañas militares.

Durante ese primer año de la guerra del Peloponeso Pericles fue capaz de utilizar su influencia para persuadir a sus conciudadanos de aferrarse a la «estrategia de una Atenas-isla», pese a la ira motivada por la destrucción de tantas propiedades fuera de las murallas de la ciudad y al profundo descontento que reinaba entre tanta gente incómodamente hacinada durante varias semanas dentro de las murallas de Atenas. Por otra parte, las operaciones ofensivas contra los peloponesios habían salido bien y el éxito de la estrategia de Pericles parecía posible si agotaban unos recursos espartanos que eran menores que los suyos y los obligaban a abandonar la guerra. Aunque no se consiguiera la conquista indiscutible de Esparta, el cese de los ataques contra los atenienses sería una victoria suficiente: significaría la salvación del poder de Atenas y, por lo tanto, su seguridad en medio de un mundo poblado de enemigos.

No obstante, Pericles sabía (y así lo había dicho en su primer discurso instando a no hacer concesiones a Esparta) que la suerte cambiante y a veces impredecible de la guerra siempre pasaba factura a la resolución y la confianza humanas. No podía predecir con precisión cuánto duraría el conflicto antes de que Esparta renunciara a su decisión de continuarlo, pero sí sabía que los atenienses necesitarían intensos estímulos y serias advertencias que les conservaran fuerzas suficientes para soportar el dolor y las pérdidas de la guerra. Muy pronto tendría ocasión de aplicar esa receta en una aparición pública que se convertiría en la más célebre de su larga y destacada carrera como líder de la democracia ateniense: una carrera a la que el destino ya no le tenía reservado mucho tiempo más.

10.
El destino de Pericles, desde entonces hasta hoy

El ataque de Pericles contra Mégara del año 431 fue la última batalla importante del primer verano de la guerra del Peloponeso; se acercaba el invierno y el mal tiempo impedía emprender operaciones militares con eficacia. Era el momento del calendario anual en el que los atenienses celebraban las honras fúnebres públicas en honor de los caídos en la última campaña. El evento duraba varios días y se cerraba con el discurso pronunciado por un orador de inteligencia y prestigio probados. En esa ocasión el elegido fue Pericles, quien seguía siendo el consejero más respetado de Atenas, pese a las críticas dirigidas por no pocos ciudadanos contra su política militar. Su discurso, recogido por Tucídides (II, 34-46) y conocido como «discurso fúnebre de Pericles», se ha convertido en el texto en prosa más célebre de la Grecia antigua; y es igual de importante —y de sugerente— para conocer la visión que tenía Pericles de Atenas.

Por eso creo que conviene abordarlo con cierto detalle, pese a que no hay resumen capaz de expresar toda la complejidad —y el carácter tan provocador— de los argumentos que contiene. Reproducido por Tucídides con el denso estilo típico de los discursos que su *Historia* pone directamente en boca de otros, el pasaje retrata a un Pericles que, voluntariamente, dota de un enfoque distinto a una misión tradicional. Lejos de ceñirse al formato habitual de los discursos fúnebres de Atenas, centrados ante todo en las hazañas de los caídos en las guerras más recientes, él emplea la razón y los conocimientos para exponer su visión de la peculiaridad del modo de vida ateniense, del poder que esas características especiales confieren a la comunidad en su conjunto y de la necesidad de un sólido compromiso de todos para mantener la supremacía de Atenas: el único medio de salvación de las constantes amenazas a su supervivencia que entrañan sus temibles enemigos.

Sus sorprendentes palabras iniciales rompen con la tradición: según Pericles, no debería pronunciarse un discurso de esa clase en una ocasión tan solemne, porque la envidiosa naturaleza humana que caracteriza a todos los que aún conservan la vida hace casi imposible un elogio convincente de los caídos en combate. Aun así, cumplirá con su deber público y pronunciará su discurso: una demostración implícita de que en Atenas las necesidades de la comunidad prevalecen sobre los deseos de las personas, por ilustres que sean.

Se inicia a continuación el cuerpo principal del discurso con el elogio de las generaciones de atenienses, incluida la presente, que instauraron e incrementaron el

gobierno (*arché*) que su ciudad estado ejerce sobre la Liga Délica. Pericles prosigue describiendo los principios, la forma de gobierno y el modo de comportamiento que han «hecho grande» a Atenas. Con esta firme declaración que demuestra la confianza de los atenienses en sí mismos, Pericles afirma sin ambages y de forma explícita que el gobierno de los atenienses no es un reflejo de las tradiciones y las leyes de sus vecinos, sino su paradigma: el modelo de lo que debería caracterizar a una ciudad estado griega. Su ciudad estado, dice, es una democracia porque el gobierno depende de la mayoría y no de unos pocos; porque premia la capacidad por encima de la clase social o de la riqueza.

La libertad sobre la que se fundamentan las instituciones y los principios de gobierno de los atenienses es a la vez un rasgo de su vida privada, continúa Pericles. El temor a las leyes escritas guía la recta conducta de los ciudadanos y la vergüenza les impide infringir las leyes no escritas de la sociedad, en especial las que ayudan a las víctimas de la injusticia. Para algunos comentaristas modernos, los mecanismos adecuados para promover una conducta respetuosa con la ley no deberían ser el temor y la vergüenza, sino el deseo de justicia y la honradez. No obstante, si somos sinceros con nosotros mismos, hemos de admitir que también hoy la naturaleza humana tiende a conceder a estas motivaciones un lugar prioritario en la conducta de la gente. La visión de Pericles es la de alguien realista que expone la verdad tal y como se la muestran la razón y el conocimiento, y no de un modo edulcorado.

Con un tono positivo, Pericles continúa recordando a sus conciudadanos que su ciudad estado les proporciona múltiples oportunidades de esparcimiento y productos de lujo, al tiempo que mantiene una política de puertas abiertas hacia los extranjeros. Y clava su aguijón en los espartanos afirmando que los atenienses no viven sometidos a una dura disciplina, sino relajadamente, pese a lo cual su ejército demuestra el mismo coraje, si no mayor.

Pericles intensifica sus elogios afirmando que Atenas tiene otras cualidades que no pueden sino causar admiración. En la Grecia antigua el término «admiración» tiene una relevancia especial: es lo que lleva a Heródoto, según explica al comienzo de su *Historia*, a relatar los hechos protagonizados por griegos y no griegos. ¿Qué es, según Pericles, digno de admiración en sus conciudadanos?: su amor a la belleza y un saber consistente; su estima de la riqueza no en sí misma, sino por lo que permite hacer; y la pobreza no entendida como algo vergonzoso, sino como una condición que el pobre debe subsanar con el trabajo. Y, a diferencia de otras ciudades estado —añade—, los atenienses consideramos «inútiles» a quienes no participan en la vida pública. De este modo, Pericles expresa claramente la primacía de lo público sobre lo privado, al tiempo que describe la admirable libertad de la vida privada y personal de los atenienses. Aunque no cabe duda de que existe una contradicción entre ambos aspectos, lo que afirma Pericles es que en Atenas ambas son capaces de coexistir de un modo que no se da en otras ciudades estado griegas.

A continuación aborda un tema que arroja luz sobre su particular visión de la oratoria: Pericles alaba a sus conciudadanos porque entienden que la acción debe ir precedida del

razonamiento y la argumentación. Somos mejores que los demás, dice, ya que, en lugar de limitarnos a obrar en la ignorancia, añadimos a la audacia la disposición a reflexionar sobre el mejor curso de acción; y seguimos actuando valerosamente aun cuando nuestra razón y nuestros conocimientos nos hayan llevado a valorar el sufrimiento que probablemente experimentaremos en el futuro si ponemos por obra nuestra decisión. Podemos presumir que esta observación refleja por qué Pericles creía —y lo normal es que no se equivocase— que era capaz de ofrecer a los atenienses una guía más eficaz si sus discursos llevaban su propia marca personal del conocimiento y el buen criterio. Y añade otro argumento halagador incidiendo en lo que es una realidad poco habitual: los atenienses son diferentes porque, llevados por la confianza que nace de la libertad, no ganan amigos recibiendo favores, sino haciéndolos.

Todo lo que Pericles ha venido diciendo hasta ahora se resume en una frase contundente: nuestra ciudad estado es un ejemplo para Grecia. Y eso es un hecho, y no mera vanagloria, explica: Atenas es autosuficiente y tiene tanto poder gracias a su particular estilo de vida. No cabe duda de que, al mismo tiempo que alaba la decidida independencia de espíritu y de vida de sus conciudadanos, Pericles se está refiriendo a una realidad que todo el mundo conoce: ha sido por encima de todo su fortaleza militar y económica la que ha hecho posible que Atenas se valga por sí misma, hasta el punto de garantizarse literalmente su subsistencia mediante la importación de alimentos bajo la protección de la flota más poderosa del mundo. No tenían otro modo de sobrevivir. El poder es su salvación, les recuerda Pericles.

No puede sorprendernos, pues, que Pericles prosiga ensalzando las excepcionales cualidades del poder de Atenas, que supera incluso lo que otros dicen de él; tan abrumador que no despierta la indignación de los enemigos derrotados por algo tan superior a ellos, ni suscita en quienes se hallan sometidos a él el reproche de ser gobernados por hombres indignos. La naturaleza del poder de Atenas, proclama ante su auditorio, despertará la admiración (vuelve a aparecer este término tan relevante) de los demás, no solo de nuestros contemporáneos, sino de las futuras generaciones. Son tan grandes las hazañas de los atenienses que no necesitamos a un Homero que las inmortalice. Pericles concluye de un modo inapelable su análisis del alcance y el significado del poder de Atenas: hemos obligado a todos los mares y a toda la tierra a rendirse a nuestra audacia, y en todas partes y en todo momento hemos dejado monumentos eternos en recuerdo de lo bueno y lo malo. Esta es la ciudad estado por la que los caídos en la guerra han entregado generosamente sus vidas y por la que los vivos deben estar dispuestos a sacrificarse. Cuesta imaginar un elogio de la historia del siglo de oro ateniense más categórico que este.

Tras esta exposición tan estimulante y orgullosa del poder de su ciudad estado, Pericles aborda el tema que solía componer el grueso de los discursos fúnebres públicos: el elogio del servicio militar y del valor de aquellos por quienes se celebran las exequias. Y, como es habitual en él, cumple con esa obligación de un modo innovador, omitiendo referencias concretas a las batallas en las que los soldados han perdido la vida. Sean cuales sean los defectos de su conducta privada, afirma, el valor demostrado en la guerra

ha redimido su reputación y les ha ganado la gloria en los corazones de los ciudadanos que siguen viviendo.

El elogio gnómico de los muertos se cierra con dos sentencias memorables dirigidas a los vivos. La primera es esta: contemplad el poder de la ciudad cada día y convertíos en sus amantes; unas palabras terminantes y sin fisuras acerca de la relación que debe unir a los varones de Atenas con el poder de su ciudad estado. La palabra «amantes» expresaba una pasión erótica cuyo efecto en los seres humanos —según el pensamiento griego— era superior al de cualquier otra fuerza del cosmos. Así pues, lo que Pericles está diciendo a los atenienses es que su compromiso con la salvación de la comunidad debe ser equiparable a los sentimientos que les inspiran aquellos a quienes están unidos por los lazos más estrechos del amor. En segundo lugar, Pericles acuña una frase indeleble para resumir el mensaje que dejan a los vivos quienes cayeron por Atenas y que debe hacer más firme su compromiso: «Tratad, pues, de emular a estos hombres, estimando que la felicidad se basa en la libertad y la libertad en el coraje».

Los sentimientos que aconseja Pericles a continuación han llevado a algunos estudiosos a acusarlo de hombre frío e insensible. Sin dejar de compadecerse del dolor de los desconsolados padres de los soldados muertos, Pericles cree que las parejas en edad de engendrar tienen la obligación de hacerlo: solo los ciudadanos cuyos hijos arriesgarán en el futuro sus vidas en la guerra son capaces de tomar decisiones justas y equitativas para la ciudad estado. Los que ya son demasiado viejos para tener hijos, por poco que sea el tiempo de vida que les quede, deben alegrarse de la dicha que conocieron en el pasado y, sobre todo, de la gloria de sus hijos. A algunos estas ideas pueden resultarles duras, pero en aquella época el prestigio que adquirían las familias de los muertos constituía un verdadero consuelo en medio del sufrimiento. Las palabras de Pericles reflejan tanto el juicio reflexivo propio de los ejercicios intelectuales de los sofistas como algunas nociones sobre la vida y la muerte compartidas por muchos. Lo que los atenienses de entonces consideraban motivos de consuelo hoy puede desconcertarnos, pero no es razón suficiente para tachar a Pericles de cruel o de inmune a los sentimientos.

Pericles no abandona el fundamento estrictamente racional de sus orientaciones cuando prosigue diciendo a los hijos y hermanos de los caídos que el impacto inevitable de la envidia (un tema que aparece también al principio del discurso) será un duro obstáculo en su intento de obtener el mismo grado de fama y reconocimiento que sus difuntos: otra realidad más, aunque no demasiado consoladora en ese momento. Y concluye con una advertencia dirigida a las viudas de guerra que lo escuchan. Sin duda, hoy en día sus comentarios pueden parecer desdeñosos (al menos en algunas sociedades de nuestro mundo); no obstante, tomadas en su contexto, sus palabras coinciden con los motivos razonados de consuelo que acaba de exponer ante los padres y les recuerdan lo empinado del camino que conduce al respeto en la sociedad ateniense. La dificultad de ese camino (y no había necesidad de insistir en ello, porque su auditorio la conocía de sobra) reflejaba la valiosa recompensa personal y la satisfacción que conlleva un estatus respetable. Por eso, sea cual sea el juicio que hagamos de sus comentarios, los estándares

sociales de su época y de su entorno no ponían objeción alguna a decir a las desconsoladas viudas que aún podían ganarse la fama y el respeto mientras no se mostraran inferiores a su naturaleza y no dieran razones a los hombres para hablar de ellas, ni bien ni mal. Por escandalosa que resulte esta advertencia para nuestra moderna igualdad de género, en realidad Pericles animaba a las viudas a dar un sentido a sus vidas (cuyos límites, evidentemente, eran definidos por los hombres) en medio de su intenso dolor y de su incertidumbre.

Pericles concluye su discurso recordando los mutuos desvelos de los atenienses con el anuncio de que la ciudad estado recompensará el valor de los caídos manteniendo a sus hijos hasta la adolescencia. Y termina con una mención específica al servicio de los varones en la milicia ciudadana y en el gobierno democrático de Atenas: «Las ciudades donde están establecidos los mayores premios al valor son también aquellas donde viven los mejores ciudadanos».

Acto seguido, Tucídides retoma su narración, sin ofrecer ningún comentario sobre la reacción del público ante el discurso fúnebre o su propia opinión como historiador: deja que sean los lectores quienes reflexionen sobre su contenido y sus implicaciones y, en particular, sobre la nítida declaración de Pericles acerca del carácter excepcional de Atenas. El relato vuelve bruscamente a las operaciones militares de la guerra del Peloponeso, que se reiniciaron en la primavera de 430, no mucho tiempo después del discurso. La nueva temporada de campaña empezó cuando Arquídamo dirigió una nueva invasión espartana del territorio ateniense que obligó a los habitantes del campo a refugiarse dentro de las murallas de la ciudad.

Poco después de la llegada de los peloponesios, se produjo uno de esos desastres impredecibles que tanto temía Pericles. Una epidemia a la que hoy en día nos solemos referir popularmente como «la peste» comenzó a hacer estragos entre la población de Atenas, hacinada en un área urbana al borde del colapso. Tucídides afirma que él mismo contrajo la enfermedad, de la que logró recuperarse, y nos proporciona una descripción exhaustiva de sus síntomas (II, 48-50). A partir de los detalles de su desgarrador informe la medicina moderna ha concluido que, en realidad, no fue una epidemia de peste. Ninguna enfermedad actual cursa exactamente con el mismo conjunto de síntomas, que se acercan a los del tifus; quizá aquella catástrofe fue consecuencia de una infección virulenta y sumamente contagiosa que ha mutado desde entonces en otra parecida, pero no idéntica.

Ninguno de los remedios médicos de la época se demostró eficaz y los atenienses agonizaban y morían a miles. Quienes cuidaban de sus familiares o amigos enfermos se contagiaban y morían. El quebranto físico de la población y el fracaso de las oraciones dirigidas a los dioses para que aliviaran sus sufrimientos sumieron en la desesperación a muchos, hasta el punto de que empezaron a comportarse como si los fundamentos tradicionales de la sociedad se hubiesen desmoronado; casi como si el fin del mundo estuviese cerca y todo cuanto quedaba fuera a desaparecer irremediablemente. La adhesión comunitaria a las normas y a las leyes tan alabada por Pericles en el discurso fúnebre derivó en el caos social, afirma Tucídides (II, 51-53). Algunos atenienses

comenzaron a culpar a Pericles de la catástrofe, sobre todo por haber llenado la ciudad de un día para otro de personas sin hogar obligadas a sobrevivir hacinadas y en condiciones antihigiénicas.

Ni la epidemia ni las críticas lograron que Pericles renunciara a su estrategia bélica de mantener a salvo a Atenas. Una vez más, aconsejó a unos ciudadanos desquiciados que no se dejaran llevar por las emociones ni salieran de la ciudad para enfrentarse a la temible infantería peloponesia. Aun así, para demostrar que su estrategia no era del todo pasiva, organizó una importante expedición naval que dirigió personalmente contra algunos enclaves de la costa del Peloponeso. Además de reunir a 4.000 hoplitas, hizo construir nuevas naves de transporte con capacidad para 300 jinetes de caballería. Pese al fracaso del principal ataque contra Epidauro, en el nordeste del Peloponeso, hubo otros que se llevaron a cabo con éxito. No obstante, la epidemia fue diezmando a las tropas y la expedición tuvo que regresar sin haber logrado ninguna victoria decisiva. A continuación, Hagnón —un colega de Pericles más joven que este— y otro general guiaron a la fuerza naval hacia el norte con intención de ayudar a las tropas de la Liga allí presentes a capturar Potidea; pero la epidemia se cebó de tal modo con el ejército que los generales tuvieron que llevárselo de vuelta a Atenas después de perder una cuarta parte del contingente en tan solo 40 días.

Tantos reveses sucesivos desencadenaron entre muchos ciudadanos un frenesí de críticas contra Pericles. La mayoría llegó a votar incluso el envío de representantes a Esparta para intentar concertar la paz. Cuando el enemigo rechazó la propuesta, la desesperación de los atenienses llegó a su culmen. Entonces Pericles volvió a hacer acto de presencia en la asamblea para pronunciar lo que Tucídides recoge como su último discurso (II, 60-64): un discurso en el que no tuvo reparos en expresar cuánto le disgustaba la actitud de los ciudadanos indignados. Esa indignación era previsible, comienza diciendo Pericles, por lo que quiere recordarles los principios que han guiado su estrategia. Pericles explica que el fundamento de su política es que los individuos se benefician de la prosperidad de la comunidad y que nunca podrán conservar sus bienes si la ciudad estado cae frente al enemigo. La dura realidad es esta: en una situación de tanto riesgo, la «salvación de la comunidad» debe preceder a los intereses particulares. Los ciudadanos no pueden permitir que sus dificultades personales pongan en peligro la existencia comunitaria. A continuación afirma con rotundidad que él sabe tan bien como cualquiera lo que hay que hacer y que en sus conclusiones no ha influido el dinero. Insiste en que, si los argumentos de un patriota leal como él les convencieron de emprender la guerra, ahora no merece las acusaciones de haber obrado mal.

Si queremos seguir siendo libres, continúa, la única opción posible es la guerra. Los sufrimientos os han cambiado a vosotros, no a mí. Es lógico que lo repentino e imprevisto, lo que escapa a todo cálculo, nos desconcierte y abata. Eso es lo que ha ocurrido con la epidemia, afirma; pero, como ciudadanos de una gran ciudad estado educados en costumbres dignas de ella (refiriéndose implícitamente a las excepcionales cualidades enumeradas en el discurso fúnebre), debéis soportar cualquier calamidad, conservar vuestra reputación y ocuparos de la salvación de todos.

Una salvación que es posible, explica, si comprendéis la particular grandeza de nuestro imperio: no hay estado en la tierra, ni siquiera Persia, que pueda igualarnos en el mar. Desprendeos, por tanto, de vuestras casas y tierras. Si conservamos nuestro poder naval, siempre podremos recuperar nuestras propiedades. Nuestro valor ha de fundarse en la reflexión que parte del conocimiento de la situación: esa es la mejor manera de predecir el futuro. Y ese futuro no se refiere solo a una libertad o a una esclavitud decretadas por nuestros enemigos. No: la pérdida de nuestro imperio (sobre los aliados de la Liga Délica) no solo nos privará de recursos, sino que nos expondrá al riesgo de sufrir los odios de aquellos que han estado dominados por nosotros. Al consejo tan duro de «desprendeos de las cosas y las tierras, porque no es razonable que os disgustéis por ellas», Pericles añade una descripción nítida de la situación de Atenas: nuestro imperio es como una tiranía, afirma sin ambages: quizá sea injusta, pero renunciar a ella es peligroso. En la esclavitud no existe la seguridad: así pues, no escuchéis a nadie que defienda otra cosa que no sea la acción. Pericles prescinde de cualquier máscara que oculte la cruda realidad del poder que hace falta —insiste— para asegurar la salvación de la patria. No se puede encontrar una afirmación más descarnada por parte de Atenas de la «necesidad de luchar» que Tucídides (I, 23) señalaba como motivo principal del conflicto.

Pericles retoma su argumento anterior: nadie debe culparle del único acontecimiento —la epidemia— sucedido en contra de lo previsto, porque los hombres han de «soportar los males enviados por los dioses con resignación». E insiste una vez más en el fundamento de su estrategia: no hay ninguna ciudad estado que haya contado jamás con un poder y una fama superiores a los de Atenas; y, si algún día estos disminuyeran (como sucede con todo), siempre se recordará que sus ciudadanos fueron los griegos que gobernaron sobre mayor número de griegos, los que sostuvieron las guerras más decisivas y los que habitaron en la ciudad estado más rica y más grande de todas; una afirmación impactante —aún vigente— y cargada de orgullo que lleva a Pericles a la siguiente conclusión: es inevitable que nuestro dominio inspire el odio de otros, pero ahí está el origen de nuestra gloria. Quienes ante las penalidades recurren a la reflexión basada en los conocimientos, sean ciudades estado o individuos, son los más fuertes.

Los sólidos y sinceros argumentos de Pericles, basados en conceptos tan esenciales como el poder y el honor, convencieron a los atenienses, quienes renunciaron a su pretensión de alcanzar un acuerdo con los espartanos y continuaron resistiendo ante el enemigo aferrándose a la estrategia de una «Atenas-isla». No obstante, eran muchos los que seguían resentidos. Quizá su política sea la adecuada, pensaban; pero, en cualquier caso, alguien tiene que pagar tantas pérdidas y tanto dolor; y en Atenas ese alguien era siempre el líder más eminente. De ahí que, tras cierto episodio escasamente documentado —tal vez un proceso por desgobierno, o tal vez por fraude financiero—, Pericles fue condenado a pagar una suma de dinero considerable y destituido de su cargo electo de general del consejo.

Este fue sin duda el mayor bache en la vida pública de Pericles: la espléndida reputación que tanto le había costado adquirir con su conducta cauta y reflexiva parecía

desmoronarse. No se sabe con exactitud cuánto duró su destitución oficial y su caída en desgracia, pero no debió de ser mucho. Tucídides se limita a señalar que, una vez más, la mayoría cambió de opinión y «no mucho después» volvió a elegirlo general (II, 65, 4). Según el historiador y testigo de los hechos, los ciudadanos se distanciaron un poco de sus problemas personales y reconocieron a Pericles como el consejero más valioso con que había contado la ciudad estado: antes de la guerra peloponesia había mantenido a salvo a Atenas y la había elevado a lo más alto; y, una vez iniciada, previo cómo protegerla y aprovechar su poder. Y ahora la amenaza de la guerra se iba haciendo cada vez más peligrosa: los espartanos ya no se limitaban a atacar a los aliados de Atenas, sino que, junto con otros aliados del Peloponeso, enviaron una embajada al rey persa para pedirle apoyo económico y suplicarle que se uniera a su bando. Los atenienses estaban al tanto de aquella misión diplomática, porque interceptaron a los representantes del enemigo antes de que llegasen a las costas de Asia. Los ciudadanos desahogaron su ira y sus miedos ejecutando sobre la marcha y sin juicio previo a los embajadores el mismo día en que pusieron el pie en Atenas y arrojaron los cadáveres por un barranco sin darles la sepultura requerida.

Pese al sentimiento rayano en el pánico que el estado de la guerra inspiraba a sus conciudadanos, Pericles mostró cierta renuencia a retomar sus deberes públicos: unas dudas que indican cuánto le había disgustado el rechazo de sus consejos acerca de la guerra y —añadiría yo— la desolación y el abatimiento derivados de la condena dictada por sus conciudadanos. Su autoestima había dependido toda su vida de su servicio a Atenas y de su incorruptibilidad, y ahora se sentía claramente repudiado y humillado. Como afirma Plutarco (*Pericles* 15), Pericles se había negado a aceptar hasta los regalos de algunos ricos reyes extranjeros que le confiaron a sus hijos con intención de ganarse su favor y poder entrar a hurtadillas en la influyente política ateniense. Su negativa a ceder a tantas tentaciones ahora le debía de parecer inútil.

Cuando Alcibíades, su tutelado, consiguió por fin levantarle el ánimo, Pericles retomó su actividad política. Desgraciadamente, ninguna fuente habla de sus sentimientos, pero lo más probable es que sufriera un profundo estado de melancolía que prácticamente lo incapacitaba. Siempre había sabido que en la democracia ateniense una vida dedicada a la política se arriesgaba a recibir un revolcón en las elecciones e incluso un castigo por lo que se considerara un fracaso; pero la señal de repudio que habían impreso en él los ciudadanos en cuyo beneficio y protección llevaba trabajando tanto tiempo y con tanta diligencia solo pudo resultarle claramente injusta y desagradecida.

Resulta irónico, e incluso trágico, que fuera la familia de Pericles la que —probablemente y sin quererlo— le impidiera retomar la actividad pública y recobrar el entusiasmo por el liderazgo político. La epidemia golpeó a los dos hijos de su matrimonio, a su hermana y a otros familiares. Todos acabaron muriendo, aunque no en el mismo momento: fueron sus hijos, al parecer, los que más resistieron. Cuando Pericles se enteró de la primera defunción ocurrida en su familia más próxima, no perdió la compostura, emulando así la resignación filosófica de su maestro Anaxágoras el día de la muerte de su hijo. Para no desalentar a quienes también estaban sufriendo, mantuvo su

apariencia de serenidad. Pero, cuando perdió al segundo hijo de su matrimonio, el único que le quedaba, estalló en llanto junto a su tumba, demostrando que compartía los hondos sentimientos de los demás en momentos tan terribles. Aunque ni estas lágrimas ni las del juicio de Aspasia eran impropias de un ateniense, en el caso de Pericles resultaban insólitas y, por lo tanto, una señal de cuánto le afectaban los reveses que estaba sufriendo.

La pérdida de sus dos hijos legítimos dejó sin herederos a Pericles y le llevó a dar un paso muy poco habitual: pidió a la asamblea la concesión de la ciudadanía para Pericles el joven, el hijo ilegítimo de su relación con Aspasia. Su solicitud exigía una excepción a la ley que determinaba la ciudadanía —de los hijos de padre y madre atenienses— y que él mismo había propuesto veinte años antes. La asamblea solo la concedía en casos extraordinarios: solía reservarse para honrar a algún potentado extranjero que hubiese reportado importantes beneficios materiales a Atenas y no tenía intención de residir allí. Podemos imaginar que algo de ánimo infundiría en Pericles la noticia de que su solicitud había sido admitida y que su hijo bastardo quedaba ascendido a la categoría de ciudadano de Atenas.

Aun así, no existen pruebas de que Pericles tomara parte activa en las operaciones militares que ocuparon la siguiente temporada de campañas de 429. Es probable que también él contrajera la infección mortal durante sus visitas a sus familiares. Lo cierto es que enfermó. Plutarco nos ofrece una descripción dramática de sus últimos días en el otoño de aquel año (*Pericles* 38). En una ocasión, mientras yacía en el lecho, recibió la visita de un amigo a quien mostró un amuleto que la mujer que le cuidaba le había colgado del cuello con intención de que sanara; con lo que venía a decir que esa era su única esperanza de curación. Sus allegados, reunidos en torno a su lecho mientras él unas veces perdía y otras recuperaba la consciencia, comentaban sus virtudes, su poder político y sus nueve victorias militares como general; hasta que, sorprendidos, le vieron abrir los ojos de golpe para decir que la suerte podía haber concedido a cualquier jefe militar los éxitos que le atribuían a él, añadiendo a continuación cuál era el mayor y mejor elogio que podía recibir: «Nadie que sea ateniense se puso por culpa mía un manto negro [en señal de duelo]». El destino quiso que muriera en el otoño de 429.

Pese a que su reelección al cargo de general demuestra que en el momento de su muerte había recuperado el respeto de la gente, cuesta creer que muriera feliz. Y le habría entristecido aún más saber que la guerra del Peloponeso que con tanto celo había defendido acabó borrando a su familia de la historia. El conflicto se acercaba a su fin cuando en el año 406 la asamblea votó la ejecución de Pericles el joven, que había accedido al cargo de general y formaba parte de un grupo de mandos de la armada condenados en un juicio colectivo: los acusaban de no haber acudido al rescate de los remeros atenienses cuyas naves se habían hundido cerca de las islas Arginusas, en el nordeste del Mar Egeo, tras la derrota infligida por la nueva flota persa recién financiada. Lo cierto es que una tempestad había impedido la operación de rescate y, en cualquier caso, el juicio colectivo de los acusados de un delito capital violaba los procedimientos legales atenienses. Aun así, la objeción de que estaban actuando ilegalmente soliviantó a

los ciudadanos, cuya respuesta fue que tal era su voluntad. Tristemente, fue la clase de error —irreparable y alimentado por las emociones de una mayoría— que los persuasivos discursos de Pericles padre, elaborados sobre la base del razonamiento a partir de los conocimientos, habían sido capaces de evitar. Es irónico que su hijo muriera porque no hubo un solo líder ateniense lo bastante convincente para evitar esa injusticia.

La guerra del Peloponeso concluyó en 404 con la rendición de Atenas a los espartanos, que apoyaron la sustitución de la democracia por una oligarquía ateniense. El régimen colaboracionista no tardó en derivar en un reinado del terror cuyas violentas injusticias provocaron una guerra civil. En 403 los partidarios de la democracia recuperaron el control de la ciudad. Una vez devuelto el poder político a los ciudadanos, durante las primeras décadas del siglo IV la asamblea corroboró su confianza en la sabia política de Pericles de una «Atenas-isla» autorizando la reconstrucción de los Muros Largos para volver a conectar el centro urbano con el principal puerto de la ciudad y creando una nueva alianza naval (esta vez con unos estatutos escritos que protegieran a sus miembros del dominio de Atenas). No obstante, los atenienses nunca llegaron a recuperar los niveles de prosperidad y de poder internacional sin precedentes que habían alcanzado comunitariamente en tiempos de Pericles.

La suerte que ha corrido la fama de Pericles después de su muerte ha sido tan controvertida como su carrera política a lo largo de su vida. Con su característica aversión a las anécdotas, Tucídides prescinde de mencionar sus últimos días o su manifiesta tristeza ante el rumbo que tomaban los acontecimientos de su vida pública y familiar. Lo que sí hace, sin embargo, es valorar su carrera de líder nada más concluir el último discurso de Pericles. En un pasaje que se ha hecho célebre (II, 65) nos ofrece su análisis personal: su estrategia militar era la acertada y, si Atenas perdió la guerra, fue porque sus ciudadanos, llevados de la ambición y de los intereses particulares, dejaron de seguir sus instrucciones a medida que la guerra se fue prolongando. En otras palabras, quizá Pericles fue responsable de no haber intentado atajar la guerra del Peloponeso, pero la derrota definitiva de Atenas no se debió a su política.

Tucídides afirma que bajo el liderazgo de Pericles Atenas se convirtió por primera vez en «la ciudad más poderosa». Su eficacia como líder, dice el historiador, se derivaba de la fuerza de su reputación, de sus razonamientos basados en los conocimientos y de su transparencia y su inmunidad a sobornos y tejemanejes. Controló a las masas con un espíritu independiente, sin rebajarse a adularlas y arriesgándose a atraerse las iras del pueblo oponiéndose a sus deseos siempre que fue necesario. Con sus discursos fue capaz de combatir la arrogancia del pueblo y, al mismo tiempo, de despertar su confianza, según lo requiriera la situación. En tiempos de Pericles, en suma, Atenas se convirtió en lo que «era de nombre una democracia, pero, en realidad, un gobierno del primer ciudadano» (II, 65, 9). Con esta afirmación, Tucídides equipara el control de Pericles sobre Atenas al control de Atenas sobre los miembros de la Liga Délica.

El historiador prosigue su valoración calificando a sus sucesores, muy inferiores a él en categoría y en capacidades, de demagogos indulgentes con la mayoría. Bajo su deficiente liderazgo, los atenienses cometieron errores terribles durante los últimos años

de la guerra, en especial la colosal y catastrófica expedición naval a Sicilia (415-413) que desoía la advertencia de Pericles de no intentar la expansión del poder ateniense en tiempo de guerra. La derrota final de la ciudad estado vino dada por la intervención del rey persa en la construcción de una flota espartana (en la última década del siglo V) y por las dañinas rivalidades entre los líderes atenienses de esa época. Pericles, concluye Tucídides, supo prever que Atenas podría vencer a los peloponesios con sus inmensos recursos.

Quinientos años después, en su valoración final de Pericles (*Pericles* 39 y *Comparación de Pericles y Fabio Máximo*) Plutarco recuerda su «admirable» ecuanimidad (*praotes*) y coincide con Tucídides en que la influencia que ejerció Pericles durante su carrera pública fue el secreto que permitió a Atenas conservar su poder. También coincide en que Pericles no se equivocó al prever que Atenas sería capaz de sobrevivir al largo conflicto con Esparta en la guerra del Peloponeso y que la caída de la ciudad estado se debe atribuir a la demagogia de los líderes políticos que le sucedieron. Y añade que los atenienses no tardaron en entender cuánto habían perdido con su muerte. Por eso permitieron al hijo nacido de Aspasia erigir en la acrópolis una estatua de bronce en su honor.

No todos los atenienses que vinieron después de él, aun reconociendo su enorme influencia como líder, juzgaron su política positiva y constructiva. En el siglo IV, en los famosos diálogos del filósofo Platón que abordan temas de ética y de política, Sócrates considera a Pericles el hombre más perfecto de todos en la oratoria: una condición que alcanzó gracias a su estima por la inteligencia, aprendidas de Anaxágoras (*Fedro* 269-270); y aun así —afirma—, tuvo que pedir a Aspasia que le escribiera su discurso fúnebre (*Menéxeno*). Jenofonte, por su parte, hace decir a Sócrates que Pericles fue «el mejor consejero de su patria» (*Banquete* VIII, 39). Al mismo tiempo, según Platón, Sócrates culpaba a Pericles de haber corrompido a los atenienses con su pago por servicios al jurado, convirtiéndolos en perezosos, avariciosos y chismosos; como Temístocles y Cimón, Pericles hizo peores a los ciudadanos, no mejores. De ahí que —a juicio del Sócrates de Platón— Pericles no fue un buen político (*Gorgias* 515, 519).

Aristóteles, alumno (no ateniense) de Platón, que no era tan radicalmente hostil a la democracia como su maestro, ofrece un matiz más positivo: el gobierno de Atenas fue mejor mientras Pericles «estuvo al frente del pueblo» y se deterioró después de su muerte, cuando la democracia y la demagogia perdieron el freno (*Constitución de los atenienses* 28). En sus debates sobre ética, Aristóteles mantiene que Pericles y otros líderes con capacidades similares poseían la sabiduría práctica (*frónesis*): se valían de la razón para juzgar lo más conveniente para ellos y para los demás. Por eso sabían regir bien sus casas y sus ciudades estado (Ética a Nicómaco VI.5.1140b).

En tiempos del historiador Diodoro (siglo I a.C.), Grecia llevaba un siglo bajo el dominio de Roma. Dada la abrumadora superioridad del poder romano en el mundo mediterráneo de entonces y la evolución del gobierno ateniense en un sistema en el que la participación plena exigía títulos de propiedad, quedaban pocos motivos para elogiar la naturaleza o la importancia de la antigua democracia directa ateniense con

participación de todos los ciudadanos adultos. No obstante, la oratoria seguía siendo decisiva: razón suficiente para que Diodoro creyera conveniente recordar la fama de orador de Pericles, quien «por su linaje, su fama y su habilidad oratoria aventajaba en mucho a sus conciudadanos» (XII, 38, 2). En esa misma época, en el retrato de Escipión que ofrece Marco Tulio Cicerón, el orador más célebre de la república de Roma, el famoso general romano opina que en los inicios de la guerra del Peloponeso Pericles era «el primer hombre de su país en crédito, en elocuencia y en talentos políticos» (*Sobre la República* I, 25).

En los siglos posteriores a la época de Cicerón, durante un período en el que la norma fueron los imperios y los reinos, aún había menos razones para alabar las enseñanzas de la democracia ateniense y de sus líderes. Quinientos años después, sin embargo, la formación del Estado y la teoría política de la Europa del Renacimiento comenzaron a experimentar algunos cambios y el interés de los estadistas y los pensadores volvió a volcarse —al menos en determinados sectores— sobre la historia de la democracia de la antigua Atenas y el papel de Pericles: un interés que ha llegado hasta nuestros días. Los lectores que deseen ahondar en los abundantes recursos de las épocas premoderna y moderna que abordan estos temas pueden encontrar estudios espléndidos y más detallados en *Athens on Trial* (1994), de Jennifer Tolbert Roberts, y en los capítulos 11-12 de *Pericles*, de Vincent Azoulay. Por razones de espacio, aquí solo puedo limitarme a proporcionar algunas citas que ilustren de manera global los principales giros que ha sufrido la fama de Pericles desde la antigüedad.

Azoulay nos ofrece un útil resumen de la historia premoderna de esa trayectoria:

> Desde el Renacimiento hasta comienzos del siglo XIX, Pericles raramente alcanzó la categoría de modelo. Por lo general fue insolentemente ignorado y permaneció a la sombra de los grandes hombres de Esparta y Roma. Cuando se le recordaba, solía salir perjudicado: calificado unas veces de demagogo corruptor, otras de belicista corrupto, para los grupos de élite de la era moderna su papel fue el de un espantapájaros (p. 192).

Los fundadores de la república americana no eran —en su inmensa mayoría— admiradores de la Atenas democrática, a la que consideraban gobernada por la «plebe» con la colaboración de Pericles. Alexander Hamilton, por ejemplo, cuyas implacables invectivas traen a la memoria las acusaciones de los comediógrafos atenienses y las ventajas de una perspectiva a posteriori, culpa a Pericles de las consecuencias de la revuelta samia y de la guerra del Peloponeso: «El célebre Pericles, sometiéndose al resentimiento de una prostituta, y a costa de mucha sangre y riqueza de sus compatriotas, atacó, venció y destruyó la ciudad de los samnitas. El mismo hombre (…) fue el iniciador de esa guerra famosa y fatal, conocida en los anales griegos como "la guerra del Peloponeso", que tras muchas vicisitudes, treguas y reanudaciones acabó con la ruina de la República de Atenas» (*El federalista.* México, FCE, 2001).

A mediados del siglo XIX esta valoración tan negativa de Pericles recibió una elocuente réplica del político e historiador británico George Grote, cuya *Historia de Grecia* (1846-1856) en ocho volúmenes es un reflejo de su apoyo a la democracia parlamentaria, así como del creciente nacionalismo de ese período de la historia de Europa. La *Historia* de Grote merece ser mencionada aquí porque en el mundo de habla inglesa es la obra que

más ha colaborado a la difusión de una valoración sumamente positiva de Pericles, con ecos de elogio triunfalista. Grote resume su detallado análisis de la carrera de Pericles en una fogosa conclusión:

> Si lo consideramos [a Pericles] en su conjunto, con toda la fuerza de sus ideas, de su discurso y de sus obras; con su competencia civil y militar, en el consejo y en el campo de batalla; con su inteligencia vigorosa y cultivada y su visión exhaustiva de una comunidad en desarrollo pacífico y polifacético; con su incorruptible moralidad pública, su cautela y su firmeza; y en un país donde todas esas cualidades eran raras, y más raro aún que estuvieran unidas en una sola persona, no encontraremos en toda la historia de Grecia a nadie que lo iguale (vol. VI, cap. XLIX).

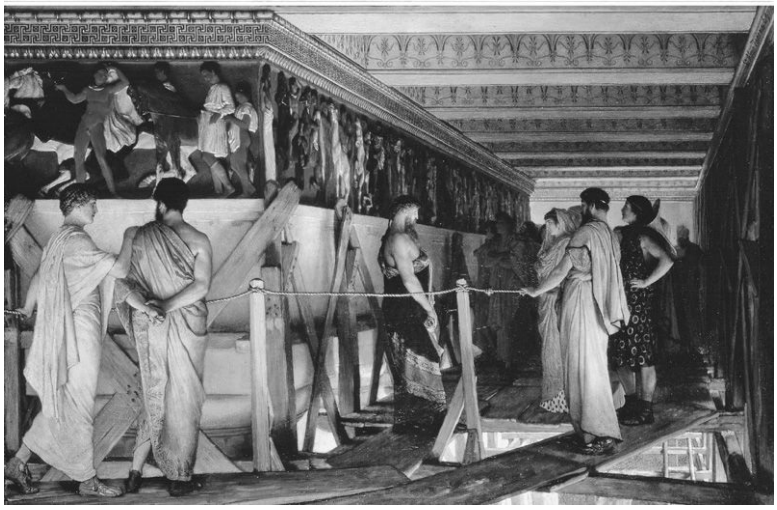


Figura 21. Pericles y Aspasia contemplando el friso del Partenón. Cuadro de Alma-Tadema. ©DeA Picture Library / Art Resource, NY.

La influyente *Historia* de Grote dejó una profunda huella en el pensamiento de muchos: «Unas décadas después [de la publicación de la obra de Grote], Pericles se había convertido en la auténtica encarnación del milagro griego, hasta el punto de ser celebrado como el genio que había legado a la posteridad dos monumentos imperecederos: su obra en mármol, el Partenón y su obra hablada, el discurso fúnebre» (Azoulay 2014, p. 193).

Un erudito y político experimentado como Grote no era ningún ingenuo respecto al comportamiento humano: la aguda visión de los mecanismos del poder que contiene su exhaustivo tratado sobre Pericles y el siglo V ateniense merece todo el respeto. No obstante, su optimismo en torno a la prosperidad humana auspiciada por los principios democráticos se fundamenta en las teorías convencionales de la conducta moral. No mucho después de su *Historia,* los elogios a Pericles adquirieron una nueva y sorprendente dirección gracias al controvertido filósofo alemán Friedrich Nietzsche y su obra *La genealogía de la moral* (1887), donde refuta las ideas al uso acerca de los valores morales. Vale la pena mencionar aquí la visión de Nietzsche, porque lo que sustenta sus alabanzas no son las ideas acerca de la virtud comúnmente aceptadas, sino el eficaz manejo del poder de Pericles, un aspecto central de su modo de pensar —algo en lo que se ha insistido a lo largo de este libro—. El primer tratado de los tres que componen *La genealogía*, titulado «Bueno y malvado, bueno y malo», aborda la distinta

visión de las categorías morales de los poderosos (los «amos») y los oprimidos (los «esclavos»). Nietzsche incluye en el primer grupo a los atenienses de tiempos de Pericles: para ellos el poder determina lo que es bueno:

> Son las razas nobles quienes han dejado como huella el concepto de «bárbaro» en todos los caminos que han recorrido; incluso en su más alta cultura se trasluce una consciencia e incluso un orgullo de ello (por ejemplo, cuando Pericles dice a sus atenienses, en aquella famosa oración fúnebre, que «nuestra osadía se ha abierto camino por mar y tierra, erigiendo por doquier monumentos imperecederos tanto del bien como del *mal*»). Esta «osadía» de las razas nobles, desaforada, absurda, repentina en su modo de manifestarse; lo imprevisible, lo inverosímil mismo de sus empresas (Pericles subraya aprobatoriamente la *rhathumia* [el estilo de vida relajado] de los atenienses); su indiferencia y desprecio hacia la seguridad, el cuerpo, la vida, la comodidad; su tremebunda jovialidad y profundidad de placer en toda destrucción, en toda voluptuosidad de la victoria y de la crueldad; todo esto fue recogido por quienes lo sufrían en la imagen del «bárbaro», del «malvado enemigo», por ejemplo del «godo», del «vándalo» (Tratado I.II en *Biblioteca virtual universal*).

A juicio de Nietzsche, el interés nuclear de Pericles por el poder reflejaba los principios que deben imperar en este mundo, al margen de lo que los mortales inferiores puedan pensar y con independencia de la idea tan difundida de que la moral convencional debe limitar la conducta de los poderosos.

Creo que es justo decir que el mundo no académico de los siglos XX y XXI ha prestado una atención bastante menor a Pericles que el de los siglos precedentes. Encontramos, no obstante, una notable excepción en el novelista Daniel Silva: en su libro *Juego de espejos* (Barcelona, Mondadori, 1999), ambientado en el mundo del espionaje de la segunda guerra mundial, el profesor universitario Alfred Vicary, convertido en agente del contraespionaje, se pregunta sobre las motivaciones de Kurt Vogel, su rival más encarnizado en el servicio de contrainteligencia alemán. La descripción que ofrece Silva de las cavilaciones de Vicary en momentos de crisis contiene un resumen esclarecedor de las principales cuestiones que plantea esta biografía de Pericles:

> Instintivamente [Vicary] enfocó el asunto [el enigma de cuáles eran los planes del enemigo] como un problema de historia. Estaba especializado en el siglo XIX europeo (…) pero Vicary alimentaba una secreta pasión por la historia y la mitología de la antigua Grecia. Le intrigaba el hecho de que la mayor parte de los conocimientos que se tenían de aquella época se basaran en suposiciones y conjeturas; la enorme cantidad de tiempo transcurrido y la falta de crónicas y documentos históricos claros obligaban a la hipótesis. ¿Por qué, por ejemplo, desencadenó Pericles la guerra del Peloponeso, que al final condujo a la destrucción de Atenas? ¿Por qué no aceptó las exigencias de su más poderoso rival y revocó el decreto de Mégara? ¿Le indujo el miedo a los ejércitos superiores de Esparta? ¿Consideraba que la guerra era inevitable? ¿Se embarcó en una aventura desastrosa en el extranjero para aliviar la presión en su patria? Vicary se formuló ahora preguntas similares respecto a su rival en Berlín, Kurt Vogel.

Unos cuantos estudiosos del mundo de la Antigüedad nos ofrecen algunas valoraciones positivas del liderazgo de Pericles. Un claro exponente de esta visión es Geoffrey De Ste. Croix, cuyo estudio *The Origins of the Peloponnesian War* (1972) atribuye sin componendas la responsabilidad de la guerra a los espartanos, y no a Pericles ni a los atenienses. Donald Kagan, por su parte, presenta de un modo aún más elocuente un juicio claramente positivo de Pericles, haciendo hincapié en lo que considera la visión de Pericles y su ideal de la sociedad: por ejemplo, en este párrafo de su exhaustivo estudio de 1991 (*Pericles of Athens and the Birth of Democracy*):

> La grandeza de Pericles… trasciende su carácter heroico. Tenía razón cuando reivindicó la inmortalidad de Atenas, aunque su origen no residiera en el poder, como pensaba él; un poder que no tardó en ser superado y derrotado. En realidad, la verdadera causa de la fama imperecedera de su ciudad fue la noción única y original que tenía Pericles de lo que era una sociedad recta y un ciudadano recto: la noción de un pueblo libre cuyos miembros alcanzarían sus más altos objetivos y capacidades dentro de una comunidad libre en la que se alternaban en el gobierno y en ser gobernados y tomaban las decisiones más importantes en común. La visión de Pericles valoraba la inteligencia y el talento y no tenía reparos en recompensar ambas cosas con un homenaje público… Esa visión tiene un valor imperecedero; y, mientras sigan existiendo sociedades humanas que se enfrenten a los problemas que plantea la libertad política, esa visión seguirá siendo inspiradora e instructiva (p. 258).

En un artículo posterior Donald Kagan retoma su interpretación de lo que denomina el ideal de Pericles. «El objetivo era la forja de un único pueblo en busca de una excelencia respetada por todos y a la que todos podían aspirar. Pretendía elevar a los ciudadanos a un nivel superior proporcionándoles espléndidos modelos y la oportunidad de intentar emularlos» («Joe DiMaggio, Baseball's Aristocrat», *Weekly Standard*, 22 de marzo de 1999, vol. 4, nº 26).

Otros estudiosos no comparten esta visión inequívocamente positiva de Pericles. Entre ellos se cuenta Russell Meiggs, cuyo libro *The Athenian Empire* (1979) ofrece un juicio intermedio dentro de la valoración moral del poder de Atenas a mediados del siglo V: «El mundo egeo se benefició bastante del uso que hizo Atenas de la riqueza obtenida de las ciudades y, tal y como los atenienses alegaron ante Esparta en 432, hicieron un uso de la fuerza bastante menor de lo que se puede esperar de los poderes imperiales; no obstante, podían haber hecho más concesiones al anhelo de autonomía compartido por los griegos sin socavar su posición» (p. 412).

Más recientemente, algunos estudiosos destacados han mostrado predisposición a ofrecer una valoración de Pericles claramente negativa. Solo podemos recoger aquí una escueta muestra de unos estudios tan significativos y provocadores (y únicamente de los redactados en inglés, en atención a los destinatarios de esta biografía). En el marco de un amplio debate sobre la historia de Pericles y la Atenas de su tiempo (*The Cambridge Companion to the Age of Pericles* [2007]) y desde una perspectiva contemporánea de las implicaciones éticas de los discursos de Pericles recogidos por Tucídides, Loren J. Sammons II ofrece un juicio riguroso: «Las sensibilidades modernas aborrecen —o deberían aborrecer— el descarnado nacionalismo de los discursos de Pericles, un nacionalismo que no se puede ignorar como mera retórica vacía» (p. 284). Samons insiste también en que «fue del poder de Atenas y de su superioridad cultural o política de lo que hizo depender Pericles la futura reputación de Atenas» (p. 293). Su valoración final es compleja e invita a pensar, pero desde luego no es encomiástica: «Como líder del sector más progresista y belicista de Atenas, panegirista de la superioridad y el colectivismo innatos de Atenas, defensor del principal proyecto de edificación de Atenas y seguidor o amigo de algunas de las mentes más importantes de la ciudad (y de su tiempo), Pericles determinó su época de un modo tan radical como la transformó» (p. 301).

Centrándose en la interpretación de la historia de Tucídides, Martha C. Taylor defiende que la narración del historiador se opone de manera implícita, pero con firmeza, a la

visión «radical» que ofrecen los discursos de Pericles de Atenas como una idea más que como una ciudad enraizada en un territorio. Por su parte, la obra de Tucídides, dice, «hace hincapié en la reconciliación y no en el partidismo, y defiende el compromiso ideológico y no la pureza ideológica… Tucídides sugiere que la pérdida del imperio habría merecido la pena —e incluso habría sido forzosa— de haber sido necesario proteger de los espartanos a la Atenas del Ática» (*Thucydides, Pericles, and the Idea of Athens in the Peloponnesian War* [2010], p. 4). Es evidente que Taylor no pretende desenterrar la historia completa de la vida de Pericles, sino el mensaje más hondo de la combinación que hace Tucídides de discursos y narración. No obstante, su incisivo análisis concede poco margen para un juicio positivo de Pericles a partir de su visión de la evidencia que ofrece el historiador.

Edith Foster, que trata directamente el tema del imperialismo ateniense bajo el liderazgo de Pericles (*Thucydides, Pericles, and Periclean Imperialism* [2010]), se centra también en la interpretación del texto de Tucídides más que en extrapolar de él una exposición de lo que el Pericles histórico dijo e hizo. Su sagaz análisis aborda el modo en que los discursos recogidos por Tucídides revelan que, a juicio de Pericles, la razón de la existencia de Atenas y del objetivo de su supervivencia fue el poder que la ciudad estado podía proyectar en la guerra: una observación que parece totalmente convincente. Tal y como Tucídides lo describe, afirma, Pericles veía ese poder como el origen de un futuro ilimitado de la ciudad estado. Pero Foster afirma también que la narración del historiador ofrece una crítica condenatoria de la postura de Pericles: si Pericles se nos muestra incorruptible como líder, al mismo tiempo se nos muestra también como «cruel con los ciudadanos atenienses y totalmente materialista en su actitud hacia el valor de prácticamente cualquier aspecto de la vida de los hombres» (p. 220). En su opinión, Tucídides reconoce la inteligencia y la capacidad de liderazgo de Pericles, pero también —concluye— que sus cualidades «no le protegían de sus delirios de poder» (p. 188). La conclusión de que Pericles sufría delirios conlleva sin duda una valoración sumamente negativa de él.

En su proceso de valoración, estos estudiosos —por insistir en un aspecto importante — se centran estrictamente en la historia de Tucídides. Al fin y al cabo, el historiador y general ateniense es nuestro principal testigo del Pericles «real»: en primer lugar —recordemos lo que se ha dicho en la introducción acerca de las fuentes antiguas—, porque fue contemporáneo de Pericles (más joven que él); y, en segundo lugar, porque tuvo una experiencia personal de la carrera pública y militar (como miembro del consejo de generales) de los altos cargos de la democracia ateniense. Al mismo tiempo —como ocurre con cualquier autor y, en especial, con un autor con una obra tan compleja e incisiva como la suya—, Tucídides transmite mensajes que unas veces se quedan en la superficie de las cosas y otras subyacen a ellas, lo que exige de sus lectores involucrarse en el trabajo intelectual (y, para algunos, en el placer) de interpretar la evidencia que ofrece.

Como hemos señalado, Tucídides opina que en las últimas décadas de la carrera de Pericles los atenienses ejercieron su poder sobre sus aliados recalcitrantes de un modo

riguroso e incluso tiránico. En este sentido, cabe puntualizar que debemos ser muy cautos con los términos que empleamos a la hora de caracterizar la política ateniense bajo el liderazgo de Pericles haciendo comparaciones directas con los imperios modernos. Es cierto que los atenienses, sobre todo tal y como aparecen retratados en el discurso fúnebre, compartían la idea de que el estilo de vida de su ciudad estado era excepcional y superior al de las demás, pero al mismo tiempo su reivindicación del poder no se basaba en la clase de afirmaciones ideológicas y racistas de superioridad étnica que el imperialismo moderno opresor suele ofrecer para justificar su dominio. Tal y como demuestra el discurso fúnebre, Pericles declara el carácter excepcional de Atenas comparada con los demás griegos que comparten con ella las mismas raíces culturales: a su juicio, los atenienses aprovecharon mejor que sus vecinos lo que poseían.

No cabe duda de que las palabras del texto griego del discurso fúnebre subrayan la abrumadora importancia de un poder *(dunamis*) que, según Pericles, era clave para proteger la independencia, la prosperidad y la —literal—salvación de Atenas. En su opinión, los atenienses crearon los admirables rasgos de su particular identidad nacional a partir de una combinación única de democracia, libertad, un modo de vida relajado, autosuficiencia y participación política. Como acabamos de mostrar, los estudiosos modernos más destacados, tanto si están a favor como en contra de Pericles, ofrecen juicios negativos acerca del énfasis en el poder de Atenas que contiene el discurso fúnebre recogido por Tucídides. No obstante, creo que esa postura crítica corre el riesgo de subestimar la dura realidad de la historia de Atenas en tiempos de Pericles, el grado extremo de temor que experimentaban los atenienses, como una leve fiebre persistente que fue incrementándose a medida que constataban la permanente amenaza de guerra que entrañaban los vecinos más próximos y más remotos; y que estarían condenados a la inanición si cualquiera de esos estados hostiles conseguía un poder absoluto de las rutas marítimas que funcionaban como las arterias y las venas de Atenas.

Es un hecho que, en la época de la guerra del Peloponeso, los atenienses se vieron obligados a hacer frente por tierra a los enemigos situados en sus fronteras norte y oeste, aliados con Esparta, su traidora enemiga. Y, para empeorar aún más las cosas, los espartanos (igual que los atenienses) intentaron de forma activa ganarse el apoyo del Gran Rey persa a su esfuerzo bélico. Habría sido sumamente arriesgado esperar que los espartanos renunciaran a su hostilidad contra Atenas: era razonable, pues, que Pericles creyera con total honradez en el poder como su única esperanza de salvación. Por eso, no parece demasiado realista afirmar que, de haber renunciado a su imperio —y a su poder —, Atenas se habría salvado de los espartanos y de sus demás enemigos. Las lecciones que ofrece la historia, hoy como entonces, apuntan en una dirección totalmente opuesta: una realidad que se puede lamentar, pero no ocultar.

Aun así, también es cierto que la sincera fe de Pericles en el carácter excepcional de Atenas y en su necesidad de poder pudo convertirse, por irónico que parezca, en un impedimento para ejercer la clase de política transparente y fundada en la razón que defendía como líder político. Tal y como sugieren algunas investigaciones recientes de la neurociencia cognitiva, cuando los individuos se identifican e integran estrechamente en

su propio grupo, pierden la capacidad de penetrar en el pensamiento y las emociones de otras comunidades, y en especial de las que consideran activamente contrarias y hostiles a la suya. La llamada brecha empática impide que los miembros de un grupo determinado se muestren dispuestos a comprometerse o a negociar siquiera con quienes se encuentran fuera de su comunidad. Si esta es una característica del ser humano presente en todo tiempo y lugar, podemos suponer que el vínculo tan sumamente estrecho que unía a Pericles con su ciudad estado —tal y como ha quedado dramáticamente documentado en las palabras del discurso fúnebre, pero también en otras fuentes antiguas que tratan de su carrera— creó una barrera psicológica infranqueable que le impidió aceptar la idea de un compromiso con los espartanos durante las disputas de finales de los años 30. No cabe duda de que se trata de una conjetura, pero quizá puede matizar de algún modo las afirmaciones relativas a la obstinación o a la inflexibilidad de la política antiespartana de Pericles.

Naturalmente, en el caso de que esta conjetura fuera más o menos válida, no exime a Pericles de la responsabilidad de haber convencido a la mayoría de ciudadanos atenienses de descartar cualquier intento de negociación con los espartanos y acceder a entablar una guerra de la que ni siquiera él creía fácil escapar sin sufrir terribles pérdidas. Por otra parte —volvemos a insistir—, eso no equivale a decir que su opinión de los espartanos fuese errónea: de hecho, la evidencia histórica está claramente de su parte. Significa únicamente que nuestra perspectiva a posteriori de las consecuencias últimas de la guerra del Peloponeso nos invita a preguntarnos si existía la posibilidad de haber tomado otra decisión dadas las circunstancias. Yo, personalmente, creo que, llegado el momento en que Pericles se vio obligado a decidir qué hacer para intentar salvar a Atenas, esa posibilidad no existía.

Por otra parte, en el año 431 la mayoría de los atenienses apoyó la guerra contra Esparta defendida por Pericles porque pensaban que se merecían ese dominio, su *arché*: ellos sabían actuar de acuerdo con los principios fundamentales de la cultura griega mejor que los demás griegos. Llevaban a la práctica las palabras que Platón pone en boca de Menón en respuesta a la petición de Sócrates de una definición de la virtud: «La cosa no es difícil de explicar, Sócrates. ¿Quieres que te diga, por lo pronto, en qué consiste la virtud del hombre? Nada más sencillo: consiste en estar en posición de administrar los negocios de su patria; y administrando, hacer bien a sus amigos y mal a sus enemigos, procurando, por su parte, evitar todo sufrimiento» (*Menón* 71e). Al margen de la opinión que muchos proclamen públicamente acerca de la moralidad de la política de ayudar al amigo y perjudicar al enemigo, ese era un credo aceptado en la antigua Grecia (y, según mi experiencia, tampoco es nada raro en nuestros días). Este modo de pensar acerca de su dominio sobre los demás griegos fue el origen de la decisión de los atenienses de crear una gran flota con fines defensivos y lucrativos, de establecer fuera de los límites de su territorio colonias con poblaciones de entre cientos y miles de ciudadanos, de apoyar el comercio marítimo para obtener alimentos y otros productos de importación y de respaldar siempre que fuera posible los gobiernos democráticos en las ciudades estado aliadas.

Tal y como he intentado subrayar en distintos puntos de este relato —y por primera vez al abordar las implicaciones de la promesa de Milcíades a los atenienses de que la victoria de Maratón los convertiría en la principal ciudad estado de Grecia—, el acceso al poder de Atenas se derivó del temor a unos enemigos peligrosos y del deseo de seguridad y de prosperidad nacionales. Si esos objetivos pasan por dominar a los demás griegos, que así sea, decidieron los votantes: sus éxitos les ganaron la supremacía. Un discurso fúnebre atribuido al orador Lisias y que se supone redactado en los años 390, varias décadas después de la muerte de Pericles, demuestra que esa extraordinaria autoconfianza no había desaparecido:

> En medio de los mayores esfuerzos, los más conspicuos combates y los más bellos peligros, hicieron libre a la Hélade y pusieron de manifiesto que su patria era la más grande: dominaron el mar durante setenta años y exhibieron una alianza sin defecciones, no exigiendo que la mayoría sirviera a la minoría, sino obligando a todos a tener igualdad; no debilitando a sus aliados, sino fortaleciendo también a éstos. En fin, el poder que demostraron fue de tal magnitud que el Gran Rey ya no volvió a ambicionar tierras ajenas, antes bien cedió parte de las suyas y sintió temor por el futuro: en aquel tiempo no llegaron de Asia trirremes ni se estableció entre los griegos tirano alguno ni fue esclavizada por los bárbaros ninguna ciudad helena. Tal fue la prudencia y el temor que su superioridad proporcionó a todos los pueblos. Por ello tenían que convertirse en patronos únicos de todos los helenos y dirigentes únicos de sus ciudades (*Discurso fúnebre en honor de los aliados corintios* 55-57).

El poder internacional cada vez mayor que innegablemente fue acumulando Atenas a mediados del siglo v y la evidente disposición de la mayoría de los atenienses a aceptar la situación no hacen el proceso más admisible en términos éticos que otras conductas parecidas de las naciones imperialistas modernas, ni lo justifican en el plano supranacional. No obstante, el hombre moderno debería detenerse a examinar hasta qué punto las nociones de moralidad y justicia han afectado alguna vez —y también hoy en día— y de modo significativo a las relaciones internacionales. Teniendo en cuenta que en nuestra manera de ver las cosas siempre influye el tiempo transcurrido, parece lógico intentar reconstruir y entender qué pensaban de su propia conducta las personas de la época que estamos estudiando y preguntarse en qué medida acertaron al determinar sus necesidades y prioridades. Creo que solo entonces estaremos en condiciones de aventurar juicios generales acerca de lo que fue correcto o incorrecto. Y, una vez dado ese paso, haríamos bien en evitar el hibris que nos lleva a reivindicar nuestra superioridad moral sobre otras épocas pasadas. ¿Quién es capaz de decir honestamente que nosotros actuaríamos de un modo más justo si estuviéramos convencidos de que existen amenazas externas lo suficientemente graves para acabar con nuestra prosperidad e incluso con nuestra supervivencia?

Considerando todas estas cuestiones que a mí me parecen tan complejas y perturbadoras, esta es mi interpretación global de Pericles: las lecciones derivadas de su historia familiar y de las primeras experiencias de su propia vida le enseñaron a pensar que la salvación de Atenas pasaba siempre y sobre todo por conservar un poder que asegurara la defensa de sus enemigos tanto extranjeros como griegos. Estaba plenamente convencido de saber cuál era la mejor política que debía seguir un líder para respaldar el desarrollo de ese poder en una sociedad cuya organización política era una democracia

directa que no exigía títulos de propiedad a sus votantes y cuyo ejército y armada dependían de una milicia ciudadana. El sistema de democracia radical de Atenas recibió su primer impulso de su antepasado Clístenes y Pericles dedicó toda su vida a hacer lo posible por defender y encaminar esa herencia familiar. Y, por otra parte, comprendió que Atenas solo podría conservar la fuerza suficiente para protegerse si una mayoría de ciudadanos desfavorecidos se beneficiaba de una política de apoyo al empleo y de distribución de los recursos públicos. A ojos de los ricos, esa constatación lo convirtió —como ya hemos apuntado— en un «traidor a su clase».

Pericles mostró en su vida pública y privada un férreo compromiso con su visión de lo que significaba para su ciudad estado el crecimiento y de lo que hacía falta para lograr un objetivo tan ambicioso. No creo que lo moviera el deseo de poder por el poder, ni que concluyera que este es algo intrínseca y moralmente bueno: Pericles sabía por propia experiencia que Atenas vivía en un mundo habitado por unos enemigos violentos e implacables, desde los agresivos reyes persas hasta unos espartanos indignos de confianza. Sentía pánico ante la amenaza real que entrañaban para su amada patria. Y no se engañaba. La negociación desempeñaba un papel en las relaciones internacionales del mundo antiguo, pero solo los poderosos podían confiar en tener alguna oportunidad de defenderse frente a unos enemigos siempre dispuestos a aprovecharse de su debilidad o a romper alianzas. Por otra parte, no es ninguna exageración afirmar —una vez más— que la supervivencia física de los atenienses dependía de la conservación de un poder que les permitiera proteger las rutas marítimas y mantener sus puertos abiertos a la importación de alimentos venidos de fuera y a la exportación de la plata y los productos necesarios para costear el suministro básico de calorías imprescindibles para escapar de la inanición. Atenas no era autosuficiente: no podía autoabastecerse. En esas circunstancias, si bien es cierto que se enorgullecían de su poder, la necesidad de conservarlo residía en el nivel más elemental de subsistencia y supervivencia.

Pericles era consciente de lo decisiva que es la confianza en cualquier asunto humano y se mantuvo escrupulosamente incorruptible frente al dinero o a los vínculos sociales para asegurarse la confianza del pueblo ateniense en su papel de consejero. Los estados como Platea que se demostraban dignos de confianza merecían ser tratados como valiosos aliados, pero no eran fáciles de encontrar. Las lecciones asimiladas desde su más tierna infancia le habían enseñado lo lejos que se hallaba Esparta de formar parte de esa categoría. También conocía la importancia del espíritu y el coraje. Al fin y al cabo, aún estaba vivo y consciente cuando Atenas se negó al seductor acuerdo propuesto por el rey persa durante las guerras médicas: un acuerdo que le facilitaría el control de Grecia. Aun así, había aprendido la importancia de la fuerza defensiva frente al enemigo. Los sufrimientos de Atenas y de su propia familia le demostraron una realidad inapelable que, según uno de los personajes de los diálogos de Platón, es absolutamente necesario que comprenda un estadista: «Lo que suele llamarse paz lo es solo en el nombre, y realmente sin que exista declaración alguna de guerra, cada estado está naturalmente armado contra todos los que le rodean» (*Las leyes* I.626A). Por triste que sea esta

realidad de la existencia humana, por poco útil que resulte para alcanzar una justicia universal, cuesta pensar que no sea verdad hoy como entonces.

La descripción que hace Platón de una guerra no declarada de «cada estado… contra todos los que le rodean» puede aplicarse sin ningún género de dudas al panorama que contempló Pericles desde su infancia y a lo largo de toda su vida. Su respuesta fue emplear formas innovadoras para desarrollar sus conocimientos y sumarlos a sus razonamientos y decidir el mejor curso de acción que podía seguir Atenas si quería alcanzar el éxito en el futuro. Pericles fue capaz de servirse de su educación y de su formación para convertirse en el líder más persuasivo que su mundo había conocido hasta entonces. Pero, por desgracia, ni siquiera alguien tan ultrarracional como él pudo imponerse a la impredecibilidad de este mundo —y en especial a la confusión y a los conflictos bélicos que reinan en él—, a lo impredecible de su propia muerte y de la pérdida de liderazgo justo cuando su comunidad más lo necesitaba. Al final ni siquiera su notable inteligencia fue capaz triunfar sobre la trágica realidad de la permanente inseguridad de la vida humana, por reforzada que se vea gracias a la reflexión, los conocimientos y la razón. Pese al extraordinario grado de determinación y de elección personal que guiaron su carrera política y su vida privada, ambas sufrieron lo que solo se puede considerar un trágico final para él, para su familia y, a la larga —a diferencia de Fabio Máximo, con quien Plutarco lo compara en sus biografías—, para su patria.

Esta conclusión no equivale a afirmar que esos resultados sean directamente imputables a Pericles o que Atenas y él mismo no contaran con mejores opciones: lo cierto es que no me parece evidente qué decisión podría haber tomado que hubiese evitado la tragedia. ¿Debería haber ejercido un liderazgo menos «tiránico» y defendido la disolución de la Liga Délica —el imperio ateniense—? En ese caso ¿qué posibilidades razonables habría tenido Atenas de defenderse de los ataques de los falsos espartanos y de la inevitable y renovada injerencia de Persia en los asuntos griegos, o de asegurarse la importación marítima de alimentos y de la madera necesaria para construir sus naves de guerra? ¿Debería haberse mostrado más flexible y accedido a pedir a la asamblea ateniense la rescisión del decreto de Mégara, dejando que los espartanos incumplieran su promesa y eludieran el arbitraje en las disputas que precipitaron la guerra del Peloponeso? ¿Qué habría ocurrido mientras Esparta se unía a sus aliados para debilitar el poder internacional de Atenas, sobre todo en el norte, donde había enclaves decisivos para el control de la ruta de importación de los alimentos indispensables? ¿Son decisiones tan arriesgadas como esas las que se podrían esperar hoy de nuestros líderes nacionales si lo que estuviera en juego fuese nuestra prosperidad, por no decir nuestra supervivencia?

De haber hecho tales concesiones ¿compararíamos a Pericles, por ejemplo, con el primer ministro británico Neville Chamberlain (1869-1940), quien recibió duras críticas de muchos —incluido su sucesor Winston Churchill— por rendirse a los agresivos planes de Adolf Hitler, canciller y führer de Alemania, en la tristemente célebre Conferencia de Munich de 1938; por no haber preparado a sus compatriotas para una guerra que parecía segura y que, de hecho, se produjo con nefastas consecuencias? ¿Qué

dirían hoy los historiadores de Pericles si, pese a llegar a un acuerdo con los espartanos, hubiese sido otro Chamberlain, incapaz de librar a su patria de una guerra horrible y destructiva iniciada por un enemigo que hizo caso omiso de las concesiones obtenidas?

Como hemos mencionado antes, las palabras de Pericles en su lecho de muerte expresaban el consuelo de no haber sido nunca la causa directa de la muerte de un solo conciudadano suyo. Los especialistas modernos suelen considerarlas una declaración delirante en boca de un líder que se opuso con obstinación a hacer concesiones a los espartanos cuando lo que estaba en juego era la guerra del Peloponeso. A mi modo de ver, lo que hizo Pericles fue simplemente mantener hasta el último aliento un compromiso inquebrantable con la razón y los conocimientos. En sus campañas militares actuó siempre con la máxima cautela para proteger las vidas de sus soldados: por citar un único caso, evitó que se precipitaran contra las murallas de Samos durante el asedio de su aliada rebelde. Por legalista que pueda resultar mi afirmación, lo cierto es que en sentido estricto Pericles no defendió el inicio de una guerra contra Esparta. Su postura consistió en adherirse a los términos del tratado de 446/5 que exigía que las disputas se zanjaran recurriendo al arbitraje y en negarse a las exigencias de un enemigo cuya historia demostraba que aprovecharía cualquier concesión como una debilidad que le permitiera ampliar cada vez más sus demandas.

Con esto no quiero decir que Pericles fuese totalmente renuente a implicar a Atenas en una guerra. De hecho, Tucídides afirma que «incitaba a los atenienses a la guerra» (I, 127, 3). Las razones fundamentales de sus recomendaciones políticas derivaban de las lecciones que le enseñaron la historia de su familia y su propia carrera; unas lecciones que lo convencieron de que no se podía confiar en las negociaciones con los espartanos para mantener una paz duradera. En cualquier caso, aunque al final fueron los espartanos y no los atenienses los que iniciaron oficialmente la guerra y las muertes derivadas de ella, creo necesario reconocer que el tono defensivo y autojustificativo de las últimas palabras de Pericles contrasta con sus discursos durante los inicios de la guerra del Peloponeso. Quizá esa declaración en su lecho de muerte refleje la realidad de que ni siquiera alguien tan dueño de sí como Pericles fue capaz de escapar del daño corrosivo que debió de sufrir su espíritu después de la destitución del cargo de general y de las consecuencias de una epidemia imprevisible que hizo fracasar la puesta en práctica de su estrategia bélica.

En definitiva, no me parece justo hacer a Pericles «responsable de la guerra del Peloponeso» si esa conclusión equivale a hacerle responsable de la derrota de Atenas en 404 y de las terribles consecuencias de la guerra varias décadas después de su muerte. Toda la literatura de la antigua Grecia insiste una y otra vez en esta idea: la totalidad de la existencia humana acaba en una tragedia de la que nadie puede escapar; y, al mismo tiempo, sugiere que ese resultado tan triste como inevitable de todo lo que compone la vida mortal está más ligado a la naturaleza del cosmos, al Azar, al Destino (tan intrincado para ellos que los griegos se valen de una gran variedad de términos para referirse a él) que a las elecciones personales del individuo. Quizá una de las cosas que se puede esperar de la biografía de un griego de la Antigüedad es un incentivo para

reflexionar sobre el modo en que los griegos de tiempos de Pericles se enfrentaban a esa realidad cósmica. A mi juicio, hace falta un espíritu muy comprometido para luchar por el éxito si se vive con la convicción de una realidad tan desgastante. La trágica historia del final de su vida revela que eso fue precisamente lo que hizo un hombre como Pericles al alcanzar la meta que le marcaron sus padres al darle un nombre que expresaba el objetivo vital de la mayoría de los héroes de Homero: la «fama». Y, como dijo de la reputación de Atenas el propio Pericles en su discurso fúnebre, esa fama abarcaba tanto lo bueno como lo malo.

LECTURAS RECOMENDADAS

Autores antiguos

ARISTÓTELES. *Política.* Madrid: Gredos, 1988.

ATENEO. *El banquete de los eruditos*, 5 vol. Madrid: Gredos, 1998-2014.

DIODORO SÍCULO. *Biblioteca histórica*, 5 vol. Madrid: Gredos, 2001-2014.

ESOPO. *Fábulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babrio*. Madrid: Gredos, 1978.

HERÓDOTO. *Historia*, 5 vol. Madrid: Gredos, 1987-1994.

HOMERO. *Ilíada*. Madrid: Gredos, 1991.

JUSTINO. *Epítome de las «historias filípicas» de Pompeyo Trogo / Prólogos / Fragmentos*. Madrid: Gredos, 1995.

PLUTARCO. *Vidas paralelas*, vol. 2 («Solón-Publícola. Temístocles-Camilo. Pericles-Fabio Máximo»). Madrid: Gredos, 1996.

TUCÍDIDES. *Historia de la guerra del Peloponeso*, 4 vol. Madrid: Gredos, 1990-1992.

Compilaciones de inscripciones y textos antiguos en lengua inglesa

CRAWFORD, Michael; WHITEHEAD, David (eds.). *Archaic and Classical Greece: A Selection of Ancient Sources in Translation*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.

FORNARA, Charles W. (ed.). *Translated Documents of Greece and Rome.* Vol 1: *Archaic Times to the End of the Peloponnesian War*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983 (2ª ed.).

HARDING, Phillip (ed.). *The Story of Athens: The Fragments of the Local Chronicles of Attika.* London: Routledge, 2008.

OSBORNE, Robin. *The Athenian Empire.* London: London Association of Classical Teachers, 2000 (4ª ed.)

RUSTEN, Jeffrey (ed.). *The Birth of Comedy: Texts, Documents, and Art from Athenian Comic Competitions, 486-280*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2011.

SAMONS II, Loren J. (ed.). *Athenian Democracy and Imperialism*. Boston: Houghton Mifflin, 1998.

_____ *Empire of the Owl: Athenian Imperial Finance.* Stuttgart: Steiner; *Historia Einzelschriften* 142, 2000.

STOREY, Ian C. *Fragments of Old Comedy.* 3 vols. (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2011.

TRACY, Stephen V. (ed.). *Pericles: A Sourcebook and Reader.* (Berkeley: University of California Press, 2009.

Estudios contemporáneos

ALLEN, Danielle. *The World of Prometheus: The Politics of Punishing in Democratic Athens.* Princeton, NJ: Princeton University Press, 2000.

ANDERSON, Greg. *The Athenian Experiment: Building an Imagined Political Community in Ancient Attica, 508-490 B.C.* Ann Arbor: University of Michigan Press, 2003.

AVRAMIDOU, Amalia. *The Codrus Painter: Iconography and Reception of Greek Vases in the Age of Pericles.* Madison: University of Wisconsin Press, 2011.

AZOULAY, Vincent. *Pericles* [*Périclès: la démocratie athénienne à l'épreuve du grand homme*. Paris: Colin]. Translated by Janet Lloyd. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2014.

BAKOLA, Emmanuela. *Cratinus and the Art of Comedy*. Oxford: Oxford University Press, 2010.

BALOT, Ryan K. *Greed and Injustice in Classical Athens*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2001.

_____ *Courage in the Democratic Polis: Ideology and Critique in Classical Athens*. Oxford: Oxford University Press, 2014.

BANFI, Antonio. *Il governo della città: Pericle nel pensiero antico.* Bologna: Il Mulino, 2003.

BARRINGER, Judith M; HURWIT, Jeffrey M. (eds.). *Periklean Athens and Its Legacy: Problems and Perspectives*. Austin: University of Texas Press, 2005.

BEAUMONT, Lesley A. *Childhood in Ancient Athens: Iconography and Social History.* London: Routledge, 2012.

BLAMIRE, Alec. «Athenian Finance, 454-404 B.C.». *Hesperia* 70, pp. 99-126.

BLOK, Josine H. «Perikles' Citizenship Law: A New Perspective». *Historia* 58, pp. 141-170.

BOEDEKER, Deborah; RAAFLAUB, Kurt A. (eds.). *Democracy, Empire, and the Arts in Fifth-century Athens*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1998.

BOERSMA, Johannes S. *Athenian Building Policy from 561/0 to 405/4 B.C.* Groningen: Wolters-Noordhoff, 1970.

BOUKOUVALA-ANAGNOSTOU, Ioanna. *Aspasia: Apo pallikia, vasilissa. Historiko mythistorema.* Atenas: Ankyra, 2002.

BOWDEN, Hugh. *Classical Athens and the Delphic Oracle: Divinization and Democracy.* Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

BRULÉ, Pierre. *Périclès: l'apogée d'Athènes*. París: Gallimard, 1994.

CARTLEDGE, Paul. *The Spartans: The World of the Warrior Heroes of Ancient Greece, from Utopia to Crisis and Collapse*. Woodstock, NY: Overlook Press, 2003.

CASTRIOTA, David. *Myth, Ethos, and Actuality: Official Art in Fifth-Century B.C. Athens*. Madison: University of Wisconsin Press, 1992.

CHRISTODOULOU, Panos. «Thucydides' Pericles. Between Historical Reality and Literary Representation». En Tsakmakis, Antonis; Tamiolaki, Melina (eds.). *Thucydides between History and Literature.* Berlín: De Gruyter, 2013, pp. 225-254.

COHEN, Beth. «Perikles' Portrait and the Riace Bronzes: New Evidence for «Schinocephaly»». *Hesperia* 60, pp. 465-502.

CONNELLY, Joan Breton. *The Parthenon Enigma: A New Understanding of the World's Most Iconic Building and the People Who Made It.* New York, Knopf, 2014.

COTTERELL, Arthur; LOWE, Roger; SHAW, Ian. «Integrity: The Political Supremacy of Pericles». In *Leadership Lessons from the Ancient World: How Learning from the Past Can Win You the Future.* Chichester: John Wiley, 2006, pp. 89-102.

DAVIES, J.K. *Athenian Propertied Families 600-300 B.C.* Oxford: Clarendon Press, 1971.

DEMETRIOU, Kyriakos N. (ed.). *Brill's Companion to George Grote and the Classical Tradition*. Leiden: Brill, 2014.

DE SANCTIS, Gaetano. *Pericle*. Milán: G. Principato, 1944.

DE STE. CROIX, G.E.M. *The Origins of the Peloponnesian War*. London: Duckworth, 1972.

DEWALD, Carolyn; MARINCOLA, John (eds.). *The Cambridge Companion to Herodotus*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

DRESSLER, Jan. *Wortverdreher, Sonderlinge, Gottlose: Kritik an Philosophie und Rhetorik im klassischen Athens*. Berlín: De Gruyter, *Beiträge zur Altertumskunde* 331, 2014.

DUFF, Tim. *Plutarch's Lives: Exploring Virtue and Vice.* Oxford: Oxford University Press, 1999.

EASTERLING, P.E.; MUIR, J.V. *Greek Religion and Society*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

EIDE, Tormod. «Thucydides' LOGOS PARAMYTHIKOS». *Symbolae Osloenses* 41, p. 33-45.

ELIZALDE, Laura. *Pericles de Atenas*. Buenos Aires, Biblos, 2010.

EUBEN, J. Peter (ed.). *Greek Tragedy and Political Theory*. Berkeley: University of California Press, 1986.

EVANS, Nancy. *Civic Rights: Democracy and Religion in Ancient Athens.* Berkeley: University of California Press, 2010.

FANTASIA, Ugo. *Tucidide: La Guerra del Peloponneso. Libro II, testo, traduzione e commento con saggio introduzione*. Pisa: Edizioni ETS, 2003.

FERRARIO, Sarah. «Political Tragedy: Sophocles and Athenian History» en Markantonatos, Andreas (ed.). *Brill's Companion to Sophocles*. Leiden: Brill, 2012, p. 447-470.

FORNARA, Charles W.; SAMONS II, Loren J. *Athens from Cleisthenes to Pericles.* Berkeley: University of California Press, 1990.

FORSDYKE, Sara. *Exile, Ostracism, and Democracy. The Politics of Expulsion in Ancient Greece*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2005.

FOSTER, Edith. *Thucydides, Pericles, and Periclean Imperialism*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.
GABRIELSEN, Vincent. *Financing the Athenian Fleet: Public Taxation and Social Relations*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1994.
GARLAND, Robert. *Daily Life of the Ancient Greeks*. Westport, CT: Greenwood, 1998.
GARNSEY, Peter. «Food Supply and Food Crisis in Athens c. 600-322 BC». *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World: Responses to Risk and Crisis.* Part III. Cambridge: Cambridge University Press, 1989, p. 89-166.
GEORGES, Pericles. *Barbarian Asia and the Greek Experience: From the Archaic Period to the Age of Xenophon.* Baltimore: John Hopkins University Press, 1994.
GIOVANNINI, Adalberto. «The Parthenon, the Treasury of Athena, and the Resources of the Athenian Empire» en Low (ed.). *The Athenian Empire.* Edinburgh: University of Edinburgh Press, 2008, p. 164-184.
GOLDEN, Mark. *Children and Childhood in Classical Athens*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2015.
GOMME, A.W. *A Historical Commentary on Thucydides*. 5 vol. Oxford: Clarendon Press, 1945-1981.
GONZÁLEZ SUÁREZ, Amalia. *Aspasia (ca. 470-410 a.C.)*. Madrid: Ediciones del Orto, 1997.
GOTTESMAN, Alex. *Politics and the Street in Democratic Athens.* Cambridge: Cambridge University Press, 2014.
GÜNTHER, Linda-Marie. *Perikles*. Tübingen: A. Francke, 2010.
GUTHRIE, W.K.C. *The Sophists.* Cambridge: Cambridge University Press, 1971.
HALE, John R. *Lords of the Sea: The Epic Story of the Athenian Navy and the Birth of Democracy*. New York: Viking, 2009.
HALL, Jonathan M. «Eleusis, the Oath of Plataia, and the Peace of Kallias» en *Artifact and Artifice: Classical Archaeology and the Ancient Historian.* Chicago: University of Chicago Press, 2013, p. 55-76.
HAMEL, Debra. *Athenian Generals: Military Authority in the Classical Period.* Leiden: Brill, 1998.
HANSON, Victor Davis. *Makers of Ancient Strategy: From the Persian Wars to the Fall of Rome*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2010.
HARRISON, Evelyn B. «The Composition of the Amazonomachy on the Shield of Athena Parthenos». *Hesperia* 35, 1966, p. 107-133.
HARRISON, Thomas. «The Greek World, 478-432» en Kinzl, Konrad H. (ed.). *A Companion to the Classical Greek World.* Malden, MA: Blackwell, 2006.
HENDERSON, Jeffrey. «Old Comedy and Popular History» en Marincola, Lloyd Llewellyn-Jones et al. (ed.). *Greek Notions of the Past in the Archaic and Classical Eras: History without Historians.* Edinburgh: Edinburgh University Press, 2012, p. 144-159.
HENRY, Madeleine M. *Prisoner of History: Aspasia of Miletus and Her Biographical Tradition.* Oxford: Oxford University Press, 1995.

HESK, Jon. *Deception and Democracy in Classical Athens*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
HORNBLOWER, Simon. *A Commentary on Thucydides.* 3 vol. Oxford: Clarendon Press, 1991-2008.
HURWIT, Jeffrey. *The Acropolis in the Age of Pericles*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.
INTERLANDI, Jennifer. «The Brain's Empathy Gap». *New York Times Magazine,* 22 de marzo de 2015, p. 50-55, 63.
JENNINGS, Victoria; KATSAROS, Andrea (ed.). *The World of Ion of Chios*. Leiden: Brill, 2007.
JOUANNA, Danielle. *Aspasie de Milet: égérie de Périclès. Histoire d'une femme, histoire d'un mythe*. Paris: Fayard, 2005.
KAGAN, Donald. *Pericles of Athens and the Birth of Democracy.* New York: Free Press, 1991.
_____ «Joe DiMaggio, Baseball's Aristocrat». *Weekly Standard*, 22 de marzo de 1999, vol. 4, nº 26.
_____ «Pericles, Thucydides, and the Defense of Empire» en Hanson (ed.). *Makers of Ancient Strategy: From the Persian Wars to the Fall of Rome.* Princeton, NJ: Princeton University Press, 2010, p. 31-57.
KALLET-MARX, Lisa. *Money, Expense, and Naval Power in Thucydides' History I-5.24.* Berkeley: University of California Press, 1993.
KARAVITES, Peter. «Abhandlungen [Realities and Appearances, 490-480 B.C.]». *Historia* 26, 1977, p. 129-147.
KIMBALL, Roger. «Does Pericles Point the Way?» en David Fromkin, director. *Changing and Unchanging Values in the World of the Future: Inaugural Conference. November 8,9, and 10, 2001.* Boston: Frederick Pardee Center for the Study of the Longer-Range Future, Boston University, 2006, p.12-16.
KRENTZ, Peter. *The Battle of Marathon*. New Haven, CT: Yale University Press, 2010.
LAPE, Susan. *Race and Citizen Identity in the Classical Athenian Democracy.* Cambridge: Cambridge University Press, 2010.
LEHMANN, Gustav Adolf. *Perikles: Staatsmann und Stratege im klassischen Athen. Eine Biographie.* Munich: Beck, 2008.
LEVI, Mario Attilio. *Pericle e la democrazia ateniese*. Milan: Rusconi, 1996.
LORAUX, Nicole. *The Invention of Athens: The Funeral Oration in the Classical City.* New York: Zone, 2006.
LOW, Polly. *Interstate Relations in Classical Greece: Morality and Power.* Cambridge: Cambridge University Press, 2007.
MA, John; PAPAZARKADAS, Nikolaos et al. (ed.). *Interpreting the Athenian Empire*. London: Duckworth, 2009.
MAFFRE, Jean-Jacques. *Le Siècle de Périclès*. Paris: Presses universitaires de France, 1994.

MAJOR, Wilfred E. «Old Comedy and Proto-Rhetoric in Athens before 424 B.C.E.: The Age of Pericles» en *The Court of Comedy: Aristophanes, Rhetoric, and Democracy in Fifth-Century Athens.* Columbus: Ohio State University Press, 2013.
MALYE, Jean. *La véritable histoire de Périclès: Textes réunis et commentés.* Paris: Belles Lettres, 2008.
MARGINESU, Giovanni. *Gli epistati dell'Acropoli: edilizia sacra nella città di Pericle, 447/6-433/2 a.C.* Salerno, Pandemos, 2010.
MARTIN, Thomas R. *Ancient Greece: From Prehistoric to Hellenistic Times*. New Haven, CT: Yale University Press, 2013.
MATTINGLY, Harold B. «Periclean Imperialism» en Low (ed.). *The Athenian Empire.* Edinburgh: University of Edinburgh Press, 2008, p. 81-110.
MAZZON, Daniela. *Aspasia: Maestra e amante di Pericle*. Treviso: Anordest, 2011.
McGLEW, James. «The Comic Pericles» en Lewis, Sian (ed.). *Ancient Tyranny.* Edinburgh: University of Edinburgh Press, 2006, p. 164-177.
MEDEM, Julio. *Aspasia, amante de Atenas*. Barcelona: Espasa, 2012.
MEIGGS, Russell. *The Athenian Empire*. Oxford: Clarendon Press, 1979.
_____ «The Growth of Athenian Imperialism» en Low (ed.). *The Athenian Empire.* Edinburgh: University of Edinburgh Press, 2008, p. 58-80.
MEINHARDT, Ekkehard. *Perikles bei Plutarch*. Frankfurt: Inaug.Diss., 1957.
MONOSON, S.Sara; LORIAUX, Michael. «The Illusion of Power and the Disruption of Moral Norms: Thucydides' Critique of Periclean Policy». *American Political Science Review* 92, 1998, p. 285-297.
MORENO, Alfonso. *Feeding the Democracy: The Athenian Grain Supply in the Fifth and Fourth Centuries BC.* Oxford: Oxford University Press, 2007.
MORRISON, J.S. *The Athenian Trireme: The History and Reconstruction of an Ancient Greek Warship*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
MOSSÉ, Claude. *Périclès, L'inventeur de la démocratie*. Paris: Payot, 2004.
MUNN, Mark. *The School of History: Athens in the Age of Socrates.* Berkeley: University of California Press, 2000.
MUSTI, Domenico. *Demokratia: origini di un'idea*. Roma: Laterza, 1995.
NEILS, JENNIFER (ed.). *The Parthenon from Antiquity to the Present.* Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral.* Madrid: Alianza, 1996.
OBER, Josiah. *Democracy and Knowledge: Innovation and Learning in Classical Athens.* Princeton, NJ: Princeton University Press, 2008.
OSBORNE, Robin. *Athens and Athenian Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.
O'SULLIVAN, Neil. «Pericles and Protagoras». *Greece & Rome* 42, 1995, p. 15-23.
PARKER, Robert. *Athenian Religion: A History.* Oxford: Clarendon Press, 1996.
PASPALIARES, Panagiotes. *Perikle*s. Atenas: Skai Vivlio, 2009.
PATTERSON, Cynthia. *Pericles' Citizenship Law of 451-50*. New York: Arno, 1981.

PELLING, Christopher. «Thucydides' Speeches» en *Literary Texts and the Greek Historian*. London: Routledge, 2000.

PODLECKI, Anthony J. *Plutarch: Life of Pericles. A Commentary to the Penguin Translation from the Rise and Fall of Athens*. Bristol, CT: Bristol Classical Press, 1987.

_____ *Perikles and His Circle*. London: Routledge, 1998.

POWELL, Anton. *Athens and Sparta: Constructing Greek Political and Social History from 478 BC.* London: Routledge, 2001.

PRITCHARD, David M. (ed.). *War, Democracy, and Culture in Classical Athens*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.

RAY, Fred Eugene. *Land Battles in 5th Century B.C. Greece: A History and Analysis of 173 Engagements*. Jefferson, NC: McFarland, 2011.

RHODES, P.J. *A Commentary on the Aristotelian Athenaion Politeia*. Oxford: Clarendon Press, 1993.

_____ *Athenian Democracy*. Oxford: Oxford University Press, 2004.

_____ «After the Three-Bar *Sigma* Controversy: Athenian Imperialism Reassessed». *Classical Quarterly* 58, 2008, p. 501-506.

RICHARD, Carl J. *Twelve Greeks and Romans Who Changed the World*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2003.

ROBERTS, Jennifer; ROBERTS, Toldbert. *Athens on Trial: The Antidemocratic Tradition in Western Thought*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1994.

ROMILLY, Jacqueline de. *The Great Sophists in Periclean Athens*. Oxford: Clarendon Press, 1992.

ROSENBLOOM, David. *Aeschylus: Persians*. London: Duckworth, 2006.

RUSSELL, D.A. *Plutarch*. London: Duckworth, 1973.

RUSTEN, Jeffrey S. (ed.). *Thucydides: The Peloponnesian War: Book II*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

_____ *Thucydides*. Oxford: Oxford University Press, 2009.

SALKEVER, Stephen. *The Cambridge Companion to Ancient Greek Political Thought*. Cambridge: Cambridge University Press, 2009.

SAMONS II, Loren J. «Kimon, Kallias, and Peace with Persia». *Historia* 47, 1998, p. 129-140.

_____ *Empire of the Owl: Athenian Imperial Finance*. Stuttgart: Franz Steiner, 2000.

_____ «Athens: A Democratic Empire» en Kagan, Kimberly (ed.). *The Imperial Moment*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2010, p. 12-31; 200-208.

SAMONS II, Loren j. (ed.). *The Cambridge Companion to the Age of Pericles.* Cambridge: Cambridge University Press, 2007.

SCHUBERT, Charlotte. *Perikles: Tyrann oder Demokrat?*. Stuttgart: Philip Reclam jun., 2012.

SCHWARZE, Joachim. *Die Beurteilung des Perikles durch die attische Komödie and ihre historische und historiographische Bedeutung*. Munich: Beck, 1971.
SCODEL, Ruth. *An Introduction to Greek Tragedy*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.
SIDWELL, Keith. *Aristophanes the Democrat: The Politics of Satirical Comedy during the Peloponnesian War.* Cambridge: Cambridge University Press, 2009.
SOMMERSTEIN, Alan H.; BAYLISS, Andrew J. (eds.). *Oath and State in Ancient Greece*. Berlin: De Gruyter; *Beiträge zur Altertumskunde* 306, 2013, p. 154-156; 205-211 (Delian League oaths).
STADTER, Philip A. *A Commentary on Plutarch's Pericles*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1989.
_____ «Pericles among the Intellectuals». *Illinois Classical Studies* 16, 1991, p. 111-124.
STOREY, Ian C. *Eupolis: Poet of Old Comedy*. Oxford: Oxford University Press, 2003.
STOW, Simon. «Pericles at Gettysburg and Ground Zero: Tragedy, Patriotism, and Public Mourning». *American Political Science Review* 101, 2007, p. 195-208.
STRAUSS, Barry S. *The Battle of Salamis: The Naval Encounter That Saved Greece – and Western Civilization*. New York: Simon & Schuster, 2004.
STUTTARD, David. *Parthenon: Power and Politics on the Acropolis*. London: British Museum, 2013.
SWEET, Andrew W. «Pericles and Solon on Happiness: Agonistic Echoes in Thucydides 2.44». *New England Classical Journal* 41, 2014, p. 74-87.
TAYLOR, Martha C. *Thucydides, Pericles, and the Idea of Athens in the Peloponnesian War.* Cambridge: Cambridge University Press, 2010.
THOMAS, Rosalind. *Oral Tradition and Written Record in Classical Athens.* Cambridge: Cambridge University Press, 1992.
TRAVLOS, John. *Pictorial Dictionary of Ancient Athens*. London: Praeger, 1971.
TRITLE, Lawrence A. *A New History of the Peloponnesian War*. Malden, MA: Wiley-Blackwell, 2010.
_____ «Pericles» en Gagarin, Michael; Fantham, Elaine (eds.). *The Oxford Encyclopedia of Greece and Rome*. Oxford: Oxford University Press, 2010, p. 209-211.
TZANETOU, Angeliki. *City of Suppliants: Tragedy and the Athenian Empire*. Austin: University of Texas Press, 2012.
VANOYEKE, Violaine. *Périklès*. Paris: Tallandier, 1997.
VICKERS, Michael J. *Pericles on Stage: Political Comedy in Aristophanes' Early Plays.* Austin: University of Texas Press, 1997.
VOGT, Joseph. «The Portrait of Pericles in Thucydides» en Rusten, Jeffrey S. (ed.). *Thucydides*. Oxford: Oxford University Press, 2009, p. 220-240.
WADE-GERY, H.T. «Thucydides the Son of Melesias: A Study of Periklean Policy». *Journal of Hellenic Studies* 52, 1932, p. 205-227.

WARTENBERG, Ute. *After Marathon: War, Society, and Money in Fifth-Century Greece*. London: British Museum, 1995.

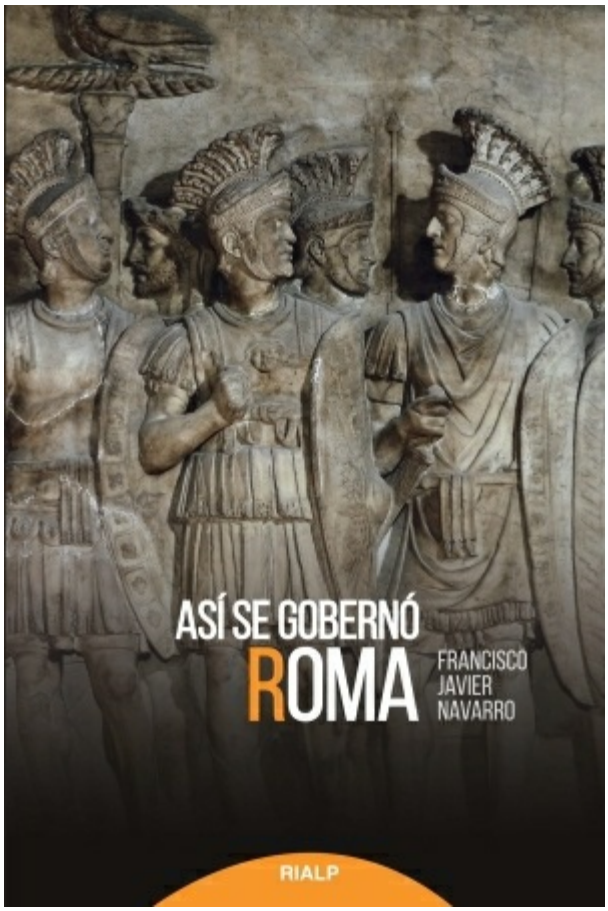
WATERS, Matthew W. *Ancient Persia: A Concise History of the Achaemenid Empire, 550-330 BCE*. Cambridge: Cambridge University Press, 2014. WILL, Wolfgang. *Perikles*. Reinbeck bei Hamburg: Rowohlt, 1995.

_____ *Thukydides und Perikles: der Historiker und sein Held*. Bonn: Habelt, 2003.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Anastasia Graf, Beatrice Rehl e Isabella Vitti, de Cambridge University Press, por su dirección editorial e infinita paciencia, y a la experta labor del equipo de producción de Press. Jessica Bailot (de la Promoción 2015 de Holy Cross) y Sarah Zatoonian (Promoción 2017) se merecen mi agradecimiento por llevar a cabo una útil y atenta lectura del texto en una época de mucho ajetreo. Carson Bay, doctorando en Religiones Occidentales de la Antigüedad por la Florida State University, ha aportado a este libro lúcidas correcciones y mejoras. Gracias también a Jim Fuhr por su experta elaboración del índice; a Ramesh Karunakaran por la eficaz gestión de la producción final; y a Susan Thornton por su minuciosa corrección. Quiero expresar, por último, un reconocimiento especial a mis colegas y revisores anónimos por la agudeza y el rigor de los comentarios que han realizado, sin restricción alguna, al principio y al final del proceso de edición. Sus sinceras críticas me han llevado a replantearme a fondo el enfoque de esta biografía. Aunque dudo mucho que los cambios inspirados por sus observaciones les parezcan suficientes, no deja de causarme un profundo asombro su brillante erudición.

THOMAS R. MARTIN es catedrático de Estudios Clásicos en el College of the Holy Cross (Massachussets, USA), y ha enseñado Historia Antigua durante cuarenta años a un público no especialista. Es autor de libros sobre Grecia Antigua, Roma Antigua y Alejandro Magno, y sobre las obras de Herodoto y Sima Qian. Su recorrido por la Historia Clásica Griega online ha sido consultado como primera fuente por numerosos lectores, en el marco del Proyecto Perseus, y es un rostro conocido en documentales de contenido histórico en televisión.


ASÍ SE GOBERNÓ
ROMA
FRANCISCO
JAVIER
NAVARRO
RIALP

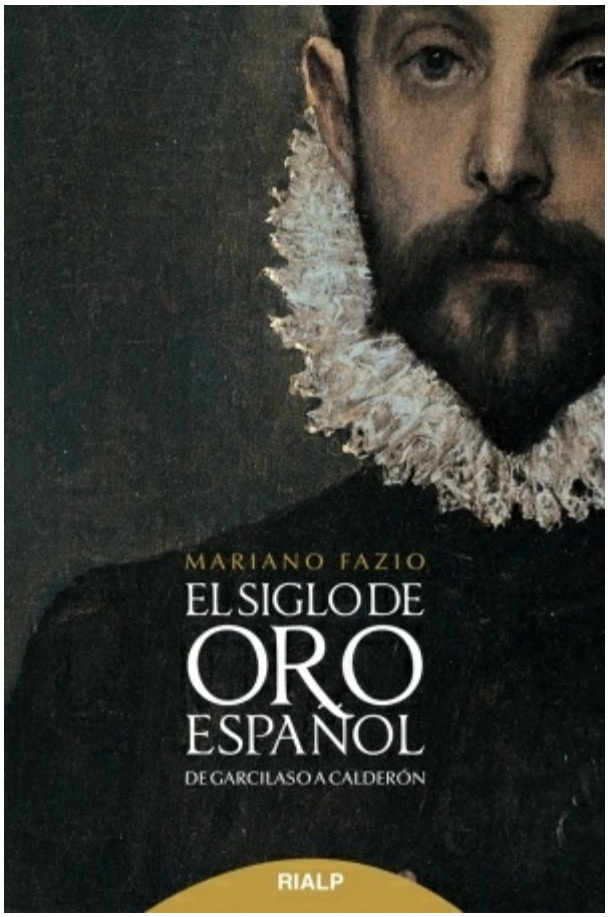
Así se gobernó Roma

Navarro Santana, Javier
9788432147937
458 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La praxis política moderna es heredera de Roma. Quien busque entender los regímenes políticos actuales debe remontarse a la monarquía, la república o el imperio de Roma, y familiarizarse con su historia política: la organización del Estado, el ejercicio del poder, el pensamiento político, la gestión del imperio, las elecciones, la administración de justicia, etc. Suele decirse que el mundo griego gozó de un gobierno más limpio y honesto que el romano, pero mucho de lo que sabemos sobre el abuso de poder nos lo contaron romanos como Cicerón o Plinio el Joven: Roma poseía ciertas formas de censura y autocrítica, esenciales hoy, e inimaginables en los gobiernos persa, asirio o egipcio de la antigüedad, que ayudan a entender su grandeza y su repercusión en la historia universal.

Cómpralo y empieza a leer


MARIANO FAZIO
EL SIGLO DE ORO ESPAÑOL
DE GARCILASO A CALDERÓN
RIALP

El siglo de oro español

Fazio Fernández, Mariano
9788432148583
208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué sucede en España entre 1492 y 1681 para que ese período sea denominado Siglo de Oro? Las fechas vienen determinadas por el final de la Reconquista y el descubrimiento del Nuevo Mundo, y por la muerte del último de una serie de escritores extraordinarios: Pedro Calderón de la Barca. En medio, contemplamos acontecimientos asombrosos: los reinos españoles manifiestan una potencia política y militar sin precedentes, y también una penosa decadencia, que coincidirá con un apogeo de las artes, en especial de la literatura (Garcilaso, Cervantes, Lope, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, Tirso, etc.) y de la pintura (El Greco, Velázquez, Zurbarán, Murillo, entre otros).

Cómpralo y empieza a leer

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER
OBRAS COMPLETAS

*

EN DIÁLOGO CON EL SEÑOR

TEXTOS DE LA PREDICACIÓN ORAL

Edición crítico-histórica
preparada por
LUIS CANO y FRANCESC CASTELLS

INSTITUTO HISTÓRICO
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

RIALP

En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría
9788432148620
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei — descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

Cómpralo y empieza a leer

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)

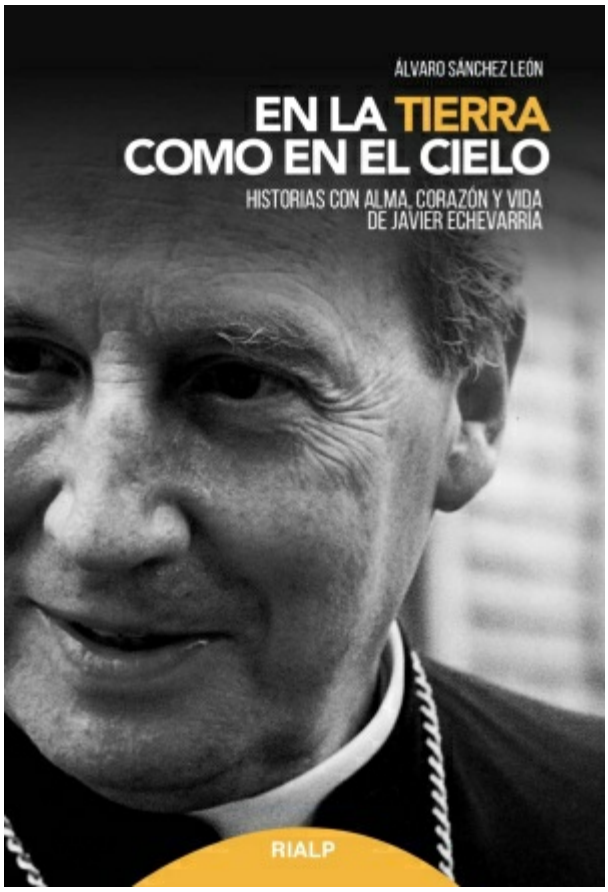
Escondidos

González Gullón, José Luis
9788432149344
482 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

Cómpralo y empieza a leer


ÁLVARO SÁNCHEZ LEÓN
EN LA TIERRA
COMO EN EL CIELO
HISTORIAS CON ALMA, CORAZÓN Y VIDA
DE JAVIER ECHEVARRÍA
RIALP

En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro
9788432149511
392 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón.Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía… Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

Cómpralo y empieza a leer

Índice

PORTADA INTERIOR	2
CRÉDITOS	3
DEDICATORIA	4
CITA	5
ÍNDICE	6
ILUSTRACIONES	8
MAPAS	9
CRONOLOGÍA	10
GENEALOGÍA ALCMEÓNIDA DE PERICLES	15
PRÓLOGO. Una biografía de Pericles en el contexto de las fuentes antiguas	17
1. La célebre historia familiar de la madre de Pericles	37
2. Las duras lecciones de la carrera del padre de Pericles	54
3. Pericles se convierte en un adolescente en medio de una crisis familiar y de una emergencia nacional	69
4. Pericles se convierte en refugiado mientras atenas afronta un grave peligro	82
5. Pericles se convierte en un adulto mientras Atenas construye un imperio	98
6. Pericles y su innovadora educación para el liderazgo en la democracia ateniense	114
7. Pericles se convierte en líder y Atenas y esparta en enemigas	131
8. Pericles se convierte en el primer ciudadano de Atenas	149
9. La responsabilidad de Pericles en la rebelión Samia y en la Guerra del Peloponeso	167
10. El destino de Pericles, desde entonces hasta hoy	185
LECTURAS RECOMENDADAS	208
AGRADECIMIENTOS	217
THOMAS R. MARTIN	218